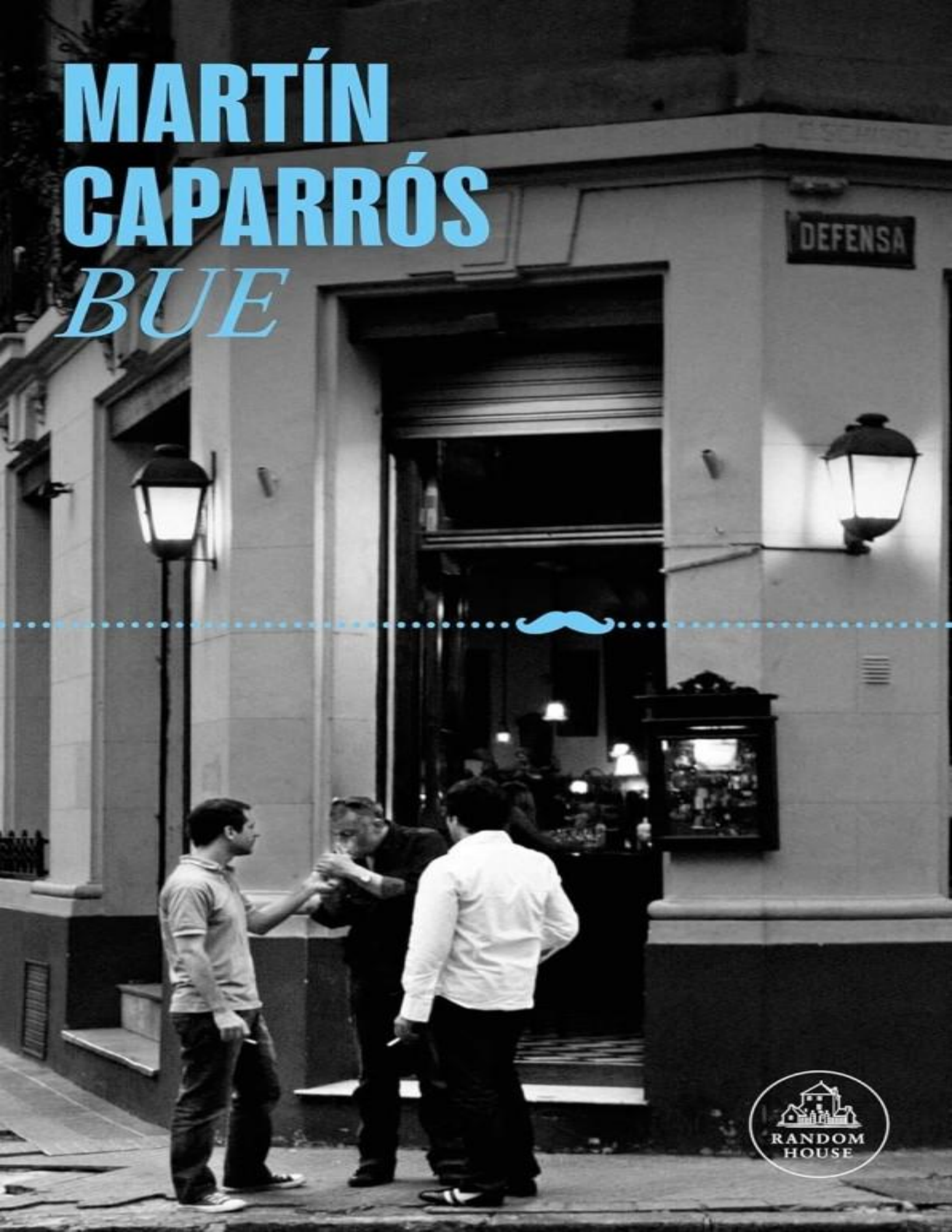
MARTÍN CAPARRÓS

BUE



RANDOM HOUSE

MARTÍN CAPARRÓS

BUE

Biblioteca Martín Caparrós



RANDOM HOUSE

Nunca quiso decir de dónde había llegado.
Decía no, yo soy de acá, de esta ciudad
que me hizo viejo y feo.

Cabecita negra,
Germán Rozenmacher

… y el olor de las noches y del alba
y el horizonte en que el azar acecha
y ese valor de desdeñar la calma
pero la calma de encender la mecha…

J. D., 2024 —in memoriam

Si yo he sido un azar para ti,
tú no fuiste un azar para mí:
los azares son flores
que nunca florecen
de a dos…

«Azares», tango canción,
Andrés Rivarola

ADVERTENCIA: Los personajes de esta novela son lo bastante ficticios como para no estar en la guía, pero no mucho más.

(Y últimamente, para colmo, ya no hay guías.)

1

No queda tanto.

Azar acecha. En todas partes y en la Ciudad un poco más: azar acecha. Se terminaba el mes y Ramón andaba sin un peso: ni para el colectivo. Por eso esa noche no volvió a dormir a su casa fuera de la Ciudad —o en ese intervalo tan extenso en que la Ciudad se vuelve otra ciudad, con otros ritos y los mismos. Ramón se quedó a dormir en la casilla del fondo del taller; entonces, hacia la medianoche, oyó los gritos de la chica y se acercó.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada, varón, qué va a pasar. Estamos con mi novia, todo bien.

—Ah.

El azar también quiso que a Ramón le doliera la cabeza y aceptara la explicación del otro. Quizás, además del azar, intervino el hambre que tenía, el descontento, la distracción de pensar en el partido del domingo, el no te metas, la sombra de las tetas de la Chiche, el recuerdo de aquella vez en que por mezclarse en un asunto ajeno la embarró: todo lo que llamamos el azar. A la chica la encontraron a la mañana temprano, despatarrada, fea, fría como una piedra fría. Después dijeron que era muy buena alumna, sencilla, callada, una

chica que nunca se metía con nadie. A Ramón le pegaron días y días para que explicara por qué lo había hecho. Tosía, tosía más, y no podía parar de pensar lo fácil que habría sido todo si hubiera tenido para el colectivo. Después, ya en la cárcel, pensaba: ¿y si no hubiera sido fin de mes?

Se nos acaba el tiempo.
O, como dijo el otro: ya lo inevitable tuvo hace tiempo lugar.

—No, lo inevitable no.
—Sí, lo inevitable.
—Nada es inevitable hasta después.
—Después de qué, tarado.

La Ciudad ocupa trescientos kilómetros cuadrados de llanura despiadada. No tiene elevaciones —y sus habitantes siempre creyeron que no las necesitaban para nada. Muy de vez en cuando aparece alguien para postular —postular es la palabra— que el destino de la Ciudad habría sido otro con pequeñas colinas: que no nos habría dado esta impresión de facilidad, de todo a favor; que habríamos supuesto obstáculos que vencer y buscado el coraje de enfrentarlos, la fuerza de voluntad, la decisión. En esos casos siempre hay alguien para decirle que entonces no tiene más que irse a vivir a las cavernas montañosas: que el País, allá detrás, a la distancia, rebosa de tales accidentes. Los habitantes de la Ciudad siempre fueron muy localistas —de una manera extraña. Los habitantes de la Ciudad están muy orgullosos de la Ciudad
y después pasa algo.

hace tiempo
lugar

—Tus historias siempre son formas de no hablar de lo que

importa.

—Con vos todo siempre son formas de no hablar de lo que importa. ¿Y qué es lo que importa, si se puede saber?

—Ya vas a ver, ya vas a ver.

—Mirá, lo único que te pido es que no hagas nada que después tengas que arrepentirte, Susy.

Cree que hay cosas, lugares, detalles de la Ciudad que se parecen a su cara. Adoquines, sobre todo, que se parecen a su cara. Eso cree, él como tantos.

—¿Y a mí qué carajo me importa?

si la Ciudad
no fuera lo que es
sino lo que parece, quién

Le faltaba el segundo botón de la camisa contando desde arriba. No el primero, el que se puede disimular con la corbata, ni los dos últimos, que se pueden esconder dentro del pantalón: el segundo. Todo el día sin el segundo botón de su camisa blanca. Todo el día con esa sensación de fragilidad: tener que controlar una y otra vez si la corbata se corría, si la ausencia quedaba al descubierto, si no asomaban pelos del pecho encaneciendo. Y odiar a la idiota que no lo había cosido: no se lo había cosido.

—Che, muchachos, ¿cuánto hará que paramos acá?

La pregunta del Gurka no le interesó; estaba muy ocupado en odiar a la idiota y decidió que no le iba a decir nada. No valía la pena. Para decirle algo tendría que odiarla un poco menos, y además volvía a oír sus respuestas de siempre: que no tenía plata ni para el hilo de coser o que qué quería que hiciera con su sueldo de mierda o que había tenido que llevar a la nena al dentista ese que

queda en la loma del orto porque este seguro médico que te dieron o que si quería que le cuidaran las camisas que se pagara una mucama. Y entonces él le diría que ella bien que comía de ese sueldo de mierda y la nena también y que para qué carajo se pasaba toda la vida en casa si no podía ni siquiera ocuparse del segundo botón de su camisa y que le gustaría saber qué mierda hacía todo el día y cuánto se arrepentía del día en que decidió casarse con ella, que tendría que haberla mandado al carajo con embarazo y todo y ella le diría que todavía estaba a tiempo, que una palabra y se iba, que dale, que te animés cagón, una sola palabra y te librás de todo, ves que sos un cagón, cagón. La odiaba.

—Eso digo: ¿cuánto hace que paramos en este boliche?

—Yo qué sé. Seis años. Ocho años.

—No, loco, más de diez deben ser. Más de diez, por lo menos.

Se contesta el Gurka y Julio lo mira sin saber dónde va y Rodolfo también lo mira mientras disfruta de su odio. Quizá lo mejor es hacerse el boludo, no ir a casa esta noche o ir pero bien tarde, sin avisarle nada, que la idiota se preocupe un poco si es que se preocupa pero para eso tendría que ver si los muchachos lo bancan unas horas.

—¿Por qué?

—No, pensaba.

El Gurka pone cara de pensaba; Julio escupe la basurita que se sacó de entre los dientes. Ni a él ni a Rodo les importa demasiado cuántos años hace que se juntan en El Tambo; les alcanza con saber que es el tiempo suficiente para imaginar que nunca hubo una primera vez. Pero el Gurka sigue:

—¿Y nos vamos a pasar la vida en esta esquina?

—No, si esto sigue así nos vamos a tener que ir a vivir a un caño. Yo, por lo menos.

Le contesta Julio.

—No, boludo, no es eso lo que quiero decirte. Al revés.

—¿Al revés?

El Gurka no contesta: se queda ensimismado, como si hiciera un gran esfuerzo por entender lo que no dijo. Julio mira por la ventana y comenta lo fuerte que está la gorda esa. No le contestan.

—Che, Rodo, ¿qué carajo te pasa que estás en otro mundo?

—Nada, boludeces.

Julio se ríe: sí, claro, viniendo de vos.

No tanto: ya no queda tanto.

El Gurka, Julio y Rodolfo están en la mesa de siempre —la de la ventana entrando a la izquierda, la que no le llega tanto frío cuando se abre la puerta— y ya pidieron lo de siempre: el Gurka su café cargado, Rodo su cerveza no muy fría, Julio su fernet con cola. Julio dice que esto de café cargado o cerveza no muy fría son caprichos de viejos, un signo de la edad: que cuando eran pibes ni se les ocurrían esas pavadas. La primera vez que se lo escuchó Rodo pensó que era una boludez, pero ahora cada vez que dice «no muy fría» se acuerda de eso: es terrible cómo algunas frases se te pegan al cerebro y te lo van mordiendo, te lo roen. Rodo tiene calor y se desata el nudo de la corbata: la camisa se le abre hasta el tercer botón y suelta otra puteada.

—¿Qué, te jode tener que andar todos los días con corbata?

—No, no me jode. Un poco nada más.

—¿Y tu patrón te jode si no te la ponés?

Le pregunta el Gurka, que parece haber cambiado de interés de pronto: el Gurka no es capaz de pensar cuatro minutos seguidos en la misma cosa, piensa Rodo.

—No, Gurkón, no es por eso. Para mí que si no me la pongo el

viejo ni se da cuenta. Es una cuestión de imagen: con una corbata sos un señor, otra cosa. Te tratan de otra forma.

—No seas boludo, man. Eso era antes; ahora cualquier gil se pone una corbata. Ahora las corbatas son para los giles.

Dice Julio, que se especializa en afirmaciones sin fisuras. Y el Gurka está de acuerdo, sorbo de café:

—Es cierto. Yo cuando tenía guita nunca me puse una corbata y no sabés cómo me atendían en el banco. Digo, al principio.

El Gurka tiene los dedos gordos bien morcillas, ocho y medio: el meñique y medio anular de la derecha se le fueron arreglando un motor. El Gurka anduvo siempre entre motores, pero su sobrenombre le viene de otra guerra. Cuando los militares invadieron las islas, el Gurka todavía se llamaba Carlitos: andaba tan emocionado que no paraba de decirle a sus amigos que se iba a ir al Sur a matar ingleses. Tenía trece años y no soportaba que la patria hubiera ido sin él: se pasaron doscientos años sin invadir las islas y no pudieron esperarme cinco años más, decía. Sus amigos lo cargaban y empezaron a llamarlo Gurka, como aquellos soldados. Al Gurka le gustó: le sonaba a valiente.

—¡Fernández!

—¿Me necesitaba?

—No. Quiero que termine esos cálculos hoy, antes de irse.

—Hoy no puedo, señor, justo tengo que…

—Le dije hoy, Fernández.

En 1536, cuando empezaron a fundarla, la Ciudad era un páramo. Hay lugares que son antes de ser; la Ciudad, antes que ella, no era nada. Antes de ser, Madrid era la sierra con mejor aire de Castilla; antes de ser, Roma era la belleza hecha colinas; antes de ser, Manhattan era un puerto perfecto; México, sin ir más lejos, siempre

fue. La Ciudad, antes de ser, fue un pajonal infame; quizá por eso tardó siglos en empezar a ser otras cosas, otra cosa. Quizá por eso le da miedo su origen. Quizá por eso vuelve.

—No, Laurita, no me rompás más las pelotas. No quiero ir a verlo, no quiero saber.

—Pero tenemos que saber, Bepo, no podemos seguir en esta intriga.

—¿Qué intriga? Vos tendrás intriga.

—Ah, sí, porque a vos te da lo mismo.

—No, qué mierda me va a dar lo mismo. Por eso no quiero ni saber.

Bepo: la cantidad de personas que piensan Bepo y tiemblan,
piensa Bepo.

La guerra se le acabó demasiado rápido, y en cuarto año el Gurka dejó el colegio y empezó a trabajar con su papá. El padre del Gurka era un tipo tranquilo que tenía una empresita de fletes y mudanzas con tres camionetas, un local a la calle y seis o siete choferes y peones. El Gurka se casó con Graciela, su segunda novia —la primera, Maribel, lo había dejado por un vecino que estudiaba medicina y el Gurka dijo que era mejor, que si quería hacerse la concheta la mina no era para él, que se jodiera.

Cuando el Gurka estaba por cumplir los veinticinco su padre se murió sin aspavientos: su señora lo encontró sentado en su sillón de la empresita de mudanzas —un sillón manoseado, sin patas, apoyado en el suelo de baldosas— con la radio prendida, un cigarrillo apagado en una mano y la otra agarrándose el cuello como si hubiera querido defenderse de un enemigo íntimo o, quién sabe, acogotarlo. El Gurka se hizo cargo del negocio; al año le nació el primer hijo, otro Carlitos.

La empresa funcionaba. El Gurka le pasaba una plata a su madre y, de vez en cuando, ayudaba a su hermana mayor, que se había casado con un empleado de la empresa de Aguas. Andaba bien: un año se fue con su familia de vacaciones a Brasil y ni siquiera en esa época dejó de ir todas las tardes al boliche —o sí, cuando su mujer le decía que no perdiera más el tiempo, que no se juntara con esos amigos fracasados, pero los tres preferían recordar la otra versión: que el Gurka ni siquiera cuando tenía plata había dejado de ir todas las tardes al boliche. Graciela lo apretaba, le decía que estaban para más; en esos días el Gurka entendió que ella tenía razón y pidió préstamos para comprar cuatro camionetas nuevas, japonesas. La deuda lo mató. Al cabo de tres años le embargaron todo: menos mal que mi viejo se murió, decía; el pobre si estaba vivo y veía esto se moría de un síncope. Sí, boludo, pero antes te cagaba a sopapos, le gritaba su hermana, que se había separado del cobrador de Aguas. El Gurka, dentro de todo, tuvo suerte: un primo de Bragado le prestó una camioneta para empezar de nuevo. Pero la camioneta está muy vieja, gasta mucho en repuestos y últimamente no lo llaman tanto: no es culpa mía, Graciela. La gente sabe que yo laburo bien pero no hay guita, qué querés que hagan.

—No es la corbata solamente. Es cómo vas, la pinta. De veras que si vas prolijo te tratan diferente. Pero ya ni eso, muchachos, ya ni eso. Miren cómo tengo la camisa.

Dice Rodolfo y Julio le pregunta qué carajo le pasa a su camisa. Julio siempre parece al borde de la impaciencia, como si el esfuerzo de hablar con los otros dos le resultara intolerable: de seguir hablando con los otros dos, todas las tardes, casi todas.

—¿Cómo, boludo, no ves que le falta el segundo botón?

—A vos te pasa algo, Rodo.

—Sí, esto me pasa.

—No, vos tenés algún kilombo.

La ciudad está llena de pasos y de mierda. Muy a menudo se confunden. A veces, solo a veces, los unos descubren a la otra: son muy diversas las reacciones de los pasos cuando detectan en el suelo la presencia de mierda. Hay pasos que se apartan a zancadas urgidas, como si la mierda en vez de mierda de perro fuese uranio o una bestia a punto de su salto, la amenaza; pasos que esquivan con cuidado pero sin perder la dirección general del movimiento; pasos que eluden al milímetro, pisando justo al lado, jugando con el riesgo, caminando en el filo; pasos —muy pocos pasos— que impetuosos y decididos y gozosos caen, con chapoteo, en el centro preciso de la tortita parda; pasos que se detienen azorados, reconsideran, tardan; pasos que prefieren seguir como si no hubieran visto nada porque les atrae el albur de entregarse al azar y ver qué pasa.

Y los pasos corresponden a personas que, muchas veces, no corresponden a sus pasos —o al modo que tienen de enfrentar la mierda.

«Cualquiera inventa un territorio que no existe. Yo quiero inventar uno que ya existía: que tantos creyeron que existía», dijo, entonces, el viejo señor Verne.

—No, qué mierda me va a dar lo mismo.

Rodolfo, Julio y el Gurka se conocieron en el colegio secundario. En realidad se habían visto antes, en el barrio, pero se hicieron amigos en el colegio secundario. Nunca —en los años que llevan en el bar— hablaron de por qué ellos tres: quizá no quieren pensar la posibilidad de que haya sido un reflejo defensivo. Ninguno de los tres estaba con los vivos de la clase: Rodo por gordito, el Gurka porque nunca usaba las ropas adecuadas ni escuchaba la música

correcta y Julio, que quizás habría podido, era demasiado orgulloso para aceptar el entre, el período de vasallaje que todo grupo exige a sus recién llegados.

—Sí, vos tenés algún kilombo en el laburo.

—No rompas, Julio. En el laburo está todo bien.

—¿Siguen levantándola con pala?

—Sí, mirá la pilcha que tengo.

—Vos no, boludo, el escribano. Es de locos la guita que pasa por ahí. Yo no sé cómo te lo bancás. A mí me agarraría cada tentación…

—¿Y a mí te creés que no?

—¿Tentación de qué?

Preguntó, como quien cae del cielo, el Gurka.

—De afanarlos, boludo, de currarlos. Es toda guita negra, ahí si se les pierde no pueden ni hacer una denuncia porque los primeros que van en cana son ellos.

Le aclaró Julio, y Rodo lo miro con una especie de cansancio:

—Boludo, vos sí que no vas a aprender nunca. ¿Qué te creés, que comen vidrio? Vos sos de los que creen que todo el mundo come vidrio, salvo vos.

—Tranquilo, che. Es verdad que el viejo está hecho mierda.

—Sí, y de tan reventado sigue llenándose de guita. Pero por favor, Julio. Mirá si va a ir en cana.

—No, ya sé, esos tipos nunca van en cana. Pero igual la denuncia no la pueden hacer.

—Capaz que la denuncia no, pero a los tres días aparecés en una zanja.

—A menos que uno cace la guita y se vaya a la mierda.

—Sí, tan fácil. Vos lo vas a cagar al viejo pelotudo. Como vos sos un vivo bárbaro… Por eso estás acá, ¿no, Julito?

Julio se rasca la barba de unos días: rubia, un poco rala, a juego

con sus ojos claros ralos —como aguados. Mejor no contestarle: para contestarle tendría que explicarle demasiadas cosas; parece mentira, a veces ni este me entiende, el muy boludo. Ni siquiera este, que es mi amigo. Mejor pedir otro fernet. Juanca, desde detrás del mostrador, le ve la seña.

—No podés seguir tratándome así, nene.
—¿Así cómo?
—¿En serio te lo tengo que decir?

Porque todo consiste en calcular hasta dónde uno da. Yo para cuatro soy un lujo; como diez, del montón. Si yo hubiera tratado de jugar de diez estaría en Flandria; en cambio de cuatro llevo seis años en Excursio. Pero el mundo está lleno de gente que no sabe calcular. Están los que se creen que están para más: la mayoría. Culpan de todo a la injusticia de dios, su mala suerte, la ceguera de los demás, este país de mierda qué querés. Y están los que no se atreven: la mayoría. Los que ven a lo lejos lo que querrían y piensan cómo habrá hecho ese hijo de puta para conseguir ese puesto, qué habrá que hacer quizá cogerse a la hija del gerente o justamente no cogerse a la hija del gerente o vaya a saber

A mí me gusta la Ciudad
porque me mata
ir a los bares, a ciertos bares, y mirar
fijo, pesado a un hombre: desesperarlo
a golpe de miradas, retacearle
la vista cuando me busca con los ojos y volver
a mirarlo cuando me da por muerta. Sobre todo
traerlo y llevarlo con los ojos y mientras
tanto
en cada trago

imaginar la vida que podría inventarle
si quisiera: si alguna vez
quisiera, si supiera
paqué.

—Buenas noches sargento.
—Cabo. Soy cabo. Buenas noches señor. ¿Puedo ver sus papeles?
—Sí, claro, sargento. Espere que bajo la música. ¿Algún problema?
—No, sí, que se pasó el semáforo en rojo.
—Pero sargento, no lo vi.
A usted no lo vi, se dice —pero no lo dice.
—Ese es su problema.

Hay un lugar —uno entre tantos— donde la Ciudad se condensa, se sintetiza y es sí misma. Muchos están de acuerdo en esa idea —pero cada cual habla de un sitio diferente. La obviedad es esa verga de cemento blanco, una especie de espina sin la rosa, pero casi nadie la considera síntesis de nada. Cuando cada cual piensa en su lugar piensa más bien en una esquina sin grandes aspavientos que le resume un punto decisivo de su historia, o un árbol legendario o el lugar donde dio su primer beso o el hospital donde perdió algo importante o la primera confitería donde se sentó a la mesa como un grande o la puerta de la escuela o la cuadra del primer trabajo. Los lugares, en general, tienen que ver con inauguraciones, con comienzos: la Ciudad, todavía, consigue convencernos de que es ese lugar donde se empieza.

—Ay, vieja, si no hablaras tanto.
—¿Qué? ¿Porque me preocupo por vos te enojás?

El silencio es una de sus mejores coincidencias: Julio, Rodo y el Gurka saben que pueden quedarse callados el rato que haga falta y

que ninguno se va a sentir incómodo. Hasta que el beeme se estaciona enfrente.

—Otra vez este guanaco.

—¿Quién?

—El del beeme, boludo, quién va a ser. El que se coge a la hija de la Claudia.

—Puta, ese sí que es un desaforado. ¿Será posible que todos los días le venga a hacer el orto?

Un cincuentón se baja del beeme: pantalones negros de algodón, una remera negra reluciente abombada por la panza importante, el pelo blanco de peluquería, la pulsera de oro.

—Esta, desde que se murió la vieja…

—Todos los días, eh.

—Sí, casi todos los días.

—Como nosotros.

—Que venimos acá.

—Sí, eso: que venimos acá casi todos los días.

Y otra vez el silencio. El Tambo se llama El Tambo porque durante años fue una lechería. Hasta mediados del siglo xx esos despachos abundaban en la Ciudad: lugares donde los parroquianos solo podían consumir productos lácteos, leches calientes y frías, submarinos, batidos, yogures, cremas, quién sabe algún pancito o algún flan, una factura. Después, una idea rara del progreso se los fue tragando. En El Tambo, que era uno de ellos, solo quedan, como recuerdo en las paredes, algunas fotos de holandoargentinas gordas como vacas gordas, sus caras de lecheras satisfechas, sus ojos bobos de servidoras de la comunidad.

—¿Y cómo está el partido?

—Yo qué sé, Julio, es uno de esos amistosos de verano.

En la televisión de la pared del fondo, al costado de la caja de

Juanca, un rubio teñido mete goles uno detrás del otro. El sonido está bajo: no se oye. Afuera se está haciendo de noche. El tipo del beeme se dejó prendida la baliza: cuando vuelva no le va a arrancar, piensa Rodo y se ríe. Justo después del polvo. Julio se suena la nariz antes de hablar: suena como un anuncio, una trompeta, y entonces lo que dice le sale demasiado subrayado. No le gusta:

—Lo fácil es secuestrar a uno.

—Ah, sí. Recontrafácil.

—Sí, boludo. ¿No viste que todos los días andan secuestrando tipos? ¿O vos vivís en una pecera? ¿No ves los noticieros, vos? ¿No leés los diarios?

—Sí, pero son tipos que saben, pibes de la pesada.

Dice el Gurka con un asomo de respeto y Julio le dice que es una boludez:

—Es una boludez, Gurka, te lo digo yo. Es más fácil que cogerse una monja.

El Gurka se distrae: la hermana Ramira, su maestra de cuarto, abre grande la boca y pide más. Cómo me habría gustado, la gran puta. Rodo agarra el diario que alguien dejó en la mesa de al lado: Saqueos en el norte. Cuatro muertos. Heridos no se sabe. Pasa un rato.

El muchacho rubio con la cara tiznada o engrasada acaba de encontrar una fuente redonda de vidrio en medio de la basura y, antes de ponerla en su carrito, la mira por todos lados, con desconfianza, la esperanza.

—No, tiene que estar rota. Si no, por qué la van a tirar, qué te creés.

Lo desencanta su mujer, gorda en bluyín. El muchacho sigue mirando y no le encuentra falla:

—Sí, seguro que está rota.

Ni tanto ni tan poco. Ya
no queda.

—Che, Juli, ¿la viste a la Turca este fin de semana?

—No, el turro no se fue de viaje.

—Qué garrón. ¿Y a Vicki?

—No, viejo, me la pasé tranquilo.

—¿Vos, tranquilo? No jodas, Julito, por quién me tomás.

Le dice el Gurka y le sonríe para que el otro baje los ojos en un semblante de modestia falsa: es un juego que repiten casi todos los días.

—¿Y la de la fiambrería, cómo va?

—Esa va a terminar cayendo.

Rodo los mira con mueca de paciencia desbordada: a veces sospecha que Julio les inventa historias para entretenerlos o para que lo envidien o para no aceptar que se le va la vida en ese trabajo triste del que no suele hablar.

—Es un poco de kilombo, un par de días y te parás para siempre. Es una boludez.

Dice Julio, como quien sigue una conversación. No le contestan. El Gurka un cigarrillo; Rodo el diario. Juanca llega con la bandeja y su café cargado, fernet con coca, cerveza no muy fría. Al rato, desde la barra, le dice a Rodo que su mujer lo llama:

—Decile que no estoy, que ya me fui.

—No me va a creer, gordo.

—Decile, no rompás.

Va a llegar tarde: ya se va a enterar la muy boluda. Y mañana a la mañana cuando ella se desespere porque ya es hora de que él se vaya a trabajar se va a sentar en la cocina a pegarse el botón: y si me van a descontar el día que me lo descuenten, porque acá si yo no trabajo nadie aporta pero los botones también me los tengo que

pegar solito. Le va a callar la boca, ya va a ver. Afuera ya está oscuro. Enfrente se prenden las luces del beeme.

—Hoy la hizo rápido el guacho.

—Será que tiene que marcar tarjeta.

El coche arranca con rugido y los tres se miran con una especie de sonrisa: tres especies. Rodo vuelve a sonreírse: por eso son amigos. Son tantos años de conocerse, de pensar lo mismo, de entenderse con una mirada. Pero esta vez se asusta.

—No, no seas hijo de puta.

Le dice a Julio y Julio entrecierra los ojos celestitos:

—¿Por qué, no te parece buena?

—Vos estás loco, Julio.

—Che, paren. ¿De qué carajo están hablando?

Pregunta el Gurka, borrando la sonrisa.

—¿Vos sabés lo fácil que debe ser secuestrarlo, al tipo ese? ¿Vos sabés la guita que le podés sacar?

—No sean hijos de puta.

Dice el Gurka: no lo estarán diciendo en serio.

LA CASA, 1998

Seguramente fue un azar que Mariano Segú pasara por delante de aquella casa esa mañana de la primavera de 1998, cuando su padre no se había enfriado —cuando el recuerdo de su padre todavía no se había enfriado— en su memoria. Seguramente fue otro azar: llamemos azar al cruce de demasiadas causas en una encrucijada que estaba preparada para que se encontraran dos o, como mucho, tres. Lo llamamos azar cuando no somos capaces de considerar tal maraña de causas —y registrar sus consecuencias. Azar es una buena manera de llamarlo: esa mañana Mariano estaba de un humor particular. Salía de la oficina del escribano que le había comunicado el monto —respetable— de la herencia que le correspondía y oscilaba entre la pena que consideraba apropiada a su reciente pérdida, la pena cierta por su pérdida reciente, la decisión de no dejarse desbordar por esas penas, la euforia —mitigada por la pena y ciertas decisiones— por los horizontes que le ofrecía su herencia, la culpa ante esa euforia, la culpa ante la decisión de no dejarse avasallar por esa pena, la convicción de que la muerte de su padre lo obligaba a tomarse su vida más en serio, la idea de que tomarse su vida más en serio se refería sobre todo a alguna realización profesional, su malhumor ante esa idea. Mariano llevaba cuatro años recibido de arquitecto; desde entonces había colaborado sin gran entusiasmo, casi por compromiso, en tres proyectos de su antiguo profesor Gandía pero esa mañana, por

primera vez, el cuerpo fresco y frío de su padre —la herencia de su padre— le abría la posibilidad de un intento propio. Y recién había empezado a considerarlo, caminando, con tiempo para perder hasta la hora del almuerzo, cuando pasó por delante de esa casa.

El azar también actuó por ese lado: quizá si el frente de la casa no hubiera tenido esa capa de descuido, si Beatriz Giunti, su propietaria, hubiera tenido el dinero y el entusiasmo necesario para hacer arreglar la mampostería del balcón, si la luz bruta del sol de primavera no hubiera hecho tan visible ese desasosiego, Mariano Segú no habría pensado que la casa estaba al alcance de su dinero nuevo. Y si no hubiera recordado mientras pasaba por ahí el comentario de un colega que respetaba —¿que envidiaba?— sobre cómo el barrio del Abasto sería el próximo centro caliente de la Ciudad, el lugar en el que todavía valía la pena invertir alguna plata, si no hubiera recordado esa discusión de la noche anterior con su mujer Patricia Gandía que lo tildaba una vez más de pusilánime y —poco menos que— inútil funcional y, sobre todo, si la belleza un punto sobreactuada de esa mañana de primavera, tan propensa a convencer —y, sin embargo, tan carente de toda intención en ese u otro sentido— a cualquiera de que cualquier proyecto era posible, no lo hubiera animado, Mariano Segú jamás habría tocado el timbre de esa casa con la intención de preguntarle al dueño si entraba dentro de sus cálculos la posibilidad de venderla antes de que terminara de caerse.

Segú tocó y entonces sí, el azar jugó a fondo: todo habría sido muy distinto si cuando Mariano Segú, tras unas pocas palabras formales, saludos y banalidades, le preguntó a Beatriz Giunti si estaría dispuesta a vender la casa, Beatriz no hubiera lanzado un suspiro que consiguió incluso asustarla y dicho que sí, que claro que sí. En ese momento Beatriz Giunti era una mujer de unos 50 —en

realidad, 48— años con una postura erguida y elegante, el pelo muy negro —quizá teñido—, los ojos oscuros, los labios demasiado finos y un toque indefiniblemente triste en algún recodo de la cara. Mariano Segú perdió un momento intentando entender de qué podía estar hecha esa tristeza pero enseguida volvió, sin lograrlo, a su interés: la mujer le estaba diciendo que no tenía nada en contra de venderla, que esa casa podía ser una losa que quizá ya fuera hora de sacarse de encima, que su padre, que era quien realmente la quería —a la casa, claro, dijo, entristeciendo aún más la sonrisa— había muerto hace tiempo. Fue entonces cuando Mariano Segú le dijo que no lo podía creer: que él le estaba proponiendo esa compra gracias —no dijo gracias, pensó gracias pero dijo a raíz de— la muerte de su propio padre y ella le decía que quizá se la vendiera por las mismas razones.

Fue un momento incómodo: Beatriz Giunti no parecía dispuesta a discutir el tema difícil de la muerte de los padres —cómo se mueren los padres, qué hacen cuando se mueren, qué hacen después de muertos— con un desconocido que acababa de tocar el timbre de su casa, pero al mismo tiempo le resultaba difícil esquivarlo. Quiso despacharlo con un lugar común sin compromiso —«uno cree que no va a pasar nunca y sin embargo pasa»— pero Mariano Segú, por carácter o por interés, no se dio por satisfecho y empezó a decir que sí, que pasa y que cuando pasa es inesperado y esperado al mismo tiempo, algo tan espantosamente natural, como si siempre hubiera sido así, dijo, como si lo propio de un padre fuera estar muerto, dijo, y cuando lo dijo se asustó de escucharse y trató de desviar: que era un dolor muy duro pero que, ya que lo había perdido, lo mejor que podía hacer para no perderlo del todo era convertir su memoria —su dinero— en algo concreto, material, que lo recordara con la firmeza maciza con que recuerdan los ladrillos. Esta casa sería su

monumento, dijo, y sonrió para dejar claro que estaba exagerando pero no mintiendo. O, mejor dicho, no la casa sino las casas que edificaré sobre la base de esta casa, dijo, porque no quiero ocultarte que no conservaría el edificio original sino que lo cambiaría tanto que podríamos decir que sería otro.

Sería, le dijo entonces Beatriz Giunti, sonriendo sin la sombra por primera vez, como un proceso reformista: simular que todo cambia pero manteniendo la misma base, dijo, sin cambiar la base, y Mariano Segú le contestó que en efecto sería una gran reforma y que nunca había asociado la idea de reforma arquitectónica con el reformismo político pero que iba a intentar pensarlo, dijo, aunque sabía que era poco probable que llegara a nada interesante. Y siguieron hablando un rato más, en una de esas conversaciones aliviadas que se producen entre un hombre y una mujer cuando uno de ellos o los dos saben que no hay seducción posible: cuando alguno o los dos han decidido de antemano que no habrá.

Y, aun así, poco antes de que se despidieran, Beatriz Giunti le dijo, en modo confesión, que, aunque antes no había pensado en esa opción, vender la casa sería un enorme alivio para ella: no solo porque, como era evidente, algún cacho de esos balcones edificados hacía casi un siglo por su abuelo y su tío abuelo podía desplomarse sobre la cabeza de un peatón y estropearlo de mala manera en el momento más inesperado, sin su presencia, sin aviso, sin más participación suya que un timbre sonando para avisarle que su casa acababa de matar a una persona. No solo por esa notoria decadencia, le dijo, que ella no debería resaltar frente a un posible comprador pero que ante él, le dijo, sentía que debía hacerlo sino, sobre todo, porque esa casa le pesaba tanto: que él no podía imaginarse cuánto le pesaba. Beatriz Giunti había mezclado verdades con mentiras: mucho de lo que dijo era muy cierto, pero no lo era

que no había pensado en vender su casa; de hecho, llevaba más de un año intentándolo sin el menor éxito. Mariano Segú no lo sabía; entendió que esa larga tirada era una invitación a que él le preguntara cuánto, cómo, por qué, pero no se sintió capaz: le dijo que lo disculpara, que tenía un compromiso pero que su interés era genuino y decidido y que, si ella no tenía inconveniente, intentaría volver en esos días para mirar la construcción con más detalle y empezar a barajar los números.

Barajar es la palabra, le contestó Beatriz Giunti sin sonrisas, y Mariano Segú pensó diez, quince, veinte segundos qué le quiso decir. Después se fue, con la firme determinación de volver a comprarla, cosa que, como sabemos, no concretó enseguida.

2

—Pará que yo te explico.

Suele pasar en todas las ciudades con el tamaño suficiente: sus habitantes usan acentos, entonaciones, modismos diferentes. En la Ciudad, la forma de la diferencia está en la sustracción: quién le saca qué a cada palabra. Así se puede decir, grosso modo, que los habitantes de los barrios altos —los barrios caros: la Ciudad, por su carácter desesperadamente chato, no registra diferencias topográficas— suelen deshacerse de sílabas en la mitad de las palabras, mientras —antes, después, mientras— los habitantes de los barrios bajos —pobres— se empeñan en desechar la letra que acaba las palabras.

—¿Y si le ponemos una pieza usada? De primera, todo garantizado.

—¿Y es más barato?

—Claro, ese es el tema.

—Sí, siempre ese es el tema, ¿no?

Hablar con todas las letras sería —se diría— una actitud impropia: como de un extranjero

o un provocador.

—Y sí, así que si prefiere…

—Disculpe, jefe, ¿usté por quién me toma?

Yo miro y miro: me paso el día mirando. Todo el día en la calle, ahí, sentado, mirando desde abajo. Imaginate, si no, a la noche, cuando vuelvo a la pieza, todo el aburrimiento. No es que no me guste trabajar, a mí me gusta, pero cuando tengo que darle bola al zapato no puedo mirar lo que me pasa al lado. Vienen cada vez más difíciles los tinbos, más viejos, más ajados: es una picardía, cada vez me cuesta más laburo sacarle brillo a un par de tarros. El laburo es un sacrificio, sabés, siempre fue un sacrificio. Pero lo peor es estar en la pieza después, un día que laburé tupido. No tengo nada, no miré nada, trato de acordarme del día anterior, del otro día pero no sale nada; yo sin eso, pibe, me aburro como un hijo de puta. Decí que si la hice buena me puedo comprar una llatebo y al carajo. Pero tampoco sirve: al día siguiente me siento para el orto. Mirar, hermano, lo mejor es mirar y hacerme colección para la noche.

Mirarlos, decidirlos.

Por la calle arbolada, un hombre lleva seis barras largas de metal que se curvan hasta diez centímetros del suelo, hasta que sus dos puntas están a diez centímetros del suelo —pero no llegan a tocar el suelo. Camina, y su caminata depende de una ecuación enmarañada: altura del hombre sobre largo de las barras por su peso sobre la flexibilidad del material. Incluso intervienen —podrían intervenir— el estado del pavimento de la calle, la temperatura ambiente, la humedad, el descanso que el portador de las barras haya obtenido la noche anterior, otros factores. La Ciudad se complica. El mundo es un cúmulo de operaciones complejas que la pereza trata de no ver.

—¿Y para qué carajo quiere verlas?

—¿Y si no tengo para qué? ¿Por qué tendría que tener para qué?
—¿Y entonces para qué carajo quiere verlas?

Primero hay que saber
sufrir

Si esto no fuera lo que es, si esto fuera una auténtica película de las de un poco antes, Hugo Ritazzi tendría puestos sus calzoncillos Calvin Klein, su remera negra Christian Dior, su chaqueta de Armani, sus zapatos de cocodrilo sin escamas, la cadena de oro veinticuatro, el brushing de las canas recién hecho y saltaría a su Porsche convertible. Pero esto es la Ciudad y Hugo Ritazzi lleva puestos sus calzoncillos Calvin Klein, una remera negra china, su chaqueta de Zara, sus zapatos que parecen nuevos y se acerca a su beeme ligeramente viejo con gesto de cautela, mirando a los costados por si acaso, atento siempre a la amenaza de la calle, apurado por encerrarse de una vez en su nido de lata. Entonces, ya adentro, ya aliviado, se llena los pulmones del aire de ese olor a cuero: necesita el aire de ese olor, la garantía de ese olor a cuero viejo para saber que ha vencido al peligro que no termina de atacarlo. Hugo Ritazzi pone en marcha el motor: el ruido no le suena redondo y, por eso, se apura a conectar la radio donde Leonardo Favio canta lo de siempre: el beeme es su lugar privado, el lugar donde puede escuchar lo que realmente quiere y quizá simplemente te regale una rosa.

—… o quizá simplemente te regale una rosa…

Canturrea con la voz estragada. Pero no, no le va a regalar ni una rosa ni un carajo, se sonríe: la boluda de Eli le rompió las pelotas. Se creen que porque tienen veinte años, porque se pasan los días en el gimnasio de puro inútiles, de puro aburridas, porque tienen un orto como un par de pebetes recién hechos pueden andar de caprichitos

por la vida: que cuándo vamos a poder salir juntos miamor, que no soporto que me trates así que no me muestres, que necesito un televisor nuevo y no sabés cómo me gustaría andar con vos del brazo por la calle miamor; pero matate nena. Gracias que te vengo a ver y te pago los gastos, boludita, qué carajo te habrás creído. Y otra vez se sonríe: sí, Huguito, acá adentro del coche sos muy macho pero bien que cuando ella te encara te hacés el pelotudo, bien que te tiene agarrado de las bolas. Esto no pasa de este fin de semana, no puedo seguir perdiendo el tiempo con esta pendeja, se dice Hugo Ritazzi, grave de pronto, decidido: que tiene que ocuparse en serio del negocio antes de que termine de irse al tacho, que Gutiérrez ya le dijo que si no le paga antes de fin de mes le va a pedir la quiebra, que esto antes no pasaba. Que no le pasaba, piensa, y que le gustaría entender cómo fue que le pudo pasar, a él, que la tenía atada y con candado. Lo que pasa es que este país se va a la mierda y no hay quien lo pare, se dice pero sabe que hay otros que la pilotean, sabe y no quiere decirse que el país tiene la culpa pero hay otros que la pilotean y cuándo fue que empezó todo, se pregunta, con la delectación de volver a pensar lo que pensó mil veces, de volver a repasar los detalles estúpidos, jugar al mismo juego: ¿cuál fue la cumbre de tu vida, Huguito? ¿Dónde fue que dejaste de subir, cuándo fue que empezó la patinada? Seguramente aquel verano, se dice, como si no se contestara siempre que fue precisamente ese verano: verano del ’96, acababa de abrir la sexta sucursal de la relojería-joyería, él, que había empezado vendiendo seguros puerta a puerta acababa de abrir su sexta sucursal, Punta del Este, y no había fiesta donde no lo quisieran, puerta que le cerrasen, móvil que no atendiera. Si hasta se dio el lujo de invitar al presidente, al presidente, Huguito, al presidente del país al casamiento de Caro, su hija menor, con Ramiro Balestra: el presi no

pudo ir porque justo le coincidió con un viaje oficial pero igual le mandó un regalo y una nota y Adela se lo contaba a todo el mundo y todos lo comentaban y sus parientes no lo podían creer y Adela les mostraba el regalo: tan orgullosa, tan feliz de ser la mujer de Hugo Ritazzi y él también, y acelera el beeme.

—… presurosa la gente, pasaba, corría. Y desierta quedó la ciudad pues llovía…

Y aquella noche ni se le pasó por la cabeza, piensa ahora, acelerando al mango, la lluvia contra el vidrio, que años después tendría que recordarla como la cumbre de su vida, el momento en que todo empezó a desbarrancarse. Porque no es que haya sido repentino, que de golpe el desastre: pasaron meses, quizá más de un año hasta que empezó a notar que las cosas ya no eran como antes, y tres hasta que tuvo que cerrar la primera sucursal, cuatro hasta que el gerente del banco dejó de recibirlo al toque, cuatro también hasta que su amigo el subdirector de impositiva le mandó la inspección, cinco hasta que tuvieron que dejar el chalet de Acasusso y volver al departamento de Belgrano. Primero pensó que era una mala racha, que ya se pasaría: ¿cuándo fue, Huguito, que te diste cuenta de que no era, que nunca volverías a donde habías llegado? ¿Cuándo que te resignaste a pelearla de nuevo como antes, a privarte de cosas, a tener que negarle caprichos a la nena, a soportar las caras largas de Adela como cuando eran jóvenes y la plata no daba? Pero peor, ahora peor porque ella ahora sabía, se dice Hugo Ritazzi cuando escucha el silbato. Y la reconcha de la lora.

Y al fin andar sin pensamiento.
Y al fin
andar
sin pensamiento.

En la madrugada, en la avenida, en medio de la lluvia, el tipo desgarra los carteles del candidato. Le pagan para eso: tiene un uniforme azul de pantalones hasta la canilla —cortos, flotadores, levemente humillantes—, la panza que le cuelga, el pelo mal cortado, un cepillo de mango de madera con sus puntas de fierro. El tipo rasquetea la cara del candidato con una melancolía que se le ve en los ojos. Trata de no pensar en lo que hace pero por momentos se distrae y piensa que él va a votar al candidato, que quizá pueda arreglar las cosas, que quién sabe le mejore la vida, que qué vida de mierda rasquetearlo. El tipo se dice ves, eso te pasa por pensar boludeces, y sigue rasqueteando.

—Así que lo tengo.
—Sí. Lamentablemente.
—Pero ¿es seguro que lo tengo?
—Sí, seguro. Casi seguro.
—¿Y se puede intentar algo?
—Siempre se puede intentar algo.
—¿Y qué posibilidades hay, doctor?
—¿La verdad?
—Y, sí. La verdad.
—La verdad, qué le puedo decir.

La Ciudad se organiza en una serie de círculos concéntricos que se despliegan a partir de un núcleo que podría ser, digamos, el palacete de la Curia en su avenida tan afrancesada. No por ninguna consideración sobre el poder que el clero ejerce sobre ella —ese sería otro tema, ahora que se ha vuelto la cuna del monarca católico —, sino por mera ubicación, por pura geografía. A los habitantes de la Ciudad les gusta pensar que su centro está en la plaza que se extiende frente al Palacio —que, por antigua coquetería republicana,

llaman «Casa»— de Gobierno, pero los círculos concéntricos —y, por ende, su centro— no tienen que ver con el poder político sino con la potencia social: con la riqueza o su reminiscencia. Y, si situamos ese centro en el palacete de la Curia —un edificio pretencioso, frío, pomposo como las mitras que refugia—, podemos ver cómo a cada círculo sucesivo corresponde un descenso en la escala social, una escalada en la penuria, un oscurecimiento incluso en el color de pieles de sus habitantes. La Ciudad es un remedo malo del infierno.

Y la reconcha de la lora.

—Pero sargento, no lo vi.

A usted no lo vi, se dice —pero no lo dice.

—Ese es su problema.

—Y además es de noche, me da miedo parar, con tanto chorro suelto.

—De eso no se preocupe, para eso estamos nosotros.

—¿Cómo?

—Que de eso nos encargamos nosotros.

—No, por supuesto, ya sé. Pero no me va a negar que últimamente no los para nadie.

—Nosotros, le digo. ¿O qué se cree que hacemos, nosotros?

—No, ya sé, ya sé. Pero por eso me pasé el semáforo, sargento, estaba preocupado.

—Los papeles que le pedí, por favor.

Ritazzi teme que el botón le diga que abra la guantera y vea la pistola que siempre lleva ahí. No están los tiempos para salir al mundo desarmado, pero la yuta, encima que no es capaz de protegerte, te puede cagar por llevar una nueve.

—No me va a hacer una multa por esto…

—¿Y qué quiere que le haga?

—Bueno, seguro que lo podemos arreglar.

—Usté dirá.

Estos hijos de puta, les encanta hacerte sentir que te tienen agarrado de los huevos pero cuando los necesitás nunca aparecen los muy putos. Al fin y al cabo estamos como estamos porque estos turros prefieren ir a manguear la pizza antes que hacer su laburo, manga de coimeros, corruptos de mierda, piensa Hugo Ritazzi, si no fuera por eso viviríamos mejor, piensa, más tranquilos sin este miedo de salir a la calle y que mejor no sigue pensando en eso porque se va a amargar. Mejor pensar que ahora enseguida va a llegar a casa y que Adela lo va a estar esperando con la cena y ojalá que no ponga esa cara de culo; el problema es que la cena va a ser otra vez pasto, verdura, lechuguita. Y no que nadie se lo mande: él solo se condenó hace más de dos años, después del susto, a comer livianito por las noches: la comida es el ritual de la expiación, la forma de pagar pecados y sentir que se controla, se está purificando. Aunque la Chira se enoje porque ya no le come sus guisos, pero señor si sigue comiendo verdurita se va a volver caballo, para preparar esas cosas no me necesitan a mí, señor, y es cierto, ya no la necesitan y les vendría muy bien no cargar con su sueldo pero Adela no quiere, dice que se pasó la vida con ellos y no la pueden dejar ahora en la estacada, ahora que está grande, que seguro no va a conseguir nada.

—… tantas cosas bonitas: como el día en la playa, cuando te conocía; cómo jugaba el viento con tu pelo de niña…

Últimamente, ciertos habitantes de la Ciudad —machos con coche y algo de dinero— han decidido que si van a pagar por sexo deberán ser culos más o menos masculinos. Es un cambio significativo y todavía no se ha terminado de entender qué significa: qué quieren expresar, decir con eso.

—¿Y si me la levanto un poco más?

—Me parece que entonces no te queda tan bien.

—¿Qué, se ve mucho la celulitis?

—Bueno, yo no la llamaría celulitis, pero te queda mejor si la usás un poco más abajo.

Hay personas sentadas en los bares: en la Ciudad hay bares, infinidad de bares, multitud de personas sentadas en los bares. Allí, cualquier observador —¿cualquier observador?— entiende que las personas no saben qué hacer con ellas mismas.

—Vos nunca te atrevés a decirme las cosas de frente.

—¿Y a vos te gustaría?

Ellas
mismas.

La lechuga, piensa, qué tristeza, y ya bastante amargado está sin pensar en lechugas o en coimeros o la pobre Chira, piensa, y que en serio va a tener que cortar con esta chica. Adela sabía, no de esta porque esta todavía no estaba pero sabía que a él le gustaba andar por ahí de vez en cuando y se hacía la boluda, le convenía hacerse la boluda porque le dabas todo a cambio, Huguito, la tenías como una reina y qué mujer no cierra los ojos cuando le conviene si a cambio tiene lo que le da la gana. La verdad que siempre fue muy recta, Adela, buena mina, y ahora que estamos en la mala tengo que estar con ella, no puedo seguir pelotudeando: este fin de semana la pendeja se va a tener que buscar otro punto porque Huguito se borra, me entendés, se las toma. Al final uno puede dejar casi todo, pensó Hugo Ritazzi, casi todo, pero que lo último que iba a dejar era el beeme: no que le importara figurar, ya le daba lo mismo que lo vieran pasar por la calle y dijeran uy qué bueno el

coche del veterano ese no, pero el olor de las butacas, el olor a cuero que supo envejecer le resultaba necesario: yo creo que si me tuviera que quedar con una sola cosa en el mundo, si me dijeran la única forma de salvarte es que largues todo y te quedes con una sola cosa, elegiría este asiento de cuero, el olor de este asiento de cuero, pensaba Hugo Ritazzi. No la casa de Punta que hubo que vender ni los viajes ni las cirugías de Adela ni los doce relojes, ni siquiera la posibilidad de salir de vacaciones todavía ni de echarse un tirito cada tanto, ni siquiera la seguridad de que va a dejarle algo a la nena ni al tarado de Huguito, que se creyó que la vida era joda, que todo era sacar billetes de la caja; no, si tuviera que elegir una sola cosa me quedaría con este olor a cuero.

El olor de lo que supo envejecer.

Es un arte, se dice, es todo un arte
y después piensa bah,
el que no se consuela será
porque no quiere.

El muchacho les grita que no le peguen porque no puede —es obvio— gritarles que le peguen. Les grita que no le peguen como quien dice algo que sabe que nadie va a escuchar: como hablan los vendedores de colectivo o los profetas retirados. Les grita que no le peguen sabiendo que es su obligación gritarlo y la de ellos no escucharlo y le sorprende, en un momento tan difícil, tener la conciencia precisa de que está hablando al pedo: los que le pegan son tres gordos y se ve que están preparados, programados, entrenados para pegarle a gente —más allá de lo que digan, griten, rueguen los golpeados. Porque los tres están convencidos —se ve, consigue pensar el muchacho, en medio de sus propios gritos, que están convencidos— de que le tienen que pegar: acaban de

agarrarlo a la entrada de la disco Sensaciones con cinco bolsitas de un gramo cada una y fue inútil que él les dijera que no pasaba nada, que no quería molestar, que ya se iba, porque el gordo más alto murmuró voy a ver y entró a la disco y cuando volvió hizo un gesto con la mano y se lo llevaron entre los tres hasta la esquina y empezaron a darle, así que querías venir a hacer negocios la concha de tu madre sin permiso del jefe pendejo del orto querías sacarla por tu cuenta sin pagar el peaje hijo de puta, le gritan mientras le pegan, cae al suelo, lo patean con sus zapatos claveteados, grita, grita.

—Hacen siempre lo mismo: reclaman algo y después cuando lo consiguen no lo quieren.

—¿Quién, decís?

—No sé, qué sé yo, todos.

La Ciudad siempre se pensó como una ciudad occidental, sea lo que sea que tal sintagma signifique. Significó, a lo largo del tiempo —a lo ancho del tiempo—, cosas varias, pero siempre relacionadas con la cruz y la piel blanca y las armas más blancas y la moral más blanca todavía, o sea: esos cuentos que hicieron del mundo, en un momento dado, un lugar para algunos. La Ciudad, en general, nunca dudó de dónde estaba: en un sitio donde nunca estuvo.

no lo quieren, son así, no quieren

—Buenas noches señor.

Le dice el portero y Hugo Ritazzi piensa que qué pelotudez, que cuánto lo conforta que el pobre tipo todavía lo trate como antes, mueva la cola cuando él llega como antes tantos le movían la cola y toma el ascensor y se enfrenta con su retrato en el espejo pero cierra los ojos.

—Hola, querida, ¿está la cena?

—Sí, Hugo, la Chira la dejó preparada. Una ensaladita bien fresca, justo como te gusta a vos.

—Gracias, querida.

Dice, y piensa que tendría que haber pasado por la Sensaciones a ver si había alguna guita, si le podían pagar lo que le deben. Por un negocio que le queda todavía…

patada rodillazo

cada golpe

O quizá simplemente te regale una rosa.

¿Es verdad que Julio los desprecia? Él se lo ha preguntado muchas veces y nunca encuentra una respuesta que lo deje tranquilo. Una vez hasta pensó que las respuestas no son para eso, pero eran boludeces: quiere saber si los desprecia, si es una forma de cariño, si es la manera de seguir con ellos. Una vuelta, hace años, se contestó que no: no seas tarado, Julio, si los despreciaras sería que te despreciás a vos mismo porque al final, entre pitos y flautas, te has pasado la vida con ellos. Esa respuesta lo dejó tranquilo por un tiempo, un tiempo sin hacerse la pregunta. Hasta que una tarde se le cruzó que sí, que podía ser que él también se despreciara, que tampoco estaba tan seguro de que nada en él, en su vida, valiera la pena. Sí, la pinta, las pendejas que caen, pero eso no es pa'tanto: yo ahí no tengo nada que ver, yo vine así de fábrica. Y después con el resto nunca hice gran cosa, la voy tirando, la piloteo como puedo y me la banco pero capaz de afuera alguno puede decir qué carajo está haciendo este boludo con su vida, nada de nada, pensó, pero después se le pasó: a veces se reía y se decía cómo pude ser tan amargado de pensar algo así, capaz que son las horas que me paso con estos, se le ocurrió, y de vuelta la pregunta: ¿será que los

desprecio? No, no puedo despreciarlos, son mis hermanos, son los tipos que quiero; a lo sumo puede que me den pena. Eso sí: a veces los miro y me dan pena, pero desprecio no, eso es una huevada. Sé que no los admiro, que nunca digo uy qué par de ñatos, qué suerte tengo que sean mis amigos, eso no, yo sé que son dos pibes del montón, que yo podría darles cuatro vueltas pero mejor que no, los prefiero de amigos. Aunque a veces me irriten un poco. Y ahora, encima, con esta historia del secuestro, sus dudas, sus mariconadas, más todavía, piensa Julio y se interrumpe porque los ve llegar, juntos, como si vinieran juntos de otra parte:

—¿Qué se cuentan, muchachos? ¿Alguna novedad?

Para sus habitantes, la Ciudad es un efecto de edición. Todo habitante edita todo el tiempo: una ciudad es un conglomerado de tanto que no se puede verla, leerla como quien lee un texto terminado. Hay que determinarlo: ponerle sus límites, acotarlo. Cada cual no lee sino unos pocos renglones de esa enciclopedia. Una ciudad es un despilfarro de signos, un sinfín de signos sin un fin

visible.

—Mi papá me dijo que no me preocupara, que las abuelas siempre se mueren.

—No. Tu papá no sabe nada. Yo tengo dos, no se murió ninguna.

—Será que tus abuelas no son tan verdaderas.

otra patada más sinuosa y una directa, de puntín al estómago, el mundo que se convierte en estrellitas

—¡Chira, Chirita!

—Ya va, señora, ya va.

Alcira suele recordar que cuando llegó a la casa era muy joven —chiquita, piensa, y se sonríe— y los señores siempre fueron tan

buenos con ella. Alcira tenía 17, una hija colocada con su madre en Tucumán y mucho miedo, pero estaba esa tía que siempre le decía que se fuera: Chira, no te quedés acá, no te enterrés como tu madre y yo, mijita. Vos tenés que salir de este agujero. O te casás con el Pancho o te mandás mudar.

Y casarse no le parecía: Pancho era un muchacho tan quedado que con él iba a terminar pasando hambre.

—Tan quedado, pero bien que te llevó a los yuyos. Bueno, a vos para llevarte tampoco se necesita tanto, mijita, qué desgracia.

Le dijo su mamá cuando Alcira por fin le contó que se iba a la capital para ser alguien en la vida.

—Sos igual que tu tía. Mucha sínfula, pero en cuanto un muchacho les agarra la mano le entregan el…

El tren estaba repleto: Alcira siempre se acordaría del olor de ese tren —y de la carita de la nena en la estación, saludando con la mano, la sonrisa, tan contenta con el paseo pobrecita, sin saber que su mamá se le escapaba. Pasaron horas, casi un día: en la estación de tren de la Ciudad la señora la esperaba con cara de aburrida.

—¡Chira, Chirita!

—Ya va, doña Adela, ya estoy yendo.

O quizás
simplemente
te regale una rosa.

LA CASA, 1908

Cuando Beatriz Giunti recibió de Mariano Segú la oferta por su casa su primera reacción fue pura mezcla: convencida de que debía venderla, se sorprendió por no sentirse más culpable, más triste, más desamparada. Entonces se dijo que no tenía por qué, que esa casa no era su casa ni nunca lo había sido, que era la casa de su padre, de su abuelo, pero entonces por un momento imaginó lo que habría dicho don Felipe, pobre, si hubiera sabido que la quería vender y primero creyó que le habría pegado cuatro gritos pero enseguida tuvo que aceptar que ya hacía muchos años que su padre había dejado de ser ese, que seguramente le habría dicho claro mijita si todo esto para vos no significa nada, tu familia no significa nada, nuestra historia no significa nada pero sin violencia, solo con tristeza, y se preguntó si habría tratado de convencerlo de que estaba equivocado cuando lo que decía era tan cierto. Y que, a lo sumo, él le habría dicho que pensara por lo menos en su abuelo, en ese señor que ella ni siquiera conoció y que se había pelado el culo para levantar esa casa, esa familia que ya no existía: historias argentinas. Y después, con un esbozo de sonrisa, con el alivio de quien encuentra una coartada, Beatriz Giunti se dijo que al fin y al cabo su abuelo también había dejado todo, había dejado su país, su lengua, su familia de allá para venir a buscarse la vida a un país que, finalmente, no era el suyo —y que, con el tiempo, terminó por no ser el de nadie. Que qué diría, se preguntó, el pobre don Gualtiero si

supiera que este país terminaría por no ser el de nadie. O, por lo menos, de nadie de su sangre. Aunque él, afortunado él, había tenido un plan, un objetivo y se había muerto creyendo que lo había cumplido. La muerte, en ciertos casos, es una salvación.

Gualtiero Giunti había llegado a la Argentina con la clásica combinación de mano atrás, mano adelante, tres años antes de que empezara el siglo XX. El viaje en barco había durado casi un mes: la mayoría de sus compañeros de a bordo eran más jóvenes que él, muchachos de veinte o veinticinco con una vida por delante; Gualtiero, en cambio, ya había pasado largamente los treinta y dejaba, en su pueblo cerca de Livorno, una mujer preñada y una hija. El viaje en barco le había enseñado cosas: la principal, que, al emprenderlo, él también ponía su vida allá adelante —y eso, confusamente, le gustó. Lo corría el hambre; años después, cuando disfrutaba de lo que solía considerar su merecida recompensa, prefería recordar que lo había traído esa ilusión, su coraje de no dejarse amarrar por el destino.

Llegar fue duro: de las pulgas del barco a las malas pulgas de los empleados de Inmigración y del médico que estuvo a punto de rechazarlo porque le detectó una enfermedad que Gualtiero nunca quiso precisar. Gualtiero traía la dirección de su primo Giacomo, que había llegado cuatro o cinco años antes; cuando lo fue a buscar una vecina le dijo en italiano que qué pena, que justo el mes anterior Giacomo se había vuelto al paese porque estaba cansado de derrotas. Gualtiero tuvo un momento de flaqueza; al día siguiente se encontró en la calle —y siempre se maravillaría ante el peso de ese azar en su vida— a un paisano que había conocido en el barco y tenía un compadre que les consiguió conchabo de changarines en el puesto de otro paisano en el mercado central del Abasto. Aquella noche Gualtiero comió carne como nunca en su vida.

Gualtiero era despierto y se las arreglaba con los números: tardó unos meses en encargarse de las cuentas del negocio. Al principio guardaba bajo el colchón de su cuarto del conventillo todo el dinero que no necesitaba para pagar su alquiler y su comida; al cabo de un año, cuando confirmó que estaba realmente en un país generoso, que le permitiría salir adelante, adoptó la rutina de gastar en el prostíbulo, cada noche de sábado, una porción de lo que ahorraba para traer a su familia. En el prostíbulo conoció la música del tango y a una muchacha de Tandil que estuvo a punto de cambiarle el rumbo; necesitó toda su fuerza de voluntad para afeitarse, ponerse su mejor camisa e ir a decirle que no iba a volver más. Fue el sábado más triste y terminó en borrachera —Gualtiero, generalmente, no tomaba: solía decir que el alcohol era cosa de ricos o de maricones. La muchacha, por suerte, no lloró ni le exigió que cumpliera sus promesas. La Ciudad, pensaba Gualtiero, era una cueva de tentaciones y peligros, pero un hombre de verdad debía poder vencerlos. Ese domingo fue, tras tanto tiempo, a misa.

En agosto de 1903 Gualtiero Giunti, con su primer traje y un sombrero de fieltro, fue al Puerto Nuevo a recibir a su mujer y a sus dos hijas. Le costó acostumbrarse a su nueva vieja condición de hombre casado: fueron tiempos difíciles. Los Giunti vivían todavía en el mismo conventillo, en una pieza grande, pero Gualtiero ya había empezado a vender verduras por su cuenta: en 1906 tenía el dinero suficiente para comprar un terrenito no muy lejos del mercado y encarar la construcción de una casa que sería su casa.

Lo ayudaba su hermano menor, Luchino, que había llegado poco antes y tenía experiencia de albañil. Luchino trabajaba todos los días a cambio de un poco de dinero y la promesa de un cuarto en la terraza; Gualtiero intervenía —y dirigía— los fines de semana. La obra tuvo aceleraciones y paradas; el 4 de noviembre de 1908 —

Gualtiero grabaría esa fecha en el frente de la casa, justo debajo del angelito de yeso que era su mayor lujo— invitó a más de cuarenta verduleros del Abasto a una gran comilona para festejar que el país generoso y su esfuerzo incansable le permitían cumplir el sueño de la casa propia. «¡En diez años!», le decían; «¡En menos de diez años!», contestaba, y chocaban las copas. Esa noche fue memorable por más de una razón: Gualtiero Giunti se gastó una fortuna para convidar a sus invitados con un vino espumante verdaderamente italiano, de Asti, que hizo lagrimear a más de uno. Su mujer, Pipina, lo trató de lunático: él le dijo que un hombre tiene que poder demostrarles algo a sus amigos y que, además, él no le había preguntado nada; entre ellos hablaban italiano. Los verduleros cantaron y bailaron hasta la madrugada. Era sábado, también, y, cuando se fueron, Gualtiero se sintió tan poderoso que le entró a su mujer sabiendo que por fin tendrían el maschio que había deseado años. Felipe Giunti, don Felipe, nació en esa misma casa el 9 de julio de 1909, en plena fiesta patria.

3

—¿Vos me vas a explicar a mí?
—Sí, yo te voy a explicar.

Azar acecha.
Azar, dicen, acecha:
Joel ya se había metido en la cama, desistido de llevar los cinco gramos a la Sensaciones, y no porque fuera territorio del Luco sino porque no los tenía y ya era demasiado tarde y ya había hecho dos o tres llamadas sin encontrar nada, por eso lo sorprendió escuchar el teléfono y que fuera el Marino para decirle que se los había conseguido y que si quería se podían encontrar en tal esquina y se los daba. Y Joel no pudo negarse —andaba sin un mango— y fue y se encontró y después fue hasta la Sensaciones tranquilo, algo que había hecho muchas veces, pero esta vez lo agarraron los gorutas en la puerta y mientras lo tiraban al piso —o quizá cuando ya estaba en el piso, tratando de cubrirse la cabeza con las manos— se preguntaba si sería una puta casualidad que justo hoy lo hubieran revisado o si el hijo de mil putas del Marino lo había entregado a cambio de vaya a saber qué y que entonces nada era casualidad, qué mierda me van a hablar de azares

Quizás alguien podría explicarle que el azar era, por ejemplo, que

cuando sonó el teléfono no estuviera ya dormido, digamos, o en la ducha sin poder oírlo o con una minita o los auriculares o esas cosas.

Quizá no.

hijo de puta ya vas a ver cuando te agarre y la reconcha de tu madre te hacés el vivo porque ahora no me puedo defender pero alguna vez voy a poder ya vas a ver y entonces vas a ser vos el que me pida perdón, de rodillas me vas a venir a pedir que por favor que no te atormente más que no te haga más nada y yo me voy a reír y te voy a decir ah sí, te acordás cuando yo te lo pedía: te acordás, hijo de puta, cuando yo estaba en tu lugar

—Lo que pasa es que fue el primer hombre que me besó en la vida.

—¿Que te besó dónde, me decís?

Ella se estaba aburriendo como siempre, pero tuvo un sobresalto de interés cuando se acercaron los mariachis del restorán mexicano al que él la había invitado para esa primera cita y les preguntaron si tenían alguna canción favorita, una que quisieran escuchar. Entonces él les dijo que esa de Juan Gabriel, Se me olvidó otra vez, sin amagar a consultarla. Fue suficiente para que le permitiera un primer beso por encima del flan con dulce. Pero lo que terminó de convencerla fue que él se limpiara justo después los labios con la servilleta. Quería casarse con él. Él siempre estaría en falta, le debería algo. Acercó la silla, se le pegó al costado, le apoyó la mano entre las piernas. Se me olvidó otra vez, le susurró al oído.

—Yo no te trato de ninguna manera. Y ahora no me rompas las bolas que tengo que llevarle veinte gramos al Bepe.

—Pará de versearme, che, Luco. Qué le vas a vender a Bepe, vos.

—Boluda, cómo puede ser que no me creas.

—No te creo, boludo, lo decís para hacerme flashear.

—No seas boluda, boluda. Si querés un día arreglamos y te llevo.

—Dale, llevame ahora.

—No, ahora no, tengo que avisarle.

—No ves que sos un mentiroso.

La Ciudad es muy nueva. Los habitantes de la Ciudad se pasaron muchos años postulando —tácitamente postulando, quizás incluso sin saberlo— que la novedad era su mayor bien. Y un día —un día que nadie sabe, que nadie registró— empezaron a hablar de sus tradiciones, a enorgullecerse de sus tradiciones, a inventar más y más tradiciones

y desde entonces.

—Llamó tu vieja. No, nada, fue raro, empezó a hablar conmigo. Me dijo que tenía miedo de quedarse sin trabajo.

Romi acaba de llegar a su casa —o sea: a la casa de Luco que ella trata de llamar mi casa aunque la frase se le traba. Llega mojada: se seca los pelos negros con una toalla verde.

—No me vas a decir que mi vieja te llamó a vos.

—No, preguntó por vos. Pero debía estar medio sacada, imaginate, para contarme a mí que tenía miedo…

—Sí, ya me lo dijiste.

Y además ya lo sabía: semanas llevaba su madre llamándola para decirle que la señora andaba diciendo que el señor estaba por irse a la quiebra, que qué iban a hacer, que quién sabe si iban a poder quedarse con la casa.

—¿Y si mi vieja se queda sin laburo yo qué hago?

—¿Qué vas a hacer?

—No sé, algo. Algo tengo que hacer. No la voy a dejar tirada así.

—¿Ah, no? ¿No vas a hacer lo mismo que hizo ella?

—Ella no hizo eso.

—¿No?

—No, no es lo mismo. Ella me dejó con mi abuela, con familia. Ahora si los patrones la rajan mi vieja se queda en la puta calle.

—¿Y vos qué le vas a poder…?

Luco se arrepiente antes de terminar: es demasiado cierto como para decírselo. Ella lo torea:

—¿Qué? ¿Qué ibas a decir?

—No, nada.

—Dale, decilo.

Luco no quiere. Está bien decir las cosas ciertas pero no las demasiado ciertas. Ella lo torea:

—¿Qué? ¿Qué ibas a decir?

—No, nada.

—Dale, decilo.

—Te dije que nada.

Luco saca una bolsita de yerba y un papel y se aparta el pelo de los ojos:

—¿Nos fumamos uno?

—Como quieras.

—Dale, que después me tengo que ir a llevarle veinte gramos al Bepe.

—Pará de versearme, che. Qué le vas a vender a Bepe, vos.

—Boluda, cómo puede ser que no me creas.

Rasgos distintivos de la Ciudad —solemos suponer— son una danza inventada hace más de cien años —y cuyas últimas versiones interesantes se compusieron hace setenta, ochenta— y todas esas vacas muertas que vivían fuera de ella. Hay quienes piensan que la Ciudad debería conseguirse rasgos nuevos; buscan, buscan, no

encuentran.

Caminamos una calle sin hablar, caminamos
una calle sin hablar.

O encuentran cosas que eligen olvidar.

La desesperación de la Ciudad: resignarse a la Ciudad es resignarse al sinsentido, a la acumulación y yuxtaposición de lo que no se dirige a ningún lado. A la suma de manzanas y peras y más manzanas y postales del Delta Panorámico y esa especie de torre blanca puntiaguda y la pareja de bailarines apretados y un partido de fútbol y muchos millones de personas: muchos millones diferentes de personas —que hacen de la Ciudad un monstruo que se come, sin gritos, a sí mismo. La Ciudad ofrece a sus habitantes la ilusión de que los contiene y los dirige —y no es nada más que esos habitantes que ella pretende contener, solo que son demasiados para controlar nada y cambian sin cesar porque algunos se mueren y otros nacen y en esa sencilla pero emotiva ceremonia se transforman en repuestos desechables, en piezas de un engranaje que, por definición, no va a ninguna parte. Si los hombres no se murieran —no nacieran— la Ciudad no sería nada más que la suma de ellos.

—No, las que se mueren son las abuelas de los padres.
—Claro. Esas son.

Como quien dice que la Ciudad es un efecto de la muerte: otro de esos errores.

—Uy, esas, pobrecitas.

Como si alguien pudiera saber de antes quién se va a morir. Como si alguien pudiera saber cuándo. Como si alguien fuera diferente.

Azar acecha pero a veces
se pone perezoso.

—Ese tonito te lo podrías meter un poco en…

—¿En dónde? ¿Qué tonito?

—Vos sabés, pelotudo. Ese tonito superado.

Luco pone cara de paciencia: como si suspirara pero sin suspirar. Luco tiene 30 años, la cabeza rapada, un aro largo que le cuelga de la oreja izquierda, nariz ganchuda que le arruina o subraya la cara según las circunstancias, pantalón y camiseta negros.

—No te hagás el boludo. Como si me estuvieras perdonando la vida todo el tiempo. Porque soy morocha, porque mi vieja siempre fue una mucama, porque no estoy a tu altura. Por qué no te vas un poco a la reputa madre…

—Romina.

—¿Qué, qué pasa?

—Romi, no seas boluda. Te voy a decir una vez más que lo que decís no tiene nada que ver. Pero no te lo voy a decir muchas veces más.

—Ahora me venís con amenazas.

—Romi, qué carajo te pasa.

—A mí nada, qué me va a pasar.

La casa es un ambiente enorme muy vacío: al fondo una gran cama con un televisor; más acá, hacia el medio, donde Luco y Romina se hablan, una mesa redonda de vidrio con cuatro sillas de metal y, en la otra punta, dos sofás negros enfrentados rodeando una mesa baja de madera. Las paredes muy blancas, sin un cuadro.

—Romi, si la rajan ya va a conseguir algo.

—Ah, sí, es tan fácil. Para vos son fáciles las cosas.

—Yo no digo que sea fácil. Pero al final conseguís.

—Una mujer grande, no sabe hacer nada. ¿Qué carajo va a

conseguir?

—No es tan grande. ¿Qué tiene, cuarenta, treinta y algo? ¿Qué edad tenía cuando te tuvo, quince, dieciséis?

—Quince, tenía.

—Qué impresionante, no. Una pendeja de quince años con una beba, sin un mango, que deja todo y se viene desde Tucumán. La verdad que a veces cuando lo pienso me parece que nosotros al lado de esa gente somos una manga de nabos.

—Somos, al lado o en cualquier otro lado.

—No, boluda, ya sabés lo que te quiero decir.

—Sí, pero tampoco tanto. No es que se vino con la beba. A la beba la dejó allá, ya sabés, allá, empaquetadita con la abuela.

—¿Te puedo decir algo?

—Si querés.

—No, en serio. La verdad que me impresiona que vos hayas salido de ahí y…

—No volvás a empezar, la puta…

—Bien te lo digo, bien, pará. Me impresiona que hayas salido de ahí y que hayas podido llegar hasta acá.

—¿Acá, adónde? ¿Con vos, querés decir?

—No, boluda, a la ciudad, a la escuela de arte, a esta vida. No me vas a decir que no es mejor que lo que te tocaba.

—A veces me parece que no.

—No rompas las bolas. ¿Qué preferías, estar en Tucumán con cuatro pendejos saltándote alrededor para que les des algo de morfar?

—¿Vos decís ser como mi tía, como mi abuela, eso decís?

—No, no quiero decir eso.

—Entonces no lo digas.

—¿Sabés qué? Mejor no digo un carajo.

caminamos
una calle sin hablar:
avenida Rivadavia.

El diario dice que el hombre se bancó nueve llamados pero el décimo no. Dice que los llamados le decían que tenían a su hijo secuestrado y que lo matarían a menos que les entregara treinta mil pesos; el hombre era bastante pobre pero, días antes, había cobrado esa plata porque lo echaron del trabajo —y la tenía. El hombre estaba dispuesto a darles veinte, veinticinco; sospechaba que, incluso, si lo apretaban más les daría todo. Pero, en su décimo llamado, el secuestrador no pudo hablar con él: solo oyó unos ruidos raros, que no supo cómo interpretar, y colgó. El diario dice que volvió a llamar poco después y lo atendió un enfermero que le dijo que el hombre estaba en una ambulancia, con un infarto, medio muerto. El diario dice que el secuestrado apareció en el hospital horas después, que su padre agonizaba, que contó que sus secuestradores lo habían dejado libre en una esquina. Y dice que, cuando lo interrogaron, el secuestrado terminó confesando que nadie lo había secuestrado, que fue un invento suyo para quedarse con la plata del papá. El diario dice que no está claro qué delito le pueden imputar, pero que el juez quiere encontrar alguno.

(Un delito es, digamos, la manera de postular que tal hecho no es un efecto del azar sino de una decisión —y que, por eso, hay que pagar por él. En ese marco, el azar sería gratis.)

El padre, antes de morirse, le dijo que lo perdonaba.

Entonces uno traía a otro y otro a otro y otro a otro más, y muchos trajeron a muchos. En esos años la Ciudad atraía un flujo incesante de personas que creían en ella, que se habían convencido

de que en ella podrían ser lo que no podían en cada uno de sus lugares propios. A menudo personas imaginan que sus vidas serán, en otro lugar, muy diferentes.

El hijo no sabe qué creer.

—¿Lo leyeron, muchachos, lo vieron en la tele?

—¿Qué cosa, Juli, de qué carajo estás hablando?

—Nada, ese pibe que se hizo el secuestrado para sacarle guita al viejo y resulta que al viejo le dio un bobazo y se murió. Y ahora no saben de qué acusar al pibe, no lo pueden acusar de nada.

—Hay algunos que tienen más culo que cabeza.

La madre tiene miedo de que también se mate. Sabe que no se va a matar pero pensarlo la tranquiliza un poco.

Habitantes de la Ciudad la creen blanca, la imaginan blanca, la reivindican blanca. Hay, por supuesto, en la Ciudad, gente que no lo es: muchos. Pero suelen ser pobres y los ciudadinos más ricos consideran que esos no son ciudadinos de verdad; los suponen ajenos, invasores. Les temen, los desprecian, los descalifican: los evitan salvo cuando precisan que les laven los baños.

Los llamaron, alguna vez, «el aluvión zoológico» —y cambiaron la Ciudad.

—Ojalá fueras estampilla, para pasarte la lengua y meterte en el sobre.

Ella recuerda exactamente el día en que odió a su madre por primera vez. Recuerda ese día exactamente: fue terrible, pero lo que recuerda como terrible no fue lo que primero podría pensar como terrible: no que la violaran a la salida de la escuela —en el parque que tenía que cruzar todos los días cuando salía de la escuela, ya

cayendo la tarde, tres o quizá cuatro bestias, nunca pudo saberlo— sino que Chira, su madre, le dijera que claro, si andaba vestida como una cualquiera —le dijo: como una cualquiera— cómo no le iba a pasar eso, y que agradeciera que por lo menos seguía viva.

—Sos tan linda que te como toda y me coso el culo para no cagarte.

La Ciudad se organizó, al principio, alrededor de una plaza central, donde estaba el poder. Después, con el tiempo, se le fue alejando; la plaza se quedó en un margen, el raro espacio donde el poder se vuelve, muy de tanto en tanto, personas en la calle. Esa plaza central quedó, entonces, como el símbolo de algo que no existe pero que, simbolizado, parece que definiera cosas.

—Si el mundo fuera un pañuelo… vos serías mi moco preferido.

La Ciudad es una complicación de personas y lugares pero, además, cada persona lleva en sí tantos tiempos distintos. En la Ciudad no solo las personas, los lugares disputan: están, también, los tiempos.

Después, mucho después, entendió ese chiste que le habían hecho, justo antes de agarrarla entre todos y arrancarle la pollera —que, según su madre, era tan corta que hacía de todo lo que le había pasado culpa suya:

—Nena, ¿hacemos el 68?… vos me la chupás y yo te debo una.

La sorprendió —la confundió, la descorazonó— entender que hacían chistes.

A veces el cielo de la Ciudad es milagrito. A veces es de un azul tan bruto que parece puro photoshop, tan brillante, tan desnudo de nubes. Entonces, los habitantes de la Ciudad se sienten como en un

escenario que no se merecen. Entonces, los habitantes de la Ciudad prefieren no recordar que su cielo fue turbio durante muchos años, más décadas, hasta que un gobierno militar y despiadado eliminó los quemadores de basura por edificio —los incineradores— para hacerse con un negocio y unas comisiones y que, por esa causa tan oscura, consiguieron ese cielo inmaculado.

—Si no te das el gusto de conocerme, mamita, no te vas a poder dar el lujo de olvidarme.

A menos que esté conmigo porque es la forma más fácil de conseguirse porro. Pero sería una boludez. Si fuera así, más bien estaría por todo lo demás que le consigo: la casa, un circuito, amigos, todo eso. Pero las cosas tampoco son tan simples. Además le gusto, la caliento, no sé por qué pero la caliento. Pero siempre me hace notar que ella es tanto más linda, que yo soy medio fofo y que me estoy poniendo viejo y que ella es una diosa, no me lo dice pero se nota, me lo hace notar quiero decir, lo pone ahí, lo tira. Capaz que es eso lo que le gusta: tenerme como un perro, como quien tira una limosna, tenerme sabiendo que es demasiado para mí, la concha de su madre.

Ya va a ver.

—Tesoro, ¿todavía no encontraste a nadie que te entierre?

La Ciudad está llena de lugares a los que sus habitantes —la enorme mayoría de sus habitantes— nunca han accedido pero que forman —porque así se forman las ciudades— parte de sus vidas: son escenarios donde, por omisión, sus vidas se hacen y deshacen. Casi nadie ha entrado —un suponer— en la oficina de su presidente o de su alcalde o de su estrella de la televisión. Son tan pocos los que han estado en la oficina del comisario jefe de su policía. No son

muchos los que han entrado en esos baños de la estación de tren donde se encuentran los amantes más urgidos. Ni siquiera son demasiados los que fueron alguna vez a las canchas de sus equipos más famosos. Son multitud los que nunca han entrado a su fastuoso teatro de conciertos.

—Sos tan dulce que si te meto un palo en el culo sos un chupetín.

O, peor: cada uno de sus ciudadanos conoce, digamos, como mucho, cien casas entre el millón que la Ciudad esconde.

—¿Hola?

—Hola, nena.

—Mamá. Cómo estás.

—Bien, nena, más o menos.

—¿Qué pasa?

—¿No te dijo Luco? Parece que el señor Hugo se va a ir a la quiebra.

—¿Otra vez con eso, vieja?

—No, esta vez es en serio. Hoy la escuché a la señora que le decía a una amiga por teléfono que se van a tener que mudar, van a tener que reducir todos los gastos. Estoy preocupada, nena, no sé qué voy a hacer.

—No te preocupes. Por ahora no sabés si es así, si se van a ir, si te van a despedir, no sabés nada.

—Sí que sé. Yo sé lo que pasa en esta casa, nena, con tantos años. Yo veo cómo se amontonan las cuentas, veo que la heladera tiene mucho lugar, yo veo todo. Ya ni ropa se compran. Mirá, si me guardás el secreto, te digo algo más: fijate si deben estar mal que ya ni se acuestan, los señores. No se acuestan entre ellos, quiero decir.

—Ay, mamá.

—Qué ay ni ay. Yo me entero de esas cosas, vos qué te creías.

—Pará un poco, no te calentés.

—Es fácil decirlo, para vos.

—Te juro que no. Pero de alguna forma vamos a salir adelante.

—¿Vamos? ¿Qué me querés decir?

Los hombres de la Ciudad tenían la costumbre de hablar a sus mujeres —de la Ciudad, no de los hombres— en enigmas. Eran enigmas pavos, enigmas sin enigma, una figura extraña: maneras de una adivinanza cuya respuesta siempre era la misma. Después, en algún momento, empezaron a hablarles de las respuestas. Hay momentos de una ciudad —de la Ciudad, en este caso— en que las adivinanzas ya no tienen sentido.

—Disculpame, ¿vos existís o sos un sueño?

Hay momentos de una ciudad en que los chistes se empiezan a volver siniestros.

—Quien fuera tigre de circo… para lanzarse sobre esa argolla ardiente.

Ahora han dejado de pegarle: dos de los tipos dejaron de pegarle y uno le ha puesto un pie sobre el pecho, el muchacho en el suelo con el pie pesado de uno de los pesados sobre el pecho, aplastándole el pecho y la espalda contra el piso mientras los otros dos lo miran preguntándole qué van a hacer con él y él, sin prepararlo ni pensarlo, como antes les gritaba que ya no le pegaran ahora les dice en un susurro, la voz muy ronca en un susurro con una tos de sangre que no puede ser que le peguen así que ya van a ver que él no es cualquiera que ya van a ver que se las van a pagar todas. Así que ya estás en ese tema, le dice el de su pie en el pecho: sabe —le enseñaron y además lo observó— que sus golpeados

empiezan con las amenazas cuando ya aceptaron que ningún ruego va a conseguir que dejen de pegarles: cuando se resignan, cuando descubren que no hay nada que puedan hacer, que el otro los tiene a su merced. El pesado no lo piensa en esos términos, pero: las amenazas son una forma de controlar en el futuro un asunto que, en el presente, se escapó.

Nadie me había contado, nunca había leído, cómo los pasos más decisivos, las novedades más brutales, se aparecen con la banalidad de un día de lluvia.

—Tengo que salir.

—¿Ahora?

—Ahora. ¿No te lo estoy diciendo? ¿Qué pasa?

—Nada, Luco, que acabo de llegar y ya te vas.

—No seas boluda, nena. El Bepe necesita que pase por su casa.

—Ese es un hijo de puta, es peligroso. Yo que vos no le vendo más.

—Así que la señorita se da el lujo de rechazar clientes. Mis clientes. ¿Y vos de qué vas a vivir, seré curioso, si yo me pongo a rechazar clientes?

—No te lo tomés así. Te lo digo por tu bien.

—Por mi bien, me lo decís. Me lo decís por mi bien. Yo siempre estuve bien. Yo me pasé muchos años muy bien sin tus consejos, sabés. Así que relajate, nena, tomátelo con calma.

Llegan, como si nada,
como llega la factura de la tintorería.
Llegan como si nada:
rompen todo.

Los habitantes de la Ciudad tienen ideas sobre sí mismos —en

tanto que habitantes de la Ciudad. Creen, por ejemplo, que los habitantes de la Ciudad —por serlo— son pícaros con una picardía siempre al borde del engaño, la sordidez, el timo. A los habitantes de la Ciudad les gusta imaginarse como tales pícaros aunque eso, muchas veces, les complique la vida: viven sabiendo que la mayoría de las personas con que se relacionan —habitantes de la Ciudad también— los van a tratar al borde del engaño, la sordidez, el timo.

Pero creen que —habitantes de la Ciudad al fin— sabrán sobreponerse.

—Vos no sabés con quién estás hablando.

—No.

—Ya vas a saber.

—¿Sí?

—Sí. Yo soy el que puede darte lo que querés, si de verdad querés.

A mí me gusta la Ciudad
porque
me deleita imaginarme el movimiento de los cientos
de los miles de los cientos
de miles
que justo ahora precisamente
ahora
están cortando el aire con las bocas abiertas
empujando los huesos en el aire retrayendo
los huesos en el aire contra otros
las carnes contra otras
la grasa contra otra las pieles
contra otras el odio
contra otro odio las envidias

contra más envidias sus historias
siempre contra contra contra
otras.
Aunque
también
me desespera pensar todos iguales todos
creyéndonos tan diferentes tan iguales
tan destinados a la poquita cosa resignados
a la poquita cosa pero justo

A veces piensa en Juancho, que al fin se resignó y se volvió taxista. Pero era pretencioso: quería que sus viajes tuvieran un sentido. Detestaba la idea de su inutilidad, ese ir y venir que no deja nada, ese tributo al azar que siempre pide. Quiso darle sentido: en los nombres de las calles —componer con ellos—, en los dibujos, en los recorridos, inventar un sentido. Juancho trabajaba sin parar, se desarmaba trabajando.

en el momento clave en ese golpe
de imaginarse únicos tan
brutalmente
iguales

El hijo no se llama Juancho sino Juan Domingo y a veces piensa en qué estaría pensando el pelotudo de su viejo cuando lo llamó así.

iguales
tan brutalmente
únicos

—No me esperes. Yo ahora le voy a llevar la bolsa y después sigo con un par de pavadas. No me esperes.

LA CASA, 1915

La casa de Gualtiero Giunti —y su mujer Pipina y sus hijas María y Giovannina, Nina, y su hijo Felipe, el argentino— tenía una sola planta y tenía, como era de esperar, un frente de diez varas de ancho repartidas entre una puerta alta y estrecha y una ventana alta y ancha tras un balconcito de hierro con profusión de firuletes. La casa de Gualtiero Giunti estaba terminada y no lo estaba: ahora el frutero —prefería llamarse frutero antes que verdulero— veía la vida como una escalera que iría subiendo paso a paso, así que su casa tenía una escalera, al costado, con su propia puerta a la calle, que subía a la terraza; cuando juntara más plata construiría un piso alto, lo alquilaría y juntaría más plata —y quizás, entonces, pudiera construir otra casa y otra y otra más: más y más escaleras.

Para entrar al recibidor de la casa había que abrir la puerta alta, protegida con una orfebrería de hierro retorcido. En el frente, a la derecha del recibidor, tras una puerta de vidrios de colores, había un salón que los Giunti solo usaban en las grandes ocasiones: el santo de Gualtiero o de Pipina, los cumpleaños de los chicos, la Navidad, la visita del gerente del banco. Detrás del recibidor se abría el pasillo largo y angosto: a su derecha se sucedían los cuatro cuartos de techos muy altos, con ventanas que daban al pasillo. En la primera pieza, la más grande, dormía el matrimonio; las dos hijas dormían en la segunda y el pequeño Felipe, a partir de sus seis meses, cuando lo destetaron, en la tercera; el cuarto cuarto era la salita de

costura y planchado de la madre, de las tareas y juegos de los chicos, la despensa. Al final del pasillo había un patio pequeño con su piso de mosaicos blancos y sus pocas macetas y la cocina y el baño alrededor. En el baño había una bañadera de patas de hierro y un lavabo blanco con su inodoro a juego; en la cocina, un lavadero de piedra y una cocina a carbón de hierro negro. Esos primeros días Gualtiero —que, para entonces, ya decía que su nombre era Gualter — se paseaba por su casa como quien recorre los despojos abandonados por un ejército enemigo, el botín de una conquista: miraba cada cosa, tocaba cada cosa, la lustraba —las manijas de bronce de las puertas, las canillas, el vitral del recibidor, los interruptores de la luz— y se maravillaba de que todo eso fuera suyo.

En la terraza, al principio, solo estaba el cuarto donde dormía el tío Luchino: los chicos no tenían permiso para subir a ese lugar e imaginaban las cosas más extrañas. Las obras del segundo piso no empezaron hasta 1915, cuando Felipe ya había estrenado su delantal blanco. Antes, en 1914, había nacido un cuarto Giunti; Felipe casi no lo recordaba porque una noche, poco antes de sus ocho meses, hizo mucho ruido al respirar; a la mañana, cuando su madre lo llevó al hospital de Niños, le dijeron que tenía difteria y que había esperado demasiado: el pequeño Valerio se murió al mediodía. A Felipe le contaron que se había ido a otra parte y, una noche en que insistió demasiado en la pregunta, doña Pipina le contestó que no se preocupara, que estaba muy bien allá arriba; Felipe entendió que vivía en la pieza del tío Luchino, en la terraza. Durante mucho tiempo Felipe imaginó a ese hermano siempre bebé encerrado en la pieza inaccesible: una custodia, una amenaza. Sus hermanas mayores aprovechaban la confusión: cuando querían retarlo o asustarlo le decían que Valerito lo castigaría. Muchos años después,

cuando ya era un adulto, Felipe todavía se sobresaltaba por un paso en el piso de arriba, por un ruido sin explicación.

Las obras del piso alto terminaron en 1917 y el tío Luchino se trasladó a un nuevo cuartito en la nueva terraza, un piso más arriba: siempre aclaraba que era provisorio, que en cuanto se casara se haría su propia casa. Los primeros inquilinos del primer piso fueron cuatro hermanos recién llegados de Galicia: los dos del medio trabajaban para Gualter en el mercado; el mayor, aprendiz de herrero en Pontevedra, había conseguido empleo en una fábrica metalúrgica, y el último, que tenía 16, era el consentido y la esperanza de los otros: entre los tres lo mantenían para que estudiara tornería en un colegio industrial. En esos días Gualter Giunti leía con desesperación las noticias de la guerra en Italia: se felicitaba por no estar allí y se moría de vergüenza por haberse ido. También en esos días le llegó un telegrama diciéndole que su madre había muerto: la guerra, por supuesto, no había tenido la culpa. Sus hermanas —una viuda de guerra, solterona la otra— le escribieron poco después para preguntarle si le parecía bien que fueran a instalarse allí con él; Gualter les dijo que la Ciudad no era lugar para mujeres como ellas.

Don Gualter prosperaba: en 1918 compró un sillón con tapizado de terciopelo verde —que nunca nadie usaba— y una mesa de una madera rara, cuyo nombre no sabía pronunciar. Felipe ya tenía diez años y era flaco, las rodillas huesudas asomando del pantalón a media pierna, el pelo oscuro y un remolino en la coronilla que kilos de gomina no podían dominar. Cada vez que salía a la calle, Felipe miraba la puerta de la casa como si se estuviera cerrando para siempre. Salía poco; le gustaba más encerrarse en su cuarto a mirar sus tres libros de cuentos o, más tarde, a estudiar sus lecciones. Sus hermanas lo burlaban y le decían que hiciera más cosas de chicos;

ellas ya tenían veinte, veintiún años, las carnes abundantes y una buena colección de pretendientes —que su padre espantaba con denuedo. A veces, a la noche, se oían gritos: la mujer le pedía a su marido que fuera más tolerante con esos muchachos y el hombre le gritaba que a él nadie le decía lo que tenía que hacer. En su cuarto, el segundo, María y Nina a veces sollozaban.

Una tarde de enero de 1919 doña Pipina había llevado a su hijo a su clase de dibujo: el chico tenía cierto talento y sus padres supusieron que podía ser delineador o algo por el estilo; don Gualter prefería no imaginarlo artista. La profesora vivía en otro barrio: Felipe y su madre tomaban el tranvía. Pero esa noche, al volver, el tranvía se detuvo en una avenida y el guarda les dijo que no podían seguir, que tenían que bajarse: la policía, les dijo, había cortado el paso. La calle estaba oscura y se oían disparos a lo lejos; durante unos minutos infinitos, Felipe se refugió con su madre en el umbral de una casa: al cabo, los dueños los dejaron entrar y les dieron un colchón para pasar la noche. Si las personas decentes no nos ayudamos, les dijeron, adónde vamos a ir a parar con todo esto. Felipe ahora estaba feliz con la aventura y trataba de escuchar la conversación de los mayores, que hablaban de muertes, de revoluciones.

A la mañana siguiente, cuando llegaron a su casa, su padre y sus hermanas los recibieron con llantos y con gritos. Don Gualter dijo —Felipe lo oyó con extrañeza, con espanto— que había tenido mucho miedo. Esa tarde, a la vuelta del mercado, le trajo la caja de lápices que llevaba tanto tiempo pidiéndole. A la semana siguiente los hermanos gallegos fueron a despedirse: años más tarde, Felipe terminó de entender que el hermano mayor trabajaba en la fábrica Vasena, que había participado de la huelga y que el hermano menor, el estudiante, había caído con un tiro en la cabeza cuando trataba de

atravesar un cordón policial para llevarle algo. Los hermanos Murillo, desconsolados, hartos de este país de criminales, se volvieron a Pontevedra en el primer barco —y don Gualter Giunti tuvo que buscarse nuevos inquilinos. Felipe siempre recordaría que, pese a la molestia, su padre dijo que era mejor que esa gentuza no viviera más bajo su techo.

4

—Che, ¿vos alguna vez pasaste hambre?

Aunque no es cierto que, como suelo pensar cuando no pienso, la Ciudad sean sus calles, sus esquinas, sus espacios abiertos. La Ciudad es todo lo que pasa en las casas oficinas talleres dormitorios livings sótanos. Lo que vemos es su piel. Más allá, detrás, lo que sí importa.

Achuras de ciudad, sus grasas.

El cuadro es enternecedor, la pintura social: sentada en la puerta del supermercado, mientras pide comida, una madre acuna a su hija más bien grande sobre sus rodillas. La acuna con un ritmo desparejo, al borde de nervioso. No le canta, le dice:

—Dormí que si no te voy a bajar todos los dientes, te voy a bajar. Dormite, nena, de una vez.

—Yo ya no puedo, pero lo que quiero es que mi nena pueda vivir de otra manera. ¿Me entiende lo que le digo? Vivir de otra manera. Digo, si me entiende: que no sea como yo, la pobre.

La Ciudad son millones de personas, la Ciudad es millones de personas —la Ciudad es, antes que nada, cada una de esas personas

— y, sin embargo, nada anula mejor la individualidad de esas personas que ciertos espacios que la Ciudad ofrece: una tarde cualquiera, miles de esas personas encerradas en coches bajotierra que las desplazan a ochenta kilómetros por hora para volver de sus trabajos son, mucho más que personas, la Población de la Ciudad. La mayoría de los ciudadanos ama a la Ciudad porque les da esa posibilidad de disolverse; otros, menos, la detestan por eso.

Grasas, la sangre, la materia grisácea, los tubitos chiclosos.

Las abre, las cierra, las abre, las cierra, las abre, las cierra, las abre, las cierra; después descansa las dos piernas en el suelo y ahora la abre y la cierra, la abre y la cierra, la abre y la cierra: sabe que los hombres no le encuentran grandes atractivos y leyó que si hace los suficientes ejercicios con sus piernas y su concha después los puede enloquecer cogiendo. Para eso, sabe, primero tiene que convencerlos de la primera vez. Después, leyó, los va a tener agarrados por el mango —como la sartén, se le ocurrió, y practica practica practica. La sartén es una imagen que le gusta. Tenerlos fritos, piensa, y se ríe mientras se sigue ejercitando.

—¿En serio ya tenés cuarenta? No me mientas.

Ramón, en esa celda que comparte con otros once más, trata de recordar la cara de la chica. Le gustaría acordarse de la cara de esa chica. A veces piensa que debería pedir una foto de la cara de la chica pero después le parece que mejor no, que va a ser sospechoso. Al fin y al cabo, su abogado le dice que todavía pueden conseguir que el juicio se anule, que descubran al culpable verdadero, que lo suelten. Es cierto que ya pasaron siete años, pero Ramón prefiere no pedir la foto y sabe que lo que importa no son los siete años que pasaron sino los diez, los veinte, los treinta que

todavía no. Y que, de últimas, ya tendrá tiempo de mirar esa cara.

Suena el timbre, ella va a abrir.
—Hola, qué decís. ¿No está el Bepe?
—Sí, pero está ocupado. Dejame lo que tengas.
—Lo que pasa es que quería hablar con él.
—¿Qué pasa, Luco, te debe mucha guita?
—No, un poco nada más.
—Dejameló, dale, y en la semana seguro que te paga.
Luco la mira como quien atraviesa, Laura estira la mano. Él le da un sobre de papel madera, le sonríe, dice bueno.

Ayer, un día, cada día: un accidente, un cuerpo tirado en el asfalto, la gente alrededor que mira y que no mira. El que mira y sí mira piensa en el momento en que los coches no mataban: en que recién aparecían y no eran suficientes, no alcanzaban la masa crítica necesaria para ser mortales; momento en que eran puro brillo del transporte perfecto. Piensa en el momento en que las cosas aparecen y son, todavía, puro brillo. Piensa en un amor en el que nunca piensa.

Esos ardores. Dónde
se cruzan esos ardores que nunca
se cruzan. Cómo
sostiene la Ciudad
tanta chispa en el aire.

Laura sabe que él está en la otra pieza. No es raro: él casi nunca está en la suya —la de ellos. Él, en la pieza de al lado, hace ruidos muy inconfundibles. No es raro: muchas veces él la obliga a oír — aunque no quiera, aunque se pueda pensar que no lo hace para eso — los ruidos de sus desahogos. Él los llama así: mis desahogos. Y

ella trata de pensarlos así: sus desahogos —y sube el volumen de la televisión.

En la televisión un energúmeno desaforado cuenta un chiste: cuál es la diferencia entre una foca y una vieja, pregunta el energúmeno y, a sus lados, dos rubias tetonas empiezan a reírse por si acaso. Que una es gorda, bigotuda y tiene olor a pescado, dice el desaforado y hace una pausa dramática para que se vean las caras de intriga de las rubias: las caras de intriga consisten sobre todo en bocas de labios como labios muy abiertos, en un remedo de la sorpresa que están por recibir. Una es gorda, bigotuda y tiene olor a pescado, repite el energúmeno; la otra también pero vive en el agua, remata, y las dos rubias deshacen el círculo de los labios siliconas y lanzan carcajadas que les sacuden las siliconas de las tetas. Laura nota que las carcajadas que se oyen no pueden provenir solo de las dos tetonas —y que tampoco tapan los sonidos inconfundibles de él desde la habitación de al lado. Ni siquiera los sonidos inconfundibles de la conchuda que está con él, piensa, y cambia de canal.

—… no cejaremos en nuestro empeño de conseguir resultados cueste lo que cueste…

Dice un señor vestido de traje y Laura no sabe si se trata de un político en campaña o un gerente de marketing o un director técnico amenazado de despido, pero sí que su tono pausado y reflexivo hace que los sonidos inconfundibles se oigan mucho mejor, y cambia de canal. Entonces aparece una imagen movida, encuadrada torcida, la luz escasa, que muestra a una familia local caminando por la noche detrás de un carrito de supermercado lleno de cosas viejas: maderas, cartones, diarios, algún engendro inidentificable. Laura entiende que es uno de esos programas que el gobierno de la Ciudad o del país que —supuestamente— contiene a la Ciudad suele

subvencionar, porque muestra pobres en las calles. Los programas con pobres en las calles le ofrecen al gobierno —de la Ciudad o del país— un doble beneficio: por un lado dan clara prueba de su sensibilidad social, ya que muestran que se preocupan por esos compatriotas hasta el punto de filmarlos y pasarlos por la televisión; por otro —y este es el más rentable— reconfortan a la masa de telespectadores que, aún si atraviesan una situación complicada, no han llegado a esos niveles de desesperación: les produce el efecto bueno yo no estoy tan mal —que es lo que los gobiernos persiguen con muchos de sus actos. Laura, sin embargo, no tiene esta noche ese problema y los sonidos inconfundibles del Bepe y la conchuda se oyen más y más entre los silencios del locutor sereno y grave, en un crescendo que le golpea los tímpanos, y cambia de canal.

Pero ahora ya no aprieta al azar: busca, con el control remoto —control remoto, piensa, y se sonríe— el canal Afrodita. Laura tiene una camiseta blanca, un jean desabrochado, cuarentaytantos años bien llevados: la cara con las arrugas necesarias, el pelo negro a base de tinturas, caderas anchas sin exagerar. El canal Afrodita, piensa, nunca la defrauda, y sube el volumen hasta el máximo: una voz muy masculina que grita no dejés de chupar hija de puta. Laura se sobresalta y enseguida se repone. En la pantalla cuatro negros de pie se pajean alrededor de una mujer rubia arrodillada llena de tatuajes que los va chupando uno tras otro y también se pajea. Uno de los negros tiene una pija extraordinaria, una especie de vara a punto de transformarse en la serpiente o viceversa y le grita de nuevo: no dejés de chupar hija de puta. Laura se vuelve a sorprender por la intensidad y la ronquera animal del grito del negro —muy bien doblado, piensa, por algún actor nacional—, pero se tranquiliza: ya no oye los ruidos inconfundibles que seguramente sigue haciendo, en la pieza contigua, el Bepe Leo Ramírez, su

hombre o novio o concubino, gran músico que fue y a veces
sigue siendo, un gran
hijo de puta,
piensa Laura y después piensa que no:
que es todo cosa suya.

Decididamente la reproducción es el problema que nuestros cuerpos no pudieron solucionar con elegancia. Ahí se nos ve la hilacha. Un cuerpo es una construcción más o menos compacta, donde todo está ajustado y contenido, salvo la pija de los hombres, las tetas de las mujeres: necesidades de la reproducción que no hubo forma de incluir en el paquete y penden como suplementos groseros, rebosantes. Eso, sin duda, significa algo.
(Los vuelve curiosamente apetecidos.)

En la pantalla los negros todavía se pajean o masturban: si hay una palabra que Laura nunca puede decidir es esa: pajearse o masturbarse. Pajearse tiene un aire rústico, campestre, adolescente, cierto que le gusta: es, de algún modo, la verdadera cosa. Pero masturbarse suena tan perverso en su forro científico, en su supuesta distinción de cuarta, en su intento de eufemismo fracasado, que a veces le parece que la calienta más. Después duda, vuelve a preguntárselo. Sus dedos, por suerte, piensa, no hablan con palabras.

Esa sería, sí, la auténtica elegancia.

Te creías que me ibas a joder, murmura Laura, hijo de puta. En la pantalla hay un gato —¿una gata? Un negro agarra las dos manos del gato o gata con una mano, con la otra la cabeza; otro negro agarra las patas del gato o gata con las manos, una en cada pata, para abrirla; el tercer negro —no el extraordinario— con la pija en la

mano, avanza hacia el gato o gata y todos se ríen a carcajadas. La mujer, en el suelo, bajo el gato o la gata, chupa la extraordinaria; se sigue masturbando. Gato o gata se revuelve en el aire; las manos lo sujetan bien, o la sujetan. El tercer negro trata de empomarla; gato o gata se revuelve más; todos se ríen. Cuando lo consigue, gato o gata queda como petrificada, congelado en el aire, y un chorro de sangre salta sobre la mujer blanca.

Laura se encoge, sin querer, recostada sobre la cama abierta, y baja levemente el volumen en el control remoto. Las voces dobladas ceden; Laura oye que, en la otra habitación, los ruidos inconfundibles vuelven y sube el volumen otra vez: otra vez se tomó la pastilla, piensa, se desinfla. En la pantalla la mujer blanca tatuada arrodillada embadurna la pija del extraordinario con la sangre de gata o gato que recoge de sus tetas, de su cuello, de su cara y, una vez que la tiene enrojecida, con un par de gotas incluso a punto de caer, la lame antes de metérsela en la boca. Los otros tres negros se ríen a carcajadas. La gata o gato ya no está en el plano. Entre las carcajadas de los negros oye, cada vez más fuerte, los gritos de un hombre que tiene o finge un orgasmo extraordinario —en la pieza de al lado. Laura aprieta el control pero el volumen de la tele ya está al máximo. En la pantalla los cuatro negros agarran a la mujer blanca rubia tatuada por sus cuatro extremidades y la levantan en el aire sin esfuerzo —y es imposible no pensar en el gato o la gata. Los cuatro la llevan hasta un sofá que de pronto entra en cuadro, la depositan en él, cuidadosos, amables, y empiezan a cogerse entre ellos dos a dos. Entre ellos: dos a dos. Laura se siente miserable y la puerta de su cuarto se abre.

—¿Cómo estás?

Pregunta el Bepe, los pelos ralos canos despeinados, una bata de seda negra con un dragón rojo flamígero bordado sobre el corazón.

—Espléndida.

Le contesta ella, sentándose en la cama, con una sonrisa que es pura ingeniería industrial.

—Ay, Lauri, celos a esta altura. Me vas a conmover. ¿Qué te dijo el doctor?

—Me dijo que estás jodido y que lo vaya a ver mañana.

—¿Vos?

—No, Gina Lollobrigida.

Él la quería muchísimo, de algún modo que nunca supo precisar. Y no que no se lo preguntara: se pasaba la vida tratando de encontrar cuál era.

Una ciudad es sobre todo lo que no sucede. Dos personas que podrían cruzarse y, conociéndose vagamente por un amigo común, encontrarse, pero no se encuentran porque una de ellas se da cuenta, al salir de su casa, que se dejó al lado del teléfono la dirección de la depiladora nueva donde iba y, entonces, por volver a buscarla, pierde esos dos minutos que hacen que pase por la esquina cuando la otra ya pasó, digamos. Lo que sucede es numeroso, lo que no innumerable. Lo que no es la materia de la que se hace el mundo.

Azar, tan a menudo, se distrae.

—¿Sabés todo lo que se podría hacer con esa guita?

—¿Con qué guita?

—Boludo, ¿no estábamos hablando de secuestrar al tipo ese?

—Yo no. ¿Ustedes sí?

Rodolfo y Julio se miran, se sonríen. El Gurka los mira con una mezcla de incredulidad y alarma; después se mira la mano con dedo y medio menos: es lo que hace cuando quiere serenarse:

—Vamos, muchachos, si me quieren gastar búsquense otra historia, por favor.

—¿Por qué gastar, Gurkón? ¿No nos estás tomando en serio?

—¿Cómo quieren que los tome en serio? Si ustedes no son capaces de organizar un picnic, qué van a armar una historia de esas…

El Gurka no quiere siquiera pronunciar la palabra secuestro: imagina, con cierta lógica, que si la pronunciara le daría una realidad exagerada —que lo asusta. De hecho, mientras dice «una historia de esas» se agarra, disimulado, debajo de la mesa, el huevo izquierdo.

La mirada triste triste del hombre que reparte volantes del tenedor libre. Es viejo y ve pasar un chico: se ensombrece más. Quizá recuerda algo, piensa en lo que imaginaba cuando era así de chico, en lo que creía que iba a ser de grande, en su vida tan poco parecida a sus vidas supuestas. Es cursi pero es lo que hay: la Ciudad te obliga a suponer más de la cuenta.

—Che, Carlos, ¿a vos te parece que lo vamos a poder vender?

—Y yo qué sé, loco. Ojalá.

—Sí, eso era lo que yo decía. Ojalá.

Ella tiene las cejas juntas, la cara enfurruñada, y él le dice que le encanta que después de tantos años todavía pueda cabrearse así porque él se coja una minita de esas que se reparten por docenas y ella le dice que no, que qué se cree, que por supuesto no se cabrea por eso pero que está preocupada —bueno, preocupada es mucho decir— por su salud.

—¿Preocupada? ¿Dijiste preocupada? Belleza, en todos estos años nunca te oí decir que estuvieras preocupada por nada.

—No, tenés razón. Preocupada es una exageración.

Están sentados en la cocina de su casa y ella ceba el mate. La

cocina es el espacio en que la casa de Laura y el Bepe se parece más a una casa y menos a un escenario de los que él trajinó durante tanto tiempo —de los que todavía, de vez en cuando, ocupa. El Bepe se ha puesto un pulóver sobre la bata de seda con dragón; ella sigue con la misma remera. Ella le cuenta lo que el doctor le dijo, lo que le dijo que dijera. Él la escucha: por ahora, sin mayor interés.

Vengarse es soñar con invertir las posiciones: ser uno lo que antes fue el otro. Vengarse es aceptar que el otro tenía la razón, la posición correcta. Vengarse es deshacerse: vengarse es ser el otro.

—Che, ¿vos alguna vez pasaste hambre?

—Claro, boludo. Muchas veces me tengo que quedar hasta tarde en la facultad y me recago de hambre. Y una vez de campamento nos quedamos sin latas y…

—No, boludo, hambre en serio. Hambre de saber que no vas a poder comer.

—Sí. Bueno, no, eso no.

—A mí me dan ganas de probar un día. Me interesa. ¿No querés? Como se habla tanto…

camina a duras penas, pensó en llamar una ambulancia pero no sabe cómo se hace para llamar una ambulancia, pensó en tomar un taxi pero no tiene plata para tomar un taxi, le duele todo completamente todo, camina a duras penas

Les reprochan que se sienten superiores. A los demás, les dicen los demás, aunque nunca quede tan claro quiénes son los demás pero se sobrentiende: los demás compatriotos. El problema de tal acusación, que bien podría ser cierta, es que no hay una sola superioridad: son demasiadas. Quienes se sienten superiores porque no viven en un campo o rodeados de montañas, lejos; quienes,

porque tienen más plata y tanta tentación donde gastarla; quienes, porque entienden idiomas o los idiomas de una computadora; quienes, porque sus ancestros muy ancestros ya estaban ahí cuando llegó la mayoría; quienes, porque los otros son pobres y, dicen, medio brutos; quienes, porque los otros son pobres y, dicen, delincuentes; quienes, solo por ser de ahí, ser ciudadinos. Y ese reproche, tan repetido, los confirma, los convence de que son lo que son: para eso, habitualmente, sirven los reproches.

—Necesito dos cartones de leche, por favor.
—Son cinco con cuarenta.
—Bueno, entonces deme uno.
—¿Está segura?
—¿Cómo, segura? ¿Qué me quiere decir?

«Superiores», dicen a veces, con un soplo de sorna, como quien dice por qué no me chupás con calma y atención el testículo izquierdo.

—¿Segura? No le entiendo.

O el derecho, incluso.

Si no fueran así de saladas yo creo que me las bancaría mejor. ¿Vos sabés lo que es tener que estar todo el tiempo lengüeteando esas gotas de sudor salado que te corren por la cara? Un sapo parezco, uno de esos sapos que había en el estanque de mi pueblo, todo el tiempo sacando la lengua para cazar mosquitos, un sapo, eso es lo que soy. Y no te creas que no me gusta mi laburo. A mí me gusta esto de estar siempre a los pedos, siempre corriendo de atrás, siempre debiendo algo. Dale, Misiones, sacame la grande napolitana de una vez, cuánto hace que te la pedí. Misiones y la concha de tu madre, dónde está mi completa. Apurate Misi que los clientes se me

están quejando. A mí me gusta, se ve que me necesitan, que sin mí no irían a ninguna parte. Y me gusta sacarlas, mostrarles que puedo hacer diez, quince pizzas juntas, mantener el horno con el calor justo según lo que esté adentro y sacarlas todas buenas, todas rápido, todas en su punto. Hay gente que me ve y yo sé que se cree que lo que hago es una boludez. Me gustaría verlos acá, de este lado del mostrador, pegados al horno diez horas por día, a ver qué boludez. Y en cambio a mí me gusta verlos a ellos, ahí, del otro lado, llenándose la boca con mi pizza, chorreándose el aceite de mi pizza, disfrutando. Yo lo hago disfrutar, yo, el misionero que no sabe una mierda. Y a veces me morfo una, así nomás, de dorapa mientras sigo laburando, me meto una porción que sobró por ahí y la verdad que son un lujo, grandes pizzas hacemos, grandes pizzas. Lástima las gotas, el sudor en la cara. Lástima esto de pensar en esos sapos todo el tiempo…

En la Ciudad nada dura, nada permanece. Dentelladas: la Ciudad es un caos. La Ciudad es un desorden y una lucha: pelea de los rastros por imponerse sobre tantos otros: darwinismo de rastros.

—Buenas tardes, Laura.
—Buenas es una forma de decir, ¿no, doctor?
—No te creas, Laura. No del todo.

Pero lo más duro de hacerse viejo es esto de que la vida sea un camino que se mira hacia atrás para buscarle un recorrido, piensa. Después piensa que no tiene que pensar esas cosas, que solo le sirven para amargarse: que pensar solo le sirve para amargarse como un pelotudo.

Laura tiene la edad que siempre temió: 44 años. Ese momento en que ya no es una minita —claramente no es una minita, alcanza con

mirarme, piensa, en el espejo cada vez, nadie pensaría que soy una minita— pero tampoco es, todavía, una mujer que ya ha dejado esas preocupaciones, si es que alguna vez consiguiera dejarlas. Laura sigue teniendo los ojos almendrados y la piel bastante suave todavía y ese famoso par de tetas. Pero ahora tiene esa edad temible en que una mujer sabe: ya sabe, aunque no exactamente

pero sabe.

Como un viejo pelotudo, piensa, y no se ríe.

La pared está tapizada de diplomas: los practicantes de ciertos oficios suponen que sus víctimas se entregarán más fácil si les muestran retazos de su historia: cortes publicitarios de su historia. Los médicos, sin ir más lejos, se parapetan detrás de esos papeles que dicen, para empezar, que de verdad son médicos y, después, que sus colegas los vieron en cursos y congresos —y que no van a contar qué fue lo que hicieron en ellos, porque los bomberos nunca se pisan mutuamente las mangueras. Los médicos, piensa Laura, deben tener mucho miedo de que no les crean si necesitan mostrar tanto para que les creamos.

—¿Y sigue sin abrirlo?

—Es casi como si se hubiera olvidado.

—¿Qué se olvidó, me decís?

—Que es como si se hubiera olvidado.

—Hay mucha gente que no tiene acceso a estos análisis, a estos tratamientos. Espero que tu marido se dé cuenta de que poder recibirlos es un privilegio, pero los privilegios hay que merecerlos.

Dice el doctor, para no decir lo que querría decirle: ¿por qué no quiere curarse? ¿Por qué quiere hacerme esto a mí? El doctor Gómez Florio tiene quizá sesenta años, su delantal blanco impecable, impecables de blancas las canas en la sien, el cutis impecablemente

afeitado y la nariz muy fina: la cara armada para ofrecer confianza. La palabra impecable contra los ojos que se mueven demasiado.

—Es que no quiere escucharme, doctor.

—Yo a vos sí que te escucharía.

Laura decide ignorar la torpeza del doctor impecable: hace como si no lo hubiera dicho, sigue su recorrido:

—Bueno, le dije lo que usted me dijo que le dijera. ¿Está muy mal? Dígame la verdad: ¿está muy mal?

—Bueno, cómo te lo diría…

—Dígamelo en castellano, doctor, simple y preciso.

El doctor Arturo Gómez Florio se pasa la vida entre dolores. A veces —pocas veces— piensa que no fue para eso que quería ser médico: que se hizo médico para pelear con la naturaleza cuerpo a cuerpo pero no pensaba perder tanto, que un médico es un sujeto omnipotente que se enfrenta todo el tiempo con la impotencia más extrema. Hace cuentas, a veces: revisó todos sus casos del semestre anterior y se encontró con que el 22 por ciento de sus pacientes estaban mejor o curados, el 14,5 por ciento estacionarios —o sin información— y el 63 por ciento, peor o muertos. Se preguntó si se había hecho médico para fracasar en proporción de tres a uno; se contestó, con una sonrisa muy poco creíble, que se había hecho médico para descubrir el remedio contra el cáncer —algún cáncer—: que se había hecho médico para descubrir.

Que atender enfermos era un renuncio: una forma de justificar que no hace lo que pensó que haría. Que siempre tuvo miedo de no poder hacer lo que pensó que haría: que para descubrir algo —algo, una cosa que dure, que conozcan personas que no lo conozcan, que lo justifique ante un tribunal que no conoce ni imagina—, que para descubrir debería dejar esta vida cómoda en la que sigue hasta su muerte o los umbrales de su muerte a una cantidad de señores y

señoras con dinero. Que se dice —a veces se cree— que para descubrir tendría que irse a otro país, otra ciudad; que no descubre porque no quiere irse, por no dejar su lugar y sus afectos y sus hábitos y su comodidad, que la culpa de que no descubra no es suya sino del país, de la Ciudad —que lo retienen. Que es mentira: que quizá sería más fácil descubrir en otro país, otra ciudad pero también podría intentarlo acá; que lo que no soporta es enfrentarse a una búsqueda cuyo fracaso —cuyo fracaso muy probable— sería culpa suya. No la enfermedad, ese potente enemigo contra el que pelea, contra el que pierde, contra el que puede deslindar sus culpas —«usted lo sabe, hicimos todo lo que se pudo y más pero el tumor ya estaba muy desarrollado»—, no un enemigo externo al que culpar; nadie más sino él, su incompetencia, su inconstancia, sus torpezas varias. Lo sabe, no le gusta, trata de no pensarlo, lo consigue —a menudo. El doctor Gómez Florio tiene tres hijos, una esposa o casi, su dinero en el banco. El doctor tiene una bata blanca como quien dice Armani, anteojos de marco dorado muy fino y graduación muy baja.

—Por favor, doctor.

Le dice Laura y el doctor se detiene, ladea la cabeza, la mira como si fuera a disfrutar la situación pero después se acuerda.

—No soy yo el que le tiene que hacer ningún favor. Si tu marido no se quiere ayudar a sí mismo, nadie puede ayudarlo.

La frase suena practicada: es la que usa el doctor para disimular su odio. El doctor Gómez Florio odia a los pacientes que no quieren curarse, los que él dice que no quieren curarse, o sea: los que no están ávidos de entregarse a sus tratamientos más enérgicos porque les temen o no confían o prefieren simular que la cosa no es tan grave.

—Si usted fuera más claro, doctor, quizá sería más fácil

convencerlo.

—Yo soy todo lo claro que se puede ser en estas circunstancias.

—Claramente: ¿qué posibilidades tiene?

—No sabemos, querida. ¿Cómo podríamos saberlo?

Laura está harta. La incomoda el tono paternalista del doctor, le molesta que la tutee cuando ella claramente mantiene sus distancias y le disgusta, sobre todo, tener que estar en ese consultorio en el lugar del concubino que este doctor llama marido: una vez más, ella haciéndose cargo de ese chiquilín que tiene por señor. Después piensa que son todas excusas: lo que no soporta es pensar en él como un enfermo.

—Bueno, usted podría.

—Yo no puedo, no puedo. ¿Cómo querés que te diga que no puedo?

Laura lo mira como quien va a gritar pero no grita.

La vejez es un truco que funciona, engaña: al ver a un viejo o una vieja, alguien piensa que todo estuvo en lo perdido. Que había algo —entusiasmo, belleza, dignidad— que se fue con el tiempo. Basta mirar a los jóvenes para desmentir esta idea. La indulgencia de pensar que había algo y se fue. La nostalgia es optimismo retroactivo. La juventud es brutal, directa: esto es lo que hay. Quizá hubo tiempos en que postulaba su futuro, pero ya no. Se entiende que todo paso del tiempo es despilfarro.

No grita.

Y después se pregunta por qué gritamos casi nunca.

El chico solía cruzar la calle en el semáforo, con todos los cuidados, pero esa tarde la cruzó por el medio y no vivió. Su padre, cabreado con su hijo, que les cagó la vida; su madre, inconsolable. Un mes después, cuando volvió a su grupo de oración, no podía

parar de preguntarse y preguntar si el desvío de su hijo fue un castigo que el Señor le mandó. O si el Señor ahora la castiga porque dejó que su hijo pudiera desviarse. La duda es peor que el castigo: si por lo menos fuera más claro, más preciso. Dios, sabía la señora, pone la duda en la cabeza de los que más detesta. Dios es certeza. Si pudiera pensarla en todo su esplendor, la idea de que Dios la abomina le impediría seguir viviendo —pero tampoco podría suicidarse, porque Él mismo lo prohíbe sin lugar a dudas.

Una calle, un coche, un momento de confusión, un golpe.
Azar acecha sin parar.

Azar despierta gritos.

—¿Y, ya se lo dijiste?
—Bueno, no del todo.

LA CASA, 1924

La boda de María fue un acontecimiento memorable y fue el principio de un fin. De hecho, muchos años después, Felipe pensaría que la boda de María había sido el momento culminante de la casa Giunti.

Don Gualter Giunti tenía 63 años, dos puestos en el mercado del Abasto, una panza importante y estaba hecho un toro —o, por lo menos, solía proclamar que estaba hecho un toro. Doña Pipina Caravazzi de Giunti tenía 57 o 60 —su edad nunca había estado clara—, un rodete de pelo blanco y un gesto de tristeza en la comisura de los labios: algo que faltaba. Su hija María, la mayor, era la primera en casarse: su novio era un criollo que trabajaba en el centro, en el estudio de un abogado, un muchacho de buen porte y sonrisa entradora que había sabido conquistar a sus suegros con flores y cigarros. Don Gualter, al principio, no estaba muy contento: decía que los criollos eran todos unos vagos. Pero se reía: si no fueran tan vagos nosotros no habríamos conseguido todo esto, decía, y mostraba con la mano todo esto: la casa, el sillón de terciopelo verde, sus hijos, su vientre poderoso. Finalmente aceptó al pretendiente. Y, más allá de sus prevenciones, estaba orgulloso de su hija y decidió que su boda sería un acontecimiento para el barrio.

Su primer preparativo fue echar a unos inquilinos yugoslavos que ocupaban el piso alto de la casa: una pareja con cinco chicos revoltosos y gritones que fabricaba, en su cocina, un aguardiente

avasallante que vendía en almacenes y cafés. Los yugoslavos llevaban tres años en la casa; protestaron, pero don Gualter les dijo que él era el dueño y que nadie le iba a decir lo que tenía que hacer: quería que su hija y su yerno pudieran ocupar el piso alto y quería, sobre todo, que la casa entera estuviera disponible para la fiesta, su apoteosis. Felipe se apenó: se llevaba muy bien con el chico más grande, Ivo, que le había dado, entre otras cosas, su primer cigarrillo. Ivo no era especialmente generoso: usaba los cigarrillos, que robaba en lo del Taura, como moneda. A cambio, Felipe lo invitaba a su cuarto, cerraba la puerta, acercaba su silla a una de las paredes y lo dejaba mirar, por un respiradero, a sus hermanas en el momento de sacarse las enaguas. Ivo pegaba la nariz a la rejilla y Felipe le hacía prometerle que no se iba a tocar recordando la escena; al principio él no miraba: le parecía repugnante. Un día sucumbió a la tentación: sus hermanas, sobre todo Nina, eran famosas en el barrio por la abundancia de sus carnes, piel muy blanca. Felipe descubrió que, en el encierro de su cuarto, les gustaba sacarse casi toda la ropa y ensayar pasos de baile que le parecieron extremadamente groseros: eso sí que nunca se lo mostraría a Ivo. Felipe tenía 15 años, era bastante alto, buen alumno de la escuela comercial y sus padres estaban satisfechos porque pasaba horas encerrado en su cuarto, sin interesarse por las chicas o la barra de los vecinos en la esquina: era un muchacho responsable. En la escuela tenía dos amigos pero nunca los invitaba a casa.

Para la fiesta, Don Gualter hizo pintar el frente de un rosado claro y le compró una mesa de dos metros y medio y una docena de sillas de madera y mimbre, imitación thonet, a un mueblero judío que vivía en la otra cuadra, un tal Shapiro. Pusieron el juego de comedor en el salón: desde entonces tomaron la costumbre de usarlo para el

almuerzo del domingo.

La semana anterior a la fiesta don Gualter se apareció con un gran cuadro —el paisaje de un puerto con sus barcas de pesca, casitas de colores— y lo colgó en la pared del salón frente a la ventana que daba a la calle. También hizo poner, en todos los ambientes de la casa, guirnaldas y farolas. Durante toda la semana dos mujeres italianas prepararon comidas: variedad de antipastos y entremeses hechos con las verduras y encurtidos que vendía don Gualter y varios kilos de pesceto frío y vitello tonnato, cima de la elegancia en esos días. El vino, esta vez, era argentino y la grappa llegó en dos barriles; para el brindis, colmo de su orgullo, el frutero se hizo con una caja de champán francés.

La fiesta empezó a las ocho de la noche, después de la ceremonia religiosa, y reunió a más de cien invitados. La mayoría eran vecinos del barrio y colegas del Abasto; también había ocho o diez amigas de las chicas, el festejante oficial de la Nina, una prima lejana de doña Pipina, dos curas italianos, el director del Mercado, el tío Luchino tan soltero como siempre y una docena de parientes del novio que se escondieron toda la noche en un rincón, avergonzados de sus trajes pasados de moda.

Don Gualter había contratado un cuarteto de guitarra, bandoneón, violín y contrabajo: tocaban, sobre todo, tangos —y alguna canzoneta, un par de tarantelas. Don Gualter sacaba a bailar a todas las mujeres. Los invitados se habían puesto sus mejores galas: trajes oscuros con chaleco y corbatas o pajaritas de seda los señores, vestidos negros hasta el suelo con pedrerías y gasas las señoras. Unos pocos ya habían estado en aquella fiesta de 1908: se reconocían, se felicitaban al recordar cuánto habían progresado desde entonces. Poco antes de las doce, cuando todos habían comido y bebido con holgura, don Gualter reunió a los invitados en

el salón, pidió silencio y dijo unas palabras: brrrindo per laryentina, gritó: su acento seguía terco. Grazias per estare aquí conmico. Lo invité para ringraziar este paese generoso l'oportunidad que me ha dado a me, a todo nosotro, de prosperar, de tener un trabaco, una casa, di ser qualcuno in questa vita. Su hija trató de disimular la decepción pero se le cayó una lágrima: las amigas de su madre dijeron que estaba tan emocionada.

Felipe había tomado demasiada grappa y no escuchó a su padre: no fue, ni de lejos, el único, pero era su primera borrachera. Después siguieron la música y el baile y la fiesta terminó sin incidentes, salvo un conato de pelea a cuchillo entre dos puesteros del mercado —que no pasó a mayores. Hacia las cinco de la mañana todos se habían ido, pero pasaron semanas hasta que los vecinos del barrio dejaron de comentar la boda de la piba de Gualter.

Marido y mujer se instalaron en el piso alto, y era como si María nunca se hubiera ido: se pasaba casi todo el día en la planta baja con su madre y su hermana. Se aburría, en todos esos cuartos, sola: su marido no era amigo de llegar temprano. Un año después tuvo su primer hijo: le pusieron, como su padre, Juan María. La Nina se casó tres años después pero la fiesta ya no fue tan grande. Doña Pipina estaba enferma de los pulmones y don Gualter parecía más cansado. Estaba, además, muy enojado con su hijo.

Felipe había terminado la escuela comercial: era perito mercantil. Su padre le regaló un reloj de pulsera y le dijo que ahora sí iba a poder empezar a hacerse cargo del negocio. Felipe no le contestó: tardó tres días en animarse a decirle que un amigo suyo ya le había ofrecido trabajo en la oficina de un tío que manejaba explotaciones agrícolas en el sur de la provincia, y que él había aceptado. Ya le dije que sí, padre. Y ahora le decí que no, dijo don Gualter, como la cosa más natural del mundo.

Felipe se calló: no quería contestarle que él no era un inmigrante medio analfabeto, que tenía estudios y que imaginaba para su vida algo mejor que levantarse todos los días a las cuatro de la mañana para ir a pelearse con mayoristas de frutas y verduras. Don Gualter gritó y gritó y doña Pipina le suplicó que reconsiderara, que no podía hacerle eso a su padre que siempre había sido tan bueno con ellos. Felipe no dijo más nada; sus padres supusieron que su silencio significaba asentimiento. A la mañana siguiente, muy temprano, Felipe se puso su saco de la escuela, su reloj de pulsera, una corbata y fue a la oficina para su primera jornada de trabajo. Cuando volvió su padre le dijo que hiciera lo que quisiera pero no en su casa. Doña Pipina lloró y rogó pero no pudo obtener nada; esa misma tarde Felipe juntó su ropa en una bolsa y se fue a dormir a una pensión del centro. Pocos días después llegó una carta donde mandaba su nueva dirección y el pedido de que no le escribieran.

Pasaron meses; una tarde, al volver del trabajo, Felipe se encontró con una nota de su hermana Nina pidiéndole que fuera urgente a verlos: cuando llegó a la casa y vio la gente parada en la vereda se dio cuenta de que ya era tarde. Su madre había muerto poco después del mediodía. Felipe se abrazó a sus hermanas y su padre le estrechó la mano. Tras el entierro comieron todos juntos en la mesa del salón, unas pastas que había preparado una vecina. María y su marido seguían ocupando el piso alto; Nina y su marido se habían mudado a Flores. Desde ese día, Felipe tomó la costumbre de presentarse cada domingo hacia las doce y media con una botella de vino; sus hermanas preparaban y servían los ravioles y él, su padre, su tío Luchino, sus dos cuñados y sus tres sobrinos comían, fumaban, conversaban y escuchaban la radio: algún partido. Felipe se quedaba hasta las seis —como mucho seis y cuarto— de la tarde y nunca, en todos esos años, volvió a entrar a su pieza.

5

Ya queda menos.

Por fin se decidió a contarlos: agarró papel y una birome y cada vez que hacía un anuncio hacía una marca: primero una raya vertical de arriba hacia abajo, después una horizontal que partía en ángulo recto de la base de la primera raya a la derecha, después una vertical hacia arriba desde el final de la segunda, después la horizontal a la izquierda que cerraba el cuadrado y, al fin, la diagonal que lo quebraba en dos. Así, cada cuadrado transformado en un cinco, las cuentas son más fáciles. En ocho horas de hablarle a un micrófono con olor a pucho había anunciado, contó al fin del día, 168 salidas de ómnibus —33 cuadrados completos y tres rayitas más —, dos veces cada una. Había sido un día agitado: viernes, fin de la primavera. Supuso que el promedio debía ser levemente inferior — aunque también era probable, se dijo, que la sensación de más agitación resultara de la atención suplementaria que necesitaba para contar las llamadas o sea, aunque no lo dijo así: el ojo del científico contaminando el experimento. Calculó, de todos modos, que una media de 140 anuncios al día, 17 por hora, era bastante razonable. Si se consideraba que en un micro caben 42 pasajeros —aunque era sensato pensar que tenían una ocupación promedio del 80 por

ciento, entre 33 y 34 pasajeros— había que aceptar que sus palabras ponían, cada día, en movimiento a unos 5.440 pasajeros o personas. La gente no suele tener una medida clara de su poder, pensaba. En general, la gente no tiene ningún poder, pero muchos que tienen no lo saben. Y los que tienen y saben querrían tener una medida clara y no la tienen, pensaba, y que ahora él sabía que eran 5.440 por día, 119.680 por mes, 1.436.160 personas por año que se ponían a caminar al oír sus palabras. Quizás alguna menos —aunque era probable que, contando las aglomeraciones de Navidad, Fin de Año, Vacaciones de Verano y la Semana Santa, fuera alguna más. Pero, aún si nos quedáramos en un millón cuatrocientas o incluso en un millón trescientas mil, la idea de esas personas incontables caminando al solo influjo de su voz lo ponía en éxtasis.

Engoló la voz: «La Entrerriana anuncia la salida de su unidad 107 con destino a las ciudades de Gualeguay, Gualeguaychú, Concordia. Todos los pasajeros deben dirigirse de inmediato a la rampa 38. Repito: de inmediato a la rampa 38».

Mira, al pasar, su imagen en el vidrio de una puerta. Dice: es lo único que tengo —y el alivio de pensar que esa imagen va a estar siempre ahí, siempre con él, vaya adonde vaya.

No sabe, todavía.

¿Queda menos?

¿Falta menos?

La Ciudad es un vaivén sin tregua. Hay quienes intentan imaginarla, representársela quieta como si se la pudiera detener —para tratar de entenderla, dicen, para ver cómo es. Pero solo se la puede pensar como un sistema en cambio permanente, donde la única constante es la inconstancia.

Ya lo escribió el maestro: solamente

lo fugitivo permanece y dura.

Lofu
gitivo
perma
necey
dura.

Les pido un favor: que por dos minutos traten de ponerse en mi lugar, dice un señor que mendiga en el tren para curar a su hijo enfermo; por un minuto, nada más, que traten de imaginarse mi dolor. Si por lo menos solo pidiera plata, piensa una señora con peinado de peluquería, y decide que es mejor no darle. A esos, dice, no hay que darles el gusto porque después no hay quien los pare.

Lofu
gití
voper
mané
ceydura.

—Si no, la otra sería secuestrar al Bepe. Vive acá a tres o cuatro cuadras, a veces sale solo, sería de lo más fácil.

Permanece
(¿qué, lo fugitivo?)

—No, el Bepe no, animal. ¿Qué querés, que nos odien hasta las palomas?

y dura

Yo lo tuve para mí cinco minutos, imagínese, cinco minutos todo entero para mí, no sabe lo que fue. El 13 de marzo, fue, cómo me

voy a olvidar; si todavía me acuerdo y se me eriza la piel, mire cómo me pongo. Y eso que no fue idea mía, no. Yo he viajado miles de kilómetros para verlo, yo para verlo puedo hacer cualquier cosa, pero siempre desde abajo del escenario, en la primera fila, sí, pero de abajo. A mí el Bepe Ramírez me parece un tipo de otro mundo, con esa poesía que tiene, esas canciones, yo lo sigo a todas partes, bueno, lo seguía, pero acá el que tuvo la idea fue el Vaca, un compañero del laburo, que me dijo que ya había ido nueve veces: nueve veces me dijo que fue y que nunca lo había podido ver, pero yo dije bueno, en una de esas yo sí puedo. Yo tengo tanta mala suerte que pensé que en una de esas esta sí se me daba y fui, lo esperé en la puerta de la quinta dos, tres horas, ni entraba ni salía, no entraba ni salía nadie, ni un coche, ni un perro, y de pronto la puerta se abre y aparece él, así nomás, en jogging, trotando con un tipo, en un jogging azul, nada especial, no se vaya a creer. Era él, yo casi me desmayo, el Bepe Ramírez en persona, era él. No sabe cómo me puse. La verdad que no sé cómo hice para hablarle: yo había pensado muchas veces en una cosa así y estaba seguro que ni la voz me iba a salir, pero ahí parece que tuve un dios aparte y me salió, la voz, le dije Bepe y él bajó el tranco, me miró. Yo pensé que iba a saludarme así con la mano y seguir corriendo pero no, se paró, me dio la mano, y entonces sí yo aproveché para decirle que yo lo admiro más que a nada en el mundo, le dije que por él yo soy capaz de hacer cualquier cosa, que hice cualquier cosa y él me sonreía, pero cuando le mostré la bandera que le había hecho para el hijo, que había nacido el hijo suyo y dieron ese recital en Córdoba y yo fui hasta allá para llevarla, le mostré la bandera y ahí me parece que se emocionó, se le humedecieron un poco los ojos, sabe, como a cualquiera, como a alguien normal. Y nos quedamos charlando cinco minutos, de verdad le digo, cinco minutos estuvimos charlando y la

verdad, al final, a mí también me dio mi egoísmo: yo quería que se fuera, que no se quedara más ahí porque pensé que si venía algún otro también lo iba a atender y yo no quería, yo quería tenerlo para mí solo, no quería compartirlo con ninguno.

Huyó lo que era

En la Ciudad, ahora, hay turistas. Se sabe que son turistas porque caminan más despacio que los otros, mirando alrededor: lo propio del turista es mirar para disfrutar de los paisajes, porque el turista viaja para disfrutar de los paisajes o países, gasta su plata para disfrutar. Los turistas son los que saben o creen que una ciudad es algo para disfrutar. Los turistas van despacio porque tienen que usar de otra manera el tiempo: para disfrutar. Se sabe que son turistas porque en las caras se les ve el esfuerzo: disfrutar no es tan fácil.

También se sabe que son turistas porque llevan zapatillas nuevas: personas de cierta edad con zapatillas
nuevas.

firme y
solamente

—¿Querés más?

Ella le dice sí, como quien dice qué pregunta: como quien dice me preguntás para que tenga que decirte sí, para que quede claro que me lo estás dando y te lo estoy pidiendo. Entonces Arturo Gómez Florio le vuelve a llenar la copa, se ajusta los anteojos y le dice que está muy impresionado con esa historia: que un paciente, llamémoslo Equis, sabe, desde sus 20 años, que tenía una chance sobre dos de heredar de su padre una enfermedad genética espantosa. Equis siempre tuvo miedo: había visto a su padre morir loco y joven, o mejor dicho, había vivido oyendo hablar de eso, se

había armado un recuerdo que no recordaba y no podía olvidar, un peso muerto. Mucho tiempo, Equis se resistió a hacerse los análisis que le dirían si tenía la enfermedad —pero vivía como si la tuviera: a fondo, esperando que todo se acabara pronto. Lo curioso es que no le llegaba. Pero él, claro, tampoco se hacía los análisis: prefería suponer que la amenaza estaba ahí, no saber que era mucho más que una amenaza, le dice Gómez Florio y mira a su alrededor para estar seguro de que los mozos no lo escuchan.

—¿Lo vas a terminar?

—¿El plato? No, no me dan tantas ganas.

Gómez Florio reprime el comentario y retoma su historia: que al fin, a sus casi cincuenta —«ya un poco grande para andar jodiendo, no?»—, Equis se estabilizó con una mujer y ella consiguió por fin convencerlo de que averiguara: le dijo que ella quería pasar su vida con él, que quería tener hijos con él, que lo quería más que a nada en el mundo pero que necesitaba saber si su futuro tenía algún futuro. Y que entonces la mujer lo fue a ver —a él, a Gómez Florio— y que él le dijo que él —Equis— fuera a sacarse sangre para hacerse el análisis pero ella le dijo que él no querría ir porque es demasiado conocido y tenía miedo de lo que pudiera decirse. Entonces Susana, su mujer, lo mira con otro tipo de interés y le pregunta si demasiado conocido.

—Bueno, es muy conocido.

Le contesta su marido: que Equis es un artista, alguien que todos en la Ciudad conocen y que ha dicho muchas cosas, demasiadas, sobre él y su historia pero que nunca dijo nada que pudiera ni lejanamente referir a su miedo principal, su enfermedad hereditaria —o su amenaza. Y que entonces él le dio a la mujer un kit para que le sacara la sangre necesaria y la llevara al laboratorio bajo un nombre falso —no sabía que te dejaban hacer eso, le dice Susana;

eso y tanto más, contesta Gómez— y que, cuando se la sacó, Equis se sorprendió de lo banal que resultaba ese gesto que iba a definir su vida. Y que los resultados —a los médicos les gusta decir los resultados cuando en verdad el resultado es uno solo, blanco o negro, cara o cruz— debían llegar diez días después.

—La mujer me llamó, en esos días, me dijo que estaba más nerviosa ella que él.

O que eso parecía, dice Gómez Florio, pero que la tarde en que él recibiría los resultados del laboratorio los citó en su consultorio y ellos fueron.

El mozo estaba. Discreto —imaginaba—, simuló concentrarse en una mesa al lado recién desocupada, se demoró acomodando platos, copas, cubiertos, servilletas para no perderse las líneas de la historia. El mozo se llama John Jairo, nació en Bucaramanga, lleva dos años viviendo en la Ciudad y todavía no sabe cuál es su lugar.

O mejor: sabe que este no es —y por eso se queda.

Se pregunta cuánto hace que no sostiene a alguien vomitando —y, por alguna razón que no sabe precisar, que haya pasado tanto tiempo le parece un signo aterrador.

—Quizá no sea tan grave.

—Pero cómo no va a ser grave, Cacho. ¿No ves la cara que tiene?

—Ah, si fuera por eso…

Llega a su casa, son las ocho y media, está cansado: piensa, por decimoséptima vez en la última hora y media, que el trabajo no es problema, que lo que lo mata es esa hora y media de viaje en colectivo atestado hasta su casa, todos los días de Dios, todos los putos días. Que no le importa pasarse esas ocho o nueve horas ahí metido porque al fin y al cabo de algo hay que laburar y su puesto

está bastante bien, hay que estar muy atento pero si se distrae no pasa nada, aunque la pifie no produce ningún desastre muy visible, que es un trabajo sensato más o menos bien pagado sin una responsabilidad abrumadora y que su jefe no le tiene manía y que nunca se atrasan con el pago y que la verdad que podría considerarse un tipo afortunado si no fuera por esa hora y media de parado, tan a menudo de parado —y después, para colmo, llegar y que Zulema le diga Alberto hace rato que te estamos esperando los chicos ya querían irse a dormir ¿no podrías aparecer un poco más temprano? Alberto, parece que no me oyeras lo que te estoy diciendo.

—Pero es cierto que estamos al horno.
—¿Qué me querés decir, Antonio?
—Nada, eso, que esto ya nunca va a volver a ser como era antes.

La Ciudad —nuestra idea de la Ciudad— está hecha de su pasado: de todo eso que pasó en ella y la volvió lo que es, lo que parece. Y el pasado es, sobre todo, un lugar lleno de gente importante, memorable, con retratos y hazañas variadas.

El pasado es, también, un lugar donde no hay mucha gente; no, por lo menos, esas masas de gente que llenan los subtes a las cinco de la tarde. El pasado es un lugar medio vacío —ocupado por gente importante. En el pasado la Ciudad era un pueblo dibujado donde muchos usaban paraguas o un obelisco con un cantor de tangos o unos ingleses corriendo como ratas o un puerto lleno de personas con hatos, valijas de cartón atadas con piolines.

Él, sin dejar de mirarla, llama por el intercomunicador a su secretaria y le dice que esta consulta no la cobre, que fue solo una charla. Ella lo mira con hartazgo. Él —doctor Gómez Florio— hace como si no lo notara y le sonríe:

—Bueno, cuando quieran los espero. No dejes de llamarme.

Somos, fuimos, personas con hatos.

Solía decirle que para ver realmente una ciudad es necesario caminarla con la mirada clavada en el suelo, mirar el suelo, las baldosas, adoquines, losas y losetas, los materiales con los que cada una hace su superficie —y cómo están. En la Ciudad es imposible: cualquier paseo sería desolación. En la Ciudad no queda espacio para la metáfora.

con hatos de personas, hartos
de ser hatos y
personas, hartos
de cosas que no sabemos
todavía

Después se oye el tiquitaque del bastón del ciego y el ciego, tras de su ruido, que aparece. Es un ciego mendigo y sigue tanteando con el bastón la pared hasta que descubre que la pared dobla, o sea: está en la esquina. Y en la esquina —como en cada esquina, quizás, aunque quién sabe— se para y empieza su discurso:

—Damas y caballeros, hermanos compatriotas: soy un humilde ciego y el destino me dejó sin medios…

El ciego sigue hablando. La esquina está vacía.

con hatos, personas
con hatos llegan a una ciudad
como si esa ciudad ya existiera
desde antes

Pero sigue pensándolo, días y días lo sigue pensando. Para dormirse, sobre todo, le sirve pensarlo: más de cinco mil por día,

más de cien mil por mes que caminan obedientes para donde él les dice. La Entrerriana, les dice, anuncia la salida.

—Vos siempre tan pesimista, Antonio. Así no hay quien viva.

Los habitantes de la Ciudad se sienten amenazados, de algún modo confuso amenazados: saben que su ciudad no es su ciudad, que cada día le llegan desde ese mundo extraño que llaman conurbano varios millones de personas que la usan y la dejan, que la sienten extrañamente propia cuando no lo es, extrañamente ajena. Esos millones no son, por supuesto, parejos, parecidos: qué semejanza entre el señor acaudalado que llega manejando su coche acaudalado a una cochera privada acaudalada en un edificio de vidrios y metales en el centro para manejar desde ahí sus inversiones y una señora pobre que llega en trenes y colectivos pobres hasta ese mismo edificio de vidrios y metales en el centro para limpiar los baños. Pero no pueden dejar de lado la coincidencia básica: que ambos, acaudalado y pobra, llegan de lejos a ese mismo edificio de vidrios y metales. Eso, dicen algunos, es la Ciudad en todo su esplendor; eso, les dicen otros, será su ruina. Tonterías, les dicen: las ciudades siempre fueron eso.

Eso, a veces, se vuelve fuego y piedras.

El diario dice que tres mujeres jóvenes se murieron en dos accidentes ayer a la mañana. Cuando la gente no se moría en el diario se moría mucho menos: muertes particulares. Sobre todo las mujeres jóvenes, pero también el resto.

Aunque el resto levemente menos.

Cuando un muerto se muere de accidente pierde su muerte particular: la vuelve pública. El accidente lo vuelve público de súbito

—de cúbito dorsal. La ambulancia, la urgencia, la guardia de hospital, los esfuerzos de resucitación, la esperanza de la resurrección, su muerte: los pasos burocráticos de esa rutina que cada quien supone tan extraordinaria.

Digamos: esas cosas que le suceden solo una vez a cada uno pero siempre a todos, tantas tan numerosas veces cada día: ¿son extraordinarias?

—Chiqui, tenemos dos opciones. O vamos ahora como habíamos dicho y después yo me voy al gimnasio y vos a ver a tu amiga, o hacemos al revés y hacemos esas cosas ahora y después vamos para allá. ¿Qué te parece?

—Ay, Maxi, ojalá no hubieras preguntado.

En la Ciudad hay todo tipo de personas: unas pocas satisfechas de sí mismas. Se les nota porque caminan por las calles de la ciudad como si estuvieran en cualquier otra —o, por lo menos, en cualquiera.

La cantidad de personas que piensan Bepo y tiemblan,
piensa Bepo, y que son menos,
que cada vez
son menos.

Solo querría, pensaba sin querer, que en los días hubiera algo más. Que no fueran esos vacíos iguales, diferenciados por la suba o la baja de su tensión, la aceleración de su ritmo cardíaco, el vaivén de su fiebre.

La cantidad,
que cada vez
son menos.

Un líder —un presidente, un rey, un jefe, un sumo sacerdote, un famoso de la televisión— es alguien que te hace muy de vez en cuando el favor, la merced de dejar que lo veas: alguien que te concede el raro honor de verlo, alguien de quien después dirás durante décadas no yo lo vi, de verdad lo vi digo, no en la tele, de verdad esa vez yo fui a verlo y lo vi, no te digo tocarlo, a eso no llegué no te vayas a creer pero estuve ahí, a dos metros de él, me saludó, casi me da la mano.

—¿Y la historia de esa mujer es buena?

—No, buena no, buenísima. Es un poco enrevesada y por ahora no se pueden decir algunos nombres, pero es increíble, ya la vas a ver.

—¿No querés adelantarme algo?

—¿Y perdernos tus caras de sorpresa? Si son lo que más vende, Esteban, ni borracho.

Alfie lo espera a la salida. John Jairo lo besa en los labios, leve en los labios, y le dice hola amor me esperaste mucho. Alfie le dice que no, que a él le gusta esperarlo. John Jairo no hace caso de la contradicción, sonríe.

Y se hace el tonto, como si no le importara, pero le importa y sabe que le importa: hubo tiempos en que realmente no podía ir ni a la esquina; hubo tiempos, estaba convencido, en que muchos pensaban más en él que en ellos mismos.

Hubo tiempos en que lo creía.

En El Tambo discuten qué es ser viejo y uno de los viejos de la mesa dice que es que te duela el cuerpo antes en lugar de después.

—¿Antes que qué?

Pregunta otro con un dejo de sorna pero no hay tiempo para la respuesta.

—No, ser viejo es que antes de levantar algo pienses si vas a poder o no vas a poder.

—O antes de dejarlo o antes de moverte o antes, siempre antes. Ser viejo, la verdad, es tener que imaginar las cosas antes.

—Qué curioso, ¿no? Cuando ya estás más bien después.

—Sí, es cierto. Ser viejo es ir por una calle y ver mucho más lo que era antes que lo que es ahora.

La Ciudad no es amable con los viejos. Sería, si lo fuera, una excepción, una extrañeza.

—Antes, ser viejo es antes.

—Por un exceso de después.

Dice, y todos se ríen pero es como si no.

Hubo tiempos en que quizás incluso fuera cierto.

(Bepo te la rechupo chupo chupo; Bepo quemame con un fósforo de cera; Bepo mirame y vas a ver que me derrito; Bepo si no existieras habría que inventarte; Bepo no puede ser que seas vos Bepo.)

La Ciudad se construyó, desde el principio, donde nadie nadie la esperaba.

La noticia salió en un diario muy desprestigiado —como la mayoría pero de otro modo. La noticia decía que un grupo de jóvenes de un barrio pobre de la Ciudad había golpeado —y dejado al borde la muerte— a un vecino de cierta edad, hombre sin antecedentes conocidos, sin ningún vínculo con la violencia bajo ninguna de sus formas. Y que, rastreado y preguntado por el periodista, el aparente líder de los agresores —que por supuesto no quiso declarar su nombre— dijo que lo habían «cagado a palos» porque estaban hartos de oírle decir siempre lo mismo. El periodista le preguntó qué

era eso que decía y el líder le contestó, escupiendo a un costado: «Esa pelotudez de que mientras hay vida hay esperanza. Ya no lo soportábamos, hermano, era imbancable».

La noticia probablemente fuera falsa.

—No lo comas, si no te gusta no lo comas.

—Pero John, si es lo que más me gusta.

La Ciudad se construyó, desde el principio, sobre un pantano de esperanza.

(Bepo me cago en dios no puedo creerlo)

Los platos se acabaron y no van a pedir postres. Gómez Florio le dice que la tarde en que recibió los resultados Equis e Ygriega fueron y se sentaron frente a su escritorio y se agarraron las manos y que entonces él les mostró un sobre blanco de tamaño mediano con el logo del laboratorio, les hizo ver que estaba bien cerrado y les dijo que solo tenía derecho a abrirlo entonces, ante ellos, siempre que el interesado se lo autorizara. Entonces Equis le pidió que le recordara una vez más las consecuencias de un resultado positivo, dice Gómez, y que él, aunque sabía que las sabía de memoria, recitó la condena: que los afectados por el desorden solían enloquecer antes de cumplir 55, como mucho, y morirse antes de los 60, como máximo; que muchos se suicidaban cuando todavía podían hacerlo. Equis asentía, despacio; Ygriega le apretaba la mano y miraba las manos apretadas. Entonces les pregunté si debía abrir el sobre, dice Gómez, y que Equis inclinó la cabeza como para asentir pero, a último momento —con una mueca demasiado explícita, del que quiere mostrar que cambia de idea a último momento— le dijo que no, que prefería llevárselo cerrado.

—Yo le dije que como quisiera, por supuesto, que quedaba a su

disposición.

Dice Gómez, y su esposa se sonríe, bebe, murmura algo tipo sí, claro, vos siempre tan a la disposición y él simula otra vez no escucharla y otra vez le llena la copa y le dice que la verdadera historia empieza ahora: que esto pasó hace un mes y que esta tarde Ygriega, la mujer de Equis, le dijo que él no quiere abrir el sobre, que lo tiene guardado en un cajón a la entrada de su casa y que cada vez que entra o sale abre el cajón, lo saca, lo mira, lo vuelve a guardar, y que ella ya no aguanta más; que sabe que no puede presionar a Equis pero que necesita saber, que no soporta tanta incertidumbre, que por favor le diga.

—¿Qué, que le digas al tipo que lo abra?

—No, que le diga cuál es el resultado.

—¿Y vos lo sabés?

—Yo podría saberlo. Lo tengo, y ellos no saben si lo sé o no lo sé, pero sí saben que lo tengo.

—¿Y lo sabés?

Arturo Gómez Florio le dice que quién sabe, le sonríe, le acerca la mano a su mano por encima del mantel blanco sin la menor arruga: yo sé cosas, querida, vos sabés cosas, todos sabemos cosas. Entonces Susana Calder de Gómez Florio se sacude de la cara unas mechas de su pelo teñido, de rubio teñido con claritos, se dibuja una sonrisa perfectamente falsa —tan rebuscadamente falsa, siliconas— y le dice que a quién le importan esas historias que él le está contando.

—Contame sobre Ygriega.

—No seas tonta, Susana.

Susana Calder respira hondo. Lo recuerda: hace años ella era una mujer espléndida y él le dijo que no se preocupara, que él se ocuparía de que nunca dejara de serlo. Pero esta noche ella quería

contarle los disparates que le está pidiendo para su casa del country la señora de Olmos, la mujer del ministro, y cómo le está tomando el pelo sin que la pobre siquiera se dé cuenta, pero él no tiene ganas de escucharla. Él lleva muchos años sin ganas de escucharla, haciéndole notar que sus trabajos de decoradora cara son una tontería comparados con los de un médico prestigioso como él —y sin comparar también. Pero ella ya está harta, decidida a contarlo todo y arruinarlo.

—Tus historias siempre son formas de no hablar de lo que importa.

—Con vos todo siempre son formas de no hablar de lo que importa. ¿Y qué es lo que importa, si se puede saber?

—Ya vas a ver, ya vas a ver. Mirá el programa de Vodoni y vas a ver.

Gómez Florio respira hondo, retira la mano, piensa en decirle algo, no sabe qué decir, llama al mozo para pedir la cuenta.

—No hagas nada que después tengas que arrepentirte, Susy. Sobre todo no hagas nada que no tenga vuelta atrás. Acordate de que a vos nunca nada te salió tan bien como la vuelta atrás.

Le dice, y se levanta. Es probable que esté yendo al baño, porque sigue sin pagar la cuenta.

El barro, el agua, el tiempo, lo maleable:
todo un pantano de esperanza.

El panadero vuela, vuela. Su esfera de miles de pelitos es una ingeniería extraordinaria que le permite sostenerse en el aire, aprovechar las mínimas corrientes, llegar mucho más lejos. De hecho ahora el panadero, este panadero, que debería haber caído en la vereda o, a lo sumo, en el agua sucia del cordón, llega hasta la mitad de la calle, pleno asfalto, donde un coche lo pisa limpiamente.

Del panadero queda, sobre el asfalto, una humedad.

otro pantano

Una amiga le dice que no la desean a ella, que desean a una mujer, en general, así de bruto —y que ella es la mujer que está justo ahí, justo entonces.

—Si alguna vez tuviera la sensación de que uno me desea a mí, solo a mí, especialmente a mí, no sé qué haría. La verdad, no sé si podría soportarlo.

otra esperanza

—¿Vos escuchaste a esos jobardos hablando de lo que es ser viejo, Gurka?

—Bueno, no mucho, Rodo, si vos no parabas de hablar del partido de River y que esto y lo otro…

—¿Y por eso no los escuchaste? Si yo estaba hablando y al mismo tiempo los escuchaba bien.

Le dice Rodo con una sonrisa de superioridad infrecuente: la pone muy de vez en cuando y eso la hace más insultante, más despreciativa.

—¡Ah, qué bárbaro! ¿Así que el señor puede hablar y escuchar al mismo tiempo? ¡Qué bárbaro! ¿El señor está empleado en algún circo?

Julio los mira con los ojos achinados, como quien te perdona, y les dice muchachos no jodan no se van a pelear por esta tontería. Julio suele intervenir cuando Rodo y el Gurka se pasan de rosca: le gusta ese papel de pacificador, del que se pone por encima. Para cambiar el aire recupera a los viejos:

—¿Vieron que ese de la boina les decía que ser viejo era tener que pensar cada vez si vas a poder o no vas a poder?

—Sí, fue eso que me llamó la atención.

Salta Rodolfo, y que eso fue lo que lo hizo pensar:

—Me hizo pensar en nosotros, que estamos como unos ancianitos, sin decidirnos una mierda… ¿Qué somos, muchachos, a la final, nosotros?

Y entonces, en algún lugar de la Ciudad, la belleza de una mesa usada: copas casi vacías, pocillo de café, las servilletas unos bollos, las tres manchas moradas del vino derramado. Relumbre de lo que fue tan brevemente: de lo que ya no es.

LA CASA, 1935

Felipe, al principio, no entendió por qué su padre se lo pedía justo a él. Era comprensible que la necesitara: estaba viejo, vivía solo y precisaba una persona que se hiciera cargo de la casa, pero era raro que fuera él quien tuviera que buscarla. Después don Gualter le explicó que si una de las nenas —«las nenas», decía siempre el frutero— le conseguía una sirvienta —«una serva», decía—, la mujer sería como una enviada de ellas en su casa, una especie de espía. Felipe pensó que su padre estaba chocho, y que de dónde sacaría una mucama. Aunque, bien visto, el problema podía ser una ventaja: al día siguiente se dio corte preguntándole a su jefe si tenía alguna criada para recomendarle.

Olesha había llegado de Polonia muy nenita: era una mujer robusta y rubicunda, treinta y tantos años y dos trenzas apretadas alrededor de la cara redonda, labios gruesos. Olesha era esforzada, de movimientos decididos, y su llegada produjo la primera modificación de la casa en tantos años: aunque la planta baja tenía dos cuartos vacíos —el de Felipe, el de sus dos hermanas—, don Gualter insistió en hacerle construir una piecita en el patio. Una sirvienta, decía, no tiene que dormir junto con la familia. Felipe le dijo que no tenía sentido, que la casa estaba muy venida abajo y que sería mejor gastarse esa plata en arreglar las cañerías, en pintarla; su padre le contestó que no le estaba preguntando nada.

Olesha se hacía cargo de todo —o casi todo. María le enseñó a

amasar la pasta, y la familia se acostumbró a que fuera ella quien servía los ravioles los domingos. Nina, su marido y sus tres hijos venían muy cada tanto: el marido de Nina era maestro y le habían ofrecido la dirección de una escuela recién construida en Florencio Varela; su hija menor tenía problemas en los bronquios y el médico les dijo que vivir en el campo podía mejorarla, así que se mudaron. Fue en esos días cuando el tío Luchino le pidió prestado a su hermano mayor la plata del pasaje y se fue, dijo, a morir en Italia. Don Gualter trató de disuadirlo: Luchino le dijo que nunca había tenido nada que hacer en este país que siempre lo había maltratado. Se había pasado más de veinte años en la periferia de la casa de su hermano —esperando, quizás, un llamado, la invitación a ingresar a la casa familiar— y haciendo trabajitos de ocasión. Don Gualter le regaló la plata y le dio más, para que se comprara un par de trajes y un sombrero bueno: no, no me debés nada. Volvé, contales a todo que los Giunti hanno fato l'America.

Desde que había dejado de trabajar, don Gualter se cuidaba las uñas con esmero. Se aburría, se sentaba en la vereda a mirar pasar gente y carros y algún coche, a charlar con vecinos, a hacer memoria. Su yerno mayor, Juan María, se había hecho cargo de los dos puestos del mercado: era hábil para los negocios y había conseguido ampliar las operaciones con la adquisición de un camioncito con el que compraba las frutas y verduras directamente a los productores. Estaba prosperando: por momentos parecía que demasiado. María sospechaba que su marido no le entregaba a su padre todo lo que le correspondía. Cuando Juan María le compró una heladera de gas —la primera heladera que entró en la casa—, María estuvo a punto de denunciarlo; después pensó que, de todas formas, su padre ya no iba al piso alto —estaba viejo para subir las escaleras— y nunca lo sabría. María vivía inquieta: sus dos hijos —

Juan María, Beatriz— crecían sanos, pero su marido solía llegar tarde, con olor a alcohol y a perfumes ajenos; a veces, tarde a la noche, se escuchaban los gritos. Qué sería de vos sin mi familia, no tenés ni dónde caerte muerto. Si sos un aprovechador. Si sos un pobre diablo. A veces se oía una cachetada.

Pero la crisis más bruta de la casa estalló por una vía inesperada. María lo venía sospechando; Felipe tardó más tiempo en darse cuenta, y ese domingo se sorprendió de que Olesha, después de servirles la comida, se sentara a la mesa. Felipe miró a su padre esperando que la pusiera en su lugar; don Gualter le esquivó la mirada. El miércoles María llenó un par de valijas, llamó a un taxi, agarró a sus dos chicos de la mano y se fue a instalar a la casa de aquella prima de su madre, en Villa Luro. Su marido se tragó su orgullo y la fue a buscar; ella le dijo que jamás volvería a una casa donde su padre deshonraba la memoria de su madre. Juan María se quedó unos días en la casa, solo. Estaba entre la espada y la pared: no quería separarse de su mujer y —más que nada— de sus hijos; no podía pelearse con su patrón y suegro. Finalmente juntó valor, habló con don Gualter de hombre a hombre y se fue detrás de su señora. Pero pasaba todas las tardes por la casa, a rendir las cuentas del negocio frente a una copita de moscato. Don Gualter lo escuchaba distraído.

La casa nunca estuvo más silenciosa, más desierta. Parecía como si todos sus años le hubiesen caído encima de repente: olía a encerrado —como si oliera a muerto. Olesha, pese a todo, no dormía con don Gualter: era un límite. El viejo la instaló en la pieza que había sido de las chicas, al lado de la suya. Felipe seguía yendo al almuerzo del domingo: eran comidas tristes, sin palabras, con su padre y la polaca barragana. Una tarde María lo llamó al trabajo y le dijo que sabía por su marido que su padre estaba cada vez más

descuidado, que lo mejor era que lo internaran en una residencia para ancianos; Felipe se negó. Tres meses más tarde don Gualter tuvo un desmayo y lo llevaron al hospital de Clínicas; estaba flaco y macilento pero quería vivir. Durante dos semanas enloqueció al personal con sus rezongos. La última vez que Felipe lo visitó su padre le dijo que no quería que se ensañaran con Olesha, que ella no tenía la culpa de nada y que si alguna vez llegaba a ir a Italia no dejara de buscar a un primo Mauro, que dicen que era hijo de una hermana de Pipina, tu madre. Y miralo bien: yo creo que era hijo de ella, que lo tuvo ella cuando yo me vine a trabajar para ustedes. Felipe le dijo papá no digas tonterías y el enfermo lo miró como si ya no le importara verlo. Yo quería en casa, le dijo al final. Yo quería en casa. Por lo menos me tienen que enterrar en el patio de casa. Felipe le dijo que no dijera tonterías, que pronto iba a salir, por no decirle que no creía que su casa pudiera ser su tumba, y el viejo reunió todas sus fuerzas para contestar, por última vez, que nadie le iba a decir lo que tenía que hacer. Se murió al otro día.

Lo velaron en el salón de su casa: fue un remedo sombrío de aquella fiesta inolvidable, con todos los vecinos y colegas bebiendo grappa y chistes malos y anécdotas del muerto. Comentaban la inminencia de la guerra en España y la altivez del Duce que estaba reconstruyendo Italia: lástima que don Gualter no haya vivido para ver la revancha del Imperio. María, de negro, trajo a sus chicos a saludar al abuelo; Nina, con los suyos, llegó tarde de Florencio Varela.

Al día siguiente Felipe se presentó en un carro con tres valijas y un par de muebles nuevos: decididamente, pensó, las muertes me acercan a esta casa. El domingo siguiente los tres hermanos se reunieron alrededor de la mesa de caoba. Felipe fue, por primera vez en su vida, decidido, tajante: quería quedarse con la casa. Les

ofreció dejarles su parte del negocio a cambio; su hermana María —su cuñado Juan María— aceptó enseguida; su hermana Nina le propuso un arreglo más complejo. Felipe tomó un préstamo usurario para pagarle lo acordado. Poco después firmaron los papeles. Sus hermanas le pidieron que despidiera de inmediato a la polaca; Felipe les dijo que de ningún modo, que le había hecho a su padre una promesa y pensaba cumplirla. Sus hermanas —María, sobre todo— insistieron; Felipe se escuchó, con sorpresa, decir que esa era su casa y nadie le iba a decir lo que tenía que hacer en ella.

El lunes 31 de agosto de 1936 hacía un frío de perros y Felipe faltó a su trabajo: era su primer día como dueño de casa. Tenía 28 años, un hogar, algunas deudas y un empleo seguro; le faltaba formar una familia —que llenara de nuevo el caserón vacío. Trabajó duro: cambió muchos muebles de lugar, sacó cuadros, escondió retratos. La polaca lo ayudaba con un trapo y un entusiasmo agotador. Esa noche se fue a acostar temprano —en la pieza que siempre había sido de sus padres. Se sentía un intruso y pensó varias veces en su hermano bebé, tan solo en la azotea. Prendió la radio, un par de cigarrillos y escuchó unos tangos; después vio que la puerta se abría. Olesha tenía un vaso de leche en una mano y un camisón que la cubría muy poco; Felipe le gritó que se fuera polaca roñosa. A la mañana siguiente, después de afeitarse, antes de ir a la oficina, le pidió disculpas y le dijo que nunca más entrara en su cuarto si él no se lo ordenaba.

6

—Qué suerte, mi amor, que vos y yo nos encontramos.

—Sí, no era fácil, en este cambalache.

—No era fácil, no. Pero tampoco podría haber pasado en ningún otro lugar.

La Ciudad puede parecer, para ciertas miradas, para algunos, ese espacio donde millones de personas se las arreglan, bien que mal, para coordinarse acomodarse: para vivir al mismo tiempo y en el mismo lugar. La Ciudad, mirada así, sería un prodigio.

Pero después ella le dijo que quería que tuvieran un bebé.

—Un hijo.

Le dijo él, corrigiéndola como solía. Él tenía veinte años más, dos hijos previos.

—No es un bebé, es un hijo.

Le dijo, con esa paciencia que a veces la irritaba tanto —y otras veces la aliviaba como un trapito tibio.

En realidad es un prodigio
de cualquier modo que se mire.

Una ciudad es una incongruencia: en un mismo momento, en toda ella, personas hacen los hechos más diversos sin que se pueda —sin

que nadie sepa— prestarles concordancia. Formamos un conjunto porque no hacemos nada en conjunto, salvo hacer otras cosas. Somos tan irreparablemente exteriores al único lugar del que formamos parte. O quizá la única forma de formar parte sea esa incongruencia.

La ciudad es un remolino de caras y de pies: más vidas, demasiadas vidas, las muertes necesarias.

Venía pensando en una tontería
y entonces
así, de pronto,
una sorpresa

La forma de reproducción de los mamíferos es espeluznante, les había explicado hacía tanto la maestra: convertir las tripas de un ejemplar en fábrica de otro. ¿A quién se le puede haber ocurrido semejante barbarie?

Otra de esas sorpresas que no son más que eso: una sorpresa.
Que no son por lo que son sino por cómo llegan.

El doctor Gómez Florio lo vio a las 10.35 esa mañana y esa tarde a las 18.40 ya estaba en la morgue. El hombre —entonces, todavía— había entrado caminando a la guardia del hospital de Clínicas en ropa de trabajo, un uniforme azul gastado de chaqueta sin cuello y pantalones hasta la canilla, su escoba vieja que le hicieron dejar en la puerta. El hombre se quejaba de un dolor muy fuerte en la fosa ilíaca derecha y dijo que se llamaba Ceferino Márquez, empleado municipal del servicio de limpieza. Esperó alrededor de una hora en la sala de esperas, sentado en una silla de plástico blanco hasta que lo hicieron pasar a una salita donde otros dos pacientes estaban acostados en camillas. Lo acostaron en la tercera y, cuando al fin un

practicante lo atendió, el hombre le dijo que debía tener apendicitis —y le contó que desde chico siempre había sabido que alguna vez iba a tener apendicitis y quiso contar que lo sabía porque su padre le había dicho que la apendicitis es una enfermedad que no es casual, que llega como un castigo por ciertas cosas que uno hace, pero no pudo porque el practicante, un pelirrojo de veintipocos años cuyo delantal decía Luciano Meyer, le dijo que se sacara la ropa y se acostara en la camilla.

Mientras el practicante Meyer le palpaba el abdomen, el señor Márquez quiso seguir hablando —contando, seguramente, sus largas relaciones con la apendicitis— pero el muchacho le dijo sin ninguna contemplación que se callara. El señor Márquez quiso decirle que tenía las manos muy torcidas y los dedos llenos de callos por eso de despegar carteles en la calle pero el joven le volvió a decir que se callara. Le estaba mirando el fondo de los ojos cuando, de pronto, vio algo que lo sobresaltó: le gritó a una enfermera que le avisara al doctor Gómez Florio que viniera urgente. El doctor Gómez Florio llegó, muy mala cara, unos veinte minutos más tarde; el joven Meyer se lo llevó a un rincón y le habló un momento en voz muy baja; el doctor Gómez se acercó al enfermo, lo miró y pidió, con esa voz medida de quienes saben que van a obedecerles, que trajeran de inmediato una camilla de transporte. El paciente Márquez quiso preguntarle qué pasaba; el doctor Gómez le dijo que no se preocupara, que quería sacarse una duda y que para eso tenía que hacerle unos estudios. Márquez pensó que la cara del médico no era cara de estudios: él llevaba muchos años sabiendo qué dicen las caras de los hombres, pensó, pero que en este momento quizás habría preferido no saber aunque, ya que sabía, le empezó a decir al doctor Gómez que él había nacido en Santiago del Estero y que por eso no.

—Después me cuenta, señor. ¿Hace mucho que tiene estos dolores?

Le dijo el médico y el señor Márquez le dijo que hacía tiempo, sí, que le dolía la panza pero nada grave y no pudo decirle que no tenía mucha familia en la Ciudad y que si le llegaba a pasar algo —si me llega a pasar algo, pensó, tratando de no pensar exactamente qué era algo— lo mejor sería que trataran de ubicar a su hijo Alberto: que aunque él llevaba más de ocho años sin verlo sabía —o creía saber— que seguía viviendo en ese departamento del complejo habitacional donde él mismo había vivido tanto tiempo.

—Rápido, al quirófano 3.

Dijo el doctor Gómez, convencido de que el señor Márquez no sabría el significado de la palabra quirófano. Pero el señor Márquez la sabía —porque sabía muchas cosas extrañas, pensó: en su profesión uno aprendía tantas cosas— y quiso preguntarle qué le estaba pasando.

—No, dejeló, no se esfuerce. No es nada, ya le dije, no se preocupe, nada grave.

Le dijo el doctor Gómez.

no son por lo que son, sinó
por cómo llegan

Pero cada ciudad imagina que llega a algo llegado algún momento, un momento que define como su momento —y que, entonces, reproduce cuando trata de mostrarse «auténtica»: de esas épocas serán sus imágenes más recurrentes, los modelos arquitectónicos que trata de imitar, los clichés habituales. Para Roma, ese momento sería el fin del siglo I, cuando era la capital del gran imperio; para Estanbul, el fin del siglo XV, cuando era la capital del islamismo; para París sería el fin de siglo XIX, cuando era la

capital de la cultura; para Nueva York, el fin del siglo xx, cuando era la capital del universo —y así de seguido. Para la Ciudad ese momento nunca llegó del todo pero quizá fuera, si fue, aquellos años 1920 o 30, cuando impuso su canción al mundo: un café como este, todavía.

Tantos somos tan vulgares. Pero, hasta hace poco, las vidas de los que no lo eran eran una sospecha, un rumor infundado. Ahora, en cambio, son relatos detallados hechos de fotos, películas, palabras. ¿Cuánto más podremos soportar ese espectáculo?

—Yo ya te lo había dicho.
—Vos eso nunca me dijiste.
—Sí, Luco, yo ya te lo había dicho.

John Jairo mira ciertas esquinas como si fueran sus esquinas, se sonríe: no lo son, o quizá ya lo son. ¿Cómo se adquiere, por decirlo de algún modo pomposo, una ciudad? ¿Cómo se hace tan propia, lo suficientemente propia para mirar unas esquinas como si fueran tus esquinas? John Jairo lleva años: llegó con esperanzas porque pensaba que la Ciudad era otra cosa. La única forma de llegar, le dijeron después, mucho después, es pensar que ese lugar donde uno llega es otra cosa. Nadie nunca llegaría si supiera dónde, le dijeron —y él se rio:
por suerte no sabía.

—¿Y entonces nunca más vas a coger conmigo?
—Yo nunca cogí con vos, idiota.

En la Ciudad —y sus alrededores, que lo son y no son y a veces son o no— hay más de treinta estadios para mirar jugar al fútbol. El fútbol es un dato en la Ciudad: se supone que en ninguna otra las personas lo miran con semejante entrega. Se jactan de eso: la

entrega les parece un signo de entereza. Les parece un signo de lealtad. Les parece un signo de —cierta— grandeza: en general, desprecian y compadecen a todas las que no son capaces de la misma entrega, o sea: todas las otras. O eso creen, por lo menos, y esa creencia los construye.

O quizá no: como en todo, hay un supuesto. A esos estadios acuden, en un fin de semana exitoso, quizá trescientas mil personas. En la Ciudad y sus alrededores —que lo son y no son pero para esto son— viven quizá quince millones. O sea: esos ciudadinos fervorosos fieles leales apasionados entregados son, quizá, uno en cincuenta o, como dicen ahora, el dos por ciento. Y, sin embargo, muchos de los demás, que no lo hacen, se apoderan de lo que hacen los que sí lo hacen y lo incluyen como si fuera su propio carácter, como si ellos lo hicieran. Así, por identificación, suelen formarse las identidades.

Y entonces cantan y cantan
y cantan y cantan: los fieles cantan,
los fieles se levantan. La Ciudad
es un dechado de entusiasmo que se agota
en sí.

Yo la verdad que para mí fue un sueño. Imaginate, un sueño. Desde pendejito nomás mi viejo me llevaba al club ahí en el barrio, se pelaba el culo pobre viejo para que yo pudiera ir a jugar, y antes todavía me tenía en el patio del ranchito con la pelota dale que va, dale que va, horas me tenía con la pelota para que yo aprendiera, y no se cansaba nunca de jugar conmigo, pobre viejo, y después no sabés la alegría que le dio cuando hicieron la prueba esa en Argentinos y yo quedé, que me agarraron para la prenovena y me dieron una camiseta, no sabés, el viejo andaba por el barrio y les mostraba la camiseta a todos y les decía que yo iba a ser un grande,

que como yo ninguno, que nos iba a salvar y todas esas cosas, ya te podés imaginar. Y ahora que me dijeron que voy a debutar en la selección me acuerdo de todo eso, pobre viejo, me da tanta pena que no esté para verlo. Pero lo hago por él, todo esto lo hago por él, lo hago para él. A él le habría gustado verme así, en esta casa, manejando este coche, dándome todos los gustos que él no pudo. Le habría gustado tanto, pobre viejo.

—Entonces cuando se ponía muy mal yo le decía que respirara hondo, despacito, rítmico, y así a veces conseguía que se quedara dormida.

—Te rompía mucho las bolas.

—Sí, pobrecita. La quería tanto que no soportaba verla así. Era mejor que se durmiera.

El señor Ceferino Márquez recibió la anestesia general —sin que nadie le dijera que se la estaban dando— a las 11 y 32 de la mañana. Cuando lo abrieron, confirmaron la intuición del doctor Gómez: el dolor en la fosa ilíaca era solo el reflejo de un cáncer generalizado del aparato digestivo que, por razones que únicamente Dios podía conocer, no había causado hasta entonces dolores más agudos pero que, ahora, había producido una infección galopante. El cirujano —que obviamente ya no era el doctor Gómez sino un especialista a punto del retiro, el doctor Montana— entendió que, si conseguían curarle la infección, el paciente —el señor Márquez— tendría a lo sumo dos o tres meses de sobrevida y se lo dijo a su equipo, aunque miró al anestesista.

—Está soportando muy mal la anestesia.

—¿Puede hacer un paro?

—Puede, claro que puede.

El señor Márquez se murió a las 12 y 51. Cuando revisaron su

pantalón y su camisa no encontraron documentos ni papeles. Tenía veintidós pesos y tres billetes de diez dólares. El oficial interviniente miró a los dos costados y hacia atrás, se los guardó en el bolsillo delantero izquierdo, registró el cadáver como un «NN que dice llamarse Ceferino Márquez» —sin pensar que el verbo decir era un abuso— y lo mandó a la morgue para identificarlo. En la morgue, el encargado de identificaciones, el sargento Juan José Romero, un hombre de tez morena que parecía en edad de jubilarse, le tomó las huellas digitales y le pidió a su joven ayudante, Lidia Pezzi, que las chequeara en su computadora. Media hora más tarde su legajo informó que José María Saldaña había nacido en Santiago del Estero y había cumplido una pena de quince años de prisión por el homicidio de su mujer, Matilde Páez de Saldaña, y otra de cinco, más tarde, por hurtos reiterados y que, desde su segunda salida, solía usar el nombre Ceferino Márquez.

—Otro muerto que me quería engañar.

Dijo, casi melancólico, el sargento Romero. En el legajo no figuraba la dirección de ningún pariente. El sargento murmuró unas frases que su ayudante no llegó a entender: algo sobre lo fácil que sería cambiar de nombre y cambiar de vida, que quién pudiera, o algo así. Al día siguiente un cabo de la policía de la Ciudad dedicó un par de horas, sin gran entusiasmo, a buscar deudos; nunca descubrió que los dos hijos del señor Saldaña también se habían cambiado el apellido cuando su padre asesinó a su madre. Tras la quincena de rigor, el cuerpo fue entregado a la facultad de Medicina. Era —dijo el patólogo jefe— un caso muy interesante, un cáncer de padre y señor mío.

—Estoy embarazada.

Él hizo cuentas, rápido, confuso. Estaban pasando días difíciles. Hacía por lo menos tres meses desde la última vez que habían

cogido —y después de eso la había visto indispuesta.

—¿Qué dijiste?

—Que estoy embarazada.

En esta puta ciudad

Me preguntan si es más fácil olvidar algo que sé o que no sé algo. No lo sé. Me gustaría saber cuándo voy a olvidarlo.

En esta puta ciudad
todo se incendia y se va

Viejo café casi vacío, calor, hora de la limpieza, la mariposa blanca que se acerca al ventilador que revuela en el techo. Una y otra vez se acerca: quizá le guste el viento, quizás el movimiento la seduce. Un aspa la golpea. Empieza a volar boba, se posa en el suelo. La gata, que dormía por el bochorno, la caza como quien no quiere la cosa, obligación genética. No se la come, la mordisquea, la zarandea, juega o juguetea. La va desarmando poco a poco. La gata nunca piensa en el ventilador.

—¿De verdad? ¿Podés estar segura?

—No sé. ¿Cómo sería segura?

En esta puta ciudad
todo se incendia y se va:
matan a pobres corazones.

—No me digas que no te acordás.

—Bueno, vagamente. ¿El padre Vélez, decís?

—Sí, ese que siempre nos despeinaba con la mano…

—Ah, sí, claro. Pero bueno, ya se murió, ¿no?

—Sí, el otro día lo recordamos con una misa, justo antes del cóctel

de la promoción.

Los dos tienen unos 50 años, sienes plateadas, la ropa sport recién planchada. Los vasos de whisky son pesados, biselados, los sillones hondos cómodos: las paredes del salón del club son madera y libros encuerados.

—Qué bárbaro, Nacho, cómo me gustaría volver a esos días del colegio.

—A mí ni loco, Gonza, y menos con esos curas y esas cosas. Pero bueno, igual fueron años importantes. Y hablando de eso: ¿vas a vender, entonces?

—Sí, ya te van a llamar mis abogados.

—Bueno, bárbaro. ¿Y a Mercedes hace mucho que no la ves?

—No, fijate que justo hace unos días me la crucé en la casa de Mariano y estaba con…

Fulano o mengano o zutano: nombres de pila, siempre nombres de pila. Un mozo casi anciano les renueva el whisky con sus hielos, Nacho y Gonza no lo miran o al menos no lo ven. El salón huele a materiales de esos que saben hacerse con el tiempo. Los dos se alzan sus vasos mutuamente, se sonríen.

matana
pobrecorazó
nes

En la Ciudad nunca hay catástrofes. La Ciudad, sí, se inunda. Una vez por año, por lo menos, se inunda, regular, implacable —y cada vez sus habitantes simulan una sorpresa sorprendente. Pero no hay catástrofes brutales súbitas tremendas: nunca un tsunami, un terremoto, un huracán como se debe, un bombardeo. Nunca el placer de descubrir que la naturaleza o el descuido o el enemigo innominado irrumpen y avasallan, se hacen dueños, arrasan. Nunca

el frenesí tembleque del mundo derrumbándose sobre nuestras cabezas, tan ajeno en sus causas, propio en sus efectos. No sabemos: en la Ciudad la culpa nunca es del todo ajena.

—Yo no quiero, querida. Es por vos.

Es realmente un matrimonio de conveniencia: se compadecen mutuamente. Él la ve tan jovencita, tan frágil, tan poco preparada para las asechanzas de este mundo, y no puede dejar de protegerla. Ella lo ve tan viejo, naufragado, expuesto a todo tipo de derrumbes, y quiere estar ahí para confortarlo.

—Por vos, siempre por vos.

Ahora ya sabe que es mejor no tratar de adivinar por dónde va a venir el golpe. Que es mejor ni siquiera tratar de saber si es un puñazo una patada un rodillazo: que es mejor tratar de no saber. Que algo le retumba en la parte de atrás de su cabeza y algo en la boca de su estómago y algo en el justo centro de su culo y algo en el costado izquierdo de su cara y algo y algo y algo le retumba le angosta le hunde uno por uno casi todos los rincones pero tengo que acordarme de ese gol que le hice a los del deportivo, confirmar que fue el Chema el que me dio el último pase porque no consigo estar seguro no consigo verlo se me pierde la imagen y si pudiera saberlo si pudiera verlo los golpes no serían tan brutos tan fuertes tan pesados, yo sé que si pudiera ver toda la jugada no me dolería tanto. Que podría perderse en las imágenes del gol y los festejos y escuchar cuando todos le decían que era un crack y los había salvado él solo en lugar de seguir tratando de adivinar por dónde va a venir el próximo, aunque sabe que no tiene que hacerlo que así le duele más no puede parar de tratar de adivinar, de equivocarse, de sentir cada golpe. Que no puede creer que esto siga, que haya

durado tanto, que dure todavía.

¿Cómo se hace, ahora, para ser un guerrero? ¿Contra quién se pelea, ahora, para ser un guerrero?

—¡Compañeros!

Gritaba un jefe en la Ciudad y otro le contestaba que no habría ni vencedores ni vencidos mientras se ensañaba y otro después que no tenía plazos sino objetivos y buenas noches pero después uno les dijo que la casa estaba en orden y que felices pascuas, y otro más tarde que su dinero valía tanto y otro que se aburría y otro que no se sabe qué, pero lo dijo mucho. Y siguieron diciendo sus cositas, que ya nadie recuerda, y otro que no decía porque solo gritaba: nadie —cada vez menos— los recuerdan.

Una ciudad sin jefes, se preguntan, ¿sería cómo?

Le tanteaba las cachas. Ella se desparramaba boca abajo sobre sábanas rojas. El gusto de tener tanta carne en la mano, recubierta, caliente, propia de otra persona todavía.

Pero hoy llega al Tambo temprano, más temprano que los demás, y piensa todavía en el segundo botón y piensa en ella: no puede dejarse dominar por una idiota como esa, no puede seguir permitiéndole lo que le permite. De pronto piensa que si un día le hiciera sentir el peso de su revés bien en la cara ella se dejaría de tonterías. O quizá, mejor: si por fin se la metiera bien metida por el culo, sin preguntarle nada, sin hacerle caso a sus protestas o lo que mierda hiciera, ahí ella entendería. Le parece que puede ser una buena idea, una manera de cambiar las cosas. Y, para su sorpresa, piensa que mejor no les dice nada a los muchachos. Total, qué ganarían con saberlo.

todo se incendia y se va:

ciudad de pobres corazones

John Jairo nunca termina de saber si en la Ciudad sí puede. Sabe que en la suya no podría pero acá no está seguro. Es lo raro, lo difícil de vivir en ciudades ajenas: no saber cuándo te estás pasando de la raya. No saber, en realidad, dónde carajo está la raya.

No ser capaz de ver la raya.

—¿Pero querés que te cuente la historia?
—Si vos querés…

En la radio dicen que no es cierto, pese a todos los rumores que se han oído últimamente, que actúe en la ciudad un comando de «recuperación y quema» de las camperas de gamuza.
—¿Vos estás seguro?
Le dice el conductor al locutor.
—Mirá, yo podría contarte una historia, pero prefiero no decir nada para no darles publicidad a esos vándalos resentidos antipatria.

La historia es muy vieja y quién sabe si cierta. Se cuenta, con algunas variantes, desde siempre, y a menudo la cuentan los diarios: que el hombre llegó a su casa al final de la mañana porque el tipo que lo iba a emplear durante el día lo hizo viajar una hora y media para decirle que no, que mejor volviera la semana siguiente a ver si tenía algo. El diario dice que llegó a su casa porque los diarios dicen esas cosas: lo que el diario llama su casa era una casilla hecha con trozos de madera y chapa, una sola habitación muy chica donde apenas cabe una cama hecha de cajones de fruta con un colchón encima. El diario dice que el hombre tenía 49 años y venía de mal humor porque se había gastado la plata que no tenía en esos cuatro colectivos y se sentía maltratado y despreciado y no dice —los diarios nunca dicen— que había pensado que quizá pudiera sacarse

el mal humor con su mujer. Y el diario dice que cuando estaba llegando oyó unos ruidos raros, siguió en puntas de pie y cuando se asomó a la puerta de la casilla vio a su mujer en la cama con un vecino, fornicando —y una de sus nietas, de dos años, durmiendo en un costadito de la misma cama.

El diario dice que el hombre caminó sin hacer ningún ruido diez o doce pasos a través del patio —o espacio vacío alrededor de la casilla— hasta el lugar donde siempre tenían agua hirviendo en una lata sobre el fogón de leña, porque la casilla no tenía gas ni ninguna otra forma de calentar el agua, y que agarró la lata con las dos manos sin quemarse las manos y, muy silencioso, caminó hasta la casilla. Entonces —dice el diario— el hombre le tiró el agua hirviendo a los amantes como si fuera un baldazo y los sorprendió en pleno refocile amatorio. Entonces, dice el diario, los amantes gritaron alaridos con quemaduras espantosas y se murieron dos y tres días después en un hospital más o menos cercano. El hecho de que el hospital no estuviera muy lejos es, por alguna razón, espeluznante.

—Bueno, entonces sí.

—Dale, hagámoslo. Y después ya veremos.

(Gonzalo acaba de venderle a Ignacio, su viejo compañero del colegio, media manzana en un barrio en progreso, veinte o treinta casas bajas que se transformarán en tres torres de veinte o treinta pisos, cambiarán la población del lugar, dejarán en la calle a centenares de personas. El whisky era añejo, los recuerdos también, esos olores: es un placer, piensan los dos, poder trabajar con los amigos.)

Enestapu
taciudá

Lo que nunca consigo que nadie me cuente es cómo viven los que viven distinto. Yo sé que viven distinto, sé que sus vidas no se parecen a la mía. Me intriga mucho cómo son, cómo serán, pero no consigo que nadie me lo cuente. Es muy difícil de contar, ya me imagino. ¿Qué me van a decir, que no tienen que estar contando cada peso, que no tienen que preocuparse por el trabajo de este viernes porque saben que tendrán este viernes y el otro viernes y el de más allá? ¿Qué me van a contar, que se tienen que preocupar por las cosas del coche o de los plazos o de vaya a saber? Yo entiendo que no es fácil de entender, pero de verdad querría saber, quiero saber. ¿O será cierto, como decía mi viejo, que no saber te deja más tranquilo?

—¿Por mí? ¿Qué te creés, que soy una boluda?
—Yo jamás diría eso, Laura.
—Dale, Bepe, abrilo. Hacete cargo de una puta vez.

Y ahora está por salir, por fin, en la tele. Es cierto que lo que tiene para contar no es la historia de un triunfo, aunque eso también se puede discutir; pero el hecho de contarlo —de contarlo frente a una cámara o, mejor dicho, de contarlo desde miles de pantallas en dormitorios, livings, bares, estaciones de servicio, reparticiones públicas, hospitales incluso— es en sí el triunfo más aparatoso que Romero puede imaginar. ¿Cuántos millones —millones, cómo será millones— de personas están a punto de conmoverse con eso que le pasó a él —a él— en los últimos meses? ¿Cuántos sufrirán por él quizás incluso más que lo que él mismo? ¿Cuántos se irán a dormir turbados, se revolcarán en la almohada pegajosa por la noche de verano sin poder conciliar el sueño porque la historia que él está a punto de contarles se negará a salir de sus memorias?

—Romero, vamos, venga.

—¿Ya?

LA CASA, 1941

La casa relucía. Felipe Giunti había conseguido que los empleados de mantenimiento de su oficina se la pintaran por muy poca plata; le debían un favor. Felipe había ascendido a encargado de compras de la firma agropecuaria y, en esa condición, tenía la posibilidad de tolerar y disimular cierto despilfarro —quizás algún desvío— de materiales de limpieza. Olesha, mientras tanto, progresaba en el arte de la invisibilidad. Mantenía la casa impecable, las camisas almidonadas, los calzoncillos prontos, le dejaba a su patrón la comida preparada pero casi no se veían: no estaban obligados a decirse nada. Era un arreglo tolerable. La polaca tenía la casa para ella todo el día. Escuchaba la radio horas y horas —las novelas, los chismes del espectáculo, más por tedio que por interés— y se escapaba algunas tardes para encontrarse con un vigilante que solía tener parada en la otra esquina. A veces, cuando la calle estaba calma, se entreveraban en un baldío en la otra cuadra; lo podría haber llevado a la casa pero no quería correr el riesgo de que la vieran los vecinos. Una mañana Olesha escuchó en la radio que su país había sido invadido y no se molestó: no creía que el gobierno polaco fuera mejor que el alemán; en verdad, suponía que todos los gobiernos eran la misma porquería. Pasaron semanas hasta que entendió que el país donde ella había nacido estaba desapareciendo; después se dijo que, de todas formas, para ella ya había desaparecido. Pasaron años hasta que supo que las grandes víctimas

de la invasión habían sido los judíos —y eso la tranquilizó.

Casi todos los días Felipe llegaba a su casa al caer la tarde, comía, se tomaba sus dos vasos de tinto, leía la sexta de Crítica, se iba a dormir temprano. No dejaba de pensar que ya estaba grande y tenía que formar una familia, pero no. Algunos sábados fue a bailes en los clubes del barrio con el firme propósito de conocer una mujer: no sucedía —y se decía que era porque ninguna le gustaba. Algunas noches durmió con la hermana del mozo de un restorán del centro donde comía los mediodías —una gallega de costumbres ligeras—; alguna vez imaginó que la quería y se dijo que eran tonterías, que el amor no era eso; muchas más se desahogó en algún prostíbulo con sanidad bien garantida. Pero nunca llevó una mujer a la casa: no le parecía apropiado o, en realidad, ni siquiera se le ocurría. Allí se masturbaba con arrebato o con prolijidad casi administrativa, según las noches: le costaba dormirse cuando no lo hacía, pero después se sentía miserable, temía que la polaca se diera cuenta, se reprochaba por manchar el cuarto que había sido de sus padres. Se desquitaba cada viernes, cuando invitaba a cuatro compañeros de la oficina a jugar al póker sobre la mesa de caoba: se quedaban hasta muy tarde, fumaban, bebían, conversaban, se pasaban fijas para la triple del domingo. Felipe solía pensar que no quería cambiar esas veladas por ninguna otra cosa. También pensaba que era un derroche no alquilar el piso alto, que no necesitaba para nada. Le habría venido bien, pero no era acuciante y prefería no hacerlo. Le gustaba sentir que la casa de los Giunti era suya, toda suya. Y así era.

7

Detestaba ver a sus hijos o, en realidad, lo deprimía. Los hizo, desde antes de hacerlos, con toda la intención de que fueran distintos de él, mejores que él. Eran toscos, aburridos, mediocres como él. No había forma de no darse cuenta.

—¿Los querés de verdad?
—Claro que los quiero. Son lo que más quiero.
—Ves, por eso mismo.

Lo había leído en un cuento: no hay personas únicas. Toda persona tiene una persona idéntica. Y las posibilidades de que esa idéntica viva en la mismo ciudad, si bien no son altas, son considerables, decía el cuento: decidió buscarla. Al principio la buscaba casual, casi sin proponérselo: miraba, solo miraba por las calles. Cuando cumplió 32 años se puso sistemático: se le ocurrió que era una misión interesante, que valía la pena imaginarla como la busca de alguien que sabe qué quiere de la vida. Entonces se compró la Guía Filcar, con sus 148 páginas de mapas y planos y sus 308 páginas de nombres y referencias y localizaciones y quiso ser prolijo. Sabía que su prolijidad tenía poco sentido: que por más que recorriera exhaustivo cada uno de los fragmentos de ciudad contenidos en cada una de las páginas de mapas y planos, siempre

era evidente la posibilidad de que, justo en el momento en que él pasara delante de su domicilio, su sosías estuviera encerrado en el baño o preparándose la cena o mirando la tele en el living de su casa o de viaje por provincias. O, incluso, que hubiera muerto poco antes o que acabara de nacer. Pero imaginaba que cuando pasara por ese lugar lo sentiría: algo en el aire se lo haría comprender, lo sentiría.

¿Para qué? Tantas veces se lo preguntó, pero siempre se contestó que cuando lo encontrara lo sabría.

—No, no sabés, no podés conocerlos. Sería demasiada casualidad.

—¿De verdad vos creés que «demasiada casualidad» existe? Pero no te preocupes, no es de eso de lo que voy a hablar. O, mejor dicho: preocupate, que no es de eso.

John Jairo elige la Ciudad: lo bueno de vivir en una ciudad que no es la tuya —una ciudad, digamos, donde has hecho cosas pero no nacido— es que uno tiene la sensación —o no solo la sensación, quién sabe— de que la elige todo el tiempo: de que podría dejarla fácilmente. Las ciudades, aun más que lo demás, están hechas sobre todo de ilusiones.

—No jodan, muchachos. No pueden estar hablando en serio.

—Más en serio imposible, Gurka.

—Entonces yo mejor me abro.

—No seas cagón, hermano. No nos podés cagar así.

Como le digo, señor Vodoni, usted ni se puede imaginar lo que es encontrarte de repente con que tu mejor amigo te traicionó, repasa Romero, y de pronto se pregunta si eso de que Vodoni ni se lo puede imaginar no sonará muy antipático. No a Vodoni, no que le suene antipático a Vodoni porque eso no le importa y de últimas le

conviene pararle los pies con alguna frase de esas para que no lo pase por encima; no, piensa si no será antipático para los telespectadores, para los millones de telespectadores que quieren a Vodoni aunque también lo odian un poco, y que si él lo pone en ese lugar del que ni puede imaginar capaz que se molestan. Porque él no tiene que olvidarse que para los millones de telespectadores él es nuevo, piensa Romero, uno que no conocen, casi un intruso que se metió de prepo en el living de la casa y que entonces tiene que ser amable, como si alguien llega de pronto a tu casa y te maltrata vos qué hacés, lo sacudís de una trompada. Él va a ser un intruso, sabe que va a ser un intruso y quiere gustarles, se imagina el olor de millones y millones de personas que lo miran y piensan qué tipo simpático, este, qué tipo más amable; lo que más le impresiona es pensar en los olores de tanta gente junta pero de todas formas las cosas hay que decirlas como son y Vodoni, por más que sea una persona tan inteligente y tenga toda esa experiencia no puede ni imaginarse cómo es encontrarse de repente con que tu mejor amigo te traicionó sin la menor piedad, señor Vodoni, de repente mi vida se me fue al tacho por la culpa de ese que yo confiaba tanto.

Me gusta la Ciudad porque nunca termino
de sentirme solo
en la Ciudad. Es fácil:
es muy fácil estar solo y no sentirse solo,
estar con otros y sentirse muy solo,
sentirse solo y no sentirse solo
en la Ciudad: es donde todo se confunde. A veces
uno —yo, uno, ustedes, ellos, uno—
necesita desesperadamente
algo que lo confunda: aquella claridad
que lo da vuelta, que le da

vueltas y más vueltas.
La Ciudad.

—Alcanza con mirar, cuando se abre cualquier puerta de subte, ocho de la mañana, la avalancha de caras, personas como un torrente sin personas.

Que alcanza con mirar, dice, y no quiere decir para qué alcanza.

—¿Hoy sí podemos ir a ver al Bepe?
—Hoy no, Romi, hoy no me pidió nada.
—Ah, y si no te pide vos no vas.

El 14 de agosto de 1996 el asistente principal del productor general de la sección de rock nacional de RCA Victor estuvo a punto de llamarlo para decirle que le iban a grabar su primer disco. Él nunca pudo saberlo a ciencia cierta, pero lo sospechó o casi lo supo: en ese momento, dada su carrera, parecía cantado, y además una amiga suya que era amiga de una chica que salía con el asistente principal le dijo, en esos días, que el tipo había dicho que tenía que llamarlo. Él esperó, semanas, la llamada. La llamada, por la razón que fuera —él no podía saber que justo ese día llegó un télex con una orden de la central americana diciendo que ante el aumento de los precios del vinilo en el mercado de Chicago debían bajar la cantidad de títulos anuales en un treinta por ciento—, nunca le llegó. Él entonces atravesó una época negra en que estuvo muchas veces a punto de dejar de cantar —y, finalmente, viendo cómo su grupo tenía cada vez menos contratos en lugares cada vez más alejados, lo dejó. Se pasó unos años boyando por las peores cosas. Ahora se hizo una cartera de clientes, incluso algunos que conoce de sus tiempos en el rocanrol, y les vende mercadería bastante buena, muy buena a los mejores. Pero sabe que podría haber llegado; eso a veces lo conforta mucho y otras lo derrumba.

azar

Es curioso: hay quienes hablan de la Ciudad como si se pudiera hablar de ella; como si diciendo la Ciudad hablaran de algo definido. En la Ciudad conviven tantas diferencias que decir la Ciudad es decir nada; es, a lo sumo, como quien dice, digamos, animales: un perro una culebra una ladilla esa jirafa que embalsamaron en París una mosca zumbona mi maestra de primero inferior un gatito siamés una orca asesina una orca muerta.

acecha

Como esas personas que escriben cifras y saben lo que escriben: números, paréntesis, sus puntos y sus rayas, sus menos y sus más, sus letras griegas, sus signos imposibles. Todo eso son dibujos para mí.

Qué enorme es ser analfabeto.

Vodoni se para en el medio del estudio, justo bajo los focos más potentes, y de pronto hay muchas palabras que se cortan: miradas que lo buscan. Él sabe que lo buscan las miradas.

La Ciudad no está donde nos dicen.

Ella misma se le fue de las manos. A menudo, cuando su perra Coti le tironea de la correa para que se apure y ella no consigue mover el peso de su cuerpo —el peso de su cuerpo— sin un esfuerzo extraordinario, la señora Mabel se pregunta cómo fue que se le fue tanto de las manos.

La señora Mabel pesa 174 kilos —y mide alrededor de uno sesenta. Todo lo que podría hacer en la vida está mediado —estorbado, estrechado— por el peso del peso de su cuerpo. Todo lo que intenta hacer en la vida tiende a tratar de reducirlo; todo lo que

hace es fracasar en ese intento. Su cuerpo no le responde; a veces —muchas veces— la señora Mabel vuelve a preguntarse cómo fue que se le fue de las manos
ella misma.

El estudio es rectangular, alto y enorme —tiene, poco más o menos, las dimensiones de una cancha de básquet— y está claramente dividido en dos por la tribuna. La tribuna son cuatro tablones gruesos de diez metros de largo que sostienen una docena de personas cada uno; las personas son mayormente jóvenes, pero también hay dos o tres señoras grandes y un anciano con saco gris y camisa blanca con el cuello cerrado, sin corbata: son el público. Entre ellos, bien distribuidos, están los seis reidores que, en este programa, no deben reírse casi nunca pero sí romper en aplausos o —con frecuencia— en suspiros o llantos; de tanto en tanto algún grito espantado. Ulises, su jefe, les explica la idea: no es puteada, no es pena; hay que gritar, muchachos, como si vieran de pronto su futuro.

El decorado es rebuscadamente simple: sobre un suelo negro hay tres sillas de un plástico transparente montadas a medio metro de altura sobre tres bases del mismo plástico, invisibles contra el negro del suelo. Las sillas no se ven: en unos minutos, cuando los participantes se sienten en ellas, parecerá que flotan en el aire. Por ahora tres muchachos vestidos con mamelucos grises —uno por cada una— están frotando las sillas con trapos de acetona para dejarlas perfectamente limpias: para garantizar que no molesten. En la tele, suele decir el jefe, es importante que lo invisible no se vea. Otros tres frotan, tres metros más acá, una pasarela del mismo plástico instalada a la misma altura: de dos metros de ancho y cinco de largo, es la plataforma que le permite a Vodoni, cada jueves, caminar en el aire mientras interroga a sus invitados con su famosa

acidez compasiva.

—Son los diez metros cuadrados más famosos del país.

Le dijo Vodoni a aquella periodista insinuante de un semanario de actualidad hace unos meses: la periodista firmaba notas que a veces escribía y solía aparecer como personaje en las páginas de chimentos de esa misma revista.

—Y eso que nunca nadie los ha visto.

Remató Vodoni. La periodista le dedicó su mirada de la muerte, él pensó que no sería conveniente acostarse con ella, la frase le gustó y, desde entonces, la ha repetido muchas veces.

Él habla y habla; ella simula —bien, con experiencia— que lo escucha. De pronto ella alarga su uña hacia su ojo —el ojo de él— y le saca una lagaña; él se calla, la mira, entre molesto y grato. Ella le sonríe, casi condescendiente. Él recupera el hilo.

—Pero estuvo a punto de fallar, varias veces estuvo a punto de fallar.

—¿Y al final?

—Falló.

No está escrito, nadie lo dice, muchos se sorprenderían de escucharlo pero, en la Ciudad, lo que realmente separa a una mujer joven de una mujer injoven son sus pelos. ¿Por qué se lo cortan, porque una vieja con pelo largo es obscena, es el empecinamiento de quien no acepta «su lugar»? ¿Y por qué su lugar es un pelo cortado?

—Yo soy un hombre grande. ¿A que no sabe qué edad tengo yo, señor Vodoni?

—No sé. ¿Setenta y tres?

Dice Vodoni. El sargento Romero parece, a todas luces, como

mucho sesenta. Vodoni no tiene ni idea: nunca supo calcular edades de la gente, pero sabe que su error va a quedar como un apriete de los suyos así que esboza su famosa media:

—¿Setenta y seis? ¿Cincuenta y uno?

—Ay, señor Vodoni, no: cincuenta y nueve. Pero igual, así como me ve, ya soy abuelo. O era abuelo, no sé cómo se dice: no sé si cuando uno es abuelo después puede decir que ya no es o sigue siendo abuelo para siempre. Yo era abuelo, soy abuelo.

—¿Y qué, se olvidó?

—No, señor, cómo me voy a olvidar. Si hay algo que no puedo es olvidarme. Eso es lo terrible, que no puedo olvidarme. Pero eso es lo bueno, también, señor Vodoni: que uno puede aprender de sus errores, así que es bueno no olvidarse. Usted eso lo sabe, ¿no?

—¿Usted me lo pregunta, Romero?

—No, yo le digo, yo sé que usted lo sabe.

—Romero, no se me vaya por las ramas. Cuéntenos lo que pasó ese día, por favor.

—Sí, disculpe, no me di cuenta, señor. Nada, no pasó nada: que yo estaba con el Kaiser, como todos los días, en el patio de atrás. Yo al Kaiser lo enseñé desde muy chico y es el perro más fiel y más educado que conozco. Bueno, era, capaz que también hay que decir que era.

—¿Cómo, Romero, el Kaiser se murió también?

Dice Vodoni, bajando la voz, mirando más abajo todavía, al borde del susurro. Es su número clásico: en miles de hogares argentinos, familias y familias discutirán si es un gesto de pena o más bien le toma el pelo a su invitado.

—No, cómo se le ocurre. No, lo que quiero decir es que ahora capaz ya no se puede decir que es tan fiel y educado, el Kaiser, pero igual yo sigo creyendo que es un perro de ley. Le digo: esa tarde

estaba ahí, en el patio de casa, tranquilo, con el Kaiser, que yo le tiraba su hueso de goma y él lo iba a buscar y lo traía, me lo traía en la mano.

—Claro, y el pobre se cansó de trabajar al pedo.

—¿Cómo dice?

—Nada, Romero, siga, siga.

—Ay, disculpe, sí. Le digo que yo le tiraba su hueso de goma, viera cómo me lo traía el Kaiser, cada vez, me lo dejaba en la palma de la mano…

—¿Todo babeado?

—¿Y cómo quiere que sea? ¿Usted tuvo perro alguna vez, señor Vodoni?

—No, yo hago televisión, Romero. ¿Y entonces qué pasó?

—Nada, que el nene justo cuando yo tiré esa vez el hueso corrió para agarrarlo, pobre nene.

¿Cuántos ahora pasarán unos días como él pasó su vida, rodeado de los muertos?

Me fui sin saludar.
Aproveché la distracción de unas personas
a las que no les importaba
que yo estuviera o no y me fui
sin saludar. Eso es irse; lo demás
es simular que te quedaste,
monerías.

A veces, aunque no tengan ganas de abrazarse, se pasean abrazados. Les gusta que los miren: que otros piensen qué idiotas, a su edad. Tienen setentaytantos, los parecen; los miran, muchos los miran, como quien piensa qué idiotas, a su edad. Como si se perdonaran los efluvios amorosos a los chicos porque su

inexperiencia, su inocencia; como si esos efluvios amorosos fueran algo que se cura con el tiempo, cuya tontería o inconveniencia o innecesidad se aprende con el tiempo. Algo que, abrochado al cuerpo de unos viejos, demuestra que no aprendieron nada.

La pantalla negra con las líneas rojas que está justo al lado de la cámara uno, la que Vodoni tiene enfrente y su productor Matías Jáuregui al costado, titila con números que cambian sin cesar. La pantalla muestra dos cifras —una arriba, otra abajo— hechas de diodos rojos muy brillantes: la cifra de arriba marca la cantidad de espectadores que tienen sintonizada la emisión; la cifra de abajo, precedida por un más o por un menos, indica la cantidad que se ha sumado o restado en el minuto precedente. La cifra de arriba, ahora, dice 3.485.229; la de abajo, +151.903. Romero no la mira; no está en condiciones —y si la mirara seguramente no sabría qué es. Romero tiene que seguir con su historia pero se ha quedado callado, boquiabierto: se acaba de ver en un monitor de aire, al costado de la cámara tres, y no puede unir su imagen de sí mismo con la de ese señor lleno de arrugas, el pelo blanco y negro hirsuto, los ojos oscuros muy chiquitos, la boca abierta, la boca muy abierta, inmóvil, tan abierta.

—Romero, parece como si hubiera visto a un fantasma. ¿Qué fantasmas ve, Romero? ¿No será el fantasma del nene, no, Romero?

Después, al final del programa, cuando todos se estén yendo y lo hayan olvidado en una esquina del estudio, esperando que le traigan su campera de plástico verde por afuera, anaranjada por adentro, Romero se acercará a un técnico y le preguntará cómo puede ser que su cara en la pantalla fuera tan distinta de su cara, qué le hicieron, si está seguro de que ese que salía en la pantalla era de veras él y el técnico le dirá que sí, que claro, seguro que sos vos, quién va a ser si no, ese sos vos mucho más que vos.

—Romero, estamos en el aire, Romero, qué le pasa. Estamos en el aire.

Y tiene la sensación de que falló, de que no supo aprovechar su momento en la vida. Pero la pantalla negra con las líneas rojas, aunque él no la vea, aunque él no la entendería si la viera, dice +208.911, y Vodoni aprovecha:

—Usted cree que el nene casi no sufrió, Romero.

Dice Vodoni: cara de eso no se lo cree ni tu madre.

—No, casi no sufrió, pobrecito. El Kaiser le tiró un zarpazo, fue solamente un zarpazo, sabe, ni siquiera lo llegó a morder. Con un zarpazo nomás lo desnucó, ni se dio cuenta, pobrecito, nunca supo de dónde le venía.

Dice Romero y se quiebra: solloza, se le escapa un moco, se corre el maquillaje con la manga, y lo peor es que no termina de saber por qué lo hace: él quería quebrarse en algún momento, porque si uno cuenta algo así y no se quiebra parece un trucho, un mentiroso, un desalmado, así que decidió que lo tenía que hacer y además sabía que este era el mejor momento pero ahora le parece que no lo está haciendo a propósito, que le pasó, que no podría contenerlo aunque quisiera. El número más grande de la pantalla negra pasa los cuatro millones y titila. Matías Jáuregui respira aliviado. Vodoni está a punto de sonreír un poco demasiado:

—¿Usted me está diciendo, Romero, que su nieto se le murió así, de golpe? ¿Y que usted de verdad no supo hacer nada?

El problema son los jovencitos: los jovencitos siempre se creen que la Ciudad es suya.

Contra toda evidencia, se creen que la Ciudad es suya.

Está muy solo, o se siente muy solo. Piensa en colgarse de la lámpara de su pieza y dejar una nota con la fecha y la hora de su

muerte: «Usted que lee estas líneas sabrá, calculando las horas y los días que han pasado desde entonces, cuánta razón tuve en colgarme».

Piensa qué pasaría si se equivoca, si lo encuentran, digamos, unas horas más tarde, un día más tarde. No sabe si le importa la idea de ser, cuando ya no sea nada, tan boludo.

La Ciudad, al fin y al cabo, es una máquina de tragar personas.

hacer camino, como quien
lo deshace

Ramón sigue esperando un juicio o algo en una cárcel con cientos o miles. A veces le impresiona no saber cuántos son: sabe que son muchos pero no tiene forma de saber preciso —nunca los juntan, se cuidan mucho de mantenerlos divididos— y, por alguna razón que no termina de entender, si lo supiera se tranquilizaría. En su dormitorio sí sabe que son doce. Uno manda —un hombre de unos 40 años con brazos como piedras, que los obliga a rezar todas las noches y a limpiarle los platos y a hacerle la cama y a más cosas— y los demás intentan conseguir las ventajas que pueden: la cárcel, piensa Ramón, es un lugar donde se puede conseguir tan poco que todos tratan de conseguirlo todo el tiempo. Durante meses siguió diciéndose que si aquella noche hubiera tenido plata para el colectivo todo habría sido tan distinto. Después, un día, ya a punto de dormirse, entre ronquidos, se le ocurrió que no: que no podía ser que estuviera ahí preso, que se hubiera jodido la vida solamente por eso. Que la razón era otra y que debía encontrarla. La busca, desde entonces. Pero ya no quiere ver la foto.

—A mí esta colcha me la regaló Cecilia, mi exnovia.

—Ah, sí, se ve que ella sí tenía buen gusto. A mí estas tetas me

las regaló Fernando, mi exmarido, pobre.

Vodoni es muy friolento pero tiene una frase:

—Si la tele no te hace transpirar no es verdadera tele.

Dice en cada entrevista; todos sudan. Romero suda porque se muere de calor y porque sabe que ahora viene, si es que viene, el momento de El Cruce. Algunos críticos suponen que el éxito increíble del programa de Vodoni se debe a El Cruce; son los que intentan disminuir su importancia, su carisma sin par, la conexión que ha conseguido. Romero no sabe pero sospecha mucho; no puede saber, porque está de espaldas al público —y no le han permitido verlo cuando entraba. Pero sabe que puede ser que alguien se levante ahí atrás, en la tribuna, y lo interpele. Romero sabe que, si hay alguien, deberá ser su hija.

—Señora de Ganduña, ahora es su momento.

Dice Vodoni, sin mirarlo, y Romero entiende que ya está, que ella está, que está a punto de pasar lo que temía, y se le escapa un suspiro que choca contra el corbatero como un tren en invierno. Romero piensa que está bien: que es mejor, que alguna vez tenían que hablar, que desde la muerte del nene ella, la madre, su hija, se ha negado a hablarle, que nunca se lo reprochó pero tampoco quiso hablarle —y que quizá sea mejor que hablen ahora. Romero suelta otro suspiro, más medido: se siente como aquella vez que lo agarraron robando el black & decker en el supermercado —y se sorprende de acordarse del black & decker en el supermercado: se había pasado media hora de nervios extremos con el taladro escondido en la campera, media hora imposible, insoportable, y cuando, ya en la caja, sintió al tipo de seguridad que le decía señor qué es lo que tiene ahí abajo lo que sintió fue, más que nada, alivio: ya se había terminado.

—Lo peor, señor Vodoni, es que este hombre que dice ser mi

padre ni siquiera se ha arrepentido. No me ha pedido ni perdón, señor Vodoni.

La señora de Ganduña, de soltera Romero Silvia Mirta, está vestida de riguroso negro y se ha pintado, cree Romero, ojeras. Él no la culpa: siempre le gustó el teatro, de chiquita, y este es su momento. Pero oye, de pronto, el silencio, y se da cuenta de que tiene que decir algo: de que todos esperan que él, ahora, diga algo. En la pantalla negra los números rojos marcan 4.315.224.

—Nena, si fuiste vos la que no quisiste hablar conmigo. Yo si me habrías hablado te habría dicho, nena. Vos no sabés el dolor que yo tengo.

Dice Romero, y le parece que ha dicho demasiado. Después, cuando lo vea, se dará cuenta de que no fue suficiente.

—No se te nota, viejo. De verdad no se te nota.

—¿Usted no le cree, señora de Ganduña?

—¿Usted le creería, señor Vodoni?

Es lo que todos esperaban: Vodoni hace una pausa, inspira hondo, se relame sin sacar la lengua.

Venía pensando en cualquier cosa: algo del crédito para el negocio, un detalle sin mayor importancia. Venía tan distraído que no notó la lluvia. No era que cayera tanta agua: solo unas cuantas gotas. Venía tan distraído que no vio el paraguas de Ester antes de que uno de sus rayos aterrizara a dos centímetros de su ojo derecho. Airado —más porque el golpe lo devolvió a la realidad de esa calle mojada que por el dolor escaso, casi nulo— Osvaldo apartó el paraguas de un manotazo. Detrás estaba la cara de Ester, sorprendida, asustada. Osvaldo la miró, apartó la mirada, la volvió a mirar; estaba casi seguro de que la conocía, pero no podía precisar de dónde, de cuándo. Detestaba esas lagunas de su mente casi tanto como la vulgaridad de la frase que estaba a punto de decir:

—Disculpame, me parece que te conozco pero…

—No, no creo.

Ester le pidió disculpas y siguió caminando. A Osvaldo le pareció la conducta más decente, más digna —que no hizo más que aumentar la admiración que, tras tan breve lapso, ya sentía por ella. No le hacían falta más razones para empezar a caminar detrás. Se estaba haciendo tarde.

me parece que te conozco pero
me parece que te conozco pero
me parece que te conozco
pero

Caminar detrás: seguir un bamboleo, una promesa falsa, una ilusión que sabe que lo es. Caminar detrás: seguir algo o a alguien, entregarse.

Vodoni sabe que hay millones de personas que entendieron que se está relamiendo sin que él tenga que hacer el menor gesto: eso es poder, piensa, mi poder, increíble. Con el rabillo del ojo ve que Jáuregui mueve los brazos como aspas para que mire la cartulina que le muestra, blanca con letras desparejas: su padre a quien reconstrucción positivo.

—Es su padre, señora de Ganduña: es su padre. Si no le cree a él, ¿a quién podría creerle? La gente se divide entre los que buscan a quién creerle y los que dicen que no le creen a nadie. Pero a alguien tenemos que creerle. A ver, digamé, ¿a quién le va a creer, señora de Ganduña? Si usted es incapaz de creerle a su padre, ¿para qué estamos acá, señora de Ganduña? ¿Cómo vamos a hacer un país con personas que no pueden creerle ni a su padre? Este es el momento de la reconstrucción, señora. Vamos a empezar por reconstruir esta confianza. Vamos a empezar por reconstruir lo

mínimo, lo más chiquito, lo más importante, la relación entre un padre y una hija, amenazada por el drama más terrible. Sí, amenazada, pero si no podemos reconstruirla, señora de Ganduña, señor Romero, ¿qué nos queda? ¿A ustedes les parece, padre, hija, que podemos pensar en positivo si no somos capaces de recuperar algo tan pequeño, algo tan bello como la relación de un padre con su hija?

Dice Vodoni, hace una pausa, siente el escalofrío de millones, los aplausos de los reidores que enseguida arrastran a sus vecinos de tribuna. En su puesto junto a la cámara uno, Jáuregui trata de que Vodoni siga así: las dos manos con los pulgares levantados, dale, así vamos genial, dale, no pares.

—¡Positivo, mis queridos! ¡Pensemos positivo, hay que reconstruir, hay que empezar por lo pequeño, positivo, mis queridos, pensemos positivo!

Dice, ya con la música del aria eléctrica tronando, las seis chicas cimbreando las caderas y los brazos, los pétalos que caen desde ninguna parte. Hay, de pronto, un silencio.

Caminar detrás: encontrar un camino, renunciar al camino.

Vodoni tiene que romperlo:

—¿Usted sacrificó a su perro, Romero, a Kaiser?

—No, señor Vodoni. Eso sí que habría sido cobardía. No, no lo maté. Él no tiene la culpa. La culpa es mía: yo le enseñé mal. Yo lo regalé, nomás, a una gente del campo, y ahora me compré otro, uno chiquito, y le estoy enseñando de nuevo; bien, le estoy enseñando. Y ahora voy a tratar de convencer a mi hija de que tenga otro nieto… digo, otro hijo suyo. Creo que esta vez sí la voy a hacer bien. Por suerte la vida siempre te da otra oportunidad.

Dice Romero, despacio, con la cabeza gacha, al borde de las

lágrimas, y se da cuenta de que ha dicho lo que correspondía: las bailarinas revolean sus pelucas, la música resuena, la lluvia de pétalos arrecia, los tambores. Hasta Vodoni lo mira casi con cariño:

—Sí, Romero, Romero: otra oportunidad, usted lo ha dicho. La vida siempre te da otra oportunidad, usted lo ha dicho, pero solo si piensa positivo. ¡Positivo, Romero! ¡Mis queridos, ya lo escucharon: positivo!

Jáuregui mueve los brazos como si fuera un director de orquesta: que siga, que no pare, que lo está consiguiendo una vez más. En la pantalla negra las cifras rojas parecen a punto de llegar al quinto millón —pero no llegan. En su silla invisible la tercera participante —la señora Susana Calder de Gómez Florio— se muerde los labios preocupada: tiembla. La cámara sigue sin mostrarla.

Hay dos frases que a primera vista se diría semejantes y que muchos repiten como si fueran semejantes sin pensar —seguramente sin pensar— que están diciendo cosas muy distintas. Es una de las trampas más habituales del lenguaje: convencerte de que decís lo mismo cuando decís cosas muy diferentes. El lenguaje, entonces, está plagado de esas trampas y esta es, al mismo tiempo, muy peculiar e igual a todas. Pero de todos modos llama la atención que, en la Ciudad, tantas personas digan «me quiero matar» y «me quiero morir» como si no dijeran cosas tan distintas.

—El momento de la reconstrucción, dice ese hijo de mil pares de putas.

—Tranquilo, Gurka, no te pongas así. Tomátelo con soda.

—¿Con qué soda querés que me lo tome?

En el café, los tres amigos miran y no miran —de tanto en tanto prestan atención, se sobresaltan. La tele está ahí, colgando de la pared del fondo, alta, volumen no muy alto, para rescatar

parroquianos cuando lo necesitan. Es bueno verla, piensa Rodo, así, de tanto en tanto, pescar una frase perdida, una cara, algún gesto, e inventarse una historia.

—¿Muchachos, ¿y este qué les parece?

Dice Julio, como quien de pronto.

—¿Que qué nos parece qué, para qué, de qué garompa estás hablando?

—Si no les parece secuestrable, digo. Ahí sí que armamos un kilombo.

—Hermano, vos estás hecho mierda.

Y lo más fuerte es esto de saber que soy, para alguien, el pasado.

El programa ya se acabó, las luces apagadas. El productor Matías se acerca a Susana Calder, todavía sentada, que mira al piso como si el piso le fuera a decir algo.

—Disculpe, señora. Es que el tema del viejo con el perro se alargó demasiado. Estaba midiendo dinamita, sabe. Pero lo suyo nos sigue interesando. ¿Lo dejamos para el jueves próximo?

—No sé, yo creo que ya va a ser muy tarde.

LA CASA, 1947

Primero los arranques de pánico fueron muy salteados; con el tiempo se le hicieron más frecuentes. La casa lo asfixiaba: Felipe Giunti se despertaba en medio de la noche sobresaltado por un sueño que no sabía si había soñado: su cara era la última cara de su padre, estaba viejo y solo en el baño del caserón vacío con su hermano bebé por toda compañía, no sabía si el bebé estaba vivo o muerto, le resonaban carcajadas. Temblaba, transpiraba, y solo se reponía yendo al salón a oscuras, abriendo la ventana, tragando el aire cortante del invierno o el bochorno en verano. Olesha escuchaba sus pasos desde su cuarto y daba vueltas en su cama; la noche en que fue a ofrecerle un té de yuyos Felipe la miró sin contestarle nada. Olesha tardó todavía unas semanas en informarle que se iba: era una mujer madura, le dijo, que ya había cumplido sus cuarenta años y no quería morirse en esa casa de fantasmas. Cuando Felipe le preguntó adónde iba, la polaca le contestó que no era su problema. Debía haber saboreado durante muchos días —meses, años— el lujo que se estaba dando.

La Ciudad sí había cambiado: los pobres habían votado un presidente y se los veía a menudo desordenando las calles del centro. Felipe se consolaba pensando que no habían llegado hasta su barrio pero no era cierto; alguna vez, cuando fue a arreglar ciertos asuntos con su cuñado en el mercado se sorprendió de ver que la mayoría de los changarines tenía la tez oscura, miradas

recelosas. Felipe se dijo que nada de eso le importaba. Esa noche, cuando volvió a su casa vacía, decidió la mudanza.

La idea llevaba meses rondándolo: la rechazaba cada vez, con el argumento de que no podía ser tan cobarde. Esa noche pensó que su razonamiento estaba errado: que había equivocado los términos del asunto. Descolgó el teléfono —todavía le parecía un gesto mágico descolgar el teléfono, pedir un número, oír la voz deseada del otro lado de la línea— y llamó a su hermana mayor. No, le dijo María, ellos no querían volver a la casa. Cómo que no querían; no, no querían, estamos bien acá donde estamos, es más tranquilo, sabés, menos problemas. Felipe colgó tratando de disimular su fastidio: María ni siquiera le había dejado decirle que no quería alquilarles toda la casa, que solo pensaba mudarse al piso alto y dejarles a ellos la planta baja.

Lo haría de todos modos. La idea de alquilar la planta baja a unos desconocidos le parecía espantosa y atractiva al mismo tiempo: odioso que vaya a saber quiénes vivieran en los lugares de su infancia, alentador que quizá pudieran derretir el hielo de tantas historias. Felipe hizo correr la voz entre los vecinos y escribió unos cartelitos muy prolijos que pegó en el almacén de la esquina, en la carnicería de Joaquín, en la panadería-confitería de la otra cuadra. Felipe siempre había estado orgulloso de su caligrafía. En pocos días aparecieron dos candidatos y los rechazó: no podía dejar entrar en su casa a los primeros que llegaran. Mientras esperaba a los siguientes dedicó un fin de semana a mudarse: contrató a dos changarines del mercado que llevaron todos sus muebles y objetos hasta el piso alto. La noche de ese domingo, ya instalado, escuchó tangos en la radio siempre a punto del llanto: era una huida y, para colmo, era casi imposible creer que se había ido.

El tercer candidato llegó poco después: Felipe lo aceptó sin

permitirse analizarlo. Era un hombre de su edad, correntino pero rubio, que quería instalar un taller de picos para inflar pelotas de cuero. Felipe le dijo que, tratándose de una actividad productiva, el alquiler tendría un recargo; Nicanor Gómez aceptó: estaba convencido de que haría buenos negocios.

Nicanor Gómez había llegado a la Ciudad poco antes, con su mujer y el hijo de los dos. No escapaba del hambre: en Corrientes había dejado mil hectáreas de monte que valían muy poco y tres décadas de tedio. Al principio, la recomendación de un tío que conocía a alguien que conocía a alguien en el partido peronista le valió un empleo como ayudante de un inspector municipal: sus recorridas por fábricas y plantas diversas lo convencieron de que su futuro sería mucho mejor si intentaba instalarse por su cuenta. Vendió su tierra; con el escaso dinero que le quedó montaría su taller. Antes los picos los traían de Inglaterra, le contó el candidato, pero ahora con la guerra habían dejado de llegar y no era difícil fabricarlos: él sabía un poco de eso y podía hacerlos bien, le dijo, porque nosotros los argentinos nos damos maña para todo, no le parece. A Felipe le pareció, más que nada, una buena solución que el nuevo inquilino no viviera allí; no tener que imaginar a un hombre jadeando en su vieja habitación, chicos en su inodoro, peleas de otra familia. Tiempo después, los olores del caucho quemado y el traqueteo de las máquinas lo convencerían de que la idea no había sido tan buena. O quizá sí: esa molestia diaria conseguía, por lo menos, derrotar los silencios de la casa Giunti.

Que volvían con fuerza los fines de semana: Felipe se escapaba. Iba con regularidad al hipódromo, donde nunca perdía demasiado, y a las milongas donde miraba más de lo que bailaba. María vivía con su familia en una casita a pocas cuadras. Felipe iba, muchos domingos, a almorzar con ella, su marido y sobrinos. Fue ella la que

le dijo, uno de esos almuerzos, que había encontrado la mujer para él. Felipe se atragantó con el tinto con soda.

Felipe Giunti sabía lo que murmuraban sus vecinos: se lo había contado, antes de irse, casi con saña, la polaca. Que a su casa solo iban hombres —los viernes, para el póker—, que nunca una mujer, que pasaba todas las semanas por la peluquería, que se cuidaba demasiado ese bigote anchoa: en síntesis, que Felipe debía ser rarito. Eso, decía, le importaba tres carajos. Lo que lo molestaba era esta sensación, cada vez más insistente —que la mudanza a la planta alta no había modificado— de que su vida se le escapaba entre los dedos nueva, sin usar: que debía ser algo más que esto y que podía encontrarlo, si podía, con una esposa, formando una familia. Pero la idea de que le presentaran a una mujer con ese destino tan manifiesto lo llenaba de espanto. Su hermana le dijo que no fuera tonto: es de lo más común, le dijo, sabiendo que era la forma de tranquilizarlo. No sabés cuántas parejas se forman de ese modo. Felipe le creyó —o quiso creer que le creía.

Flora Acuña Pereda viuda de González Trejo usaba un collar de tres vueltas de perlas sobre el pecho rotundo; toda ella lo era. Sus rasgos agradables, bien dibujados, estaban borroneados por la grasa. Había nacido en Córdoba cuarenta años antes, hija de una familia que todavía conservaba algún dinero. Se había casado a los 23 años, parido su primer hijo a los 27 y enviudado a los 33 de un abogado que le dejó deudas y pretensiones. Poco a poco se había deshecho de unas y de otras y, pasados sus siete años de duelo, consideró conveniente reincidir. Flora se ganaba la vida enseñando solfeo y piano; uno de los hijos de María estudiaba con ella y así fue como las dos mujeres organizaron el futuro de la casa.

Flora y Felipe se encontraron dos o tres veces en una confitería del centro, tomaron el té, se escrutaron con disimulo mal disimulado,

se buscaron intereses comunes, alguna base para la intimidad que —se sobrentendía— debían edificar. La viuda, por imperio de las circunstancias, trataba de encubrir un resto de altivez; solía conseguirlo, salvo la tarde en que habló de su primer marido: un hombre excepcional, un profesional extraordinario, dijo, y se calló cuando se dio cuenta de que ofendía a su pretendiente. Fuera de eso el romance fue tranquilo, sin ninguna estridencia; cuando Felipe le pidió matrimonio, la viuda aceptó con más alivio que entusiasmo.

Se limitaron al civil. Felipe le propuso que, en lugar de la fiesta, se fueran a pasar una semana a Mar del Plata: dijo que prefería ser discreto. En realidad le molestaba la idea de un festejo que sería, sin duda, tanto más gris que aquella boda de su hermana. Cuando volvieron la viuda tomó posesión de los lugares con una naturalidad que Felipe encontraba alentadora y espantosa. Instaló su piano en el salón del piso alto y la casa se llenó, durante el día, de música y de aprendices desmañados. Felipe trataba de no llegar hasta que el último alumno se fuera, pero lo sorprendía la felicidad tranquila que lo asaltaba al encontrar la casa iluminada y viva, su señora, la cena preparada, el saludo tan educado de su hijastro. Carlos estaba en quinto grado: era un alumno brillante y un pianista obstinado, con un destello de bozo en su cara de nene. Los domingos volvieron los almuerzos —con María y los suyos y, a veces, la familia de Nina—, aunque la viuda se empeñaba en ofrecerles locro y otros platos extraños: tenían que aprender a comer argentino, les decía, sonriendo, sin terminar de resultar simpática. A veces la ceremonia del almuerzo se interrumpía temprano: Felipe llevaba a Carlos y a su sobrino mayor a la cancha de Atlanta; para su gran sorpresa, le gustaba.

Las noches de la casa también eran tranquilas. Los Giunti se acostaban temprano: nunca más tarde de las doce. Felipe atendía a

su mujer una vez por semana, con el mayor respeto: nada que ver con la gallega del centro o las pendejas del kilombo; Florita era toda una señora. Un jueves de la primavera gloriosa de 1950, año del Sesquicentenario del Libertador General José de San Martín, su esposa lo esperó con un vino en botella y su comida favorita —asado al horno con cebolla y batata. Felipe sospechó algo pero no llegó a precisarlo. La viuda sonreía y le decía querido. Con el flan mixto le dijo que quizá fuese un milagro pero lo cierto era que estaba embarazada.

Beatriz nació en la casa: su madre dijo que ni muerta iría a alumbrar a un establecimiento público —dijo que su madre y su abuela y la abuela de su abuela no lo habrían hecho nunca— y nadie la pudo convencer de lo contrario. Felipe lo intentó sin entusiasmo: después de todo, él también había nacido allí —y los padres suelen creer, descubrió entonces, que lo que no fue nocivo para ellos debe ser bueno para sus descendientes. Fue un momento curioso: una mañana, cuatro días después del nacimiento de su hija, Felipe pensó que todo había tenido algún sentido, y el pensamiento lo tomó por sorpresa, casi desguarnecido.

8

Ese momento en que intentás entrar a un baño público —un bar, un restorán, una estación, un cine— pero la puerta está cerrada. Forcejeás, puteás, te quejás hasta que terminás de entender que hay uno adentro, y esperás. Ese momento en que el que estaba adentro sale, te sonríe.

Los olores se mezclan. Olores de una época: el melón, la vainilla, la canela, la citronela incluso. Los olores de siempre, sobre todo.

Ese momento en que te das cuenta de que fuiste un tonto.

—¿Y si le digo a la Chira que se vaya?
—Eso no arregla nada, Adela.
—Algo arreglará.

Por cuatro días locos
que vamos a vivir

No, el chiste es tratar de adivinarlos. Sí, mire, cada vez que se sube uno yo me digo ah, este me va a llevar para tal barrio. O para el centro. O para la estación esa del tren. Y cuando me agrando hasta pienso la calle: uy qué pinta de Riobamba que tiene este fulano. Imagínese, toda la vida yo me paso acá arriba. Doce, catorce

horas por día, qué quiere que haga. ¿Qué escuche a esos huevones de la radio? ¿Esos que están encerrados en una pecera y se creen que saben de algo? Que salgan a la calle, hijos de puta. Yo sí que sé: yo le veo la cara, la pinta al pasajero que se acaba de subir y ya puedo decir adónde va. ¿Si me equivoco? Sí, claro, a veces me equivoco. Pero muy pocas veces, no se crea. Yo la Ciudad la conozco como la palma de mi mano. ¿Y sabe qué? Nunca entendí por qué decían eso de la palma de mi mano. ¿Usté conoce la palma de su mano? ¿Usté se acuerda de cómo es, todas las rayas, todas las arruguitas? No, porque no le hace caso. Yo tampoco le hago ningún caso, para qué carajo le voy a hacer caso. En cambio a la Ciudad yo sí que le hago caso: es mi lugar, es mi instrumento de trabajo. Si no fuera por la Ciudad, le digo, yo no sería ni una mierda pinchada en un palo. Así se lo digo: pinchada en un palo.

por cuatro días locos
te tenés que divertir

Maxi Vodoni se gusta en el espejo: sube el mentón con la seguridad de quien sabe cómo debe mirarse y estira los labios hacia atrás para chequear los dientes. El movimiento le arma una especie de sonrisa muy forzada; Vodoni la reconoce en el espejo y piensa que su media sonrisa tan preciada se parece mucho a esa. Los dientes están blancos refulgentes; Vodoni se saca con la uña del meñique izquierdo —apenas larga, bien pulida— de entre las dos paletas un resto de algo. Después se busca arrugas en la frente; sabe que no las va a encontrar.

Vodoni chequea el maquillaje: sombras leves bajo los pómulos le afinan la cara, ya de suyo angulosa, pura arista; un poco más de materia bajo los ojos le tapa las ojeras y un toque de marrón casi dorado le resalta los ojos verdes siempre entrecerrados, como quien

mira lejos. En la nariz no tiene más que polvo: es recta, muy estrecha, inmejorable. El gel del pelo lo hace parecer húmedo, más negro todavía. Vodoni baja el mentón, se pasa la mano derecha por el peinado, pelo negro con las primeras canas, lo acomoda; después se ofrece media sonrisa satisfecha y evita pensar una vez más en su suerte increíble: podía haber sido tuerto, gordo, torvo, cejijunto, y en cambio le cayó del cielo esa cara que vale millones. Cuando termina su programa no suele sacarse el maquillaje: le gusta andar por ahí con ese decorado. Así que se limpia con cuidado la nariz, sale del baño; afuera, el restorán está bastante lleno.

La Ciudad come con denuedo: los amigos se encuentran a comer, las parejas salen a comer, las familias se juntan a comer. A veces, en las crisis periódicas cada vez menos periódicas, cada vez más constantes, muchos simulan que comen como antes pero no comen como antes: si nadie lo dice alto y claro el simulacro pasa. Aun si tantos, claro, no pueden simular siquiera: guisos, arroces, cacerolas con grasa. En cualquier caso, cuando puede, la Ciudad come mucho pocas cosas: dos o tres platos italianos, uno propio.

Que llene, que chorree, que no sea maricona.
Eso dicen: que no sea maricona.

El Luco se lastima un dedo: la herida es nimia pero sangra. Romina le dice que se la chupe, dice: que se chupe la sangre. Luco le dice que no puede, que le da asco, que si no se da cuenta de que es sangre. Romina le dice que claro que se da cuenta y que por eso se lo dice y que si quiere que se la chupe ella, que a ella sí le gusta. Luco la mira como si nunca la hubiera visto antes —y sabemos que sí. Romina le explica que son los problemas de la civilización: que a los hombres en general y a las mujeres incluso no nos gusta chuparnos la sangre, pero que los animales sí gustan de su sangre.

Y que es un mecanismo necesario: que les debe gustar, así, si se hieren se lamen, se limpian, se cuidan las heridas. A nosotros, en cambio, le dice, ahora no nos gusta. ¿Cuántos milenios de cultura fueron necesarios para que le tomáramos asco a nuestra sangre? ¿Cuántas otras tonterías nos construimos todos estos milenios? Luco la mira más extrañado todavía y le pregunta si de verdad diría que una tontería se construye. Romina, a esta altura, no lo mira.

Comer comida
macha, que no sea

—Pensemos en las cosas que se dicen sin pensar.

—¿Qué cosas?

—No sé, tantas cosas. ¿Alguien piensa las cosas que dice antes de decirlas? ¿O las va pensando mientras las dice?

—No sé. ¿Vos, ahora?

—Bueno, me imagino que las voy pensando. Pero no hablo de eso sino de esas frases que de repente uno dice sin proponérselo, esas veces en que uno se sorprende de oír el sonido de su voz, y se escucha y dice ah, yo dije esto, qué querría decir. Ahí es cuando uno habla, ¿no?

—Digamos. Y en general dice pelotudeces.

—Eso mismo: ahí es cuando uno habla.

maricona:
que no sea maricona

Grasas animales: en las calles de la Ciudad, los habitantes de la Ciudad disfrutan sobre todo de las grasas animales. La muzza chorreada de la pizza, el chori del choripán o la bondiola, el pan frito de la milanesa.

Vodoni va a un solo restorán: teme los restoranes. Los restoranes

son los sitios donde se siente más desprotegido, más inerme. Cuando entra a un restorán, Vodoni descubre, como en cualquier otro lugar, las miradas de todos sobre él; la diferencia es que ahí nada lo protege. En las fiestas a las que va de vez en cuando se refugia en vips donde gorilas imponentes garantizan que nadie lo moleste; en los hoteles donde a veces duerme hay mayoría de extranjeros que ni siquiera lo conocen; en el canal los técnicos saben que no tienen que importunarlo y el público está confinado en su lugar de público. En cambio los clientes de los restoranes —los restoranes caros donde Vodoni iría— creen que, por su condición social, pueden hablarle, requerirlo: que él, de alguna forma, trabaja para ellos; que él, de algún modo muy poco distinguido, se está colando en el mundo de ellos y que eso los autoriza a interpelarlo, a pedirle una foto.

Los restoranes, además, son lugares opacos: un foco de conjuras donde uno se sienta a una mesa más o menos coqueta, intercambiable, intercambia saludos con un hombre o una mujer sonrientes perfectamente intercambiables y le pide que traigan comidas que ha preparado una persona ignota más intercambiable todavía con vaya a saber qué materiales y qué artes. El restorán —ir a comer a un restorán— es una prueba de confianza extrema en el género humano; Vodoni —está claro para cualquiera que alguna vez lo haya escuchado— no tiene esa confianza. Por eso Vodoni solo va a un restorán: el Guratí.

—No te quedes ahí parada, Silvana. Traenos lo de siempre.

Vodoni está sentado con Matías Jáuregui, el productor de su programa.

—Esto se cae, Matías, se nos está cayendo. Estar arriba es estar cayéndose. ¿Ya empezaste a pensar cómo hacemos para mantenerlo funcionando?

Jáuregui está acostumbrado a sus quejas, a su inseguridad, pero esta vez siente que hay algo más. Por el momento, el miedo de su jefe le da un placer intenso. Además, le sirve para introducir lo que tiene que decirle.

—Quizá no podamos mantenerlo, quién sabe. Vos sabés cómo es esto. Ya llevamos casi dos años ahí arriba, no se puede seguir para siempre.

Vodoni aprieta los dientes. Jáuregui mueve la cabeza para atrás. La moza rubia que llamó Silvana está parada a dos pasos de la mesa, sin atreverse a insistir, con cara de yo no escucho nada. Una cara tan bien armada, tan armónica de yo no escucho nada. Vodoni habla despacio:

—Hoy casi llegamos a los cinco palos, pero a este costo yo no puedo. Vas a tener que ponerte las pilas. Si no empezás a hacer tu trabajo estamos muertos y enterrados.

Hablaba mucho con Dios y Dios, a veces, lo escuchaba.
Un día, dice, le contestó.
Dejó de hablarle.

Los muertos ya no son mensajes. Antaño en las ciudades se veían cuerpos muertos: los incorruptos de algún santo que había sido tan santo como para venir a morirse en esos peladales, los podridos de algún criminal o enemigo lo suficientemente molesto y conocido como para merecer una horca en la plaza o, dios mediante, una estaca en el culo. El olor: diferían en el olor. Los santos enmascarados por la mirra, el incienso, el olor a jabón de las beatas; los colgados o empalados desplegando todo el tufo de su podredumbre para que el peso de ese olor repitiera inevitable su mensaje en las narices de sus conciudadanos. Una ciudad olía a podrido por la buena causa: para que nadie olvidara dónde estaba el

bien y dónde el mal, pura lección de vida.

Ahora las ciudades huelen a disimulo.

Ahora, dice, es Dios el que le habla todo el tiempo.

Vodoni pone dos piedras de hielo —dos es el número exacto, Matías, tres te arma un enchastre, una no enfría suficiente— en un chardonnay de trescientos la botella. Los hielos entran en el vino con un ligero chapoteo, con un ruido y una salpicadura que provocan la sonrisa de Vodoni: otra vez está rompiendo convenciones.

—El Bola dice que si en dos semanas más no llegamos a los seis millones nos da vuelta.

—¿Cómo que nos da vuelta?

—Nada, Maxi, son esas boludeces que dice él para sentirse joven. Que nos interviene, que se mete en el programa y lo hace mierda, vaya a saber qué hace. Para eso es el dueño del canal.

Miente Jáuregui. Que aprovecha el momento para ganar puntos: que no van a llegar a seis millones o quizá sí, quién sabe, pero que no podemos depender de eso, Maxi, lo que tenemos que hacer es ganarle de mano, le dice, pensar nosotros algo para proponerle. Vodoni se queda pensativo y pone tres piedritas —tres piedritas de hielo— en su copa de vino. La moza rubia y el mozo mulatón llegan con un plato cada uno y los depositan, ceremoniosos, en la mesa: el de Jáuregui un tártaro de surubí, pacú y patí, el de Vodoni una ensalada de verdes con violetas —siendo los violetas langostinos inyectados con tinta de cáscara de berenjena. El Guratí es el único restorán de la ciudad donde todo lo que se sirve viene crudo. Cocinar sin fuego, no romper la materia.

—Yo tengo una idea.

Dice Vodoni, y Jáuregui lo mira resignado y se dice una vez más que no, que de verdad no lo soporta. Maxi Vodoni es un pendejo

imbécil, un semianalfabeto de treinta y dos años que una vez se leyó medio libro y cree que bergman es una marca de relojes y supondría —si alguna vez se hubiera detenido a pensarlo— que la campaña al desierto fue la primera versión del camel trophy. No lo soporta: Vodoni es incapaz de distinguir a Gershwin de Vivaldi —o, peor, nunca supo que existieran— pero está seguro —Jáuregui está seguro — de que ahora va a decirle algo que nunca se le habría ocurrido; que a él, Jáuregui, jamás se le podría ocurrir:

—¿Qué es lo más difícil de ver en la televisión?

—Y yo qué sé, Maxi, no me rompas las bolas. Decime lo que tengas que decirme.

—Seguro. Un día de estos te voy a decir que te vayas a la puta que te parió, Matías. Hasta vos lo sabés: lo más difícil, lo que más impresiona en la televisión es ver la muerte.

Camina por una calle clara, abierta, fresca: la Ciudad está llena de personas que la usarán cuando él ya no la use. Se pregunta si debería detestarlos —o con la envidia alcanza.

No le alcanza.

Pero lo más curioso es cuando llueve. La lluvia es una confusión: el aire se hace de agua, los elementos se mezclan donde no deberían, las personas se sienten estafadas.

La lluvia propone un orden diferente.

—Lo que no entiendo es cómo pueden ser tan brutos.

—¿Será que sos tan bruto?

Ese olor de cuando llega lluvia, de cuando la humedad y la electricidad se están haciendo insoportables y algo debe pasar. Pero ese olor de justo antes, esa mezcla de todos los olores: tabaco orín escapes comida vieja podredumbres varias sudor sobre todo sudor

acumulándose en el aire. Olor del fin de algo, de lo que ya no se soporta —y después, diez minutos después, el caos repetido e inocuo de una ciudad bajo la lluvia, agua para que todo recomience.

Cocinar sin fuego.

—Juanca, ¿es verdad que a vos te dicen Chupi, el Chupi?

—¿Y a vos, Gurka, no te dicen callate la boca?

Vodoni miraba dibujitos. En las notas que le hacen las revistas cuenta que cuando era chico volvía de la escuela, su madre nunca estaba, su padre nunca estuvo, su abuela le preparaba una leche chocolatada que no se parecía a la de los avisos y él no quería tomarla y su abuela insistía y le prendía el televisor: dale, tomate la leche. No dice que a sus ocho, nueve años, se pasaba las horas mirando dibujitos esperando que alguno la palmara. El coyote perseguía al correcaminos, el correcaminos bip bip le tendía trampas increíbles y el coyote se despeñaba por precipicios infundados, se estampaba contra montañas tan macizas, un tractor lo achataba sin piedad y el canario tweety estaba siempre a punto de ser comido por el gato y pierre nodoyuna caía con su avión de cualquier cielo mientras su perro patán se reía como un perro y la escopeta de elmer estallaba cada vez que quería matar a bugs bunny y ninguno nunca se moría: pasaban por situaciones que serían mortales para cualquiera pero en la tele no y Vodoni esperaba y esperaba que alguno encontrara su destino, que dejara de recibir castigos imposibles, que por fin descansara: que lograra morirse. Vodoni se pasó tardes y tardes con la leche esperando que se muriera un dibujito de la tele —y nunca sucedía. Al fin, Vodoni se convenció de que la tele era ese paraíso del que —tedioso, odioso— les hablaba el cura.

—¿La muerte? Sí, qué vivo. Chocolate por la noticia, Maxi.

—¿Te parece que dije una boludez, una obviedad? El boludo sos vos, Matías. El mundo se divide entre los que creen que todas son obviedades…

Ahora sí Jáuregui suelta la carcajada: no me vas a hacer a mí la del mundo se divide, Maxi, si esa la inventé yo, no me rompas las bolas, y Vodoni se queda, por un momento, callado, casi sorprendido. Muchas veces se olvida: se cree lo que hace creer a millones de personas. Pero enseguida se repone: a vos también te intriga el tema de la muerte, no te hagas el boludo, yo lo sé, si vos tenés más muertes encima que el jefe de los nazis: la cosa es encontrar la manera de armar un programa donde podamos poner a los tipitos ante la muerte, hacerles creer que se van a morir de verdad:

—Ahí sí que rompemos todo, Matías, no me digas.

Jáuregui no le dice: piensa que su jefe quiere hacer lo que tantos han querido hacer y no pudieron; después piensa que cada vez que lo descalificó con ese argumento se equivocó. Así que, esta vez, entra en el juego:

—¿Y cómo sería? ¿Tenés alguna idea?

—Vos me conocés. Si la tendría te la hubiera dicho.

—No podés llamar brutos a los que piensan distinto que vos.

—¿Ah, no puedo? ¿Y vos cómo los llamarías?

—Yo, la verdad, prefiero no llamarlos.

Hay quienes sostienen que el robo es uno de los puntos más altos de relación entre los ciudadanos: se establece, aunque breve, un vínculo tremendamente intenso. La víctima —si se puede llamarla víctima— del robo pasa a estar casi completamente en manos del o los ladrones —si se puede llamarlos ladrones—: su vida depende de

lo que ellos hagan o crean que ella hace o imaginen o piensen sobre sí mismos o arrastren de pasadas frustraciones. A su vez, la víctima debe tomar una decisión simple con consecuencias tan complejas: si acepta y entrega se sentirá pelele rehén de una amenaza que podría no ser cierta —«dame todo o te quemo», por ejemplo— y eso puede afectarla de más de una manera; si no acepta se arriesga a la verdad de la amenaza y, por lo tanto, a que el o los ladrones le disparen, lo corten, lo quemen. La víctima sabe que la decisión más sabia y razonable es entregar; muchas no lo hacen porque anteponen a esa sabiduría la imagen de sí mismas, el orgullo. Así, el momento es, para muchos, una cima del nosce te ipsum.

(Y de la reflexión, que no practican, sobre la amenaza: sus gradaciones, la distancia siempre desconocida entre lo dicho y lo pasible de ser hecho, ese trecho donde se juega todo. Una amenaza es una adivinanza: ¿qué chances hay de que haga lo que digo?)

Y, mientras tanto, el ladrón tiene por su parte una relación igualmente intensa con la víctima. Primero, al elegirla: al decidir que será esta y no cualquiera de las innúmeras personas que, en su lugar, podrían haber sido. Está claro que en esa decisión juegan todo el saber, todos los prejuicios, toda la confusión del que la toma, y muchos azares contingentes: que la víctima se haya vestido así o asá, que justo pase por allí en ese minuto —no dos después, no cuatro antes—, que parezca solvente, que parezca indefensa. Pero todo se juega en esos segundos escasísimos en que la relación se hace especialmente intensa: dame, te doy o no te doy, te mato o no te mato, me escapo o no lo logro, se acabó o se acabó del todo. Lo que ambos hagan puede definir el resto de sus vidas: la muerte para una, la cárcel para el otro, sus variantes. Así, cada uno depende del otro a un nivel raramente encontrado en los intercambios entre seres humanos. Si lo aceptamos —si aceptamos que el robo es

realmente uno de los vínculos más intensos posibles—, hay que aceptar también que la Ciudad ha conseguido en los últimos años un grado de relación social que muchas, sin duda, envidiarían.

O llamarlos de algún modo que no:
que no parezca,
que no vengan,
un modo en que llamar
sea la mejor forma
de deshacerse de

—No, en serio, vos te reís, pero es rara esta sensación de que entendés las cosas mejor, más rápido, que entendés lo que los demás no terminan de entender.

—No sé, a mí no me pasa.

—A vos te pasa, Silvana, solo que no querés reconocerlo. Lo más difícil es reconocerlo.

—¿Entenderlo, querés decir?

—Dije reconocerlo.

—No te entiendo, Maxi. De verdad no te entiendo.

Igual que ese momento idiota en que alguien, un desconocido —un ascensor, digamos— bosteza y vos sabés que vas a bostezar. Ese momento en que te sentís una pequeña pieza.

En que lo sos.

Un poco más grande, Vodoni descubrió que la tele sí tenía muertes. Fue cuando su abuela le permitió quedarse más tarde frente a la pantalla y empezaron a aparecer series y películas de aventuras. Al principio, ver personas que parecían reales le chocó: la televisión estaba hecha para los dibujos, no para esas fotos nerviosas que se movían en la pantalla. Pero todas sus prevenciones

se deshicieron esa vez que vio un western muy viejo, en un raro color sin colores, donde el malo se enfrentaba al bueno en un duelo a revólver en la calle del pueblo y caía malherido. La caída era lenta, como el esbozo de una espiral que no se concretaba: un cuerpo que giraba sobre sí para tratar de escaparse de lo que ya le había pasado. No podía: el cuerpo se derrumbaba en el polvo de la calle achicharrada. Entonces la imagen se le acercaba, lo mostraba boqueando, equivocándose: trataba de llevarse aire a la boca como si lo que fallara fuera el aire y no su boca. Vodoni, primero, pensó que lo que llamaban la muerte era ese error: no saber dónde está de verdad el problema. Después no pensó más; el malo abría y cerraba los ojos muy rápido, como quien intenta mover algo todavía y al fin decía unas palabras que nadie entendía y, con una convulsión y una tos apagada, se moría, es decir: estiraba la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos. Eran los tiempos en que las muertes de la pantalla consistían en cerrar los ojos: morirse era dejar de ver.

—No importa que los llames o no los llames, igual vienen.
—Entonces te vas vos.
—¿Yo, adónde? ¿Yo, por qué?
—¿Qué preferís, respuestas o preguntas?

en que morirse era dejar de ver:
televisión en todo su esplendor

Vodoni estaba fascinado. Miraba series y más series, películas de color blanco y negro, otras películas, esperando que llegara el momento en que alguien se muriera. No tenía mucha suerte: las muertes, por alguna razón que no entendía, eran un bien escaso. Pero aquella le había quedado grabada; empezó a practicarla. La reproducía frente al espejo; no le salía muy bien hasta que descubrió que la única forma de mejorar la actuación era dejar de mirarse de

reojo: que no podía ser actor y espectador al mismo tiempo. Su estreno ante su abuela fue un éxito completo; aterrada, la señora estuvo a punto de morirse.

—No te preocupes, abuela, que sé resucitar.

A los trece años, cuando la voz se le mezcló con otra voz y empezaron a crecerle pelos oscuros en las piernas, Vodoni era capaz de morirse de dos docenas de maneras diferentes. Sabía morirse como una heroína romántica tuberculosa, la cabeza echada atrás y el revés de la mano sobre la frente, los labios entreabiertos; sabía morirse como el guerrero japonés que ha perdido la honra y dice palabras graves a los suyos antes de hundirse la katana en todo el vientre; sabía morirse como el amante que acaba de darle a su amante el veneno final y la mira desvanecerse antes de tomar el suyo de un frasquito de cristal porque su amor estaba condenado y le da, con sus últimas fuerzas, un beso en los labios ya fríos que, en su caso, era un beso en el aire; sabía morirse como el abuelo que se va rodeado de los suyos, su mano en las manos de su hija mayor, sereno, los ojos ya cerrados, las mejillas chupadas, respirando con ruido; sabía morirse como el sargento cabral que se arroja para interponerse entre el sable español y el joven san martín y abre los brazos y no grita antes de decir, en un susurro, muero contento hemos batido al enemigo; sabía morirse como el reo en la silla eléctrica, las manos aferradas al brazo de la silla, las piernas sacudidas, la cabeza de un lado para otro y una baba espumajosa entre los labios; sabía morirse como el peatón que cruza la calle para el lado equivocado y apenas alcanza a darse cuenta de que ese coche está por despacharlo; sabía morirse como la mujer que se desangra en el parto, acostada, las piernas muy abiertas, la cara en un grito y la pregunta si su hijo vivirá; sabía morirse como un rey de francia o inglaterra que antes de depositar la cabeza altiva sobre el

tajo se seca el sudor de la frente con un pañuelito que debería ser de encaje y saluda con gesto grave a la multitud que lo insulta y abuchea; sabía morirse como el delincuente que tres policías arrinconan en una calle oscura cuando trataba de escaparse y les pide piedad sabiendo que no va a encontrarla y se protege la cara con los brazos, arrodillado, por instinto; sabía morirse incluso como cristo, los brazos en cruz, los pies cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho y un grito desgarrado padre padre por qué me abandonaste —aunque esta última, la de cristo, le traía recuerdos confusos pero horribles, recuerdos que no eran recuerdos propiamente dichos sino la sospecha de que esas palabras podrían haber sido suyas aunque nunca se le habrían ocurrido.

—¿Su nombre, por favor?

—John Jairo Restrepo.

—¿Sus papeles?

—Aquí, sargento.

—Pero este es un pasaporte y su visa está vencida.

—Uy, no me diga, sargento. No me había dado cuenta.

—Que no te vas a dar cuenta, vos, reventadito. Me vas a tener que acompañar.

—Pero sargento, ¿no lo podemos arreglar de otra manera?

—Negro puto, con quién te creés que estás hablando.

Pensaba que si se esforzaba, leía, trabajaba, tomaba cursos, insistía, podría llegar a ser un poeta mediocre. Nunca separó la palabra mediocre de la palabra poeta. Quizá pudiera. Había leído una de esas frases de Borges, bien de Borges: No hay poeta, por mediocre que sea, que no cometa alguna vez un verso feliz. Borges lo decía de sí mismo, claro, como casi todo. Él lo seguía intentando. Sobre todo cuando se acordaba de su padre.

Creías que alcanzaba con hacerme. No hiciste
ni un poco más que eso. Supusiste
que ya era demasiado.

Estoy tan harto de ser yo: recontra repodrido. A veces trato de consolarme pensando en la cantidad de tarados que querrían ser yo. Ese es mi truco, pero funciona cada vez menos. Yo tendría que ser uno de esos tarados, y se me hace muy difícil. Para que funcionara debería olvidarme de demasiadas cosas. Ellos no las saben, y es más fácil; yo debería olvidarme. Ellos solo ven la parte supuestamente buena: uy, ojalá pudiera escribir esas canciones que él escribe, ojalá pudiera vivir sin trabajar, ojalá pudiera cogerme a todas esas minas. Lo que no saben es todo lo demás, lo que yo trato de olvidarme pero no. Lo que no saben es todo lo que importa.

—Ya sé, es muy difícil. Pero no imposible. ¿Vos sabés la diferencia entre difícil e imposible?

Dice Vodoni y Jáuregui resopla y Vodoni le explica como a un niño, con toda la paciencia de quien no tiene ninguna: que sería imposible pensar un reality en que los participantes tengan que matarse unos a otros, pero podríamos armar un programa con condenados a muerte, eso siempre ha llamado mucho la atención. Salvo que acá sigue sin haber pena de muerte. Es raro que no haya. Sí, es raro, siempre hubo pero nunca hubo. Sí, qué raro. Entonces se podría hacer primero una campaña seria para imponer la pena de muerte; de hecho hay encuestas que muestran que la mayoría de la población está a favor, no sería difícil lanzar el tema y conseguir que movilice, para eso tenemos el canal. ¿Tenemos el canal? Tenemos: eso daría un rating del carajo. Sí, pero una campaña así puede tardar semanas. Cómo semanas; meses, años. Es raro hablar de años. Sí, es muy raro.

Entonces una posibilidad sería empezar justamente la campaña con un programa de condenados a muerte, pero el problema es que no se puede tener condenados a muerte si no hay pena de muerte. Sí, es un problema. Pero tiene soluciones: una sería hacerlo desde un país donde sí haya pena de muerte. Seguro que en América Latina o por ahí vamos a encontrar países donde haya, con lo violentos que son. ¿Con lo brutos que son? Eso, con lo brutos que son. O, si no, hay otra posibilidad: conseguimos voluntarios. ¿Voluntarios para que los matemos? Eso sí que sería raro. Sí, sería muy raro. O no, capaz que no: digamos que juntamos a doce tipos condenados a perpetua, de esos tipos que están en la lona para siempre, que no tienen ninguna posibilidad más en la vida y les ofrecemos un arreglo. Un buen arreglo. Sí, algo así como que acepten jugarse la vida a cambio de algo. Les podemos ofrecer dos cosas: para empezar, plata para las familias de los que se mueren. O sea que tienen que tener familia. Sí, pero siempre es mejor si tienen familia, podemos organizar visitas y mostrás madres emocionadas aterradas esperanzadas, mostrás esposas, hijos. Los pibes son un cheque al portador, imaginate los hijos de estas bestias llorando por sus padres. Y se sabe que son los que se llevan la plata por el sacrificio de los tipos. Como los bombarderos suicidas. Claro, como los bombarderos suicidas pero sin paraíso. O no, porque también tienen una forma de paraíso: en lugar de quedarse presos al pedo toda la vida se pasan dos o tres meses en la televisión, se convierten en héroes nacionales. Héroes, son verdaderos héroes: tipos que se sacrifican para ayudar a su familia. Esa es buena: mostrás que no todo está perdido, que si uno piensa positivo le puede sacar provecho a las peores situaciones, que los peores basuras pueden hacer algo bueno si piensan positivo. Y también les podemos ofrecer una buena vida durante esos dos o tres meses: hay que ponerles

una casa del carajo, buena comida, brutas minas. Claro, sin minas sería un embole atómico. Sí, claro, todo lleno de minas. Sí, pero algunos tienen que ser putos. Sí, seguro.

Okay, pero el programa sigue el esquema clásico: después de un primer mes donde todos se quedan y se van conociendo, cada semana habría que echar a uno. Y en ese plano lo interesante es que los despedidos no se van a su casa: se van a que los ejecuten. ¿A que los ejecuten? Y claro, ese es el chiste. Pero eso sería un asesinato. No, el tipo firmó; el tipo te autorizó a matarlo si la gente votando lo decide. Por más que firme, no se puede. Sí, habría que encontrar una manera: una sería que sea el propio tipo el que abra la canillita del veneno cuando lo ejecutan; como les hacen a los americanos, que les dan un veneno por una cánula intravenosa, solo que acá el que abre la canillita es el propio ejecutado. Y ahí no es asesinato, es que el tipo se suicida. Claro, el tipo se suicida. Como los bombarderos suicidas. Claro, como los bombarderos. Pero eso quizá no se podría mostrar; habría que ver. En todo caso lo que sí se puede es que cuando alguien queda despedido lo dejamos en la casa durante veinticuatro horas para que se mande su última cena, su último polvo, para que se confiese. La confesión puede ser un verdadero polvo. Sí, un infierno. Un verdadero infierno. Y hasta podríamos no matarlos. ¿Cómo, no matarlos? Bueno, si los tipos están encerrados no se enteran nada de lo que pasa afuera. Alcanza con que crean que los sacamos de ahí para matarlos y ya está: con eso ya los tenemos, tenemos el programa. Sí, alcanza, pero no sé si es lo mismo. La verdad, no creo que sea lo mismo. Me parece que el programa andaría mejor si los matás.

Lo que no saben es lo que yo sé. No saben que esas canciones son una puta mierda, lo que me sale cuando no me sale nada de lo que yo querría. Mediocre, pero muy mediocre. No saben que cada

vez que los escucho cantarlas, corearlas, aplaudirlas, los desprecio tanto y me desprecio tanto más a mí. No saben la mierda que es ser yo.

—Y los dos últimos se ganan el indulto.

—Sí, habría que ver, los dos, tres últimos. Una carnicería de aquellas.

—Impresionante. Muy impresionante. La Casa Final.

—¿Cómo?

Pero la Ciudad cada vez sucede menos en las calles y más en los televisores. Los habitantes de la Ciudad se reúnen delante de sus televisores, cada cual en su casa, refugiados. Las calles, en cambio, son lugares temibles.

—Voy a hablar con el Bola.

Dice Matías Jáuregui.

—En una de esas nos salvamos.

Dice, y levanta su copa con sus piedras de hielo para el brindis y odia, con tantas fuerzas odia.

LA CASA, 1954

La casa estaba tan distinta. Beatriz, a punto de cumplir cuatro años, era la reina indiscutible —indiscutida— de un hogar alborotado por su presencia burbujeante. Tenía los ojos grandes, pocas pecas, las manos gordas y dos trenzas oscuras que se le deshacían todo el tiempo. Su madre la llamaba Tris o Tricita; su padre prefería el nombre completo. Y Jacinta, la mucama, no necesitaba llamarla: la nena se pasaba el día enredada en su pollera.

La contratación de Jacinta había sido la causa de una de las primeras peleas del matrimonio: Felipe no quería ni debatir la posibilidad de una sirvienta. Las discusiones fueron agrias. Su mujer creyó que era un problema de dinero —de tacañería, aunque no quiso ponerlo en esos términos— y dijo que ella lo pagaría con sus ingresos musicales y que no podía seguir trabajando y atendiendo a la nena al mismo tiempo. Felipe le dijo que entonces no trabajara, Flora le dijo que ni pensaba y él no supo explicarle que lo aterraba la idea de que hubiera otra polaca en esa casa; una tarde, cuando volvió de su trabajo, se encontró con una chica de 16 años, rellenita, lozana, que acababa de llegar de Córdoba con dos mudas de ropa en una valija de cartón.

No era la única trabajadora de la casa: todos los días, salvo los domingos, los cinco peones del taller de Nicanor Gómez se presentaban en la planta baja unos minutos después que su patrón. Nicanor Gómez llegaba poco antes de las siete de la mañana: solía

decir que si el jefe no daba el ejemplo, qué se podía esperar de los trabajadores. Y a Nicanor Gómez siempre le había gustado dar ejemplo —y esperar de los trabajadores. El negocio de los picos funcionaba; optimista, intentó un producto nuevo: hacia fines de 1952 ya fabricaba —y vendía— infladores completos. Era un salto importante.

En junio de 1953 Nicanor Gómez estaba decidido a cambiar de taller: el lugar le había quedado chico. Su contrato de alquiler vencía en agosto, pero eso no sería problema: su relación con Giunti siempre había sido correcta y seguro que no le molestaría que se quedara unos meses más, los necesarios para concretar la mudanza. Su plan era ambicioso: estaba tramitando —con la ayuda de su antiguo jefe municipal, que tenía muy buenos contactos en el partido— un crédito del Banco Hipotecario para construir una pequeña planta propia en un loteo de las afueras. Aquel sábado, Gómez tocó el timbre de la puerta de su locador; Giunti se presentó —pese al frío— en mangas de camisa y le preguntó qué lo traía por allí. No lo invitó a pasar. Los dos hombres llevaban años compartiendo el espacio pero se encontraban solo una vez por mes, cuando el correntino pagaba su alquiler, y nunca habían cambiado más que palabras de ocasión. Gómez, como quien cumple una formalidad casi superflua, dijo que quería ver las posibilidades de prorrogar su contrato; Giunti le contestó que no había ninguna. Gómez no supo, por un momento, qué decirle.

(Flora llevaba meses pidiéndole a su marido que se deshicieran de ese correntino. Felipe, al principio, no le hizo mucho caso; su mujer insistió. Tanto que, mientras seguía dándole largas, Felipe empezó a buscar razones para semejante empecinamiento. Una noche le preguntó con bastante brusquedad qué le había hecho el pobre hombre; Flora le dijo que nada y que si no se daba cuenta de que su

hija no podía dormir ni vivir tranquila con tanto ruido de máquinas y obreros ahí abajo. Felipe no consiguió creerle y empezó a tejer hipótesis extrañas, sospechas tan molestas. Al fin y al cabo su mujer estaba sola en casa todo el día, sola con la nena y la mucama y los ruidos llevaban años y nunca antes la habían incomodado. Seguro que ese tipo no te hizo nada, le preguntó otra noche, y su mujer lo miró de una manera rara: con desprecio, como quien dice no me merezco esta pregunta y vos no me merecés a mí —o eso, al menos, leyó Felipe en su mirada. Pocos días más tarde Gómez le tocó el timbre para pedirle que prolongara su contrato. No era, estaba claro, el momento apropiado.)

La negativa —la forma, la dureza de la negativa— le resultó tan sorprendente que Gómez se quedó sin respuesta. Farfulló algo, se metió en el taller. Ese lunes llegó recién al mediodía: se había pasado la mañana con su exjefe, pidiéndole su ayuda. Esa tarde esperó la vuelta de Felipe para decirle que si no le prolongaba el contrato iba a tener problemas con la Dirección Municipal de la Vivienda. El correntino era grandote: hablaba con los brazos cruzados sobre el pecho, el mentón levantado. Y, para reforzar su amenaza, le nombró a un primo suyo que trabajaba en la Fundación Evita y conocía a varios dirigentes importantes del partido. Felipe temblaba de bronca y le dijo que lo iba a sacar con la policía. Cuando subió a su casa su señora lo esperaba en la puerta: te felicito, querido; así es como hay que tratar a estos fulanos. Flora era una dama recatada: en su boca, la palabra fulano sonó como un esputo. Felipe se sintió orgulloso y entrampado.

Al otro día se presentó en la comisaría del barrio: un oficial muy displicente le informó que si quería desalojar a un inquilino que tenía un contrato vigente tenía que presentarse ante un juez con algún argumento perentorio. Felipe no creyó que lo tuviera y pensó que lo

mejor sería olvidar el incidente y esperar hasta agosto, cuando el contrato terminara. Esa noche su mujer le dijo que él era el propietario y que no tenía por qué tolerar que un inquilino le dictara las reglas; le dijo que así estaba la Argentina, con hombres como él, que se dejaban avasallar por esos cabecitas. Después le dijo que no fuera pusilánime —y la palabra le sonó como un petardo. Buscó qué contestarle pero no se le ocurrió nada; le prometió que en cuanto pudiera presentaría su reclamo en el juzgado.

No tuvo tiempo. Dos días después llegaron dos inspectores municipales con una orden de registro. Felipe estaba en la oficina; Flora les dijo que no podían entrar si no estaba el señor de la casa. Los inspectores le contestaron que volverían el viernes a las once y que esperaban que estuviera; Felipe tuvo que pedir el día en el trabajo.

La inspección fue breve, descuidada: el inspector más viejo —un hombre de cincuenta y tantos, bigotito anchoa, chalina de vicuña sobre traje impecable, escudo peronista en la solapa— le dijo que no tenía habilitación para alquilar esa planta baja como establecimiento fabril y por lo tanto le correspondía una multa de cinco mil pesos. Felipe —casi esperanzado— le preguntó si eso significaba que cerrarían el taller; el inspector le dijo que no, porque en tal caso se perjudicaría el locatario en vez del locador y no era esa la intención de su medida. Felipe le dijo que lo que le estaba diciendo era ridículo, que no podían sancionarlo por permitir que funcionara ilegalmente un taller y permitir que el taller siguiera funcionando. El inspector le dijo que así estaban las cosas y que, aunque él cumplía órdenes de muy arriba, como era una persona comprensiva quizás el asunto se pudiera arreglar de otra manera. ¿De otra manera? El inspector lo miró como se mira a un chico caprichoso: vamos, por favor, no me va a hacer creer que no me entiende. Felipe se calló

por un momento: trataba de calmarse. Después, al borde del estallido, dijo muy educadamente que estas cosas antes no pasaban. Qué quiere decir, antes. Que este gobierno es una cueva de corruptos, le dijo, casi le gritó, mirando el escudito. El inspector, antes de irse, le dijo que esto no iba a quedar así nomás. Me parece que va a lamentar mucho lo que acaba de hacer, le dijo, con su sonrisa de dos dientes de oro.

Felipe Giunti nunca había tenido convicciones políticas de peso: sus ideas, que lo llevaban a votar alguna variante radical, no tenían demasiada importancia en su vida, pero la prepotencia de los peronistas lo sacaba de quicio. Ya la había sufrido en su trabajo: el personal subalterno de la firma de explotación agropecuaria —donde él, tras un cuarto de siglo de servicios, había alcanzado la subgerencia general— se le insolentaba a menudo y, si intentaba corregirlos, lo amenazaban con mandarle el sindicato. Y ahora la intimidación del inspector lo había llevado —creía— a tocar fondo. Se equivocaba: un mes más tarde su patrón —el hijo de su patrón de tantos años— lo llamó a su escritorio y puso su mejor cara de desolación para decirle que iban a tener que prescindir de sus servicios: ya sabe, Giunti, que nosotros jamás habríamos querido tener que tomar esta medida. Pero le confieso, aunque no debería, que hemos recibido advertencias —dijo advertencias con un arqueo de cejas que transformaba la palabra en «amenazas»— muy serias sobre lo que podría pasarle a nuestra querida firma si usted permanece en ella. Y nuestro deber, por sobre todas las cosas, es mantener la empresa en marcha. Por supuesto le daremos una indemnización acorde con sus méritos y quedamos a su disposición por cualquier cosa en la que podamos serle útiles. De más está decirle que mi familia y yo estamos muy dolidos por toda esta situación, pero en verdad no es nuestra culpa, Giunti, es la

Argentina.

Felipe Giunti volvió a su casa rumiando venganzas contra el mundo, contra el correntino: no sabía qué pero tenía que hacerle algo. Cualquier ataque contra el taller sería demasiado obvio, pensó, y además él sería el primer damnificado. No podía creer, sobre todo, que una tontería semejante le hubiera cambiado así la vida: estaba, por primera vez, desocupado y sin perspectivas inmediatas de conseguir nada. Su esposa le dijo que se tranquilizara, que entre la indemnización y los ahorros y sus propios ingresos aguantarían mientras tanto y, cuando él trató de decirle algo más, le dijo que después la seguían —y le hizo un gesto sutil en dirección a la mucama. Beatriz, por supuesto, no se daba cuenta de nada: esa noche Felipe se quedó un rato largo al costado de su camita, mirándola dormir, compadeciéndola por el triste destino de su padre, pensando cómo de pronto se puede deshacer lo que parecía tan sólido: una vida meticulosamente organizada. Después se preguntó si valía la pena tratar de reconstruir algo tan frágil. Cuando salió, el hijo de su mujer lo estaba esperando en el pasillo. Carlos González Trejo tenía 17 años, algunos granos rojos, el pelo negro engominado, el pantalón gris de su uniforme de colegio nacional y un problema pendiente: cómo explicarle a sus mayores que había embarazado a la mucama. Prefirió dejarlo para más adelante y, quizá, matar a varios pájaros de un tiro: yo conozco, le dijo a su padrastro, una manera de vengarte.

9

Pero hace rato que me aburro escuchándola hablar de tonterías y ya no sé qué hacer y me odio por estar con ella, hasta que se traba una vez más con el nombre de lo que quiere decir y me pide:

—… no, sí, ese parque donde están esos árboles tan anchos…

—¿Ahí en la Recoleta?

—Eso, la Recoleta.

Y me sonrío y me emociono: hay algo en compartir las referencias, ser de la misma ciudad, de la misma incultura: no puedo combatirlo, o lo combato y pierdo.

—A vos te pasa, Silvana, a vos te pasa. Y no querés reconocerlo.

La Ciudad es una confusión: millones de personas tan diversas que se creen que comparten algo fuerte, que viven en un mismo lugar, que son del mismo sitio. La Ciudad postula esa unión imposible: no, yo soy chilango, sí, yo madrileño, moi je suis parisien, sono romano —como si algo de eso definiera algo.

Azar acecha.

La Ciudad empezó como una solución contra el recelo: la forma de sentirse protegidos. Se juntaron para defenderse mutuamente de los extraños, de las bestias, de la naturaleza —y ponerse bajo el amparo

de algún jefe. Ahora la Ciudad es el espacio de la desconfianza. La naturaleza aparece inofensiva y el peligro es la civilización. Ahora sí la Ciudad es poderosa.

—Porque vos no podés saber cuánto te quiero.
—No, yo no puedo, ¿no?
—No, mi amor, vos no podés.

Todos los hombres de la Ciudad saben, a partir de cierta edad, cuántos tragos de café ofrece una tacita de café, un cafecito. Todos lo saben, claro, solo que cada uno sabe algo distinto.

—¿Por qué no lo querés reconocer?

«El espacio es un error del tiempo».
Pensó, y la frase le sonó magnífica. Por fin había pensado algo que valía la pena, pensó, algo que lo sacaba de su medianía. Enseguida olvidó que la había pensado porque estaba lejos de su casa y le daba pereza el viaje, el colectivo.
—El espacio es un error del tiempo.
Se dijo a media voz, como quien se relame, y siguió pensando que era extraordinaria, aunque no consiguiera entender qué significaba.

Le gusta hablarle sin mirarla. A veces piensa que es un alarde: no me interesa tu estúpida sonrisa reluciente, tus dientes como si no hubieran masticado nunca nada, tus ojos estrellitas. A veces, que es una cortesía que ella no va a entender o quizá sí: no mezclemos en la charla nada que no sea puro verbo, sonidos revoloteando por el aire, no mezclemos volúmenes en esto. A veces, que es un recurso de supervivencia: el único modo en que puede seguir hilando sus palabras sin perderse en el encandilamiento de la estúpida sonrisa, los dientes como si nunca nada, los brillitos. A veces le parece que no mirarla es su último refugio.

—Entonces ¿tuviste novedades?

—No, la verdad que todavía no. No quiero ponerte como una secretaria de esas que aparecen para decorar, puro dibujo. Vos estás para más, Silvi, hacete cargo.

Le gusta hablarle sin mirarla. Acostado a su lado, deshecho, muy inmóvil, mirar hacia arriba, al techo si hay un techo. Por eso lo desarman las habitaciones como esta, donde el lugar del cielorraso está ocupado por un espejo gigantesco. Se ve y la ve: dos cuerpos desparramados sobre la sábana granate como si fueran otros, cuerpos de otros, ajenos en el espejo de allá arriba. Dos cuerpos y las caras, sobre todo, que no llevan sus máscaras.

—Yo me hago cargo, Maxi. Vos, no sé.

—No seas injusta. Vos sabés que estoy haciendo todo lo posible.

Sobre la sábana granate —en el espejo— los dos cuerpos parecen demasiado blancos. Hay un cuerpo de hombre: pelo corto entrecano y los ojos muy abiertos y la boca entreabierta, la espalda bien hundida en el granate, las piernas estiradas y los pies cruzados al final, el brazo izquierdo sobre la propia panza a dos dedos de la propia pija y el derecho rozando el otro cuerpo: un cuerpo de mujer.

—¿Y entonces qué vamos a hacer?

—Me gusta que digas vamos. De verdad me gusta que lo digas.

¿Por qué los insectos sí son para mirar de cerca? ¿Por qué un insecto cualquiera, un cascarudo —el rhinoceros macho, por ejemplo —, de lejos es una cucaracha glorificada y, de más cerca, con las lentes o herramientas apropiadas —las herramientas ajenas, apropiadas— es un objeto de tornasol peludo, patas como manchas de un surrealista malo, la boca sinfonía de garritas y garras? ¿Por qué, en cambio, yo de cerca soy poros más grasientos, barritos, pelos truncos?

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo?
—Claro. ¿Si no por qué te lo diría?

La Ciudad son los cuerpos intactos, apartados. ¿Por qué los millones de cuerpos no se tocan? ¿Por qué tocarse cuerpos es un signo que significa más que cualquier otro? ¿Qué pasa cuando cuerpos se tocan, se pegotean se raspan se entretejen? ¿Qué pasa cuando se entretejen?

—¿Por joder?

Ese momento tan curioso en que, en alguna de las dos o tres avenidas más anchas de la Ciudad, el semáforo en rojo para a siete u ocho coches en primera línea. Son, por supuesto, coches muy distintos: desde los modelos más caros y recientes hasta las viejas catraminas recicladas, pasando por camionetas, viejos pretenciosos, algún deportivito, los modestos que hacen de su modestia su blasón, un taxi. En ese punto, mientras el rojo los ataja, están todos iguales: detenidos, cumpliendo la orden, aceptando el orden del estado, impacientes por volver a romperlo. Por un momento todos son lo mismo, hacen lo mismo: es una anomalía. Y entonces el semáforo vira al verde —o, incluso, pasa por el amarillo— y la igualdad se rompe: cada cual vuelve a ser el que era, el que pica en punta porque eso es lo que hace, el que pica en punta para demostrar que pica en punta, el que intenta picar en punta y no lo logra porque su coche no le da, el que se demora porque está distraído, el que se demora para mostrar que no le importa, el que no piensa nada sobre la situación y cae en alguna de las etiquetas porque no hay forma de no caer en una. El semáforo fue: las cosas, tan brevemente interrumpidas, ya volvieron a su cauce triste.

Cada uno es cada cual, la igualdad fue un momento.

Y se puede —¿o no?— atestiguar
que un momento es una ilusión.

Azar acecha:
¿por qué se hizo chupar la pija por ese y no por otro
el señor cura?

Tanto pensó —después, cuando ya no hacía sino pensar en eso— que si hubiera elegido algún otro muchacho quizá nada de lo que le pasó le habría pasado.

Es bruta la pelea
entre dioses y azares.

—No, lo siento, señora, se equivocó de ventanilla.

—Me gusta, de verdad me gusta.

El cuerpo de mujer ha desplegado una araña de pelos rubios sobre la sábana granate —las almohadas, visiblemente, se han caído en la escena previa que la escena sugiere— y las puntas de esos pelos se estiran caprichosas hasta bastante lejos de la cara. La cara no llega a verse clara en el espejo; se ve, sí, una figura con muy pocos ángulos, un óvalo sin accidentes. El cuello es largo, fino, blanco; las tetas son anchas y se derraman a los lados del cuerpo arrastrando sus pezones rosita. El ombligo parece hondo sobre la panza chata; más abajo, el vello púbico es una línea fina clara dibujada que interrumpe, al final, una mano dejada como al azar sobre la concha, junto a la mano ajena, como si controlara. Es la izquierda; la derecha yace sobre la sábana granate. Las piernas son —también— largas y finas; la derecha está recta y la izquierda, doblada, se apoya sobre la pierna derecha del cuerpo contiguo. La imagen habla de abandono. Las imágenes engañan casi siempre.

—Muy romántico, Maxi, muy bonito. Pero me gustaría que me

dijeras qué carajo vamos a hacer ahora.

—Dame un minuto.

Dice Vodoni, y estira la mano hacia la mesa de luz para buscar un cigarrillo. Se sonríe cuando piensa en su uso de esos cigarrillos: obligar a la pausa que, si no, no sabría cómo imponer. Deja de sonreír cuando piensa que ya nada es nuevo: que todo lo que hace ya lo ha hecho —y lo detesta.

¿Cómo se usa la satisfacción de haberlo hecho? ¿Para qué sirve el tiempo de detrás?

Yo qué sabía si eso estaba bien o estaba mal. Yo tenía ocho años, jefe, y ese hijo de mil putas era el que sabía, el que nos explicaba todo; él era el que te decía lo que estaba bien o estaba mal. Así que cuando él me decía que todos teníamos que querernos mucho y ayudarnos los unos a los otros y que el prójimo no sé qué y el cuerpo de cristo no sé cuánto y me agarraba la mano y se la ponía en la bragueta a mí me parecía que eso debía ser parte del asunto, como cuando me enseñaba a decir el padrenuestro o que teníamos un dios que era uno en esencia pero era tres en no me acuerdo qué, ¿se acuerda? Yo lo hacía, claro que lo hacía, porque a mí mi mamá me había dicho que tenía que obedecer al señor cura y porque el señor cura me trataba tan bien, me daba caramelos y hasta unas figuritas de esas que se coleccionaban y me decía que teníamos un secreto y que qué bueno que compartiéramos ese secreto, que eso nos hacía más prójimos todavía, todo eso. Y no, no fueron tantas veces, no se crea, diez, veinte veces habrán sido, con la mano, a veces más que con la mano, la concha de su madre. Pero no pasó nada, después se ve que se aburrió o se asustó o se consiguió otro que le gustaba más y yo la verdad que no me acuerdo si me pareció bien o mal que se acabara, la verdad, de eso no me acuerdo. Lo que

sí me acuerdo fue del lío después, cuando ya tenía como once un día que me estaba peleando con uno en el colegio y para mostrarle que yo era más que él le dije que él no tenía ningún secreto con el padre Domingo y él me preguntó qué secreto tenía, o no, me dijo que era mentira, que yo no tenía ningún secreto y entonces yo para que me creyera le conté qué era y no sabe el lío que se armó. El muy turro se lo fue a contar a todos los demás y los chicos se reían de mí, me hacían sus burlas, sus gestos, se reían. Me llamaban lamecuras, mano alzada, boquita pintada, me decían de todo. Al final se decidieron por uno que les gustó más: el Chupi. Me quedó, el Chupi, todavía hay pibes del colegio que cuando los veo por la calle me dicen cómo andás, Chupi, qué te contás, se les escapa, y mi mujer me preguntaba por qué me decían así, yo le contaba cualquier mierda, que una vez de pendejo me había emborrachado y me quedó, cosas así pero no me creía, se notaba que no me creía pero al final se le pasó y ya lo tenía medio olvidado hasta que una vez, hace un par de años, vino al café el Chueco Galván, que era un pibe muy serio y ahora es abogado, todo de traje, y cuando me fue a saludar me dijo Chupi, cómo estás tanto tiempo, y ella lo oyó y se puso a romper las pelotas otra vez, hasta me amenazó con irse si no le contaba la verdad; cuando se la conté se puso como loca. Después se tranquilizó un poco, solamente un poco, y me dijo que tenía que denunciarlo: ir a la comisaría y a la curia y a los diarios, denunciarlo. Yo le dije que no fuera ridícula y nos volvimos a pelear y me volvió a decir que si no denunciaba a ese canalla ella se iba, que me imaginara la cantidad de chicos que todavía debía estar culiando, la cantidad que se podía salvar si yo lo denunciaba y yo le dije que si lo denunciaba capaz que mucha gente no iba a volver a venir al café, que nos íbamos a ir a la quiebra o quién sabe adónde y ella me dijo que eso no importaba y se puso cruel y me dijo ahora

entiendo eso del Tambo, Juanca, por qué se llama El Tambo, ahora lo entiendo. Pero se arrepintió enseguida y me pidió perdón por haber dicho eso y me dijo que de verdad, para poder dejarlo atrás y vivir sin esa carga lo tenía que denunciar y al final la verdad me convenció y me decidí y lo denuncié. Sí, pobre, ahora lo mandaron a otro lado, no sé adónde, me dio un poco de pena pero lo denuncié. Lo que no entiendo es por qué carajo me da pena ese turro de mierda. Hijo de mil putas, a cuántos chicos les habrá hecho lo mismo. Y encima me da pena, la reconcha de su puta madre, me da pena, ¿vos podés creer?

Azar has hecho:
porque el azar
se hace
y nos deshace.

—Bueno, lo que hoy podemos hacer es iniciar el trámite. Lo que no puedo decirle es cuánto va a tardar.

Se preguntaba qué es lo que va formando el —llamémoslo— carácter de una ciudad. Qué es lo que hace que una ciudad se considere bonita, amable de vivir, peligrosa, atractiva, insoportable. Cómo le empiezan a escribir los adjetivos. Cómo pueden reescribirse —borrarse, cambiarse, desplazarse. Quiénes hacen de una ciudad lo que creemos que es. Los políticos que la dirigen, los arquitectos e ingenieros que la construyen, los escritores y periodistas y cineastas que la cuentan —o incluso las personas que la habitan. Un crimen más, un derrumbe sangriento, una crisis política, otro museo pueden cambiarla tanto que la rehacen, la hacen otra.

No hay ciudad que sepa ser la misma

—Yo ya no, pero lo que yo quiero es que mi nena pueda vivir de

otra manera. ¿Me entiende lo que le digo? Vivir de otra manera. Digo, si me entiende: que no sea como yo.

—Sí, Chirita, te entiendo. Pero eso es lo que queremos todas, ¿no?

porque ser una ciudad es ser distinta,
no hay ciudad

—A mí lo que más me da pena es por mi viejo, pobre, que se murió pensando que nunca me había dado nada que me sirviera para nada. Si supiera que gracias a él voy a poder rajarme de este país de mierda.

—Pero capaz que a él eso no le parecía bien.

—¿Qué, que me raje? Si él también se rajó de su país.

—Y sí, capaz que no.

—Mirá si no le va a parecer. Y de últimas a mí qué me calienta, lo que le parece a él. Digo, lo que le parecía, pobre viejo.

que sepa ser la misma

El deseo, el alivio
de sentirse inferior, eso
sería.

el semáforo en verde, los coches que se lanzan, ese momento que pareció pero no era; le suena el celular y ella piensa que es el momento justo para no contestarlo y le da placer no contestarlo, pena no contestarlo, piensa que debería contestarlo y acelera

Convertir a la Ciudad en nostalgia.
Irse, hacer como ese que se fue: volverse tango.

Así que mira la Ciudad con los ojos de quien ya no la verá: prepara su partida. Quiere llenarse la cabeza con esas imágenes que va a necesitar cuando piense, ya lejos, ya tan lejos, en la ciudad

donde nació, en la ciudad que deberá seguir queriendo. El problema es que no termina de saber qué imágenes tomar: duda, se rectifica, se confunde. Piensa que la cuadra de su casa no puede no estar, pero es cierto que la cuadra de su casa no tiene nada de particular. Piensa que el Obelisco no puede no estar, pero es cierto que el Obelisco en un lugar común, una postal. Piensa que la Costanera no puede no estar, pero es cierto que lleva quién sabe quince años sin pasearla. Y así de seguido; entonces piensa que quizá lo mejor sea recuperar esas imágenes de sí mismo en ella, sí mismo la primera vez que fue a la cancha, sí mismo el primer picnic de la primavera, sí mismo cuando lo asaltaron en aquella esquina, sí mismo cuando quiso salir a trabajar, sí mismo cuando le dio a Cristina el primer beso en ese parque, sí mismo cuando Cristina lo dejó en aquel otro. Quizá, después de todo, las imágenes le sirvan para extrañar no tanto.

> ¿Dónde se fue lo que fue
> cuando se fue? ¿Dónde,
> por allá afuera, tan
> perdido?

Silvana mete la llave en la cerradura, abre la puerta, prende la luz del living chiquitito y se siente como cada vez que mete la llave, abre la puerta, prende la luz, entra en su propia casa: liberada. O, mejor: aliviada del peso de ser lo que es, lo que siempre piensa que no es, eso que le sucede de puertas para afuera. Son casi las cuatro, está cansada, está áspera: los encuentros con Vodoni se repiten y se parecen demasiado. La primera vez le pareció gracioso, casi excitante; la segunda y la tercera el chiste se mantuvo; a partir de la cuarta empezó a pensar más en eso que venía pensando sin pensar desde el principio: que algún tipo de relación con un señor del poder

de Vodoni podía servirle para empezar por fin a concretar su sueño —su plan— de hacerse actriz. Pero ya llevan ocho o nueve veces, siempre en el mismo hotel, siempre el mismo libreto, y nada ha cambiado: él sigue repitiendo y difiriendo sus promesas, ella tiene cada vez más la sensación de ser la imbécil que se cogen con una zanahoria.

—Siempre es mejor que con un palo.

Dice en voz alta y se sorprende de oír su voz en ese espacio tan cerrado. Ya lleva tiempo en la Ciudad, llegada desde uno de esos pueblos medio ricos de la pampa húmeda donde los nietos de los viejos oligarcas decadentes se mezclan con los nietos de los migrantes que supieron renovarse a tiempo, plantar soja, comprar las máquinas y los químicos, ganar plata de veras. Silvana no es hija ni de unos ni de otros: su padre es uno de los tres médicos del pueblo, un buen pasar, y pudo ayudarla a instalarse en la Ciudad: este departamentito en una zona sin problemas, algún dinero cada tanto. Pero ya lleva cuatro años, ya ha terminado la escuela de actuación en la que lo intentó durante dos, ya se ha pasado demasiado tiempo de vendedora de boutique o moza refinada, y todo seguía igual hasta que apareció Vodoni. Y ahora, cuando ya pasaron tres meses desde entonces, todo sigue igual.

—… espero que estés bien, que no hayas tenido ningún problema mi amor…

En el teléfono tiene cuatro mensajes de Ramiro, su novio: todos serenos, todos comprensivos, ninguno de los reproches que se podría esperar si un martes a las dos de la mañana tu novia no aparece.

—… así que nada, mañana hablamos, si querés llamame cuando te levantes…

A veces la Ciudad se prende fuego: no muchas veces, quizás una

cada quince o veinte años, quizá menos. En cualquier caso, los ciudadinos temen ese momento y, según, se enorgullecen: es su ocasión de demostrarse que son lo que son, lo que se creen que son, que no se rinden ni se entregan

aunque siempre se rindan y se entreguen.

—¡Chira! ¡Chira!

—Ya va, señora, ya estoy yendo.

—Chira, ¿sabés algo de mi esposo?

—No, ¿qué quiere que sepa?

—Nada, si no avisó cuándo llegaba, algo.

—No, señora, a mí no me dijo nada.

—En el negocio ya no está. Tendría que estar acá hace como dos horas.

Pero esos alzamientos forman parte de la idea que casi todos ellos tienen de sí mismos: orgullosos, indómitos, bravíos. Es curioso que consigan conservarla.

(Bueno, me dice Bepe: también se creen especialmente inteligentes.)

A veces recuerda cuando entendió que su cuerpo era puro poder: que podía conseguirle tantas cosas. Tenía 15 años, quizá ya 16, y quería ir a la disco del pueblo pero sus padres no le daban la plata para la entrada: no querían que fuera. Entonces se puso una camiseta blanca, una pollera muy corta de bluyín, las botitas negras con un poco de taco y se paró a media cuadra de la entrada, como si distraída, escuchando música en los auriculares. Dos minutos después ya había tres moscardones que la querían invitar, pagarle la entrada y los tragos y lo que cuernos fuera. Ella lo sabía, pero nunca lo había comprobado tan bruta, tan directamente: tenía un capital, tendría que decidir cómo lo invertiría.

En esa disyuntiva se había pasado todos estos años, tantas cosas.

Más inteligentes que todos los demás, me dice Bepe, con esa mueca que lo hizo tan famoso.

Ella primero se dijo que eran como unas vacaciones: unos meses de rascarse el higo, de conseguir todo lo que quisiera sin el menor esfuerzo. Quiso probar cómo era que un fulano se ocupe: yo le doy dos o tres gustos y a cambio no tengo que hacer ningún otro esfuerzo. Hay mujeres que creen que eso es humillante; yo creo que puede ser humillante para el tonto que está dispuesto a darte todo lo que le pidas a cambio de que vos le des, de tanto en tanto, eso que él te pide: que reconozcas su poder, que le parezca que te tiene. Son tontos, pero sería tonto no aprovecharse de su tontería. Y, sobre todo, que no se crea que lo tiene ganado —o comprado o quién sabe lo que cree—: mantenerle la sensación de que cuando pasa por esta puerta no sabe lo que va pasar, no sabe qué va a tener que hacer para conseguir eso que quiere.

Primero se dijo que eran como unas vacaciones y en algún momento, al cabo de siete u ocho meses, le preocupó pensar que no tenía ninguna gana de dejarlas. Debía dejarlas: pensaba que debía dejarlo, que no podía convertirse para siempre en una mantenida. Y en algún momento empezó a preguntarse por qué no podía convertirse para siempre en una mantenida.

El momento de la pregunta es tremebundo.

Se mira en el espejo, se pregunta qué quiere ver en él, qué quiere ver en ella. Se pregunta si es importante ver lo que quiere ver. Se pregunta qué está dispuesta a hacer para lograrlo.

Calculemos conserva: en la Ciudad —con todos sus agregados— viven unos quince millones de personas. De ellos, un cuarto son

menores de 13 años y un dos por ciento mayores de 80: dos grupos a los que se les supone una actividad sexual social escasa o nula. Quedan, así, unos once millones de hombres, mujeres y varios en edades más o menos sexualizadas. Si suponemos que, en promedio, cada uno de ellos tiene un encuentro sexual por semana —lo cual supone que algunos tienen dos por día y otros nunca ninguno— y que la inmensa mayoría de esos encuentros involucran a dos personas, eso significa que se producen, cada semana, en la Ciudad, unos 5.500.000 encuentros sexuales. O sea: unos 785.000 por día —aunque, obviamente, hay días más propicios y días menos. El cálculo por hora es aún más complejo, porque hay horas decididamente más favorables que otras al encuentro sexual. Pero, si damos a las primeras horas de la noche y de la mañana un baremo de tres, a las del resto del día un baremo de dos y a las de la noche alta un baremo de uno, podemos calcular que, por ejemplo, hacia las 11 de la noche de un día cualquiera se producen en el conjunto de la Ciudad unos 50.000 polvos. O sea: que hay, en un momento cualquiera, cien mil personas que se están sintiendo —más o menos — únicas.

Las ciudades no son lugares para la unicidad.

La Ciudad, menos.

¿Dónde se fue
lo que?

Le han pegado. Se retuerce en el suelo, espera que alguien llegue a ayudarlo. Pasa el tiempo: él, por supuesto, no sabe cuánto tiempo, pero sabe que pasa el tiempo y que no pasa nada. Se retuerce en el suelo pero menos: se va quedando relajado, como quien se duerme. De pronto unas manos lo sacuden:

—¡Eh, pibe, no te duermas, despertate, dale, no te duermas!

Abre los ojos, el que lo está sacudiendo es un botón: uy, me van a pegar más, piensa, cierra los ojos, pero el policía lo sigue sacudiendo:

—¡Dale, pibe, no te duermas, dale!

El policía le pregunta qué le pasó, seguramente para darle charla, para que no se duerma; él trata de contestarle que fueron los gorilas de la disco Sensaciones y, mientras lo dice, piensa que el cana debe estar con ellos y trata de parar. El policía no lo deja: le dice que le cuente más. Él sigue: que trató de entrar a la disco —no le dice que llevaba cinco mogras en el bolsillo para ver si los podía vender— y que los tipos lo encararon y que como él no quiso irse le empezaron a pegar y le siguieron pegando y al final lo dejaron acá tirado, hace un rato, no sé cuánto, agente, la verdad que ni sé cuánto tiempo.

—Te voy a llevar a la guardia acá del hospital, pibe, a ver si hay algo roto. Y de paso te voy a tomar la denuncia, tenés que hacer una denuncia.

Joel no sabe que su denuncia se volverá moneda: que el policía, eventualmente, o alguno de sus compañeros, irá a la disco y le dirá al gerente o al patrón que tiene una denuncia muy complicada contra ellos, que cuánto vale que se pierda. Joel no sabe y piensa que sí, que tiene que hacerlo, y que qué bien el policía, y trata de pararse para meterse en la patrulla que acaba de llegar, la que lo va a llevar al hospital. Piensa que se salvó, que esta vez se salvó, pero que el hijo de puta del Luco no puede hacerlo cagar a trompadas así para cuidar su territorio: que qué carajo le cuesta compartir, que qué mierda te joden cinco mogras si sos un rey que la vendés por bolsas.

—Acá lo que no veo es el documento de propiedad al día. ¿No tiene otro?

Me gusta la Ciudad porque no

la soporto: me irrita sin parar,
me pone de los nervios, me
desata. Me gusta
la Ciudad porque me vuelve
otra. Me gusta porque aquí,
en ella, yo no soy yo
y entonces
sí que puedo hacerlo.

Sabe que la miran. Le gusta que la miren. A veces, cuando tiene mucho tiempo, cuando no tiene mucho en qué pensar, se pasa un rato en su cuarto antes de salir, calibrando, en la ropa que podría ponerse, la intensidad de las miradas.

Una regla sí que es inviolable: minifalda es trampa.

—Es un festival, la muy hija de puta, un verdadero festival. Se las sabe todas, todas, no sé si alguna vez me tocó otra como ella.

Dice Julio, la voz bajita para darle a la escena un secreto que no necesita. Son las ocho y en El Tambo ya quedan pocos parroquianos y los cinco o seis tienen mejores cosas que hacer que tratar de oír lo que dicen esos tres zapatos: leer el diario, mirar la tele, hacer como que piensan, tomarse la tercera. Son las ocho y ya empieza a estar fresco: milagro si no llueve. Incluso Rodo y el Gurka lo escuchan distraídos: su panegírico de la mujer desconocida forma parte de las costumbres de la casa. Y, tras veinte o treinta años de practicarlas, no se les puede pedir mucho entusiasmo.

—Una bestia, una auténtica bestia. Y una enciclopedia.

Julio tiene una de esas caras centroeuropeas que en los países mestizos suelen pasar por elegantes: el pelo rubio paja, la piel pálida, la nariz estrechita, los ojos entrecerrados pero muy azules, labios finos, dientes amontonados. Es alto, se mantiene flaco: un

aspecto que en general le sirve. Nadie sabe bien en qué consiste su trabajo: a veces se lo cuenta a sus amigos y pronto les cuenta algo que contradice lo anterior. Parece que tiene que ver con importación de ciertas piezas para autos; nada muy ilegal pero tampoco perfectamente kosher. En cambio es religioso: el único de los tres que es religioso. El Rodo es de origen judío aunque no practica nada; el Gurka está bautizado y comuniado pero hace años que no va a una iglesia. Julio sí: sigue yendo a un raro templo protestante en otro barrio, donde iban sus bisabuelos alemanes u holandeses cuando llegaron a la Ciudad, hace más de cien años.

Julio nunca ganó plata de veras pero siempre actuó como si la tuviera. Cuestión de herencia: su familia alguna vez fue próspera. Pero dejó de serlo: les quedó apenas un departamento que él acaba de heredar de su mamá, que tardó siglos en morirse, y mantiene como puede: es un semipiso de tres dormitorios, demasiado grande para él, demasiado caro para él. A veces piensa en venderlo o alquilarlo y alquilarse algo más chico, pero para eso necesitaría alguna plata que no tiene —y la decisión de romper de una puta vez con esa historia. Sus dos amigos creen que no puede: que esa historia —las pasadas glorias, aunque sean mucho menos glorias que pasadas— es lo que lo mantiene en su lugar, lo que le permite vivir a salto de mata, lo que lo ayuda cuando hace lo que mejor hace: encarar a una chica. Porque, por más que los otros dos le critiquen esa vida, está claro que le envidian sus devaneos sexuales. Que quizá, sospechan, Julio exagere un poco, pero solo un poco: algo de cierto hay, lo saben, los carcome.

—¿Andás mejor, no, Rodo?

Le dice el Gurka, para cortar el hilo, y Julio lo mira con un dejo de odio muy liviano y Rodo le contesta con una mueca que puede significar sí o no o más o menos. El Gurka insiste y Rodolfo,

reticente, les dice que están tratando de arreglarse con la bruja. Pero que ella le dijo que necesitan plata, que con el sueldo suyo de la escribanía no alcanza y entonces él le preguntó si no había pensado en trabajar —ella, trabajar— y ella le dijo que sí, pensado sí, pero que iba a ser muy complicado conseguir y que además quién iba a ocuparse de los chicos y la casa y todo, así que lo más fácil sería que él consiguiera algo más, alguna guita extra.

—Y entonces volviste a pensar en nuestro tema.

Lo interrumpe Julio, con la sonrisa cómplice, y toma un trago de su cerveza no muy fría.

—Volví, sí, claro. Cómo no voy a volver.

—Yo pienso todo el tiempo.

Dice Julio, como quien confiesa, y el Gurka le agarra un brazo con la mano derecha.

—Discúlpenme, muchachos. ¿Ustedes están hablando en serio?

Se hace un silencio. Los silencios se hacen, cada vez más se hacen: los silencios, que supieron ser la forma más repetida del sonido, ahora deben ser hechos, trabajados; aparecen muy de tanto en tanto. Este silencio está bien hecho, dura. Al final, Rodo lo rompe sin estruendo:

—¿Se acuerdan que el otro día el Gurka preguntó cuánto tiempo hacía que paramos acá?

Los otros dos asienten: sí, claro, más de veinte años.

—¿Y qué hicimos en estos veinte años?

Ahora el silencio se hace solo, y es más fuerte.

Un culo se contonea en la vereda de verano. El culo es de mujer, y pasa a ser, para los que lo miran, la mujer. Es curioso ver cómo se mueven, a su ritmo, las cabezas mironas de los hombres: cómo se rinden a la fuerza de ese movimiento.

El poder no se suele ver tan claro.

—Les digo que es una boludez.

—¿Cómo, una boludez? ¿No decías que lo podíamos hacer?

—Sí, eso les digo: que es una boludez, que lo podemos hacer fácil. Eso les digo: que es una boludez.

Hubo tiempos en que un buen cuerpo —un cuerpo bonito según el gusto de la época— era como una dádiva que la suerte dejaba caer sobre una mujer o un hombre y valía lo poco y lo mucho que valen los azares. Hubo días en que un buen cuerpo se llevaba con el desgaire y la gracia de los dones. Ahora, en cambio, casi cualquiera puede hacérselo, entre gimnasios, quirófanos, kinesiólogos y otros antros griegos. Un buen cuerpo no es más que trabajo acumulado, dedicación obtusa: el estandarte de uno —una— que estúpidamente decidió invertir en ese cuerpo mucho tiempo, los mayores esfuerzos.

Quizá ya vaya siendo tiempo de encontrar un modelo que no se pueda construir en el gimnasio, suele decir el Bepe.

Siempre se preguntaba cómo verían, oirían, olerían los demás lo que él estaba viendo, oyendo, oliendo. Después se preguntaba qué son los demás. Por fin, a quién le preguntaba todo esto.

Al principio el mendigo de la escalera de la iglesia de San Nicolás pedía «una ayudita por la gloria del Padre», pero empezó a acortar porque pensaba que tanta explicación podía ofender la inteligencia de los fieles que alguna vez le daban. Prefirió buscar la forma de halagarlos. Se le ocurrió que si lo entendían con menos despliegue se sentirían más astutos, si acaso un poco cómplices. Pidió «una ayudita por la gloria», «una ayudita para Él», variantes varias. Al final decía ayuda. Después ay, pero no como queja sino significando una ayudita por la gloria del Padre. La cantaba, le buscaba tonos. Se pasaba los días ululando muy bajo.

Dejó de recaudar. Los fieles no soportaron su exhibicionismo tonal

—impropio de un mendigo.

… querido,
cuando yo te vuelva a ver
no habrá más penas
ni olvido

La madre de Joel, una medio hippie de los sesentas y setentas, ya bastante arruinada, con días de calma y otros días, un día le contó que cuando era joven abortó tres veces pero que cuando se embarazó de él supo que valía la pena. Y no porque el padre fuera mejor que otros, le dijo: era algo mucho más profundo, lo sentía acá adentro. Sos un hijo elegido: la elite, la crema de mis hijos, el único que mereció vivir. Joel pensó en preguntarle más sobre cómo, por qué lo había elegido, pero no se atrevió. Cada tanto piensa que querría saberlo; entonces se dice que no cambiaría nada —y no pregunta. También piensa —sabe— que cuando ella se muera se va a arrepentir.

ni olvido, el farolito
de la calle en que nací

—No tenés nada serio, pibe. Una costilla fisurada, pero eso se cura solo, no se puede hacer nada. Y además, de fisuras, vos seguro sabés.

bajo tu amparo no hay desengaños,
vuelan los años, se olvida el dolor

Después un día Joel supo que su madre había leído un libro que contaba la historia de Esparta. Era raro, su madre nunca leía esas cosas pero, vaya a saber por qué, lo había leído. El libro contaba que en Esparta cuando nacía un bebé medio fallado —¿cómo sería

fallado?— lo tiraban desde una piedra a un precipicio para que se muriera y solamente se quedaran los buenos. Y pensó que ella debe haber hecho algo así, algo que ella creía que era así: que no tuvo el valor de dejarlos nacer para elegirlos, pero así era ella, pensó Joel: siempre lanzada a esas grandes misiones que solamente podía cumplir a medias.

no habrá más penas ni olvidos
(pero)
se olvida el dolor.

—Algo tenemos que hacer, muchachos. Si es el secuestro, es el secuestro.

Dice Rodo. La palabra secuestro suena rara en su boca: como si no supiera cómo decirla bien. Julio lo pesca al vuelo:

—A mí no me parece mal. Ahí sí que le daríamos una vuelta.

Rodo quiere, pese a todo, matizar. Se toma un sorbo de cerveza y dice que le parece una locura:

—A mí me parece una locura. Pero estoy de acuerdo en que algo hay que hacer. Acá en este país todos hablan y hablan, pero con hablar no conseguimos nada.

—Bien dicho, Rodín. Yo lo que no me banco más es ver a todos esos pelagatos llenos de guita mientras los tipos como nosotros corremos la coneja. Algo hay que hacer, muchachos.

Dice el Gurka, sorprendiéndose a sí mismo —y a sus dos amigos, pero ninguno de los dos quiere preguntarle cómo serían los «tipos como nosotros». Para disipar la posibilidad, Julio sentencia:

—Y sí. Si es el secuestro, es el secuestro.

El brindis les sale desparejo: un chop de cerveza, un vaso de fernet, un pocillo de café vacío. Pero las caras de los tres son un poema.

—Ya está, ya le dimos entrada. Si quiere llame en un par de meses, a ver cómo sigue su gestión.

La memoria, sabemos, es puro descarte.

LA CASA, 1961

Felipe Giunti trataba de recordarlo y no conseguía reconstruir cómo eran —él, su familia, el mundo— solo unos años antes, cuando todo se le escurría entre los dedos. Ahora su casa resplandecía: funcionaba como si nunca nada la hubiera amenazado. Una vez más, pensaba, tenía razón su padre: la felicidad nace de la desgracia —y, por desgracia, viceversa. Pero nunca habría hecho nada de esto si el correntino aquel no lo hubiera provocado, si no lo hubiese llevado al borde del desastre.

Aquella noche lejana, tras su despido, Felipe pensó que la propuesta de su hijastro Carlos era una soberana tontería: pavadas de muchacho. Pero Carlos tenía los ojos inyectados de un fuego que él no le conocía —que lo intimidaba— e insistió. Ya hacía más de un año que venía reuniéndose con esos amigos, le dijo el chico, y cuantos más se les unieran más cerca estarían de derrocar al tirano. No, eran sobre todo compañeros del nacional y había un par de muchachos mayores, de la facultad, que los orientaban. Sí, sabía que era un riesgo grande, pero alguien tenía que correrlo por la patria, le dijo; dijo la patria y Felipe volvió a mirarlo, como quien reconoce: la barba que se afeitaba una o dos veces por semana, el ceño apretado de un adolescente que ya no quería serlo. Sí, sabía que por ahora eran pocos, también sabía que Felipe ya estaba grande como para andar corriendo por la calle o tirando volantes o pintando paredones, nunca le propondría algo semejante pero cada

cual tenía un puesto que ocupar en esta cruzada y entre todos acabarían con la sangrienta tiranía de los mediocres, de la escoria de nuestra sociedad, y Felipe podía colaborar a su manera, podía guardarles materiales en la casa o transportarlos a ciertos lugares, con su pinta de persona seria no lo molestarían y así podía empezar y después si lo creía conveniente podría emprender tareas más importantes, padre, usted ya sabe, le dijo: padre; por primera vez le dijo padre. Era la única forma de acabar con los bárbaros como ese correntino, de recuperar lo que es nuestro: de que la gente de bien vuelva al lugar que le corresponde, padre, usted ya sabe, le dijo, otra vez: padre.

Un mes después, con la excusa de que los espiaba, Felipe convenció a su señora de devolver a la Jacinta: Flora nunca llegó a saber que estaba de tres meses. Felipe la llevó a la estación y le dio dos mil pesos: linda como sos, con esta plata seguro que te vas a conseguir alguno que se quiera casar. Al año siguiente, cuando estalló la Revolución Libertadora —el golpe de estado militar que derrocó al presidente Perón—, Felipe Giunti era una figura conocida en ciertos círculos de los Comandos Civiles, la organización antiperonista clandestina. Durante los meses previos un amigo de la causa le pasó trabajos de contabilidad que podía hacer en su casa y mantener a su familia sin zozobras; durante esos meses Felipe se descubrió cierta habilidad conspirativa y, sobre todo, un entusiasmo que no se conocía. Debe ser el arrojo de los desesperados, pensó al principio; después dejó de hacerse esas preguntas. Tomaba cada vez más responsabilidades; solo se negó cuando le pidieron que escondiera a un prófugo: no puedo poner en peligro la integridad de mi familia, dijo, si peleamos justamente por mantener esa integridad contra los descamisados que quieren destruirla.

Felipe no había intervenido en ninguna acción directa pero su

participación —tipear panfletos, conseguir imprentas, asegurar el contacto con ciertos oficiales del Ejército— lo autorizaba a contarse entre los vencedores. No terminaba septiembre que ya había conseguido el desalojo del correntino Gómez —completado con una causa judicial por defraudación y estafas— y un nombramiento oficial, sin grandes obligaciones, en la plantilla del ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca. Felipe sospechaba que no era un puesto que estuviera a la altura de su experiencia, de sus merecimientos, pero le agradecía al doctor Roberts que se lo hubiera conseguido. Y unos días más tarde, cuando su antiguo patrón lo llamó para ofrecerle —primero, después para pedirle— que volviera a la firma, le contestó que muchas gracias pero que prefería no hacerlo. Esa noche se sintió un hombre entero.

El nuevo gobierno repartía recompensas y castigos. En esos días Felipe también obtuvo, con rapidez extrema, el permiso para instalar, en la planta baja de su casa, la Academia Musical Santa Cecilia, dirigida por la señora profesora Flora Acuña Pereda de Giunti, su señora. La Academia Musical recibiría, por su interés cultural, un subsidio del ministerio de Educación.

En los cinco años siguientes la Academia Musical había prosperado: un plantel de ocho profesoras ocupaba por turnos los cuatro cuartos de la planta baja, convenientemente acondicionados, más o menos insonorizados, cada cual con su piano vertical. En el salón, reservado a la señora directora, un piano de cola servía para los conciertos de fin de curso —en los que la señora gustaba de exhibir su dominio sobre alguna polonesa de Chopin o una sonatina de Schumann. Los alumnos la aplaudían sin recato y sus madres la consideraban —con los ojos en blanco, con suspiros— una artista.

La prosperidad había producido otros cambios en la casa: la refacción del frente, sin ir más lejos, que Felipe, por consejo de un

amigo, había aligerado de esos adornos que lo envejecían, y el descenso de todos los cielorrasos de la planta alta: más bajos, los ambientes se veían sin duda más modernos. En el salón de la planta alta —en el salón de la vivienda— un combinado alemán de tocadiscos y radio de tres bandas había reemplazado al viejo aparato de galena; a su lado campeaba la mayor novedad: un televisor donde podían ver los tres canales. Felipe solía quejarse de que eran demasiados y que fomentaban la desunión de la familia, que se peleaba por el derecho de elegirlos. Su mujer le contestaba que lo importante era que ese aparato les permitía pasar buenos momentos todos juntos. Felipe dudaba; la discusión empezaba de inmediato: cuando nosotros éramos chicos jamás se nos hubiera ocurrido imponerle nada a nuestro padre; los tiempos cambian, Felipe, no es que no te respeten, es que te respetan de otro modo. No, acá el problema es que ya nadie se preocupa por la unión de la familia; pero sí, querido, acá estamos todos juntos, no nos ves. Todos juntos, repetía el pater familias, todos juntos, como quien se pregunta qué querían decir esas palabras. Felipe había cumplido cincuenta y dos años y pensaba cada vez más en la unión de la familia y en su manifestación más tangible: la casa construida por su padre. Su hija Trici, a sus once, no hacía más que detestar estas discusiones y pedir a sus padres que no volvieran a empezar. Algún día vas a entender que es por tu bien, le contestaba, alternativamente, cualquiera de los dos, y ella bufaba.

Trici cursaba quinto grado en el colegio de las Hermanas de la Misericordia, a siete cuadras de su casa: Flora había insistido en la importancia de una educación religiosa y Felipe había sentido el alivio de poder darle la razón a su señora en un asunto que a ella le importaba mucho y a él muy poco. Trici era una nena —todavía era una nena— regordeta, avispada: los ojos siempre en movimiento. No

era linda: tenía —era notorio— más sangre Giunti que Acuña Pereda. La boca muy chiquita, la frente demasiado amplia, las rodillas muy juntas armaban una imagen sin ribetes. Pero tenía varias amigas y pasiones variadas: las novelas de Julio Verne y Louise May Alcott, las canciones de Antonio Prieto y Billy Caffaro, las vueltas a la plaza en bicicleta, las llamadas por teléfono —que su madre le limitaba mucho— y, sobre todo, su hermanastro Carlos. Alguna tarde, escuchando una radionovela, Tris tuvo miedo de estar enamorada de Carlos: era tan buen mozo, tan simpático, tan inteligente. Y a veces, una o dos por mes, incluso la llevaba al cine.

Carlos estaba a punto de recibirse de abogado y todos le auguraban el mejor futuro. Había entrado con buen pie en la facultad: su participación en los Comandos le había procurado los mejores contactos y le daba una aureola romántica y valiente que muchos de sus compañeros envidiaban. Y había aprovechado el sonido más o menos tradicional de su apellido, su labia y su buena planta para hacerse amigo de los muchachos más elegantes de Derecho: la crema del país, solía decir, con un gesto de orgullo, que lo invitaba a sus casas, a sus campos, a sus celebraciones. Carlos seguía viviendo en la casa pero solo iba a dormir y nunca invitó a ningún amigo. Pensaba hacer derecho comercial —donde se puede hacer más plata, explicaba a sus padres, y está la mejor gente—: para el año siguiente, cuando se recibiera, ya tenía una oferta en firme del estudio de Zorraquín y Astrada. Carlos no militaba más en política pero seguía siendo un firme defensor del partido del orden: defensor de Aramburu, bailes de sábado a la noche, misa de seis en el Pilar cada domingo y una novia de buena familia que todavía no había presentado a la suya. Felipe Giunti lo consentía —y quizá lo envidiaba también: Carlos era todo lo que él —recién entonces lo entendía— habría querido ser, y muchas veces le daba algún dinero

extra o lo cubría cuando el muchacho llegaba demasiado tarde, o no llegaba. A veces incluso le prestaba el Chevrolet ’51 que, con esfuerzo, había comprado de segunda mano.

10

Ella se hizo los claritos hace poco, pero el jogging celeste está raído. Ella tiene muchos más kilos que centímetros.

—Eso, eso cuchisho son lo que te digo.

En la vidriera todo suena a chino. Un par de tijeras espantables junto a 24 colores en lápices dudosos, encendedores flúo y auriculares para ciegos, una batería de cocina con reflejos preincaicos. El juego de cuchillos ofrece diez cuchillos de todas las formas y tamaños por once pesos de la nueva moneda. Él es bajito, como ella.

—No, gorda, por ese precio nunca pueden ser buenos como los de verdá, como los caros.

Los dos deben andar por los 40 y es probable que él esté a punto de dejar el ministerio, como todos los días en los doce últimos años. Es prolijo, atildado, con un bigote fino y un pulovercito gris sobre los hombros. Ninguno de los dos piensa en usar los cuchillos para matar al otro. Ni siquiera, pero les brillan los ojitos:

—¿Estás seguro, Beto? Mirá si de pedo nos salen buenos.

—Ay, gorda, vos todavía creés en cada cosa.

«Y pensar que casi cualquier mujer puede ser, sin gran esfuerzo, una mujer desnuda», decía una pintada en una calle que cruzaba

casi todos los días.

—Hola, Rami, ¿cómo estás?
—Bien, ¿y vos, mi amor?
—Bien. ¿Cómo te fue?
—Como siempre. Mejor no hablemos de eso. ¿Vos?
—Como siempre, Rami, como siempre.

Tras su paso por el programa de Vodoni, Romero se tomó una licencia de unos días: veía odio en todas las miradas. No era probable que los cadáveres de la morgue le prestaran especial atención por haber salido en la tele, pero él no estaba cómodo. Al cabo de esos días volvió a su galpón refrigerado sin ventanas y a su pasatiempo acostumbrado: averiguarles, pensarles vidas a los fiambres que iba recibiendo. Sabe que suele equivocarse pero no le importa. En el informe consigna los datos oficiales —y a veces arriesga alguno menos confirmado. Lo bueno son sus elucubraciones, lo que les imagina.

—Como siempre, Rami.
—Te apuesto que mejor.

Ramiro es un amor: esa es la frase que siempre le viene a la cabeza cuando piensa en él, y a veces se pregunta si eso es bueno o malo, si es aprecio o ligero desdén. Porque los hombres no tienen que ser unos amores —escuchó Silvana desde siempre—: tienen que ser unos guachitos, unos turros que están dispuestos a cagarte todo el tiempo hasta que se encuentran con la horma de su zapato, una mina que los doma y los hace venir gateando a pedir el chupete. Pero Ramiro no es así: fue un amor desde el principio, y a Silvana le encantó y preocupó en proporciones caprichosas. Lleva casi dos años con él, y con él se imagina cuando se piensa viviendo con

alguien, pariendo con alguien, solo que en esas fantasías ella sigue siendo esa chica bonita de las pampas que vino a la Ciudad a buscar algo que no consiguió —y encontró, en cambio, lo más obvio: un hombre que la cuide y la cague, un hombre a quien cagar.

—Sí, dale, esta noche salgo temprano, nos podemos ver. ¿Te parece que nos encontremos en la pizzería de la esquina de tu casa?

Ramiro por supuesto asiente y se despide rápido, que tiene que volver a trabajar. Él tampoco lo está consiguiendo. Tiene sus aspiraciones —y talento para respaldarlas— pero por ahora ninguna de sus obras de teatro fue estrenada. Silvana le sigue diciendo que son buenas —y cree que son buenas— pero a veces teme que sean un poco demasiado tradicionales, demasiado limpias, sin los aditamentos que la harían «de ruptura», «de experimentación» o cualquiera de esas supuestas incomodidades que últimamente te aseguran un lugar más cómodo. Dos o tres veces intentó decírselo; él le dijo que lo entendía y que podía incluso estar de acuerdo pero que hacía lo que podía hacer, lo que le importaba, que no podía forzar su idea del teatro para gustarles a unos cuantos hippies viejos, yuppies nuevos o curadoras con acento.

Entonces, por ahora —hace ya más de ocho meses—, trabaja en la calle peatonal del centro donde convergen los turistas ofreciéndoles cambio. «Cambio, cambio», susurra todo el tiempo —y a veces piensa que es una burla del destino que su trabajo consista en repetir y repetir esa palabra. «Dólares, reales, euros», susurra más para aclarar sus intenciones. Debe enganchar peatones extranjeros para llevarlos a cambiar su plata a una oficinita en el segundo piso de una de las galerías comerciales de esa calle. Para eso regatea brevemente con cada interesado y, cuando llegan a un acuerdo, en lugar de concretar la operación como el otro imagina, le pide que lo acompañe hasta la oficinita: en ese momento, cuando

empiezan a seguirlo por pasillos más y más estropeados, un porcentaje de los clientes huye despavorido. Por eso es decisivo que el señor que los conduce tenga el aspecto más decente que se pueda conseguir: Ramiro se viste para su trabajo con más cuidado que el empleado bancario más meticuloso, saco y corbata en el invierno, remera de cocodrilo en el verano. Ya en el segundo piso, la oficinita tiene una puerta sin marcas ni placas que abre a un ambiente de cinco por cinco con una ventana de vidrio opaco que da a un patio interno: dos tubos de luz siempre encendidos, un fichero, unas sillas, dos o tres hombres sentados alrededor de la única mesa, entre ellos su patrón. Que le da el 15 por ciento de la ganancia que consiguen por cada cambio de divisa: ganancia que, por supuesto, depende mucho del precio que Ramiro haya podido negociar. Con ese dinero puede vivir, amargarse, preguntarse para qué carajo vive. Y pensar en la fortuna que se lleva su patrón. Que se llama Nico y es más joven que él: un muchacho de veintipocos con todas las marcas de la clase más o menos alta en su ropa, su acento, sus modales.

—¿Y cuánto le dijo, señora, que estábamos pagando?

—Trinta e sete um dólar.

—Ay, no, disculpeló, se equivocó. 35 pagamos, ¿le parece bien?

—Mais ele diz trinta e sete.

La moneda es el invento más extraordinario que podría no haber sucedido. Un concepto inverosímil: que cualquier cosa —que todas las cosas— pueden ser medidas por un solo baremo, su valor abstracto. Y la creación de un instrumento para poner en marcha ese concepto, y viceversa. Pero podría no haber sucedido: si nunca nadie hubiera pensado que un coliflor y una hora de enseñanza del tañido de la lira y un polvo y un arado tienen algo en común, que todos ellos valen en monedas, viviríamos en un mundo completamente diferente.

Si nunca nadie lo hubiese pensado no existirían, por ejemplo, las ciudades.

—Ah, porra. Enganada outra vez.

Un hombre en la mesa de al lado palpa con cuidado, con atención el sobrecito de su azúcar antes de verterlo con más cuidado, con más atención, en su café. Yo lo miro, furtivo, hasta que entiendo que lo hace porque es ciego. El alivio, entonces, de pensar que puedo mirarlo tranquilo, sin disimulos, todo lo que quiera.

—Nessa cidade é sempre igual: todo mundo tenta te enganar todo tempo.

Y pensar lo fácil que sería vivir si el mundo fuera ciego.

El cadáver 3022/07 es un ejemplar del sexo femenino de 74 años. Nombre: Gladys Barta de Gutiérrez. DNI: 5.967.812. Estado civil: casada. (A Romero siempre le sorprendió que incluyeran en las etiquetas de los muertos el estado civil que ya no tenían.)

La causa de su deceso es un golpe en la cabeza con un objeto contundente y puntiagudo, que podría ser el filo de una pala o similar. Ese golpe le produjo la muerte casi inmediata por traumatismo craneoencefálico. Además de la herida mortal, la occisa muestra hematomas en diversas partes del cuerpo. Muerte violenta muy violenta, piensa y piensa en su perro.

(Romero sabe —porque lo sabe toda la Ciudad— que el autor del golpe en la cabeza es, aparentemente, su marido, Joaquín Gutiérrez, con quien llevaba casada 51 años. De hecho habían festejado sus bodas de oro el año anterior con una fiesta que, si bien no fue rumbosa, convocó a cincuenta o sesenta parientes y amigos en el club Comunicaciones, del que Gutiérrez, antiguo empleado de Correos, era socio. Romero la mira, rígida y lívida sobre la camilla —

le gustan las palabras rígida y lívida, se las oyó a los médicos y trata de usarlas. Romero la mira, todavía no la han preparado para el velorio, no la han maquillado, y la cara muestra algunos de los golpes y una especie de serenidad que nunca debe haber tenido. Se ha sabido —en los últimos días los diarios se arrojaron sobre el caso con furia de hienas— que Gutiérrez jamás le había pegado; lo que no se sabe —ni, quizá, se sepa nunca— es por qué de pronto sí lo hizo con esa furia extrema. Si es que lo hizo, porque él lo niega pero todo el mundo cree que sí. Romero también. Romero la mira y trata de pensarlo; piensa que para pensarlo tiene una ventaja: que él sabe, mejor que nadie, lo inesperada, lo inverosímil que puede ser la muerte. Él lo sabe por experiencia propia y piensa: no la imagina engañándolo con otro, aunque nunca se sabe; no la imagina llevándose toda la plata de la cuenta común para invertirla en una estafa, perderla para siempre; no la imagina molestando a su marido hasta tal punto que él perdiera los estribos y terminara en esto. En síntesis: no termina de entender qué pudo haber pasado, y su única hipótesis —la palabra hipótesis, en cambio, no le resulta cómoda— es la acumulación: eso puede entenderlo. Que alguien —un marido, en este caso, pero puede ser una mujer, un jefe, un perro— se pase años y años acumulando rabia, reprimiendo su rabia, conteniendo su rabia, hasta que un día todo estalle: un día, sin saber muy bien por qué, sin nada que realmente lo explique o justifique, todo estalle. Eso es, cree Romero, lo que le pasó a Joaquín Gutiérrez o, más bien: a Gladys Barta de Gutiérrez, femenino, 74 años.)

Le quemaba las manos el videíto porno de su novia. Qué haría cuando ya fuera exnovia. El miedo de que se lo robaran. La tentación de que se lo robaran. No era para mostrarlo, por supuesto; lo iba editando, mejorando. Era explosivo: le quemaba las manos. Lo que podría hacer con él cuando llegue el momento.

—Yo sé lo maravilloso que puede ser apretar una pija con la mano. Por eso solo me atrevo a que esa pija sea la mía.

En el supermercado sonaron las sirenas y muchos no sabían para dónde correr. Fue un momento. Enseguida, casi todos se dieron cuenta de que las sirenas venían del puestito en que los compradores pasan su ticket por una máquina para ver si consiguen un premio. Y que sonaba porque alguien se había ganado el coche. En el medio, una mujer de sesenta y tantos, bajita, rechoncha, con un delantal azul de mucama de casa pretenciosa. Tenía el pelo mal teñido, un diente de oro y uno perdido, la piel parda. No entendía. Una chica le decía señora, el coche, se ganó el coche.

Quizá no entendía porque nunca le habían dicho señora: señora lo decía siempre ella. Al final preguntó qué coche y empezó a temblar. Le explicaron. Alrededor, los parroquianos aplaudieron y muchos sonreían para que nadie supusiera que se morían de envidia; algunos, incluso, para que nadie pensara que pensaban justo a esta le viene a tocar, pobre animal. Alguien le acercó un banquito y un vaso de agua: la mujer se sentó, sacudida por los escalofríos. El agua le caía en gotas sobre el delantal. Al final habló, con la voz aniñada con que algunos les hablan a los chicos. Se daba palmaditas en los muslos con las manos tembleque y se decía:

—Bueno, ya está, ya pasó, ya pasó.

—¿Y, Matías, ya hablaste con el Bola?

—No, todavía no pude.

—¿Preferís que lo llame yo? Lo de la Casa es una bomba.

—Sí, ya sé, no hay que dejarlo pasar. Pero dame unos días, dos o tres días.

y tanta gente que camina hablando, que espera el colectivo hablando, que viaja en colectivo hablando, que maneja hablando,

que se toma su cafecito hablando, que lo hace todo hablando sola con ese aparato que logró que el silencio se parezca al fracaso demasiado

—Vos no sabés cómo es esto, Sil, no tenés ni idea.
—¿De qué más no tengo ni idea, Flor, decime?
—No te hagás la viva, no tenés ni idea.
—Pero enseguida la voy a tener, parece, ¿no?
—En serio, Sil, vos no tenés ni idea.

se parezca al desengaño demasiado

—Vos no sabés, no podés saber cómo es esto de tener muchas ganas de cogerte a un tipo y saber que no te va a dar bola, que no tenés el culo o la sonrisa o las tetas o las piernas o la carita o lo que mierda sea que hace que los tipos te den bola. Vos eso no lo sabés, Silvana. Cómo es esto de tener que resignarte a lo que venga, y encima agradecer. Vos eso no lo sabés, guachita, no lo supiste nunca.

a la impotencia demasiado

Descubre, así de pronto —piensa; descubre a veces significa: piensa—, que los sepulcros de los cementerios elegantes están empezando a llenarse de esqueletos con tetas. Naturaleza no había inventado esqueletos con tetas: son un triunfo de la civilización. Se imagina —sin querer, tratando de no verlo, cerrando los ojos para verlo—, remolinos de pelos agrisados, gusanos fugitivos, los huesos desarmándose y las tetas incólumes. Los implantes de silicona no son biodegradables: permanecen. Espera —y se pregunta por qué espera— que no aparezcan tetómanos sin límites, violadores de tumbas, voluptuosos de la técnica plástica.

En esos días ninguno de los dos se duchaba o se vestía.

—¿Querés que haga unos huevos o algo así?

—No, ahora no.

Solían ser feriados o los hacían feriados. Y ahora llevaban unos días peleados. Ninguno de los dos quería dar el primer paso pero los dos sabían que sí seguían dando vueltas por ahí terminarían cogiendo como quien no quiere. La obra en la que está trabajando últimamente incluye un desafío modernista: los personajes están invertidos. Es decir: cada cual habla y actúa como si fuera otro. Los personajes son cuatro: una pareja de unos 60 años y otra de 25, la hija de los de 60 y su novio o marido, que hablan sobre sus vidas y la vida. Pero, para empezar, los dos veinteañeros dicen los parlamentos de los sesentones y por supuesto, para seguir, los hombres dicen los parlamentos de las mujeres y viceversa. El esquema es sencillo. Para entendernos: el hombre de 25 cuenta con detalle el parto en el que dio a luz a una hija, hace ya casi 25 años, y su novia o esposa recuerda sus dudas sobre si entrar o no en la sala de partos y la feliz coincidencia que lo llevó a hacerlo y cómo ese momento le hizo entender tantas cosas, y entonces la interrumpe el hombre de 60 diciéndole papá por qué pensaron en tenerme, no entendieron que el mundo no era un lugar para traer una niña indefensa —y así de seguido. Ramiro Acher está muy entusiasmado con su idea, y Silvana no quiere —por el momento— decirle lo que piensa.

—Eso que me decís es pura envidia, Flor.

—Y claro, boluda, ¿qué te creías que era?

Hay circuitos: la Ciudad es un laberinto de circuitos o, mejor, un racimo de circuitos paralelos, que no se tocan nunca —o nunca deberían. Que alguien diga yo soy ciudadino y otro diga lo mismo y

se crean por eso que viven en el mismo lugar es una de esas farsas increíbles que nos queremos creer, que todos nos creemos.

Y nos gusta creerlo y supongo que a todos nos conviene: de distintas maneras nos conviene. A los más ricos, porque les da esa idea de que no excluyen a los que no lo son, que los integran: sí, ellos también son ciudadinos. A los más pobres, porque les da esa idea de que no los excluyen los que lo son, que los integran: sí, nosotros también somos ciudadinos. Pero sus circuitos son tan diferentes, sus lugares son tan diferentes, sus posibilidades son tan diferentes, sus vidas son tan diferentes

que llamarlos igual es un derroche de sentido,

una avaricia de palabras.

(A menos que aceptemos que la Ciudad es precisamente lo contrario: el lugar para que estén reunidos los que nunca podrían estar reunidos.)

A principios del siglo pasado un poeta tan levemente perturbado insistía en cada reunión, cada tribuna que le permitían, en que no debía usarse el mismo nombre —el mismo gentilicio— para los que vivían en palacetes de la Plaza o ranchitos junto al Riachuelo. Y nadie conseguía saber si lo decía a favor de los unos o los otros, cada grupo no conseguía saber si tenía que defenderlo o detestarlo y él, cuando le preguntaban, decía no sé, yo soy solo un poeta

y ni siquiera se reía.

Qué alivio poder mirar sin ser mirado.

Qué lujo poder mirar sin ser mirado.

La llamada lo agarró tan desprevenido. Dos o tres minutos en que no dijo casi nada y, cuando colgó, la mirada inquisidora de Adela, su mujer: Huguito, quién carajo te llama a casa a las once de la noche.

—Salió un negocio que nos puede salvar. Una participación en un criadero de pollos, uno grande. Era Uriarte, me dice que lo están vendiendo muy barato y que si juntamos unos mangos entre tres o cuatro podemos hacer muy buena guita.

Le dice Hugo y Adela le dice que qué bien, qué suerte, que ojalá.

—Sí, pero entonces mañana a primera hora tengo que salir para allá. Cerca de Gualeguay, parece que está.

—Bueno, si no hay más remedio. Un sacrificio por la buena causa.

Le dice Adela, toda sonrisa, como si no tuviera puesta su bata de acolchado rosa con lamparones como flores y Hugo Ritazzi le dice sí, un sacrificio por la buena causa. Estuvo rápido, astuto como en sus buenos tiempos: la llamada había sido de Aldo Grossi, el verdadero dueño de la Sensaciones, para decirle que en cualquier momento, «quién sabe mañana», le dijo, lo iba a buscar la policía. El kilombo del pibe ese que le pegaron los gorutas se está yendo al carajo. Parece que salió en alguna televisión o en algún diario y la municipalidad va a tener que hacer algo, le dijo, y Ritazzi no llegó a decirle que qué raro, que no había visto nada, porque se le cruzó una duda más urgente:

—¿Pero yo qué tengo que ver con eso?

Consiguió preguntarle en un murmullo.

—¿Cómo qué tenés que ver? ¿Vos te olvidás de que todo esto está a tu nombre?

A veces se olvidaba: su participación en la disco no pasaba del cinco por ciento, lo que le había tirado Grossi por prestarle el nombre, y cada vez que llegaba el momento de hacer cuentas le contaba que estaban con pérdidas, que todo era un desastre, que tal y que cual y que a llorar a la iglesia.

—O mejor salgo ahora, manejo de noche que es más cómodo y ya mañana tempranito estoy allá.

—Como prefieras, Hugui. Si te sentís mejor…

Se sentía: metió cuatro camisas y calzoncillos y medias en una bolsa de cuero tostado y bajó al garaje. En el beeme otra vez Favio, otra vez la rosa, las calles despobladas. Pero cuando toca el portero eléctrico de su departamento de repuesto, Corín, en lugar de abrirle, baja descalza a la puerta de calle, jean negro y camiseta blanca, el pelo atado atrás.

—¿Qué hacés acá a estas horas?

—Necesito un refugio.

—¿Un refugio?

—Sí, después te explico, tengo un problema y tengo que desaparecer por unos días.

—¿Y ese problema tiene algo que ver con la cana?

Ritazzi la mira con odio y sorpresa, todo al mismo tiempo: de cuando acá me hacés esas preguntas, pendeja del orto.

—No te enojes, amor. Es que me dio que podía ser eso y quería avisarte.

Le dice, y pasa a avisarle: que dos amigas suyas saben quién es el hombre que le banca el depto y que una de esas amigas se ve mucho con el comisario de la 34, así que si lo están buscando capaz que quedarse ahí no es una buena idea, le dice, con uno de sus mohínes marca registrada. Ritazzi no sabe si creerle pero tampoco quiere arriesgarse a que, por una vez, la chica no le mienta.

—¿Y no querés venirte conmigo entonces? Podemos pasarnos unos días por ahí, en la costa, en un recreo del Tigre…

—Ay, amor, me encantaría.

Le encantaría pero lamentablemente no podría, dijo, o algo así, conjugado entre las trampas de los potenciales, y que qué lástima y ojalá la próxima vez, no sabés cómo me gustaría.

—Me imagino.

Le dice Ritazzi y se vuelve a su coche. Lo esperan unos días muy raros.

Decían circuitos paralelos: que no se tocan y cuando se tocan es pa'kilombo, para violencia, para explotación. Para que unos les hagan a los otros los trabajos más sucios; para que unos se tomen su revancha y les saquen a los otros lo que puedan; para que unos quieran lo que los otros tienen; para que unos refrieguen a los otros su derrota. Otro poeta menos loco decía que el horror era eso: dos paralelas que se tocan. Se tocan: por ejemplo en la patria, por ejemplo en las iras nacionales, por ejemplo en el fútbol, por ejemplo en un caudillo mentiroso. Decía, pobre Borges, que el horror era eso.

Discutir, comparar, competir para saber cuál es el verdadero horror: mucho de la Ciudad se pasa en eso.
(Cada vez más, vivir en la Ciudad es eso.)

Usted se debe creer que no, pero a mí, cuando veo un cordón de la vereda con su agüita, todo limpio, que le corre el agüita toda limpia, me da un poco de orgullo. No le digo un orgullo tremendo, no le digo el orgullo que debe tener un jugador cuando defiende la camiseta de la selección o un médico cuando cura a uno difícil, pero un poco de orgullo sí que me da cuando lo veo. Es que acá nadie sabe: se creen que es una boludez, pero eso es porque nadie sabe. Somos millones, en esta ciudad somos millones de brutas bestias que tiran todo tipo de porquerías en todo tipo de lugares, que no les importa una mierda de nada, que nunca piensan en los tipos como yo que tenemos que limpiarlo y tiran y tiran y más tiran. No nos ayudan. La verdad, ni piensan que existimos. Y nosotros somos los que estamos en contra, los que tenemos que hacer la contra de todo lo que todos hacen, es un esfuerzo grande. Si nos ayudaran sería mucho más fácil. Pero no nos ayudan. Entonces es como si nosotros

fuéramos un equipo chiquito, un ejército de cuatro gatos locos peleando contra los ingleses, un suponer, contra los alemanes. Nosotros sabemos que siempre vamos a perder, que al final siempre vamos a perder, pero por eso cada vez que ganás un poquito, que ves un cordón de la vereda todo limpio, te da ese orgullo que le digo. Y a veces hasta me parece que es mejor así: que es más lindo sentirse parte de ese ejército chiquito, que estamos peleando contra todos, eso a mí me gusta. No le digo que me guste siempre: muchas veces me rompe las pelotas, me hace sentir una basura, otra basura. Sí, otra basura. Pero si no fuera así, si no estuviéramos tan solos, capaz que no nos daba orgullo. Y sin ese orgullo, la verdad, qué quiere que le diga, esto sería insoportable: ¿usted se imagina pasarse todo el día, todos los días, con esa escoba grande de pinchos de metal arrastrando papelitos y chicles y mierda y vasos de cartón y forros y puchos y todas esas cosas? ¿Usted se imagina todo el día con la cabeza para abajo, mirando dónde están esas cosas que uno no querría ver, que nadie quiere ver y por eso nos ponen a nosotros? Pero bueno, como somos pocos y nadie nos ayuda, nos da ese orgullo que le digo. Y hay que encontrarle el orgullo a cada cosa, ¿sabe? Si no, la vida se te jode, ¿no lo cree?

Nada más excitante
que comparar horrores.

En la Ciudad hay albañiles, policías, carpinteros, cerrajeros, oficinistas varios, pedicuros, manicuras, peluqueras, barberos, peluqueros, peluqueros de perros, escultores, locutores, soldadores, soldados, sastres, modistas, pintores, pintores de paredes, vendedores puerta a puerta, vendedores de negocio, vendedores de seguros, vendedores de ilusiones, caseros, cajeros, carniceros, cocineros, editores, obreros de taller, obreros industriales, obreros

así a secas, choferes, boleteros, repartidores, más repartidores, relojeros, guardianes, guardias, celadores, profesoras, maestras, maestras jardineras, animadores de cumpleaños infantiles, floristas, mecánicos, mecánicos dentales, dentistas, ortodoncistas, inmobiliarios, físicos nucleares, físicos, astrofísicos, metafísicos, químicos, bioquímicos, laboratoristas, enfermeros, médicas, paramédicos, cirujanos, brujitas, curanderos, malabaristas, acróbatas, payasos, escritores de obras de teatro, bibliotecarias, encargados, fruteros, verduleros, barrenderos, basureros, panaderos, pizzeros, torneros, asadores, herreros, sushimen, colectiveros, peleteros, impresores, escritores, exterminadores, historiadores, deshollinadores, amas de casa, amos de casa, madres, zapateros, importadores, exportadores, lavacopas, tintoreros, tarotistas, videntes, masajistas, instructores de yoga, sonidistas, locutores, abogados, ingenieros, electricistas, electronicistas, programadores, encuestadores, administradores, modelos, fotógrafos, joyeros, bancarios, banqueros, inversores, rentistas, antropólogos, sociólogos, arqueólogos, etnólogos, lingüistas, guías de turismo, agentes de turismo, pilotos, pilotos de pruebas, pileteros, azafatas, psicólogos, psicoanalistas, consejeros matrimoniales, empresarios, contadores, cadetes, dibujantes, dibujantes técnicos, castradores de gatos y de perros, paleontólogos, enólogos, archivistas, matemáticos, aritméticos, geómetras, botánicos, farmacéuticas, electrocardiogramadores, destapadores, desocupados, militares, cadetes, mozos, estancieros, rentistas, músicos, coristas, coreutas, intérpretes, traductores, estafadores, limpiadoras de casas, limpiadores de oficinas, limpiadoras de hoteles, hoteleros, ascensoristas, técnicos de ascensores, marineros, porteros, taxistas, periodistas, taquígrafos, empleados públicos, ministros, senadores, prostitutos, prostitutas,

fiolos, fiolas, mantenidos varios, veterinarios, traficantes, asaltantes, punguistas, descuidistas, quiosqueros, heladeros, fiambreros, jardineros, telefonistas, repositores externos, cobradores, inspectores de precios, correctores, arquitectos, decoradores de interiores, carceleros, niñeras, fiscales, jueces, secretarios, secretarias, recepcionistas, escenógrafos, referís, futbolistas, deportistas, barras bravas, entomólogos, acompañantes terapéuticos, desratizadores, criadores de palomas, ilustradores, camarógrafos, directores de cosas, mendigos, changarines, subgerentes y subdirectores, curas, monjas, rabinos, ministros protestantes, ministros temporarios, imanes musulmanes, bailarinas, críticos, actores, marketineros, publicistas, políticos, plomeros, analistas de sistemas, afiladores de cuchillos, exterminadores de plagas, maquilladoras, presidentes, paseadores de perros jubilados, los demás jubilados.

Todo eso es lo que hay, a más de tantos otros.

La Ciudad es un lugar donde el trabajo define a las personas.

(Y la falta de él, últimamente.)

Algunos van por la calle en uniforme porque en la calle sus uniformes significan: policías, enfermeros, bomberos. Otros van por la calle en uniforme para reproducir la época en que ese uniforme los hacía miembros de los cuerpos rectores: militares, curas. Otros —los carteros, digamos, los repartidores— ya no van por la calle en uniforme.

Unobús
callenodés
peranzas

En ese tren pide monedas un hombre con una pierna cortada en

la rodilla. En el segundo asiento, una madre a su hijo: «No mires, nene, o te sacudo».

el camino que los sueños prometieron a sus ansias

La señora de las canas revueltas mete en una bolsa de plástico de supermercado las cajas, los frasquitos, las tabletas y pastillas sueltas y piensa por un momento en donárselas a alguien pero no sabe a quién y además ni siquiera es seguro que no estén vencidos, así que lo mejor va a ser tirarlos. Pobre viejo, piensa, qué alivio que ya no tiene que pensar más en todo este mundo de remedios.

sabequé
laluchaes
cruelyesmucha
peroluchay
sedesangra

Jamón y morrones: Ramiro siempre pide la pizza de jamón y morrones, como quien se da un lujo, y Silvana lo acepta. Dos porciones de fainá —las dos para él—, dos chopps de cerveza. Las luces de la pizzería son las mismas que las de la cueva de divisas: tubos fluorescentes que gastan menos y convierten cualquier espacio en una guardia.

—Está buena.

—Sí, está muy rica.

En general la compran y la suben a la casa de Ramiro para tirarse a ver algo en la tele, toquetearse un poco, pero hoy Silvana le dijo que prefería que la comieran en el local. El local huele a pizza, que es una forma de decir que huele a queso quemado y grasa vieja.

—¿Y te parece que habrá pizzerías en Australia?

Ramiro sueña con Australia. No se acuerda exactamente de

dónde, de cómo, pero hace años que sueña con Australia. Quizás es por aquella vez que escuchó decir por primera vez que allá todos tienen su oportunidad, y la frase le hizo gracia porque es lo que siempre decía su abuelo Emmanuele, que había venido desde Italia porque le habían dicho que aquí todos tenían su oportunidad.

—Seguramente, me dijeron que migraron muchos tanos. Pero la pizza debe ser distinta.

Condesciende Silvana, y lo vuelve a mirar. Él es, de algún modo, irreprochable: los rasgos finos, elegantes, la nariz delgada, los ojos verdosos, los labios levemente carnudos, una sonrisa muy brillante. Pero en algún momento va a tener que decirle que no se quiere ir con él a Australia: que quiere hacer otras cosas con su vida. Ramiro sigue con su viaje:

—Tenemos que terminar de decidirlo, Sil. Vos tenés 23 años, yo tengo 29. Si no lo hacemos ahora, cuándo vamos a hacerlo. Después ya vamos a estar viejos, cansados, resignados a cualquier cosa con tal de no movernos.

por la fe que lo empecina

y se pregunta qué dice eso de ella: si con su cuerpo ejerce algún poder o es víctima de él. ¿Si doy mi cuerpo estoy dando o consiguiendo? ¿O estoy haciendo un trueque? ¿Qué dice de mí que lo que tengo para dar sea mi culo? ¿Qué dice de ellos?

¿Nos callamos?

Ella piensa en decírselo de una vez por todas pero no se lo dice. Tendría que decirle que él es un amor pero le faltan agallas, huevos, ganas, algo. Que si se va con él van a seguir haciendo lo mismo pero en un país ajeno, que van a ganar un poco más y van a tener una tele muy grande y una de esas máquinas que lavan los platos pero van a seguir siendo esto que son, que se juntaron el hambre y

las ganas de comer, que se hacen daño. Y no quiere decírselo pero él insiste e insiste: necesitamos fijar una fecha, aunque no sea ya mismo, pero tener una fecha para empezar a prepararlo, a prepararnos, todas esas cosas. Cuando suben al departamento, él pasa al baño, ella se queda esperándolo en el único ambiente: la cama bien tendida, la mesita, dos sillas, la kitchinette con los platos lavados y el orden impecable. Cuando él sale del baño con la cara lavada, la sonrisa impecable, ella se decide. Va a intentar no ofenderlo, no joderlo, no decirle todas esas cosas que piensa sobre él.

—Me estoy cogiendo a un tipo de la televisión.

—¿Qué?

—Eso, como lo oís. Que me cogí varias veces a un tipo de la televisión a ver si me consigue algún laburo ahí.

—No digas tonterías, Sil. Si es un chiste es muy malo.

—No, qué chiste, Ramiro. Es lo más serio que escuchaste en mucho tiempo.

—No digas boludeces, mi amor. Vos no sos eso, no te creo.

Silvana le sonríe: por un momento disfruta de algo parecido a la crueldad. Está a punto de dejarse llevar; se contiene pero no del todo:

—Yo no soy la que vos creías. Nunca me conociste, Rami. Esa que vos conocés solamente existe cuando estoy con vos, y ya no la soporto. Se acabó. Ahora ya no existe.

uno
vaperdiendo
sentrespinas

Mientras todos se agolpan ante las puertas del vagón, él se está preparando. Se acomoda el pantalón, se cierra la chaqueta, se calza

la gorra con cuidado. Nunca entiende por qué las personas no entienden lo largo que es el tiempo.

LA CASA, 1969

Cada año, cuando llegaba el 15 de diciembre, la Academia Musical Santa Cecilia celebraba su fiesta de fin de curso y cerraba sus puertas hasta marzo. Eran días agitados en la casa: el 24 los Giunti invitaban a lo que les quedaba de familia a la cena de Nochebuena y el 29 —a más tardar el 30— cubrían los muebles con sábanas gastadas, cerraban las ventanas con candados y cargaban el falcon rojo hasta los topes. Al día siguiente salían con el sol buscando la ruta 2 a Miramar. Ese año —terminaba 1968— Felipe Giunti había esperado las vacaciones con una ansiedad que no se conocía.

Felipe estaba confundido: se aburría o, por momentos, se desanimaba. Llevaba siete meses jubilado de su puesto en el ministerio; con sesenta años cumplidos y cuarenta de aportes, cobraba una suma correcta cada fin de mes. Vos sí que tenés suerte, le decía su mujer, cobrar por no hacer nada. No es por no hacer nada, le contestaba: es por haber hecho mucho, pero le costaba adaptarse a esta vida tan distinta de su vida, horas y horas en la casa oyendo los cantos y los pifies de la planta baja, recordando, pensando qué haría con su tiempo. Le había dado por leer: cada mañana, con la misma disciplina que aplicaba al trabajo, dedicaba tres horas —entre las nueve y las doce— a recorrer, sentado en el salón, biografías de San Martín, historias de la Conquista del Desierto, compilaciones de artículos de Mitre: los relatos de cómo la patria se había hecho así de grande. Le interesaba particularmente

la cuestión, ahora que él tenía su parte en esa historia. Aquel episodio inesperado, esos meses de peligros e inquietud en que había contribuido a derrocar a la Segunda Tiranía se habían convertido en el momento más memorable de su vida: en su vida. A veces se quedaba con los ojos en blanco pensando, con una mezcla de embeleso y desazón, que había sido casi una casualidad, y le daba terror: podría no haberle sucedido.

Cada lunes y jueves a la tardecita se reunía con tres compañeros de los buenos tiempos a charlar y tomar el vermut en la Ideal. Esperaba esas salidas; Flora también las esperaba. Los otros días daba un paseo por el barrio, atendía a sus canarios —había juntado, en la terraza, dos docenas de jaulas de canarios cuyos trinos competían, sin grandes esperanzas, con los gorgoritos de los alumnos de la planta baja—, hacía las compras y, algunas veces, llegaba hasta el mercado donde su padre había empezado. Entonces volvía a su casa inquieto, el corazón golpeando: la casa era la única prueba visible de que su padre había existido y lo tranquilizaba tanto. Pero también lo entristecía: era el lugar donde había sido chico, joven, viejo ahora: el escenario que le mostraba todo el tiempo que el tiempo se le había escapado sin que se diera cuenta y que aún ahora, sabiéndolo, no sabía qué hacer con el que le quedaba. Por eso, ese diciembre, necesitaba más que nunca alejarse de ella: colocaba con entusiasmo sábanas sobre los sillones cuando escuchó la discusión entre su hija y su mujer.

En su cuarto, Trici le decía que no tenía la menor intención de ir a pasar cuarenta días de aburrimiento con su papá y su mamá a ese balneario para viejos. Su tono estaba ligeramente fuera de control: que ella ya era grande y quería quedarse acá, donde estaba su gente, que para qué tenía una casa si la obligaban a dejarla.

Tris ya era —solía decir su madre— toda una señorita. Ella no

aceptaba esa descripción: acababa de cumplir diecinueve años, acababa de terminar su primer año de psicología, acababa de estrenar su primera minifalda realmente minifalda y no hacía tanto que había descubierto el placer —la necesidad— de oponerse a cualquier orden o sugerencia de sus padres. Ustedes se creen que me van a organizar la vida pero esto se acabó, me oíste mamá, esto ya se acabó, gritaba aquella tarde de diciembre y agregaba epítetos. Su hermano Carlos solía decirle que si él le hubiera dicho alguna vez cosas así a sus padres lo habrían callado de un tortazo pero que, de hecho, jamás se le habría ocurrido hacerlo. No se acordaba bien.

Carlos ya tenía treinta años: la edad en que muchos empiezan a reescribir su historia. Llevaba siete recibido de abogado y más de seis trabajando en el estudio de Zorraquín y Astrada, pero su carrera no se parecía a lo que él —y sus amigos y parientes— habían esperado. El estudio era uno de los más sólidos de la Ciudad: especializados en derecho comercial, tenían en su cartera a varias empresas nacionales e internacionales de primera línea. Carlos trabajaba bien, cumplía con las expectativas de sus jefes, pero seguía siendo un segundón calificado. Al fin y al cabo él no terminaba de ser uno de ellos. La ficción había funcionado en la facultad; no después, cuando sus compañeros empezaron a ocupar puestos en los estudios de sus padres o la administración de sus empresas o sus campos. Carlos había dejado de vivir en la casa poco antes de la asunción de don Arturo Illia: alquilaba un departamento en Uruguay y Paraguay, chiquito pero bien situado. Pasaba a ver a sus padres un par de veces por semana; su mamá —o más bien Zulema, la mucama riojana que había reemplazado a Jacinta en 1954 y nunca más había dejado la casa— le lavaba la ropa. Carlos se vestía casi siempre de traje o pantalón gris con su blazer azul con escudo de fantasía en el bolsillo. Y los fines de semana, pantalón

azul de gabardina, el cinturón de cuero crudo, la remera penguin o lacoste, el pulóver anudado en los hombros. Su hermana lo burlaba: sos un caquero, hermanito; ¿cuándo vas a aprender a relajarte? Si relajarme es ser una loca como vos, le contestaba, con cariño y reproche, su hermano tan mayor. Trici no le hacía caso: había pasado de Antonio Prieto al doble blanco de los Beatles, del tedio de las monjas a la excitación de la universidad, de un mundo de certezas eternas al vértigo de las certezas nuevas. Y su hermano, sus padres, su casa se habían quedado atrás. Ya te dije, mamá, ni loca: ¿querés que te lo diga de vuelta? Ni loca. Yo no sé si vos estás loca, nena, a veces me parece. Pero a mí me da lo mismo.

No le daba, pero quería suponerlo. Después de una vida hecha de tomar en cuenta a todo el mundo, Flora Acuña Pereda de Giunti estaba en su mejor momento. Su Academia funcionaba como el mejor metrónomo, su hijo era abogado, su marido le dejaba todas las decisiones; solo la hacía tropezar, de vez en cuando, esa mocosa que se creía que podía hacer lo que quería, ponerse esas polleras que parecen fajas, llegar a casa a las mil y quinientas y quién sabe, quién sabe, otras cosas que mejor ni pensar. No tenía por qué permitírselo: ya te lo dije, nena. Esta familia se va de vacaciones y vos formás parte de esta familia. Cuando seas mayor de edad y tengas la tuya ya vas a poder decidir; por ahora, nosotros somos los responsables de tus actos. Así que mañana esta casa se cierra y nos vamos todos, sin chistar: el volumen subía. Pero quién sos vos para decirme lo que tengo que hacer. Tu madre. Y a mí qué me importa. A vos puede que no, pero a mí sí y te vas inmediatamente a tu pieza, mocosa, gritó Flora y su hija salió corriendo. Se oyó el portazo y, muy poco después, los Rolling Stones a todo trapo. A la mañana siguiente, Flora, Felipe y Trici se subieron al falcon muy temprano. La casa quedaba bien cerrada.

11

¿Y será cierto que más vale tarde?

Ahí estaban los cuerpos: colgando de una soga. La Ciudad empezó con esa historia de carnes de persona. Tres de sus fundadores colgados en la horca por desobedecer las órdenes del jefe, por robar comida, y otros más que esa noche llegaron hasta las horcas para cortarles muslos, brazos, la carne que tuvieran.

La Ciudad, al principio, fue del hambre.

No lo puede creer. O, mejor, lo cree: que todo lo que había creído hasta ese entonces no vale en este entonces. Que tiene que repensar reformular reconstruir. Tiene que re, cuando no lo esperaba.

Después fue de las vacas. Ahora
es más del pan.

A buen hambre, nos dicen.

Ramiro no lo esperaba, está arrasado. Ese día no va a trabajar, ni al día siguiente: nunca se había sentido así. No se levanta, dormita, da vueltas en la cama, trata de leer pero no se concentra, ni siquiera la tele lo distrae. No sabía que estaba tan enamorado de Silvana. O

quizá, piensa, no lo estaba pero la daba por supuesta, se había convencido de que formaría parte de su vida y, ahora, encontrarse con que su vida no será la que había imaginado lo afecta más que lo que podía imaginar.

A media tarde del jueves lo sorprende una llamada de Nico, su patrón: que qué le pasa, que dos días sin aparecer, que por qué no se encuentran a las siete a tomar algo. Ramiro piensa que lo va a echar, pero también que para echarlo no es necesario juntarse en el bar del hotel Plaza, uno de los más elegantes de la Ciudad. Le dice que sí, que ahí se ven. Se levanta, se ducha, se afeita. Su cara en el espejo lo sorprende: es como si no le hubiera pasado nada muy particular. Se acuerda de un tío que le dijo que esa era la ventaja de los jóvenes: que sus caras todavía son capaces de esconder sus almas. O lo había dicho incluso peor: que sus caras no son espejo de sus almas, todavía.

Camina: tiene unos quince, veinte minutos hasta el Plaza y es la hora de salida de las oficinas: calles llenas, gente con cara de cansada, gente con cara de por fin, gente con cara de ahora sí. Dos o tres mujeres lo miran con denuedo. Ramiro sabe, pero las miradas solo le sirven para acordarse de Silvana: no lo puede creer, sigue anonadado. ¿Por qué decirle eso, por qué tanta violencia? Si quería cortar, ¿por qué no intentar una forma más amable, más creíble?

—Sí, busco al señor Almanza.

Le dice Ramiro al maître que lo ataja, pero ya Nico lo saluda desde el fondo, hundido en uno de esos sillones de cuero verde —teñido de verde— con la elegante pátina del tiempo. Alrededor más sillones con pátina, la barra de madera, los cuadritos falsamente ingleses, la luz baja. Ramiro se acerca, Nico se para, no está claro cómo se van a saludar; se dan la mano fuerte, varonil. Ramiro pide un whisky igual al de su jefe y hablan de nada unos minutos, cosa de calibrar

las voces y los gestos. Es la primera vez que se ven así, tan fuera del trabajo. Después Nico le pregunta a su empleado qué le pasa:

—Me tenés preocupado. No es que te conozca mucho, pero nunca te habías pasado dos días sin venir, siempre te tuve por alguien responsable.

Dice, y Ramiro se imagina que es el preámbulo del despido: el segundo en tres días. Pero Nico le pone una mano en el antebrazo —apoyado sobre el brazo del sillón de cuero verde patinado— y le dice que le cuente, que quiere escucharlo y que le cuente. Ramiro no sabe qué hacer. Vacila, se queda un momento callado; su jefe aprovecha el silencio:

—Yo sé cómo son estas cosas. No me digas que no es eso, yo de esto sé. Te peleás con tu amor, te desesperás, te parece que nunca más en la vida vas a encontrar a alguien así, que no vas a poder vivir sin esa persona. Y es cierto, no digo que no sea cierto. Es cierto unos días; después, aunque al principio no lo puedas creer, se va pasando, te encontrás a otra persona, te das cuenta de que las cosas no siempre eran como vos creías…

Le dice, la mano siempre en el antebrazo sobre el brazo verde, y sigue hablando, una larga tirada sobre las desilusiones y las nuevas ilusiones del amor y cómo él las conoce tan bien y cómo en este momento puede entenderlo más que nunca porque acaba de sufrir algo así. Ramiro lo escucha sorprendido. Al cabo de varias oraciones se da cuenta de que su jefe nunca define género —mi pareja, mi amor, alguien, esa persona—: un clásico. Empieza a inquietarse, intenta retirar su brazo pero no lo consigue —tampoco quiere hacer un movimiento brusco—, la cara de Nico se le acerca: sigue hablando pero está más cerca, huele a egoïste, le sonríe.

La Ciudad, al principio, fue del hambre.

(Y sigue actuando como si lo fuera.)

Piensa en distintas posibilidades. Piensa primero en las pastillas: sería, supone, lo más simple, lo menos dramático, lo menos violento. Conseguirse un frasco, alquilar una pieza en un hotel cualquiera —para no dejar el halo en casa, en una casa— y tomárselas a eso de las dos de la mañana, cuando ya todo empieza a ser pasado. Y dejar una nota o no dejarla: explicar, que siempre es tonto, o permitir que cada quien piense lo que quiera. Reducir —puntualizar— o abrir un infinito chiquitito.

Después piensa en el tiro en la boca: la barbarie, la explosión de la cara. Romper con todo lo que fui, hacerme mierda, deshacerme. Y manchar y dar asco y escupirlos —con o sin la nota. O, en la misma línea, tirarme desde un balcón, una azotea: el problema son esos segundos, el miedo, el arrepentimiento, el horror de esos segundos infinitos.

Y si no, más fácil: cruzar una autopista en hora punta, dejar la duda de si quiso cruzar, si solo estaba idiota, borrachito, algo. O agarrar el coche y estrellarse a cien contra algún muro —pero el peligro de salvarse, de quedarse lelo. Y, por fin, la tentación más tonta: salirse de la sombra, que me vean matarme. Conseguir unas armas y entrar a tirotear en una iglesia, digamos, o el Congreso; tirar hasta que al fin me maten, salir en todas las televisiones, convertirme en un enigma del que todos hablen días y días.

Después piensa que si quiere realmente eso es que no quiere de verdad matarse. Vuelve a pensar en las pastillas: ¿será tan fácil como dicen, tan tranquilo?

¿Y por qué, se pregunta, no pensé en la horca?

La Ciudad es el coto de los cuerpos que funcionan. Pero está llena de cuerpos que no: por viejos, por quebrados, por incapacitados degradados rotos. Para ellos la Ciudad está llena de obstáculos o no está, se la sacan: los encierran en lugares donde pueden subsistir

sin más esfuerzos, sin más peligros que los propios. Cuerpos sanos, decía el viejo lema, en mentes sin querer.

Yo la verdad que para mí fue un sueño. Imaginate, un sueño. Desde pendejito nomás mi viejo me llevaba al club ahí en el barrio, se pelaba el culo pobre viejo para que yo pudiera ir a jugar, y antes todavía me tenía en el patio del ranchito con la pelota dale que va, dale que va, horas me tenía con la pelota para que yo aprendiera, y no se cansaba nunca de jugar conmigo, pobre viejo, y después no sabés la alegría que le dio cuando hicieron la prueba esa en Argentinos y yo quedé, que me agarraron para la prenovena y me dieron una camiseta, no sabés, el viejo andaba por el barrio y les mostraba la camiseta a todos y les decía que yo iba a ser un grande, que como yo ninguno, que nos iba a salvar y todas esas cosas, ya te podés imaginar. Y yo la verdad que la rompía y empecé a subir, cuando llegué a la tercera con quince años todos estaban locos, se mataban por verme, y mi viejo feliz, cómo no, hasta ese puto día. No sabés la cantidad de veces que volví a hacer esa jugada en mi cabeza, que si la dejo pasar, que si devuelvo el pase a un toque, que si salgo para el otro lado. Pero no, quise mostrar que yo era yo y lo encaré al hijo de puta ese y me partió la tibia, me reventó, la concha de su madre. Sí, me operaron, se soldó, pero después nunca fue igual. Vos ya sabés, al final nunca llegué a primera, cada vez que empezaba a andar bien me resentía, terminé jugando por el pancho y la coca en los partidos de la villa. Y el viejo, pobre viejo, que lo quería matar. Lo decía en serio, lo iba a buscar para matarlo. Menos mal que se nos murió antes, pobrecito. Aunque yo, a veces, cuando lo pienso, también se me hace que tendría que buscarlo: me jodió todo, el hijo de mil putas, se me llevó mi vida.

Silvana sabe cómo es esa cartera, y no la encuentra. Ya lleva más

de dos horas —quién sabe tres— buscándola: ve cosas parecidas, tamaños que apenas, colores que casi, precios que sin embargo, pero no la verdadera cosa. Piensa que otras quizá ya se habrían dado por vencidas; ella, no. Es orgullosa: no acepta cualquiera, no se conforma con algo parecido. Y le gusta esta sensación de caza por la selva de cemento, poner en marcha sus conocimientos y experiencias, saber que quién sabe tal la tiene y si no quizá tal otra, saber que la ciudad es un coto de caza y pocos cazan como ella.

Silvana, al fin, siempre cobra su presa.

—Pero si llego a agarrar ese laburo nos vamos a dar una vidurria…

—Sí, Pocho, una vidurria…

(Cobrar, a veces piensa: es tan raro que se diga «cobrar».)

Ella sabe exactamente cómo se pone la mirada de un hombre cuando desvía su mirada, cuando simula la distracción del que no mira: cuando le escapa con los ojos para que ella no vea que la estaba mirando. Ella sabe que en ese renuncio un hombre ya es de ella. Después, no sabe bien qué hacer con él. A veces recuerda aquella frase de Sagan: «La pasión es el tiempo que se tarda en descubrir las inevitables debilidades del otro; el amor es el que se tarda en detestarlas».

Varios días en un hotelito de Carmelo, justo enfrente del Tigre, haciendo todo tipo de llamadas —la mayoría sin respuesta— para asegurarse de que podrá volver, que no lo van a arrestar o prepotear o alguna cosa. Al final, un abogado amigo habla con un subsecretario de algo en el ministerio del Interior que informa a tal comisario de muchos galones que el tipo no se toca, y que pase la orden. Así que, le dice el abogado, ya podés volver.

—Pero no sigas haciendo boludeces.

—Si por lo menos supiera cuáles son…

—¿Y te parece que me lo van a dar?
—Ay, Pocho, yo qué sé. Con la suerte que tenemos, vos y yo…

Argumentos, buscar mejores argumentos.

El señor tiene casi 50 años y está gordo pero de fideos. Los botones de la camisa le van a aguantar un rato más: quién sabe cuánto. El hombre atiende un kiosco muy chiquito, no cabe en el kiosco; el kiosco está medio vaciado y vaya a saber por qué la clienta le pregunta:
—¿Usté sabe inglés?
—No, yo no sé. El que sabe es mi hijo.

Y para colmo cuando sale —solo, un poco avergonzado, despechado— del bar del Plaza se encuentra una llamada de don Salvador, que lo pase a ver temprano al día siguiente. «Antes de las 9», le aclara. Nicolás Almanza se caga en dios, putea, piensa en ir hasta el Barbis, el boliche gay del Bajo con ese nombre genial que mezcla muñequitas y barbones, pero le parece que si va con ese humor cualquiera se lo va a llevar al huerto de mala manera y después se va a arrepentir: pese a las apariencias, pese a lo que él mismo piensa sobre sí, Nicolás es un tipo capaz de calcular sus movimientos, evaluar sus pros y sus contras, actuar en consecuencia. Así que sigue caminando hacia su casa, muy cerca de la plaza, dispuesto a tomarse un par de whiskies más y dormirse más o menos pronto: de todos modos tiene que levantarse a las siete para no llegar tarde a la cita de don Salvador.

Almanza tiene casi treinta, un metro ochenta de cuerpo trabajado, un gran mechón de pelo rubio que le suele caer sobre la frente, los ojos celestes: es todo un figurín. Y tiene, también, una educación de

las más caras: un colegio famoso de curas bilingües, una universidad secreta de curas monolingües pero muy buenos en finanzas y negocios, todo ese savoir-faire que no se aprende si no viviste con él desde chiquito. Lo que le pasa, si acaso, es que no quiere vivir la vida que le prepararon. No es que quiera convertirse en un santón malayo ni volverse trotskista ni dedicarse al arte conceptual; lo que no quiere es —obviamente— casarse con una chica del colegio de monjas bilingües y tener hijos rubios pero —tampoco— administrar lo que quedó de sus abuelos y ponerse camperas de carpincho y ser socio del club y pagarse un amante y jugar al golf con los amigos. No es que quiera traicionar a su clase; es que quiere pertenecer a su manera, vivir su propia vida, hacer su propia guita en serio y rápido —y el negocio un poco oscuro del cambio de divisas le da, piensa, una buena oportunidad de conseguirlo. El problema es, por el momento, que para empezar tuvo que ponerse bajo la protección de don Salvador, el tío de una conocida, y hay veces en que le da miedito.

—Yo creo que sí que me lo podrían dar.
—Vení, entonces, festejemos.
—No, pará, por si acaso.

Lo que la agota de estar en la Ciudad es que no puede justificar la ajenidad extrema que las personas suelen producirle con el argumento —que puede usar en cualquier otro lado— de que son extranjeros, de que no son los suyos.

Es una pena, deberá buscar otros.

pensaba en la suavidad y se reía de estar pensando en la suavidad y la seguía pensando: suavidad. Qué es la suavidad en la piel, pensaba, para no pensar brutal, directamente, en esa piel. La suavidad, pensaba: la falta de un obstáculo evidente, la posibilidad

de deslizarse sin fin visible, con placer, lo contrario
de casi todo siempre

Julio fue el primero en darse cuenta:

—Che, muchachos, ¿yo me colgué o el conchudo ese no está viniendo últimamente?

La apelación «conchudo ese» se podía aplicar, visiblemente, a demasiada gente, porque sus dos amigos se quedan mirándolo en silencio.

—No se hagan los boludos, che, el cajetilla, el que queremos…

No dice «secuestrar» pero el gesto con las dos manos está claro.

—Ah, sí, tenés razón, Julito, hace días que no se lo ve. ¿Será que se cansó de la minita, o viceversa?

—Viceversa es difícil, Gurka. A menos que se haya conseguido otro chongo que la sepa cuidar más…

—¿A ver, Rodo, cómo decís cuidar? Dale, decilo de nuevo, que te quedó muy lindo.

Porque los ruidos habían cambiado mucho.

Ruidos son como la Ciudad: para entenderlos hay que estar esperándolos. Un ruido no dice nada si no repite otros.

—La otra sería secuestrar al Bepe. Vive acá a dos cuadras, a veces sale solo, sería de lo más fácil.

Dice Julio, de pronto soñador, como quien se despierta a un mundo nuevo. Rodo le dice que no sea gil, que eso ya lo dijo y ya le dijeron que si se llegan a meter con él enseguida tienen encima a toda la cana del planeta, que mejor se entregan ya antes de empezar.

—Te falta visión, Rodo, siempre te faltó. Eso sí que sería un golpe en serio. Al garca este lo podemos agarrar, sacarle la guita y rajarnos, pero no pasa nada, es solamente la guita. En cambio si nos

levantamos al Bepe Ramírez, eso sí que es un golpe. Son esas cosas que te hacen ser alguien de verdad.

—Boludo, en serio: el país entero nos va a odiar.

Dice Rodolfo, casi preocupado.

—¿Y no está bueno que te odien? Encima, sin saber a quién odian…

—Vos estás loco, Julio.

Dice el Gurka, y por un momento le da miedo o algo así: un breve escalofrío.

—Si no hay locura no hay creación.

Dice Julio, como si hablara desde alguna otra parte. Los otros dos se miran con alarma.

Y hay sonidos que a veces son ruidos y otras veces no: esos son los que valen la pena.

—Si no hay locura…

La vieron seis mujeres y ocho hombres; la oyeron otros cuatro —dos y dos—, y un chico de menos de diez años que no entendió qué era ese ruido. La cachetada sonó apagada en esa esquina donde los ruidos dominantes eran otros.

—… puede haber cordura.

Le contesta Rodolfo, y los tres sueltan carcajadas.

El silencio de la morgue siempre lo tranquilizó. Romero no entiende cómo hay personas que escuchan ese silencio y se ponen nerviosas: él sabe cómo oír, en esa falta, todo lo que sobra. Le gusta, lo practica: se sienta en un rincón temprano a la mañana, muy temprano, a la hora en que no hay otros empleados, y los escucha. A veces —no siempre— oye algo. A veces —muchas— piensa en su perro, en su nietito. Y acaba de llegar un hombre

gordo: el cadáver 3041/07 es un ejemplar del sexo masculino de 57 años de edad. Nombre: Oscar Alberto Minucci. DNI: 16.732.884. Estado civil: divorciado.

La causa de su deceso es el buen viejo infarto de miocardio. El occiso lo sufrió en una calle del centro de la Ciudad mientras volvía a su oficina tras la pausa almuerzo; algunos transeúntes le ofrecieron primeros auxilios mientras otro llamaba a la ambulancia pero, cuando llegó, el señor Minucci seguía sin reaccionar. Lo llevaron al hospital Clínico donde comprobaron que no podían hacer nada y lo declararon oficialmente muerto.

(Romero sabe que la hora en que se anota la muerte de alguien muchas veces no es la hora en que esa persona se murió. En el caso de Minucci, por ejemplo, el parte dice las 16.43 cuando el hombre se desplomó en la calle a las 14.37: o sea que los papeles pretenden que vivió más de dos horas más que lo que realmente. Eso a nadie le importa, por supuesto, salvo a ciertos astrólogos y otros ocultistas para los cuales la hora de la muerte de un individuo es un dato importante, pero Romero no cree en ellos: le preocupa, en cambio, la confusión en el registro, que haya constancia de que un señor estaba vivo cuando en verdad estaba muerto.

El finado Oscar Minucci pesaba, calcula Romero, unos 110 kilos para un cuerpo de 1,75, como mucho 1,77. La grasa de la panza se le derrama a los costados; la papada le tapa el principio del pecho. Romero es bueno para calcular pesos y alturas, y sabe que su relación es, en este caso, un libro abierto. Se tranquiliza: el hombre se murió porque no supo manejar su cuerpo —no supo manejar su vida— para hacerla durar. Las muertes, sabe Romero, son de dos tipos radicalmente opuestos: las que se pueden achacar al muerto y las que no se pueden. Las que se pueden achacar al muerto son numerosas —violencia directa, accidente por imprudencia, suicidio

claro, consumo fuerte de drogas o alcoholes, descuido grave de sí mismo— y tranquilizadoras: cualquiera puede pensar que no habría hecho lo que el muerto hizo y que, por lo tanto, no habría muerto. En realidad: la mayoría piensa que nunca va a hacer lo que hizo el muerto y, si lo hace, se dice que lo hace mucho menos. Muy pocos se hacen esos daños sabiendo que lo son, piensa Romero; casi todos se dicen que lo tienen controlado, que de verdad no es para tanto.

En cambio las muertes que no se pueden colgarle al difunto son tremendas: cuando llega una señora que se encontró de pronto un tumor en su teta derecha y la palmó tres meses después sin paliativos o cuando alguien que cruzaba la calle con el semáforo en verde y todos los cuidados fue arrastrado media cuadra por un loco al volante, entonces no hay manera de sentirse a salvo. Las que se pueden achacar son una especie de triunfo del hombre sobre su destino; las que no, son su derrota. Las que se pueden achacar te tranquilizan; las que no, te matan.

Y que el azar acecha, te susurran, con voz de yo te dije.

Así que cuando Romero ve las proporciones de peso y estatura de Minucci, cuando se entera de que hacía un trabajo de oficina perfectamente sedentario, cuando imagina sus noches de televisión papitas fritas y cerveza —o quizás helado y chocolate—, siente el alivio acostumbrado: la muerte de ese señor es suya, no de la muerte, no de todos; se ha muerto un individuo, no la especie. De todos modos —para compensar— imagina lo fácil que le resultó: caerse sin saber mientras pensaba en que tenía que ingresar las mercaderías que habían llegado el día anterior en un barco filipino y prorratear —siempre le tinca la palabra prorratear— su costo entre varias cuentas preparadas. Y de pronto más nada, ni helados ni prorrateo ni papitas ni barcos filipinos. ¿Habrá sabido que se caía, se

moría, habrá visto la luz, habrá seguido pensando en cuentas y contenedores? Eso sí que fue simple, piensa Romero, lo mira una vez más, le acomoda con aprecio la papada y no sabe si lo envidia o no lo envidia, su perro, su nietito.)

—… entonces no hay locura.

Ruidos que no, sonidos: cada ciudad tiene una música. Pero no es la que arman sus coches trenes bocinas manifestaciones; es la música voluntariamente preparada que sus habitantes se acostumbran a considerar la suya. En la Ciudad el tango ocupó, por mucho tiempo, ese lugar: ahora la representa tanto como aquellos próceres que declararon una independencia o algo así hace más de dos siglos. Es suya, pero es de su museo. Y entonces busca una: es curiosa esa época en que la música de una ciudad ya no está viva pero aun así la identifica, y esa ciudad todavía no encontró otra que la podrá identificar y siga viva. Es curiosa, es momento de búsquedas y muchos extravíos, de fracaso seguido. Personas que buscan sin ningún disimulo apoderarse de esa gloria. Personas tan extrañas.

Hace frío y me falta un abrigo
y me pesa el hambre de esperar

Y los buzones, por ejemplo: durante tanto tiempo definieron las esquinas, y ya no. Cilindros rojos que servían, que señalaban comunicaciones, que decían que el estado estaba allí, trabajando para que las personas se cruzaran. El buzón formaba parte de la estampa. Muchos millones de ciudadinos —los más jóvenes— nunca vieron uno, no saben que existió. Lo interesante —lo difícil— son esos millones que siempre los vieron y saben que ya no los verán. Les pasa, supongo, a todas las generaciones: van dejando atrás

ciertos objetos, ciertas costumbres que, por pereza, suponían eternas.

¿Quién me dará algo para comer
o casa en que vivir? Los amigos del barrio

Y entonces, al dejarlas, se dan cuenta de que ellas tampoco.

pueden desaparecer. Los cantores
del barrio pueden desaparecer. Y si vas
a la derecha y cambiás
hacia la izquierda no podés
ser feliz con tanta gente
hablando a tu alrededor.

¿Y si en vez de matarme, pensó, hago algo que no pueda olvidar? La vida se me está yendo y no hice nada, pero nada de nada, que no pueda olvidarme. No me puedo morir con ese peso. No digo algo que los demás no olviden: no, yo no tengo esa debilidad de ser famoso. No, digo algo que yo nunca me olvide. El problema es buscarlo. La más fácil es no hacer casi nada: sacar esta pistola que tengo en la cintura, meterle una bala en la cabeza a ese nene que pasa, delantal blanco, pelo claro, y el nene nunca será lo que tendría que haber sido y yo voy a la cárcel y me juzgan y me encierran para siempre y para siempre, entonces, voy a ser el que tiró ese tiro. No olvidarme; vivir en el recuerdo de ese tiro.

Pero podés pasear en limusín,
cortar las flores del jardín,
podés cambiar el sol
y esconderte

—A ver, hablemos claro. Ponele que lo hiciéramos.

—Bien, Gurka, veo que ya vas entrando por el aro.

si no quieres verme

—No estoy entrando por ningún lado, Julio, quiero que hablemos de verdad. Te decía: ponele que lo hiciéramos. ¿Ustedes cuánto querrían sacar?

—No sé, ponele que le pedimos un palo verde.

—¿A ese muerto de hambre? La que te va a dar un millón de gracias es la viuda.

—No, en serio, un millón de dólares. O por lo menos tres cuartos, digo, un cuarto de millón para cada uno.

—Ok, digamos que un cuarto de millón por cabeza si todo sale bien, si conseguimos secuestrarlo y negociar todo el asunto y que el quía tenga la guita y que nos la paguen y todas esas cosas.

—Bueno, lo hacés parecer como si fuera una maratón de lombrices. Es lo normal, lo que hacen en cualquier secuestro.

—Sí, claro, lo normal. Lo que hacemos vos y yo todas las mañanas antes de lavarnos los dientes.

—Yo me lavo los dientes a la noche, antes de acostarme.

—No rompas las pelotas, Rodo. Pongamos, digo, que todo sale bien. ¿Qué pasa? Cada uno se lleva, con suerte, un cuarto de millón. ¿Eso te cambia la vida, Julito? ¿Te la cambia en serio?

—Bueno, cambiar, cambiar… Pero te la hace mucho más fácil.

Dice Rodo, y el Gurka lo engancha al vuelo:

—¿Sí? ¿Vos le vas a ir a decir a tu mujer que ahora tenés plata porque secuestraste a un tipo?

—¿Vos estás en pedo?

—No, yo creo que no. ¿Y entonces qué le vas a decir, que te ganaste el prode?

—No sé, algo ya se me ocurrirá. ¿O vos te creés que la bruja se va

a poner muy exigente cuando vea la mosca?

—Exigente no, pero quién sabe se te cague de miedo, Rodolfito. En fin, no importa. Los dos me dicen que no les cambiaría la vida, ¿cierto?

Julio y Rodo asienten con la cabeza, aunque siguen murmurando objeciones: que cambiarla cambiarla no pero sí hacerla muy distinta, darles tranquilidad. Y sobre todo, dice Rodo, el gusto de saber que lo hicimos, que por fin hicimos algo por nosotros mismos.

—Esa es buena, Rodo, te la banco. Pero la vida no te la va a cambiar. En cambio, si nos agarran, ¿nos la cambia?

—Gurka, gonca, ¿por qué no te metés un palo en el orto y cantás la vida me engañó?

Dice Julio y, en una muestra de su audacia y descontrol, le pide a Juanca que le traiga una grappa. Juanca se la trae, Julio la prueba, le dice que les traiga otras dos. Cuando los tres tienen su vaso, Julio levanta el suyo, brinda:

—Por nosotros.

Los tres chocan sus vasos; Julio le dice al Gurka —pero mirando a Rodo— que no termina de entenderlo: que el tema no es cambiarse las vidas; que el tema es hacer algo con sus vidas, algo que no esté escrito de antemano, algo que tenga riesgo, algo que otros no harían, algo que sea de verdad distinto.

—¿O vos querés morirte como sos ahora?

LA CASA, 1976

Aquella noche el timbre no sonó. Tendría que haber sonado: de hecho, un hombre lo apretó minutos —y varios más, detrás, se impacientaban. Pero el timbre de la casa de los Giunti no funcionaba: no era casualidad.

El hombre apretó una vez más y al final gritó una orden: dos que estaban atrás se adelantaron y uno apuntó a la cerradura con su fusil semiautomático. Dale tirá boludo qué carajo esperás. El boludo tiró y voló la cerradura.

Los ocho hombres de riguroso sport entraron a los gritos en la Academia Musical Santa Cecilia, pateando atriles, sillas, una mesita baja. A los gritos la emprendieron contra el piano de cola: tardaron dos minutos en despanzurrarlo y, ya hecho astillas, revisaron los restos. No encontraban nada y puteaban más fuerte. Otro hombre de sport encañonaba a una señora: Flora de Giunti iba en salto de cama, gorda, temblorosa. El hombre de la orden le informó más que preguntó que era la madre de esa hija de puta de Beatriz Giunti, que le iba a decir dónde estaba su hija, que iba a hablar enseguida, que si no los reventaba a todos. Cuando dijo todos amplió el gesto: más atrás, parado al lado de la puerta, con otro que lo apuntaba a medio metro, Felipe Giunti en pijama de rayas miraba la escena con la boca abierta. Estaba muy descalzo. Después de varios intentos, la voz le salió casi susurro: pero oficial, yo tengo la medalla de los Comandos Civiles. De los qué, le gritó el hombre de la orden. Los suyos seguían

rompiendo bancos.

Tardaron media hora en aceptar que la planta baja era solo una Academia Musical y subir a la casa, con más gritos. En el salón la emprendieron contra los libros de historia argentina de Felipe: no serás medio zurdito, vos, por un casual, tanto libro de historia. El hombre de la orden insistía con las preguntas; Flora le dijo cuál era el cuarto de Beatriz, pero hace mucho que no viene por acá, yo le calculo más de medio año. No me mientas, dijo el hombre, y mandó a cuatro a revolver la habitación con esmero especial. Los demás se dispersaron por el resto de la casa: luces prendidas, las ventanas abiertas, el frío de las dos de una noche de primavera falsa, el caos avanzando. Felipe pensó cuántas veces le había dicho a la nena que no se metiera en líos, que cuando la agarrara ya iba a ver, que cómo se atrevía a poner a su madre en esa situación, que gracias a dios que no estaba, que ojalá no la encuentren estas bestias. ¿O será mejor que la encuentren y le den un susto y así se deja de pelotudeces? Oficial, acá no hay nada que le pueda ser útil, ya le dije. Sí, ustedes. Ustedes me van a decir lo que yo necesito para agarrar a esa subversiva, dijo, y la palabra subversiva era, en su boca, la que hacía inútiles a todas las demás: el fin de las palabras. Señor, usted no tiene por qué hablar así de mi hija; mi hija no es una de esas. Señora, si usted no fue capaz de educarla como corresponde, ahora por lo menos hágase cargo de las consecuencias de su error. Flora se mordió los labios. Su hija es una enemiga de la Patria y le vamos a dar lo que anda buscando. Es lo mejor para ella, para todos, remató el patriota.

Los hombres seguían revolviendo. El hombre de la orden, al que los otros llamaban capitán, repitió muchas veces las mismas preguntas; Flora y Felipe, las mismas respuestas. Hacia las seis, cuando el capitán montó su pistola y la apretó contra la sien de

Flora, Felipe deseó saber la respuesta para decírsela antes que la matara. Fue un momento: enseguida, no saberla fue un alivio inmenso. Bué, capaz que no me mienten, dijo el capitán. Pero esto no va a quedar así.

Los militares se fueron cuando empezaba a amanecer —aunque dos hombres se quedarían muchos días parados en la esquina, turnándose, vigilando la casa sin descanso. Esa madrugada Felipe y Flora se refugiaron en la cocina: era la habitación menos dañada. Flora preparó un mate; no se hablaban. Felipe tardó más de media hora en decidirse a pronunciar la frase que lo ahogaba: yo te dije que iba a terminar mal. Vos me dijiste, vos me dijiste. ¿Y qué hacemos con que vos me dijiste? Tenías que pararla, no decírmelo; para eso sos el padre. Florita, es una mujer grande. Qué va a ser, no seas idiota; es tu hija, imbécil, es tu hija. El mate estaba frío. Felipe quiso abrazarla y llorar o, mejor dicho, que su mujer lo abrazara para llorar tranquilo: no supo cómo.

Era verdad que Beatriz Giunti llevaba meses sin volver a la casa familiar. Desde abril de ese año, exactamente, cuando Emilio, el padre de su hijo, cayó en una emboscada de los militares: nadie sabía si estaba preso o muerto. Desde ese día Beatriz, militante de la Juventud Peronista de Berisso, dormía donde podía —generalmente en casas de otros militantes, a veces en pensiones e incluso, un par de veces, en el ómnibus nocturno a Miramar. Esa mañana, antes de empezar a recoger los restos de la casa, Flora llamó a su hijo Carlos y le pidió que viniera lo antes posible. Él le dijo que el fin de semana. No, no me entendés: lo antes posible. Carlos le preguntó por qué y su madre le dijo que ya le explicaría. Lo antes posible.

Carlos vivía en Córdoba desde 1974, cuando se había casado con una chica de buena familia; después del golpe el nuevo gobernador de la provincia lo había nombrado como su secretario de Asuntos

Legales y Técnicos. Al otro día, cuando llegó, la casa era un campo de batalla todavía. No preguntó qué había pasado: no lo necesitaba. Yo les dije que Trici se iba a meter en líos. Todos sabían, todos lo dijeron, se exasperó su madre, pero nadie hizo nada; ahora la cuestión es sacarla de este asunto. Voy a intentarlo, mamá. Pero no creo que se pueda hacer mucho; vos sabés cómo es esto. Ella le dijo que no, que no sabía y él de nuevo: vos sabés cómo es esto, con un gesto que le decía que no había más nada que saber. Pero dejalo en mis manos: algo vamos a hacer.

Tardaron una semana en terminar de poner la casa en orden. Flora pegó un cartel en la puerta de la Academia: CERRADO POR RAZONES DE FUERZA MAYOR —y no pensó que la fuerza mayor era casi un chiste. Trataban de no salir a la calle: les daba miedo, vergüenza, eran culpables de algo que no podían precisar. La primera vez que tuvieron que ir a comprar algo de comer —los dos juntos, como protegiéndose— solo un vecino —Guillermo, el panadero, el hijo de Guillermo el panadero— se acercó para preguntarles si necesitaban algo; los demás simulaban no verlos. Aquella noche estaban sentados frente a la televisión cuando sonó el teléfono; Felipe no quiso atender, Flora descolgó después de media docena de timbrazos. Hola, mamá, quería decirte que estoy bien. ¿Cómo, cómo? Nada, mamá, que estoy bien, estoy afuera. No se preocupen, ya les voy a escribir.

Seis semanas después Felipe acompañó a Flora a Ezeiza: ella había insistido en viajar sola, uno de los dos tenía que quedarse para cuidar la casa y mantener el orden. Total, no sería mucho tiempo. Felipe, al principio, se había resistido; después aceptó con un dejo de alivio. Diez días más tarde Felipe recibió la primera carta de su mujer desde la ciudad de México: la dejó, sin abrir, sobre la mesa de la cocina, se preparó un café, se sentó, se prendió un

cigarrillo: había vuelto a fumar. Flora le contaba que cuando se encontró en el aeropuerto con Beatriz, tras los abrazos y los besos y los llantos, le preguntó cómo había hecho Carlos para ayudarla a salir. ¿Carlos, ayudarme? Salimos clandestinos por la frontera de Bernardo de Irigoyen, en Misiones, con documentos falsos. Carlos no tuvo nada que ver con esto, mamá: Carlos está del otro lado. Felipe apagó el cigarrillo en el café; el ruidito, a veces, lo tranquilizaba.

Felipe trató de recuperar su rutina, pero la casa se le resistía: oía los gritos. Carlos fue a visitarlo un atardecer: estaba en la Ciudad por una cuestión de la gobernación y charlaron un rato. Lo que no entiendo es cómo dejaron que la pobre Tris se metiera en esto. Y qué podíamos hacer, Carlos, qué podíamos hacer. Pero vos viste cómo vinieron, cómo nos dejaron la casa. Yo no te digo que esté bien lo que hacen, pero si no lo hacían este país se iba al carajo, padre. Sí, pero así, te parece. No lo elegimos nosotros, lo eligieron ellos: vos sabés cómo es esto. Felipe no sabía si sabía. Alguien tenía que hacerlo. La Patria exige sacrificios, padre, eso vos lo sabés. Otro que dice patria con mayúscula, pensó Felipe: le habría gustado compartir su convicción.

La carta siguiente tardó un mes en llegar, con una foto de su nieto Camilo: ocho meses, rubito, un bebé desconocido. Flora le decía que había pensado que lo mejor era que ella se quedara en México por un tiempo: tenía que ayudar a su hija con Camilo, seguro que él la iba a extrañar pero por ahora le parecía la mejor solución. Felipe tardó más de una hora en darse cuenta de que en ningún momento le había preguntado su opinión. Y casi un año en ir a visitar a su mujer y a su hija: era difícil decidirse, sacar el pasaporte, pedir el crédito para los pasajes, atreverse a volar.

Ellas vivían en un departamentito de tres ambientes —uno para Flora, uno para Beatriz y su bebé, un salón con un sofá, una mesita

baja y un aparato de tele blanco y negro, la cocina y el baño reducidos—, lleno de juguetes tirados, libros tirados, gritos y olores del bebé, en un barrio que Felipe nunca aprendió a pronunciar. Su esposa le pidió un par de veces que se quedara con ellas en México; él tuvo la sensación de que lo decía por compromiso y le dijo que por el momento era una locura, que tenía que volver a la Ciudad, a la casa, que no podía irse así como así, de un día para el otro, pero que iba a empezar a preparar la gran mudanza. Estuvo un mes afuera; cuando llegó a su casa —la casa de su padre— y dejó la valija en su cuarto y abrió las ventanas y se sentó en el sillón de terciopelo verde en medio del salón y no oyó ningún grito, supo que su partida iba a tardar.

12

¿A quién le va a doler mi muerte
más que a mí? Y a mí,
solo la idea
de mi muerte. ¿A quién
le va a doler
mi muerte?

Azar acecha.

—Ya, lo inevitable.
—Nada es inevitable hasta después.
—Dejate de pelotudeces.

Don Ángel siempre se dedicó a vender lo mejor de la Ciudad a quien se lo comprara. Era, decía, una obra de bien, casi beneficencia: les entregaba una ilusión enorme, los convertía en poderosos por un rato. Supo vender el Obelisco, la estatua de Colón, un parque medio vacío en el oeste, una estación de subte: «Se imagina, maestro, la cantidad de gente que va a tener que pagarle la entrada». Ahora lleva unos años retirado y no dejó herederos. La cosa está cada vez más complicada, dice. No es, como algunos quisieron pensar, porque ya no haya clientes: clientes siempre hay,

siempre hay un gil que se cree vivo. El problema, explica, es que tendría que pensar en vender otras cosas: la Ciudad ya no parece un buen negocio.

Me dijo que ni siquiera en los peores momentos, nunca en su vida había vomitado así, en el suelo del baño y abrazado al inodoro como yo. Y me dijo que él sabía de abrazos y de vómitos: eso me dijo, antes de irse sin decirme nada.

Azar acecha —y más en la Ciudad. Aquella tarde —verano del ’82, lo recuerda— estaba reventado, harto de fracasar. Se había pasado el día tratando de vender seguros en una ciudad donde nadie estaba seguro de nada, incluida la posibilidad de comprarse esa seguridad —o, por lo menos, de comprársela a él. Y estaba en la parada, esperando el colectivo para volver a casa de sus padres —en un suburbio mediocre, media hora de viaje, casas medianas de ladrillo —, cuando pasó por la vereda el Pico, un compañero del colegio. El Pico se le acercó, le dio un abrazo, le dijo qué hacés Rata tanto tiempo —aunque no hacía más de dos años que los dos habían dejado las clases para salir a trabajar. Charlaron un momento en la parada, el Pico le dijo que por qué no iban a tomar algo. Ritazzi pensó en la cena que se estaría perdiendo; no le pareció grave. Tomaron dos cervezas cada uno, hablaron de sus trabajos, de sus decepciones, poco de fútbol, muy poco de política, y ya se estaban despidiendo cuando el Pico le dijo que tenía que ir a ver a su novia —no le había hablado de ninguna novia— y se aburría y que podía llamarla desde un público y decirle que se trajera a la hermana y así salían a dar una vuelta los cuatro y por lo menos no se aburría tanto. Y que la hermana estaba buena, se la recomendaba, capaz que podía conseguir algo aunque era muy creída, una agrandada. No era el mejor argumento para convencerlo pero hacía calor y la

idea de meterse en su pieza a transpirar y escuchar la radio o mirar una revista a las 10 de la noche le pareció peor todavía. Las fueron a buscar: no era muy lejos, en un barrio de clase media con alguna pretensión, bastante por encima de los suyos. La novia del Pico —Jorge Borro— se llamaba Adela Sarratino y no era muy linda; su hermana Silvia lo era mucho más. Se saludaron, caminaron hasta una heladería, se compraron helados, se sentaron en una mesa en la vereda y conversaron. Silvia era, en efecto, desdeñosa, pero Ritazzi tenía sus maneras y al final la hizo reírse un par de veces. Adela, mientras tanto, se reía sin parar, contaba historias, era una fuerza de la naturaleza. Ritazzi recuerda que pensó en los esfuerzos que tienen que hacer las menos lindas para compensar pero también que esta lo hacía muy bien, lo conseguía. Al cabo de una hora, quizás hora y media, acompañaron a las chicas de vuelta hasta su casa; caminaban de a dos, el Pico con su novia, Ritazzi con la agrandadita. Cuando ya estaban por llegar, por si acaso, le pidió el teléfono; la chica se lo dio. Él le dijo que la llamaría; ella hizo un mohín que podía ser qué bien o qué me importa.

La llamó la semana siguiente. A propósito había dejado pasar unos días, para no parecer desesperado. Lo atendió una voz de mujer; él le dijo que quería hablar con Silvia, por favor, si es tan amable; la voz le dijo que Silvia no está, soy Adela, ¿vos sos Hugo? Ah, sí, me pareció que era tu voz. No, Silvia no está, se fue de vacaciones unos días con unas amigas. Pero si tenés ganas igual podemos vernos, le dijo, para su sorpresa, Adela. Quedaron en la misma heladería, esta vez él y ella. La boda fue año y medio más tarde e invitaron al Pico pero no quiso ir.

Durante años, Ritazzi pensó con gratitud lo distinta que habría sido su vida si esa noche no se hubiera encontrado con el Pico, si él no le hubiera propuesto acompañarlo, si Silvia no se hubiera ido de

vacaciones, si Adela no hubiera atendido esa llamada. Últimamente trata de no pensarlo.

Pensás tu vida como si no hubiera
tantas otras perdidas, tantas
otras, tantas tantas
otras
que podrían haber sido. Poder
por una vez
es lo contrario.

—Che, ¿y el fulano no andará armado, no? Mirá que ahora mucha gente sale armada.

—No, qué va a andar armado el coso ese. ¿Vos le viste la cara?

Hubo tiempos en que los viejos eran viajes en el tiempo, épocas ignotas. Cada viejo llevaba en sí el misterio: ¿cómo habrá sido leer en el diario que los soviets fusilaban al zar? ¿O haber visto por primera vez volar un avión? ¿O escuchar con alivio tremendo que por fin había un remedio que podía curar las infecciones? Eran depositarios de un tesoro de relatos. Ahora son gente que vivió —mal, supongo, como la mayoría— lo mismo que viví yo: gente común saqueada por el tiempo.

—Nunca hay que fiarse de las caras, Julio. Mirá si a vos hubiera que juzgarte por tu cara.

—¡Vamos todos presos!

En su catre Ramón, la cucheta de arriba, los ronquidos de varios, sus olores: ya está del todo acostumbrado, sabe que esta es su vida, que no va a tener otra. Tiene la foto: la familia de ella le mandó la foto para que nunca se olvide de su víctima. Él no supo cómo decirles otra vez, una vez más, que no fue él. A veces mira la foto, la

cara en la foto, le da tristeza, le da vergüenza, le da remordimientos. Piensa en romperla, en tirarla a la mierda, pero sabe que sería peor.

—¿Presos? ¡Nos fusilan!

Don Salvador Ardile, más de setenta años, nacido en el extremo sur de la Ciudad de padres pobres, inmigrantes, posee entre tantas otras cosas un escritorio de dos metros de ancho por cuatro de largo, pura caoba o peteribí o palo reborracho, en una oficina llena de alfombras y estantes de madera y paredes de madera y óleos empastados, cada cual con su lamparita de bronce oblonga iluminándolo: que esas lámparas fueran oblongas le pareció, cuando se lo dijeron, una cumbre de algo. Don Salvador está sentado en un sillón giratorio rotatorio mayestático y, detrás, un ventanal con tanto sol hace difícil verle la cara a contraluz. Don Salvador —camisa sin corbata, la calva reluciente, afeitado impecable de una barba tenaz— es el dueño de una empresa de importación y exportación que se especializa en cereales y minerales y no se especializa en tantos otros ramos. Las malas lenguas dicen que sus ganancias fuertes vienen de esos ramos: que don Salvador maneja buena parte de esos mercados turbios donde está la plata exuberante.

Tené cuidado, hijo, las malas lenguas suelen tener razón, le había dicho a Nicolás su señor padre, abogado de pro, cuando le contó que iba a hacer negocios con don Salvador, pero el joven le dijo que a él no lo iba a pasar nadie. Su padre entendió que eran estupideces de la juventud pero no tenía cómo decírselo: las estupideces de la juventud incluyen no poder entender que lo son. Así que solo le quedaba esperar que no lo pagara demasiado caro. Nicolás llevaba dos años trabajando con don Salvador: el veterano le había prestado un capital para empezar y, sobre todo, lo había conectado con cantidad de gente que necesitaba divisas indivisas, transferencias

fácilmente transferibles, lavados y planchados. Y de tanto en tanto le pedía la firma para unas operaciones que no le consultaba: nada, no te preocupes, es cosa de emprolijar alguna guita que me entró, le decía, por ejemplo, cuando le decía algo. Nicolás se sentía levemente incómodo pero, al mismo tiempo, en esos dos años había ganado tanta plata que la incomodidad le parecía un caprichito, otro de esos que tenía que dejar atrás.

—Nene, disculpame que te lo diga así, pero ¿no te estarán chantajeando a vos, no?

—¿Chantajeando? No, ¿por qué, don Salva?

—No nos hagamos los boludos, nene. A mí me da igual lo que hagás con tu culo o con tu oreja, lo único que me importa es que no se te mezclen los palos verdes con el palo rosa, ¿me entendés?

Nicolás sopesa la posibilidad de darse por ofendido, levantarse, irse: se da cuenta de que no la tiene y opta por reírse.

—Don Salva, de eso no se preocupe. Yo sé bien donde va cada palo. Palo y palo, palo y a la bolsa.

Dice, inesperadamente sentencioso.

—Bueno, mejor así, me quedo más tranquilo. Tenía que confirmarlo porque tengo que encargarte un negocio importante. Necesito que pierdas dos millones de dólares.

Salvador Ardile es un gran ejemplo de esa raza —de muy pocos especímenes— que floreció en la Ciudad entre los años ’20 y los ’60 del siglo pasado: hijos de los emigrantes que se pelaron el lomo para que sus hijos tuvieran más que ellos, hijos que lo habían conseguido por distintos medios —estudios, negocios, confusiones varias— y, así, consiguieron sostener el mito de la movilidad social ascendente que fue básica en la idea que los ciudadinos se hicieron de sí mismos durante décadas. Muchos, la mayoría, lograron un ascenso razonable: fueron doctores, ingenieros, gerentes de

distintas cosas; unos pocos se hicieron, de maneras diversas, millonarios. Sobre la mayoría de ellos pesaban sospechas pero ahora, cuando esa elevación suena tan verosímil como llegar a Marte en bicicleta, los personajes que quedan de ese entonces son vistos como reliquias de tiempos más felices, de los momentos en que la Ciudad era lo que debía ser y cumplía sus promesas. Aún cuando —como en el caso de don Salvador— sus caminos hayan sido sinuosos.

—Lo que usted diga, Salvador. Mándeme los papeles y lo hacemos.

—¿Hasta cuándo tengo que decirte que hay cosas que salen sin papeles?

—Sí, disculpe, por supuesto, por supuesto.

—Después te doy los datos, pero tenés que comprar unas acciones que te voy a decir, unas del grupo de Zabala, y venderlas en diez o quince días por mucha menos guita. Eso es todo, nada complicado.

Don Salvador, por supuesto, no ha conseguido su poder planificando cómo perder dinero. Pero de tanto en tanto ciertas prestidigitaciones se le hacen necesarias para cuadrar sus cuentas, sus comercios visibles y los invisibles, los billetes que entran y los que no salen, las amenazas y alianzas y venganzas que a veces necesita. Para eso, entre otras cosas, le resulta útil un joven de buena familia, casi insospechable y, dicho sin ofender, un poco corto de mollera. O quizá, piensa don Salvador, esa no es la definición correcta: no es que sea corto, es que no entiende —que parece lo mismo pero es muy distinto. El muchacho no quiere tener, quiere mostrar. Y eso, sabe don Salvador, es la mejor receta para el acabose.

Habitantes de la Ciudad se irritan cuando la Ciudad cambia. En

general, los habitantes de la Ciudad son proclives a descubrir por todas partes signos de su decadencia. Se diría que esto sucede porque la Ciudad les ofrece cantidad de estímulos pero, también, por una especie de regodeo con esa situación. No hay grupo que no quiera imaginarse único: a todos les sucede. En la Ciudad, últimamente, lo más distintivo, lo que les ofrece esa posibilidad de distinguirse, es esa decadencia.

Así que la subrayan y acentúan. Es lo que los constituye como grupo: somos los habitantes de la Ciudad que empezó para ser la capital del mundo y ahora es la ruina de lo que nunca fue.

El Bardo Ciudadino lo escribía en uno de sus peores poemas, probablemente el más citado: «No nos une el amor sino».

Nonos
unelamor
sinoeles
panto

Su abuela le dice que las muestre ahora que las tiene, que si no después cuando quiera mostrarlas ya no las va a tener.

—Vos te creés que vas a ser siempre más o menos así. Y después enseguida te das cuenta de que ya no sos.

Nonos
unela
morsi
noeles
panto

Lo brutal es la cara. Esa cara habría estado en su lugar en un cuerpo encorvado, vacilante, atacado también. Pero esas arrugas como surcos, esas bolsas en los ojos, la tristeza en los ojos, las

mejillas cuarteadas bermellón —el tiempo en esa cara— era años más, décadas más que el tiempo en ese cuerpo. Una mujer, digamos, adonde el tiempo se partió, se confundió. El tiempo siempre es amenaza; aterrador si se confunde.

seraporesoquelaquié
rotanto

(rimar espanto con tanto es algo que solo un genio puede hacer —porque sabe que su genialidad en otras cosas permitirá que le perdonen tal chabacanería)

—¿Y qué hacés cuando te das cuenta de que ya no sos?
—Nada, nena, qué carajo vas a hacer entonces.
—¿Te jodés?
—Ojalá.

Le dijeron que seis o siete meses, quizás ocho, y, pasado el primer shock, se dijo que debía disfrutarlos. Pasado el primer shock es una frase fácil: no describe los doce días de zozobra extrema, sueño perdido, llanto seco, escalofríos como terremotos. Y todo el tiempo diciéndose que era muy poco tiempo, que debía disfrutarlo, no sufrirlo. Y todo el tiempo la sospecha: cómo se hace para disfrutar bajo amenaza. ¿Se puede disfrutar cuando el mañana está borrado? ¿Cuando se sabe que no habrá recuerdos? ¿Cómo se hace para vivir presente puro?
El primer shock no se pasaba: volvía y volvía, otra vez volvía.
Escalofríos como terremotos.

A mí me gusta la Ciudad
porque no me gustaba. Ahora
cuando ya todo se pasó o
se está pasando, me gusta

porque ya sé que es un recuerdo.
Nunca más
que un recuerdo.

El espanto, decía: no nos une.

Pero Elisa, la hija de la Claudia, la examante de Hugo Ritazzi, ya convertida en decentísima vendedora de pañales en un negocio de pañales, extraña a veces esa temporada en el infierno donde nada, en realidad, se parecía al infierno. Y se pregunta si no podría volver, dejar atrás sus tonterías, sus prejuicios, su respeto por los prejuicios de los otros.

Se pregunta, en realidad, durante cuánto tiempo podrá seguir preguntándoselo: cuánto tiempo seguirá siendo una opción.

Se pregunta, en verdad, cuánto más alguien querrá comprarla, darle ese placer.

Nunca
más que un recuerdo.

Ese momento brusco en que un hombre empieza a ver su vida como una obra más o menos completa, terminada, y no tiene más opción que enfrentarse a sus claros y oscuros sin la excusa de lo que está por venir todavía, esa luz engañosa piadosa que llamamos mañana.

Y acaba de llegar una chica bajita: el cadáver 3088/07 es un ejemplar del sexo femenino de 23 años de edad. Nombre: Noelia Visitación Ramírez. DNI: 51.665.938. Estado civil: soltera.

La causa de su deceso es la asfixia producida por una soga alrededor del cuello, probablemente por colgamiento. Ese tipo de muerte —sabe Romero— tarda unos minutos: no la entiende. A menos que el o la suicida la decida para tener el tiempo de sentir

que está pagando deudas muy profundas, que realmente se merece semejante trance.

(Romero no tiene ni la menor idea de por qué la joven Noelia decidió suicidarse. Si es que lo decidió, por supuesto. Pero sabe que, pese a todo, es difícil fingir el suicidio de otro, que la policía suele descubrirlo porque quedan rastros, signos de la pelea, esas cosas que dicen. Así que no tiene más remedio que pensar por qué se puede haber suicidado la joven Noelia. Sabe, por su dirección, que vivía en un lugar precario y, por su ficha, que su padre es sanjuanino y su madre chaqueña. Intenta no caer en el lugar común de la chica pobre inadaptada que no encuentra su lugar hasta que algún hijo de puta se la coge y la abandona. Además, el informe no dice que estuviera embarazada ni que tuviera hijos. Ya es raro, piensa, una chica de 23 en ese ambiente sin un hijo. Romero está lleno de prejuicios: sus historias son su resultado. Así que piensa que quizás ese fuera el problema: algo ligado con su falta de hijo, que no podía ser madre, que no se conseguía quién la hiciera madre, ahí sin duda hay una pista. Pero también podría ser que la hubieran echado de un trabajo y no encontrara otro, que fuera eso que llaman depresiva, que se aburriera mucho, que una amiga la hubiera traicionado, que fuera homosexual y no se atreviera o se atreviera y se muriera de vergüenza, que hubiera estafado a alguien sin querer o queriendo. Romero, por momentos, se cansa o se aburre: cuando los datos son más claros le parece bien, pero en casos como este es un embole y les inventa historias que tantas veces son puro humo, tonterías. Igual lo hace: cree que debe hacerlo. Imaginate, se dice a veces, estos pobres cadáveres sin nadie que les piense una historia, qué serían. Puro cacho de carne, basura reciclable. Imaginate, se dice a veces, que vos termines en uno como este o incluso en este y que nadie se apiade de vos pensándote una historia.)

El recuerdo es un lujo de los que pueden pensarse en un futuro: situarse en un futuro, donde el presente sea recuerdo.

Se reúnen todos los domingos. O quizá no exactamente todos los domingos, pero todos están de acuerdo en simular que se reúnen todos los domingos. Casi todos los domingos, entonces, hacia la una, los miembros de la familia Ardile empiezan a llegar a la quinta del patriarca en un country suburbano. El country es de los más viejos, los lotes son enormes, los árboles añosos y frondosos, las casas casi austeras: chalets de mil metros cubiertos sin alardes, con la firmeza de los que no precisan impresionar a nadie. El almuerzo se sirve a la una en punto —hay un reloj de péndulo en el salón que se ocupa de dar las campanadas— en el gran comedor; hubo épocas en que algún miembro insistió en comer afuera cuando el clima lo permitía, pero su reivindicación no tuvo ningún éxito: ¿Vos sabés por qué se llama comedor?, contestó cada vez don Salvador para zanjar la discusión sin iniciarla.

El comedor es una pieza de diez metros por seis y, en una casa campestre inundada de luz, la más oscura: siempre se come con las dos arañas de ocho bombillas cada una —y lluvia de cristales— encendidas, como si la luz natural pudiera arruinar algo. La mesa es larga y ancha, su mantel blanco, sus cubiertos plateados, sus platos de porcelana con dibujos. Y se comen, por supuesto, ravioles. Las entradas pueden variar —y, de hecho, han ido variando a lo largo del tiempo— pero los ravioles son inamovibles. Doña Benita, la mujer del patriarca, la matriarca en funciones, ya no los cocina pero supervisa personalmente desde muy temprano el trabajo de las dos cocineras, casi tan viejas como ella, que siguen al pie de la letra la receta de su abuela —la de doña Benita— para hacerlos a mano con verduritas varias y la salsa de tomate, cebollas y especias con carne picada. El queso rallado, faltaba más, se sirve aparte.

El vino —siempre tinto— suele ser de una bodega que en una época perteneció a don Salvador; aunque hace mucho la vendió, le sigue siendo fiel: un cabernet invadido de madera, la manera más líquida de tragarse una tabla. Y los participantes son —deberían ser — siempre los mismos: en una punta de la mesa don Salvador, en la otra doña Benita, en los cinco puestos de cada lado sus dos hijas —ya entradas en la cincuentena—, sus maridos —un par de inútiles, un abogado y un vendedor de instrumentos musicales—, sus cuatro nietos —tres y una, la hija mayor y el abogado fueron más fructuosos— y, no todos los domingos, la hermana menor de don Salvador, Mabel, otro tiro al aire, y su hija Mabelita, joya de la familia.

Fue una sorpresa, nadie lo esperaba. Su madre, Mabel, la hermana menor, siempre trajo problemas. Era unos quince años menor que Salvador, la última hermana, lo cual significó que cuando ella estuvo casadera él ya era poderoso, así que muchos moscardones se le acercaron para ver qué picaban. Ella eligió al peor —una especie de Nicolás todavía más tonto y presumido— que le hizo una hija y después se dedicó a las putas y el juego. Por suerte se le murió joven —el corazón nunca perdona a los que lo traicionan, solía decir doña Benita— y la nena, Mabelita, se educó más con sus tíos que con su madre tan confusa.

Mabelita era la gran obra de los viejos Ardile. Cuando criaron a sus hijas estaban demasiado ocupados peleando su lugar y no les dedicaron la atención necesaria. Por supuesto, ya estaban en condiciones de mandarlas a buenos colegios, pero su educación se redujo a formar dos buenas mujeres con el firme propósito de ser buenas esposas. Lo cual a don Salvador no le hubiera molestado de haber tenido un hijo, pero no lo tuvo. Así, cuando, años más tarde, Mabelita fue a parar a su casa, decidió —y así se lo comunicó a su

esposa— hacer de ella ese muchacho: la heredera de todos sus negocios, de todas sus astucias.

Ramón supone que se va a suicidar, noches y noches en la celda piensa cómo hacerlo, mira la foto y le dice que se va a suicidar. La mira, le dice igual a vos eso te importa tres carajos, ¿no? Es para mí, no para vos; ya es hora de que haga algo para mí. Después piensa que no va ser tan fácil.

(¿Cómo se llamaría, qué nombre le daríamos si no fuera difícil?)

Mabelita aprendió. Tan bien que ahora, con su nombre real, Mabel Laguardia, ha traicionado el mandato avuncular y, en lugar de ocuparse de los negocios y combinaciones de su tío, se lanzó a la política. Y lo hizo con tal inteligencia y con tal ímpetu que, a sus 31 años, ya es diputada de la Ciudad por el partido gobernante y un personaje asiduo de los medios. Don Salvador, una vez repuesto de su —relativa— decepción, se dio cuenta de que quizá Mabel tenía razón: que la mejor manera de agrandar el negocio era poner un buen pie en el estado. De hecho, en los dos años que lleva como legisladora, Mabel Laguardia ya le ha hecho dos o tres favores que pagaron con creces toda la inversión —y va a seguir rentando. Don Salvador entiende que, en ese sentido, le resulta mucho más útil que el hijo que no tuvo: alguien con su mismo nombre sería más sospechoso y no podría hacer según qué cosas.

Sin embargo, este domingo, un tema sobrevuela el almuerzo —pero nadie lo toca—: la prensa estuvo murmurando, la última semana, sobre su boda con un sindicalista del transporte. Don Salvador quiere hablar con ella, sin las dudas, y si acaso tratar de disuadirla, pero está claro que no lo hará en la mesa. En la mesa la conversación tiene sus reglas. Durante la comida no se habla de política; eso, si acaso, lo harán los hombres después, en el salón o

en la galería —y nunca dirán nada interesante. Los temas aceptados son, en general, recuerdos de ellos mismos en momentos pasados, anécdotas graciosas de la familia y conocidos, lamentos por la muerte de algún allegado, debate sobre algún programa de televisión y, siempre al final, como para marcar la conclusión, unos flecos de fútbol. Don Salvador no tiene equipo: el deporte siempre le pareció una pérdida de tiempo. Pero se divierte viendo a los idiotas de sus yernos —y, últimamente, alguno de sus nietos— enzarzándose en esas discusiones con un fuego que no saben poner en ninguna otra cosa. Hasta que, ritualmente, se limpia la boca con la servilleta, la echa sobre los restos del flan mixto y empieza a levantarse mientras dice muchachos, no nos vamos a pelear por estas cosas. Y entonces todos se levantan y dicen no, pero claro que no, Salvador, cómo se le ocurre, y ha pasado un domingo.

(Aunque este, como ya queda dicho, don Salvador tiene que hablar con su sobrina.)

Escucha el bip bip bip. Lo está volviendo loco el bip bip bip. Tiene un timbre en la mano, podría apretarlo para decirle a la enfermera que no soporta más el bip bip bip, pero sabe que la enfermera no podría sacarlo, nadie podría sacarlo: que la condición de que viva es bip bip bip —o la manera en que se muera. Entonces piensa que quizás ese sea un signo: que el bip bip bip es el lenguaje de un dios que quiere contarle que está ahí, que allí lo espera. Se ríe: intenta con el tubo en la boca una mueca que recuerde una risa. Se ríe: qué alivio sería que ese dios le diera ese mensaje. Ya no se ríe: qué pena haber vivido tan convencido de que no existen esas cosas. Qué difícil, a esta altura, hacerse de otra idea.

Un sobre cerrado es un sobre
cerrado es un sobre

cerrado: una amenaza
o una promesa, según
cómo se mire.

Al final, tras días y días de tenerlo ahí, días y días de soportar estoico la insistencia de Laura, días y días de distraerse con minitas, días y días de expectativa y miedo, Bepo decide abrir el sobre: ya es la hora, se dice, ya era hora. Y entonces mientras lo va abriendo piensa cosas, mi vida, una vida de fraude, yo siempre fui un fraude, que es mucho más excitante que ser auténtico. Dios mío, los auténticos. Esos sí que son un verdadero fraude: buscan algo que los identifique y se encierran en eso, se emperran en eso, y les dicen auténticos.

Yo siempre fui un fraude. Canté y toqué canciones que otros habían tocado antes y mejor pero muchos se creyeron lo contrario. Les hice creer a todos, incluido a mí mismo, que era un seductor incontenible y la verdad que las minas me aburren. Moriría si Laura se va y no soporto que se quede. Y además soy una figura. ¿Qué garompa es una figura? ¿Uno que sabe que muchos miran lo que hace y se dice que tiene que hacer las cosas como si nadie lo mirara sabiendo que lo miran? ¿Eso es una figura? ¿Uno que detesta que lo miren y no soporta cuando no lo miran y se la pasa protestando porque lo miran y haciendo cosas para que lo miren? ¿Uno como yo, que sabe que hay docenas que hacen lo mismo pero mejor y nadie les da bola, y que durante años se peló la cabeza tratando de entender por qué yo sí y todos esos no, dónde estaba mi secreto, no por filósofo, no por intrigado sino para ser capaz de guardarlo y usarlo, para no perderlo, pero nunca lo pude encontrar y al final tuve que resignarme a que no tengo ni la más puta idea? Quizás entonces tenga que aceptar que soy un fraude involuntario: soy un fraude, lo sé, claro que lo sé, pero no sé cómo lo hago, no sé por

qué lo soy. Un fraude descontrolado, que viene a ser lo contrario de un fraude: un fraude que no sabe.

Y tengo el sobre, abierto, con el papel adentro.

Todo está ahí, en dos o tres palabras, quizá
siete.

LA CASA, 1985

Beatriz Giunti ya quería volver: la dictadura se acababa, la Argentina se parecía de nuevo a su país y su vida mexicana no terminaba de encauzarse.

En enero de 1984 su madre se había muerto de un cáncer impaciente: hígado primero, después páncreas y enseguida todo lo demás. Para su sorpresa se murió en México: jamás lo había previsto. Siempre pensó que su estadía en ese sitio extraño —y su separación de Felipe Giusti, su marido— era provisoria y que pronto se remediaría. Pero nunca terminaba de decidirse a volver a la ciudad convulsionada que había abandonado años antes y a la vergüenza de un barrio donde todos sabían que su casa había sido objeto de un operativo militar. Y, sobre todo, no quería separarse de su nieto: Camilo, a sus siete años, pasaba mucho más tiempo con ella que con su mamá, ocupada en tantas cosas. Entre ellas, mantener a su madre y su hijo con todo tipo de trabajos: clases en un colegio secundario, traducciones del inglés —que manejaba con esfuerzo—, correcciones de manuscritos y galeras y otras tareas de ocasión. La abuela le preparaba la comida y la ropa, lo llevaba y lo traía de la escuela y, como suele pasar, era mucho más maternal con el chiquito que lo que había sido con sus hijos —pero nunca quiso saber nada sobre el padre de su nieto: las pocas veces que Beatriz trató de hablarle del muerto doña Flora la cortó tajante. El chico no era de ese hombre imprudente que había preferido la guerra a su

familia sino de ellas, sus dos madres. Tantas veces, en esas noches mexicanas, Beatriz intentó explicarle a la suya que lo que la había llevado a pelear era la conciencia, la convicción de su superioridad moral: que esos militares eran unos hijos de puta que secuestraban y mataban para defender a los ricos y a los explotadores, y doña Flora le decía que sí, claro, pero que ella y sus amigos también mataban seres humanos y que entonces había que ver dónde quedaba eso de la moral y Beatriz insistía —creyendo que era obvio — que no era lo mismo matar para defender al pueblo que para oprimirlo pero su madre nunca aceptó esa distinción y ella, en algún momento, se dio por vencida y, por fin, entendió que esa diferencia no la distanciaba de su madre. Ya habían empezado a planear la vuelta a la Ciudad cuando, tras varios meses de estudios infructuosos, un médico fue capaz de ofrecer un diagnóstico preciso: la señora ya no estaba en condiciones de ir a ninguna parte y solo le quedaba esperar —unas semanas— la muerte en ese lugar tan improbable.

Beatriz soportó el proceso con entereza y, al fin, se alegró de que hubiera sido breve —y se sintió tan mal por eso. Trató de consolarse con los argumentos habituales: que así su mamá no había sufrido tanto, que era mejor esa muerte relativamente rápida e indolora que una larga agonía, que ahora estaría mejor, pero no consiguió despejar su sensación de que lo suyo seguía siendo egoísmo en su estado más burdo; al fin y al cabo, que alguien se muera rápido solo es una ventaja para los que lo sobreviven. En cualquier caso, no tardó mucho en darse cuenta de que, sin su madre, su vida mexicana se complicaba demasiado. Tendría que ocuparse mucho más de su hijo, pensó primero. O pagar a alguien que lo hiciera que, de todos modos, le saldría más barato que mantener a su mamá, entendió después, y la culpa volvió con bríos y arrebato. Fueron

meses complejos; los salvaba, si acaso, la sonrisa frecuente de Camilo y los arrumacos menos frecuentes de Roberto, el argenmex con quien llevaba dos o tres años de relación intermitente. Pero ninguno de sus dos hombrecitos pudo contener la idea que la fue copando: ya no tenía sentido seguir en esa tierra amable pero tan ajena; había llegado el momento de volver a su país.

Beatriz no podía pensar en volver a la Argentina sin volver a la vieja casa de sus padres. Era extraño: jovencita, no había querido sino irse; ahora, ya avanzada la treintena, solo quería volver. Había sabido por su madre que su hermanastro, Carlos, la estaba ocupando desde fines del año anterior: en diciembre del ’83, terminada la dictadura, le pareció prudente dejar Córdoba, donde se lo identificaba demasiado con sus abusos, y recuperar el anonimato que la Ciudad podía ofrecerle. Para eso llegó a un acuerdo con su padrastro, que seguía viviendo, solo, aburrido, descuidado, en su casa de siempre.

Felipe Giunti ya había cumplido 75 años y se encontró, de pronto, viudo: era, en realidad, una confirmación formal. En los diez años anteriores su matrimonio había sido casi abstracto: desde la partida de su mujer e hija solo las visitó tres o cuatro veces. En cada una de sus visitas hablaban de su mudanza definitiva a ese país ajeno, pero esas conversaciones eran como un ritual que él y Flora mantenían por respeto a un público inexistente. Y sin embargo el hecho de seguir siendo un hombre casado, un padre de familia, era una parte importante de su idea de sí mismo. Al perderla de algún modo se perdió: se despistó, se sintió confundido, se dejó. Se pasaba los días en pijama, entre su cuarto y la cocina y, a veces, el salón donde todavía estaba el televisor; comía casi siempre los mismos fideos con manteca y el mismo bife con puré, salía lo indispensable, no entendía. En ese marco, la propuesta de su hijastro le pareció

atractiva: Carlos le ofreció pagarle una buena «casa de reposo para personas mayores» donde lo atenderían, le dijo, «a cuerpo de rey», a cambio de que él le dejara usar la casa familiar. Era como un alquiler disfrazado de amor semifilial; Felipe lo aceptó. En dos semanas vació cada cajón, tiró casi todos los objetos de su vida, guardó unos pocos muebles, ropa, juguetes de los chicos y veinte o treinta libros, los mandó al depósito de don Pancho y se mudó a un geriátrico del barrio de Floresta: el lugar era, en efecto, limpio y cuidadoso y, al principio, se sintió mejor, organizado, acompañado.

Así que, cuando decidió que volvería, Beatriz le escribió a su hermanastro —primera vez en diez años— y le dijo que necesitaba la casa para ella, su hijo y su compañero. El viaje de Roberto no estaba decidido, pero Beatriz supuso que la manifestación de una familia completa le daba más peso a su reclamo. La respuesta de Carlos llegó al cabo de unos días: que ahora él y su familia vivían allí y que la que se fue a Sevilla perdió su silla, que si quería su casa no se hubiera ido. Beatriz no lo podía creer: le contestó, muy escueta, que no se había ido sino que los asesinos amigos suyos la habían echado a patadas gracias a su ayuda, y dio por terminada cualquier comunicación. Su siguiente carta fue a un abogado conocido —otro argenmex que se había vuelto en cuanto pudo— para pedirle que se hiciera cargo: la casa pertenecía a su padre y ese señor no tenía ningún derecho a ocuparla. El abogado le contestó que la cosa era un poco más compleja, que su padre se la había alquilado de hecho sino de derecho y que él también era derechohabiente de la herencia de su madre y una serie de detalles técnicos que Beatriz prefirió no escrutar, pero que eventualmente —le dijo— podrían llegar a algún arreglo. Beatriz le escribió una carta furiosa donde le decía que no quería ningún arreglo, que solo quería que ese colaboracionista asesino hijo de mil putas terminara en la calle

abucheado por el pueblo o en la cárcel que se merecía; la terminó, la releyó, la rompió en pedazos y le escribió a su abogado que bueno, que por favor intentara negociar. También le escribió a su padre, con quien se hablaba por teléfono cada tanto, una carta casi solemne informándole su decisión de volver a la Argentina e invitándolo a volver con ella a la casa familiar. El abogado no necesitó ir a Tribunales: le hizo saber a Carlos González Trejo que tenía informaciones sobre sus actividades en la dictadura que la prensa estaría feliz de publicar y que pensaba difundirla a menos que se fuera con rapidez y discreción. Carlos, abogado también, sopesó el asunto y entendió que tenía todas las de perder: en agosto de 1984 se mudó a un departamento en Parque Patricios donde su señora y sus cuatro hijos cabían apenas y, sobre todo, deploraban el cambio de vida —y le echaban, con cierta lógica, la culpa. En octubre de 1984, primeras flores de los jacarandás, Beatriz Giunti, Camilo Giunti y Roberto Belmonte se presentaron con varias valijas en la puerta de la casa del Abasto. Cuando la abrieron los recibió una nube de polvo y el olor intenso de la degradación y el abandono.

13

Hay algo que amenaza todo el tiempo:
algo que nadie nombra.

Son las ocho menos diez pasadas y no llueve. Los vidrios de El Tambo no están empañados y Rodo lo puede ver ahí nomás, del otro lado de la calle: Ritazzi despidiéndose de la chica en la puerta del edificio, su beeme estacionado justo enfrente —¿por qué será que no le importan las multas?, ¿tiene un yeite para no pagarlas?— y un beso aparatoso de película mala. Ritazzi sigue con su uniforme de pantalón negro y camiseta negra y encima un chaquetón de cuero que se debe haber comprado anteayer para dar joven.

—Parecía que no pero volvió.

Dice el Gurka, y no sabe si alegrarse.

—Sí, ya de verdad parecía que no. ¿Qué habrá pasado?

—Andá a saber, hay tantas posibilidades. Pero estas dos semanas retomó la rutina: martes y jueves tipo siete, el tipo es un reloj.

Dice el Gurka, y Julio lo completa:

—Sí, y a veces algún día más, pero no es fijo. Por dos días por semana no le compensa, yo diría.

Dice, y se ríe como si supiera. Después intenta unas frases sobre la extrañeza de coger a horario fijo, como quien va a la oficina o la

psicóloga, pero no le salen. Rodolfo carraspea, pide la atención:

—Una opción, entonces, sería que un martes o un jueves a eso de las siete menos cuarto le entremos en el depto a la minita y cuando el tipo llegue nos lo llevamos de ahí adentro, ¿no lo ven? Es más fácil que agarrarlo en la calle.

—¿A vos te parece? Habría que sacarlo desde el quinto piso hasta nuestro coche, es un kilombo.

Le contesta el Gurka.

—Pero agarrarlo en la calle es peor.

Insiste Rodo, y Julio interviene casi con desdén, mirando a ningún lado:

—No, en la calle es mucho más rápido. Le ponés el chumbo en las costillas y le decís que se quede piola y que se suba al auto sin hacer kilombo.

—¡Ah, pero con un chumbo!

—Y sí, Gurka, qué querés, ¿que vayamos con un boleto de la rifa del carnicero de la esquina?

—No, boludo, pero no había pensado en un chumbo. Eso ya es otro asunto.

—¿En serio te habías imaginado todo esto sin un arma?

Julio se ríe pero se preocupa. Quizá de verdad todo esto es un delirio, sus compañeros no tienen ni la menor idea —y él, a la final, tampoco tanta. Solo que ha visto más películas y series y es más lanzado que los otros dos.

—¿Gurka, vos no sabés cómo se usa una pistola?

Dice Julio, como si estuviera sorprendido.

Algo que nadie nombra
porque nombrarlo puede ser
hacerlo.

—No, Juli, yo qué voy a saber. ¿Vos sabés?

Le contesta el Gurka, al borde del cabreo.

—Y sí, boludo, ¿cómo se va a usar? Se carga, se monta, y si tenés que disparar apretás el gatillo. ¿Nunca viste una película vos?

Dice Julio, pero no se convence. Los tres se quedan en silencio: unos minutos en silencio. Hasta que entra una mujerona muy llena de carnes, rebosantes en su traje de pollera y chaqueta negros, tipo ejecutiva. Los tres la miran, la miran más, la paladean. Después Rodo retoma:

—Quizá lo que tenemos que hacer es conseguirnos a alguno que sepa.

—Y se queda con toda la guita y nosotros somos los boludos. Tenemos al tipo, tenemos todo, y se lo regalamos.

—¿Que tenemos al tipo?

Dice el Gurka, cada vez más sorprendido. Por momentos se asusta, no reconoce a sus amigos. Pero ya hizo todo lo posible por disuadirlos y no lo consiguió. Ayer o anteayer pensó incluso en llamar a la policía y denunciarlos por la tentativa: quizá se pasen adentro dos o tres semanas pero se evitan joderse la vida o, incluso, hacerse matar. No lo hizo: «No denunciarás a los tuyos» es el primer mandamiento de la lista. Así que, si esto sigue así, va a tener que ir al frente con ellos, a perder, a perderse con ellos.

—Saber no es el problema, muchachos, se los digo yo.

Dice Julio, siempre listo para afirmar rotundo:

—El problema es conseguir un lugar donde guardarlo. Es nada, serán dos o tres días. Y yo tengo una idea. A ver si mañana o pasado puedo decirles algo, y ahí empezamos con la preparación en serio.

La Ciudad estaba hecha de futuro

—que ahora, cuando aparece, es amenaza.

—Sí, lo tengo. Al final resultó que lo tengo.
—¿Estás seguro, Bepe?
—Lo acabo de leer.

Nunca fue bueno para entender a las mujeres. Se dice de los hombres, de cualquier hombre: muchos hombres, incluso, lo dicen de sí mismos para marcar la diferencia, como si no ser capaces de entender a las mujeres los hiciera más hombres. Pero Juanca, alias Chupi, patrón del Tambo, señor del mostrador, padre de una familia escueta, realmente tenía problemas para entender a las mujeres —que le interesaban. Ya desde chico, ya desde la escuela le empezó a pasar que creía que tal o cual le daban bola, le hacían insinuaciones o aperturas y se mandaba a fondo solo para encontrarse con que ellas no creían haber hecho lo que él creía que sí. No sabía interpretar los signos, el idioma, se decía, y que tenía que ser más cuidadoso y más prudente pero unos días, semanas después volvía a tropezar con el mismo cascote. Porque no era como un idioma extranjero, uno que uno sabe que no entiende: le parecía su idioma, le parecía que lo entendía, que lo hablaba, solo que al final, cuando actuaba en consecuencia, se daba cuenta de que lo había entendido mal. Era brusco, era cruel; se fue haciendo más y más doloroso.

Y lo que más lo sorprende es que resulte normal decir de alguien: «Nunca fue bueno para entender a las mujeres».

—¿Y qué vamos a hacer?
—Vos, no sé. Yo, morirme.
—No seas pendejo, Bepe.

Azar acecha. En la Ciudad
azar acecha.

—No soy pendejo, Laura. Es que en esto no tengo experiencia.

La molestó el timbrazo cuando estaba saliendo, pero atendió el teléfono: esperaba un llamado importante. Este no era: se demoró medio minuto en entenderlo y cuatro en deshacerse de su prima Moira. Al fin bajó, caminó hasta la esquina, esperó que el semáforo se pusiera en verde y cruzó la avenida. O no: estaba en la mitad cuando un coche sin frenos la pasó por encima.

Estela no murió: sus múltiples fracturas se curaron al cabo de unos meses y solo le quedó, del accidente, una renguera casi imperceptible, el miedo de los coches y, sobre todo, terror de los azares. Cuántas veces pensó que si hubiera salido cuando estaba saliendo, cuatro minutos antes, ese coche no la habría agarrado. Cuántas que si uno se desvía del camino puede caerse del camino. Cuántas que quizás el camino sea el desvío. Cuántas que odiaba no saber —jamás poder saber— dónde estará el camino, dónde su desvío.

Azar acecha.

Mariana vio a Pedro, aquella vez, quedó prendada, no se atrevió a intentarlo —y se pasó la vida pensando qué habría sido si. Se jodió: un fantasma que fue con ella a todas partes. Un día se le ocurrió que tenía que buscarlo para romper aquella imagen de veintipico de años antes: que no podía ser que siguiera llorándolo como si él tuviera treinta años, que no podía hacerle ese favor, que tenía que envejecerlo de una vez por todas. Que solo entonces se terminaría de convencer de que la oportunidad se había perdido: que, si no, siempre habría un jovencito radiante que estaba a punto de escurrirse entre sus dedos.

No es lo único que acecha.

—¿En serio te pensás casar con ese delincuente?

La palabra delincuente, en la boca de don Salvador, tiene un tinte precioso: entre el desprecio y cierta admiración, la condena y la envidia. El castellano tiene un buen refrán para eso —como para casi todo—: el muerto se asusta del degollado, decían antes.

—No, tío, son tonterías de la televisión.

—¿Tonterías? ¿Sin ninguna base?

Don Salvador está vestido, como todos los domingos, con su ropa de golf. Hace años que no golpea una pelota con un palo, pero esos pantalones, ese pulóver casi blanco con guardas le parecen el novamás de la elegancia. Y los zapatos blancos, por supuesto, pero sin los pinchos.

—Alguna base tienen, no le voy a mentir. Usted sabe que yo no le miento. Nos vemos a veces, salimos. Y es un tipo que me puede servir.

Mabel Laguardia tiene curvas y un pelo negro exagerado: todo en su aspecto es exageración, y ella lo subraya. Amigas le insistían en que con ese cuerpo tan rotundo le convenía llevar polleras anchas, ropas vaporosas, pero ella nunca las oyó: bluyines como fundas, tacos finos, camisas blancas ajustadas y abiertas sobre el pecho potente, el pelo en cataratas sobre los hombros y la espalda. Su estrategia le ha servido mucho: cuando la ven, la mayoría la clasifica de inmediato en el rubro morocha calentorra y se confía: para eso sirven las clasificaciones. Y, cuando se enteran de que hace política la descalifican: claro, seguro que tiene a tal o a cual colgado de la goma: para eso sirven los prejuicios. Todo lo cual suele dejarle mucho campo para llevar adelante sus maniobras antes de que sus enemigos y damnificados —en política siempre hay enemigos, siempre damnificados— lo entiendan, reaccionen. Así que al final es cierto que su cuerpo la ha ayudado mucho, pero por un mecanismo perfectamente inverso al que todos imaginan.

—¿Que Gutiérrez te puede servir? ¿Para qué cuernos?

—Ay, tío, usted ya sabe.

Le dice Mabelita con un mohín casi de niña en los labios tan rojos y le vuelve a decir que en el partido le desconfían por su riqueza supuesta y su relación real con don Salvador Ardile, uno de los tipos con más poder económico del país, y que usted sabe cómo son los señorones estos, viven como los maharajás pero siguen diciendo que son del pueblo y esas estupideces.

—Entonces, que me vean con un sindicalista camionero sirve para decirles que yo también soy como ellos, que no jodan, que no se preocupen. Sirve para tranquilizarlos, tío. Y, como usted me enseñó, no hay nada mejor que un enemigo relajado. Se distraen.

Don Salvador sonríe: la clásica habilidad de su sobrina para usar sus argumentos contra él. Es, sin dudas, su mejor alumna, la única. Tío y sobrina están sentados en sillones de cuero individuales, contiguos, la mesita entre ellos con sus copas de cristal biselado, la botella de tinto a media asta.

—Bueno, dejémonos de pavadas. Necesito hablarte de algo serio.

—¿Y alguna vez me habló de algo que no lo fuera, tío?

Le dice su sobrina, pinchándolo. Don Salvador sonríe y le dice que no joda, que le tiene que proponer algo.

—Dele, no dé más vueltas, digameló de una.

Don Salvador le dice que ya que hablaban de televisión, lo mejor es que sigan hablando. Que hace unos días vino a verlo un amigo con una propuesta; que no, que no le va a decir qué amigo todavía, pero que la propuesta puede valer la pena. En síntesis, le dice, que nos quedemos con el canal 12.

—¿Que nos quedemos, tío? ¿Nosotros quiénes somos?

—Nosotros, yo, mi gente, vos, que nos quedemos.

Dice, vago, y le sigue explicando la maniobra: que el Bola Zabala,

el dueño del 12, está en la lona. Que se metió en unas inversiones en la Bolsa y que se equivocó, que esas acciones se van a derrumbar en pocos días y el tipo se va a quedar boqueando en la orilla, inundado de deudas. Y que ese sería el momento justo, dice, para hacerle una oferta que no pueda rechazar.

—¿Y usted para qué quiere un canal de televisión, tío?

—Yo, para hacer guita, como todo, y para proteger la que ya hice. La pregunta es para qué lo quieren vos y tus amigos.

—¿Qué tenemos que ver, yo y esos que usted llama mis amigos?

Se pesaban el uno al otro, se hacían pena. Cada vez que tenían que salir juntos a la calle, él detestaba que ella se pintara como si siguiera teniendo veinticinco años; ella odiaba que a él se le notara en las pelotitas del pulóver que nunca había pasado de cajero de sucursal de barrio. Llevan décadas casados y así estarán, sin nunca faltarse el uno al otro, hasta que la muerte los reúna.

—A mí la quiebra me mató. Una de las cosas que más extraño es que antes, cuando estaba jodido, le podía pegar un par de gritos a un empleado.

Gente que intenta últimas cosas
lastrada por el dolor de las primeras.

Tuvieron que llevarlo al hospital: la pateadura había sido en serio. Cuatro días internado, solo, sin decirle a nadie dónde estaba: le daba entre vergüenza y desazón. Pero, sobre todo, el hartazgo de preguntarse todo el tiempo qué iba a hacer con su vida: de preguntarse si esos golpes, si este dolor, si esta humillación, iban a hacer que lo dejara de una vez por todas o que, al contrario, insistiera en el tráfico para que todos vieran —para que él, más que nada, creyera— que no era uno que se rendía tan fácil. Que sí, que

no, que no, que sí: cuando salió del hospital todavía no sabía —y lo peor es que empezaba a pensar que no iba a ser capaz de decidirlo. ¿Qué quería decir no decidirlo?

Don Salvador se llena la copa de cristal biselado, le sonríe: de eso te quería hablar, le dice. Y que el tema es así: que el Bola Zabala va a estar ahogado pero que todavía es el titular de la licencia del canal por cuatro años, y que eso es lo que el pobre tipo va a querer imponer cuando se sienten: eso es lo que va a querer cobrarles como si fuera bueno.

—Pero en cambio si ustedes pudieran…

—¿… anularle la licencia?

—Ay, Mabelita, es cierto que entendés casi todo.

Mabel lo mira, le estira su propia copa de cristal biselado; su tío le sirve vino pero poco. Mabel lo huele, no lo toma. Al fondo suena una música clásica muy leve, puesta para que no se oiga.

—¿Vos sabés el kilombo que nos van a hacer los medios de ellos, no?

—Yo sé, Mabel, claro que lo sé. Pero también sé que todo está en tener una razón que justifique. Y ustedes van a tener una buenísima.

Mabel lo mira; su tío la goza con la cara alta, el mentón levantado. Le encantan esos momentos de triunfo, cuando la otra debe estar enloquecida preguntándose con qué le va a salir ahora.

—Es fácil: su canal es un peligro para la sociedad.

Le dice, todavía sonrisa, y le explica que han sabido —dice «hemos sabido»— que están preparando un programa de esos de realidad, de esos realiti, que va a aplicar la pena de muerte. Parece que encontraron un truco legal, pero no hay nada más ilegal, más perturbador para nuestra sociedad que esa locura. Así que ustedes tienen que actuar con la mayor celeridad posible para evitar el daño, dice.

—Espere, tío, espere, ¿qué me está diciendo?

Don Salvador, paciente, repite casi palabra por palabra: que la conducción actual del canal 12 está preparando un programa con muertes en directo y que por eso hay que sacarla de ahí mejor hoy que mañana.

—Pero eso es un rumor, no hay ninguna prueba. No podemos actuar sobre rumores.

—Pueden, claro que pueden. Si se enteran de algo que significa una amenaza para la sociedad, tienen que actuar lo antes posible, cuando todavía se lo pueda evitar.

—¿Pero ustedes están seguros?

—Muchos peros, sobrina, no te conocía tantos. No te me estarás volviendo zurda, ¿no? Estamos seguros, sí. Que sea cierto o no sea cierto ahora depende de ustedes.

Dice, enigmático, altivo, el viejo mientras amaga levantarse. Mabel lo mira, intenta interpretarlo. No lo termina de conseguir y decide —como él se lo enseñó— cortar por lo sano:

—¿Y nosotros con eso qué ganamos?

—Todo, casi todo. Si ustedes le anulan la licencia, nosotros les dejamos manejar los noticieros.

—¿Para qué, tío?

—Para hacerte un favor.

—Vamos de nuevo: ¿para qué, tío, todo este kilombo?

—Porque quiero tener un canal de televisión, nena, ¿te parece poco? Y sé que eso no es gratis, así que te ofrezco un precio más que razonable. ¿Lo arreglamos?

Nadie te enseña qué hacer con un chico —tu hijo— que llora y se tira al suelo y se tira del pelo porque no quiere que lo dejes en la escuela: porque te quiere.

Castigarlo por eso, pa’ que aprenda.

—Che, con esas cosas hay que tener cuidado.

—Sos un gonca.

—No, boludo, en serio, si siguen con esa pelotudez yo me abro.

—Abrite, mariconazo, abrite.

—No, cómo los voy a dejar en la estacada.

Es esa edad cada vez más tardía en que la vida deja de ser un chiste —como en qué simpático ay mirá lo que hace reparte pizzas en su motoneta— y pasa a ser una tristeza.

—Lo que sí tenemos que conseguirnos es el fierro. ¿Se te ocurre de dónde?

—Dejame que lo miro. En la escribanía hay un guardián que capaz que me dice.

—Pero tené mucho cuidado con lo que le decís.

—Sí, claro, Juli. ¿Qué te creés, que soy tarado?

Cuando se sube a su coche —cuando se baja de su coche— sus movimientos son lentos, más lentos que nunca. Alguien que lo mirara —si alguien lo mirara— podría sufrir la idea de que no van a completarse, de que pueden deshacerse como si no supieran cuál era su objetivo. Los movimientos de los otros pueden ser indescifrables. O, más fácil: suelen confundirnos.

—Y tenemos que conseguirnos un colchón manchado de sangre para asustar al tipo, que se crea que ahí mataron a alguien: vas a terminar como el anterior, le decimos, y se caga de miedo. O un colchón viejo, nomás, y le tiramos encima sangre de la carnicería.

—Esa es buena. Yo lo que tengo es un amigo, Romero, que labura en la morgue. Le puedo pedir que me busque una oreja más o menos del mismo color para mandarle a la familia. Le digo que es para el colegio de la nena y ni pregunta. Total, está lleno de

cadáveres que no los quiere nadie…

Que las ideas cada vez le duran menos. Que antes aparecían, se mostraban, coqueteaban un poco, se quedaban. Que ahora cuando llegan tiene que apurarse a atraparlas porque se desvanecen enseguida. Que sus ideas son como espejismos.

Un chico con los ojos tan desmedidamente abiertos.
Un chico con los ojos tan abiertos.
Un chico con los ojos abiertos.
Un chico con los ojos.
Un chico sin.
Un chico.

Se para en la puerta del banco, mira a los dos lados de la calle vacía, piensa: son solo ocho horas. Dice, como quien deletrea: son solo ocho horas y después me puedo ir a mi casa y en cuatro años me jubilo. Después se alisa la pollera y entra al banco.

—¿Beatriz Giunti?
—Sí, soy yo. ¿Qué necesita?
—Soy la diputada Laguardia, y querría verla.
La voz se oye troceada, hay ruidos, interferencia rara.
—¿Nos conocemos?
—No, y es un error que quiero reparar lo antes posible.
Beatriz está a punto de reírse; en todo caso, reconoce que la respuesta es buena y queda para esa misma tarde a las cinco en un bar a menos de dos cuadras de su casa, El Tambo. No es que vaya mucho, pero le parece un buen lugar para encontrarse con una desconocida, y más si se llama diputada. Mabel le dice que perfecto, que a ella también le queda cerca. Cortan; Beatriz se vuelve a su traducción —un tema burocrático infumable— pero está intrigada, se

interrumpe: ¿qué vergas puede querer esa dizque diputada?

—¿Vos sos Beatriz, no es cierto? ¿No te molesta que te tutee?

—Sí y no, en ese orden. ¿Vos sos la diputada?

—Sí, soy yo.

Le contesta Mabel Laguardia con una sonrisa, como quien está acostumbrada a que su aspecto cree sorpresa. En las demás mesas son casi todos hombres, y casi todos se han dado vuelta para mirarla con mayor o menor disimulo. La diputada lleva un vestido sastre negro que subraya sus formas, medias negras con raya que subraya, zapatos negros con sus tacos aguja. A su lado Beatriz se siente tanto menos.

—Sentate, por favor. ¿Qué vas a tomar?

—Mejor café, ¿no? Todavía es temprano.

Beatriz Giusti tiene el pelo más blanco que negro, las canas desparejas, y una cara donde hace mucho que no ha pintado nada. Es flaca, lleva un bluyín gastado, zapatos bajos, una camiseta que dice «Ámala o mámala»; toda ella parece muy gastada, salvo los ojos entre verde y miel: sus ojos tienen una vivacidad que parece salirse del cuerpo que los porta.

—Vos dirás. La verdad, me sorprendiste con tu llamada.

—¿No me conocías?

—No, no te conocía. No sigo mucho la política de la ciudad ni los chismes ni nada. Después te confieso que te busqué en la red y ahí vi quién eras. Y entonces me sorprendí más todavía.

Mabel le sonríe con profusión de dientes: sabe que su sonrisa es una de sus armas, que desarma a los más reticentes, y la usa siempre que precisa. Pero esta vez no parece tener grandes efectos.

—¿Y por qué me llamaste, si se puede saber?

Mabel está por contestarle cuando llega Juanca con dos cafés largos con poquita leche. Les pregunta si no quieren medialunas, le

dicen que no, se va; mientras vuelve al mostrador les guiña un ojo a los muchachos de la mesa de la ventana izquierda, tres cuarentones que miran la escena sin ningún disimulo.

Entra al banco, va hacia su escritorio. Como cada mañana, se pregunta cuándo va a terminar la escuela: más de cincuenta años, lleva, desde los seis, sentándose cada mañana en su pupitre, esperando que le encarguen los deberes, intentando hacerlos como ellos esperan. Dentro de cuatro años, piensa otra vez, y se preocupa.

—Ahora te cuento. Primero te quiero contar que llegué a vos porque le pregunté a Alicita, la mujer de tu primo.

Beatriz hace un esfuerzo pero no la recuerda: desde que volvió del exilio mexicano no se ha visto mucho con la parentela, piensa, así que debe haberla olvidado. A menos que la pulposa se la esté inventando, piensa, pero no tiene por qué: no tengo que ser tan paranoica.

—Estaba buscando a alguien que pudiera hacerme un buen informe sobre un tema que necesito trabajar, pero tenía que ser alguien de fuera del circuito.

—¿Fuera del circuito?

—Sí, el circuito de los que suelen trabajar con nosotros. Para serte franca: no puedo permitirme filtraciones. Y tu prima, que es vieja amiga mía, me dijo que vos para eso eras perfecta.

Una vieja precoz solitaria sin nadie a quien contarle nada, piensa Beatriz, y se sonríe.

—Para eso y para tantas otras cosas.

Dice, para justificar la sonrisa. Entonces la diputada le pregunta si puede contarle para qué la querría, y Beatriz que sí: es una investigación, le dice, sobre un tema un poco delicado.

—¿Una investigación? Mirá que yo soy traductora, correctora, un poco escritora y gracias. Eso de la investigación me suena a botón, a detective.

—No, perdoname, es el dialecto. Lo que te quiero decir es un informe: necesitamos que nos hagas un informe sobre un tema un poco delicado.

—Ajá. ¿Y cuál sería ese tema?

Los tres señores de la mesa de la ventana izquierda las siguen mirando. O la siguen mirando, piensa Beatriz: a ella, no a mí. A mí, además, ya me vieron en este boliche tantas veces. O no tantas, pero las suficientes como para no mirarme así. A mí, además, nunca nadie me mira.

—Los programas de televisión con muertes.

—¡¿Qué?!

La exclamación le sale un poco bruta, varias cabezas se dan vuelta. Beatriz se disculpa, dice que seguro que no entendió bien pero que se sobresaltó y Mabel le dice que sí, que entendió bien, y que no tiene por qué sobresaltarse, que es un laburo, nada más.

—Y va a estar muy bien pagado. Mirá, el tema es recordar esos programas de televisión de otros países, de esos tipo reality, donde se jugaba con la muerte de los participantes…

—Pero yo no conozco ninguno.

—Bueno, por eso te decía que lo investigaras, en la red tienen que estar.

—¿Y si no los encuentro?

Mabel la mira con la media sonrisa, la condescendiente, la que al mismo tiempo se ríe de sí misma:

—Si no los encontrás, seguí buscando.

El arte de decir sin decir es básico para el ejercicio de la política. Un buen jefe no expresa, comunica —por alguna de las

innumerables vías en que algo se puede comunicar sin expresarlo. Beatriz cree que entendió, aunque no está muy segura de qué es lo que entendió. Por si acaso, hace preguntas más concretas: la plata —está muy bien—, el plazo —siete días—, la extensión —nada, dos o tres páginas, algo que les podamos mandar a los diarios para que se ceben.

—Lo que te digo, tres o cuatro ejemplos, y algo sobre los desastres que esos ejemplos produjeron en sus sociedades, aumento de los suicidios, criminalidad, esas cositas.

—Pero si no lo encuentro…

Intenta, por última vez, Beatriz, ya casi preocupada.

—No te preocupes, vos los vas a encontrar.

Le dice Mabel Laguardia, le sonríe, se levanta, le deja su tarjeta y cien pesos para pagar el café: alcanza para docena y media. Antes de salir le da la mano al dueño: así son los políticos, piensa Beatriz. Ella se queda un rato. Se dice que quiere aclararse la cabeza, pensar cómo va a hacerlo, pero lo cierto es que no puede parar de mirar las demás mesas: en casi todas hay personas que hablan. Siempre la impresionó, le sorprendió cuánto hablan las personas. Entiende que hay ocasiones en que hablar es necesario: cuando hay que organizar algo, recordar algo, entender algo, romper algo. Pero hay tantas situaciones en que hablan por hablar. La expresión es una revelación en sí misma: nadie dice que alguien come por comer, duerme por dormir, piensa por pensar, y en cambio sí se dice que habla por hablar. Ella eso no lo hace. Aunque ahora, piensa, voy a tener que escribir por escribir. Beatriz Giunti se ríe sola, y se sorprende.

—¿Y qué va a pasar con nosotros después?

—¿Después? Nada, ¿qué querés que pase?

Julio lo mira como si estuviera hablando en chino; el Gurka resiste la mirada, insiste:

—¿Vos decís que vamos a seguir siendo iguales después de hacer eso?

—Bueno, iguales no: vamos a tener unos mangos, cada uno va a poder hacer las cosas que quería. Pero vamos a seguir siendo los mismos, sí, ¿qué más querés que cambie?

—Sí, no sé, yo decía nomás…

Camilo sabía —había decidido— que su vida nunca podría ser lo que se merecía si no dejaba la Ciudad. Miraba fotos —más tarde, videos en youtube— de lugares donde todo le parecía perfecto: donde lo que no encajaba era él. Él no había nacido ahí, no hablaba como los demás: era de la Ciudad porque su madre lo era, por su historia, pero no lo sentía. Y le daba vergüenza no sentirlo: al fin y al cabo, su padre había muerto por ellos, su madre escapado por los pelos. Tenía que conseguirlo.

Un día se vio en uno de esos lugares: encajaba, solo que estaba raro. Se miró con más cuidado: el pelo ralo, las primeras arrugas. El que encajaba no era él sino él en diez o quince años. Suspiró: por ahora debía quedarse en la Ciudad. Ya llegaría su momento.

—¿Y vos decís que vamos a poder seguir viniendo al boliche?

—Y claro, boludo, ¿por qué no?

También le daba mucha vergüenza si pensaba en su abuelo o bisabuelo: el pobre viejo se había partido el lomo para que ellos tuvieran un lugar mejor donde vivir y ahora su único servicio era haber nacido en otra parte, un país europeo, un pasaporte en serio. Por suerte nunca llegó a saberlo, se decía Camilo. Y a veces, para reírse de sí mismo:

—Qué buena es la ignorancia.

—Muchachos, ¿la gorda no tiene nada debajo del saquito ese?

—Ay, Rodolfo, vos sí que no entendés un pomo.

LA CASA, 1996

Nunca la pudo recuperar del todo: la casa se le iba cayendo alrededor. Las circunstancias no eran las mejores: desde su vuelta, Beatriz no había conseguido ningún trabajo estable y seguía viviendo de cositas salteadas. Enseñaba historia en un colegio secundario privado, traducía, corregía pruebas; intentaba escribir un relato —no terminaba de saber si una novela o unas memorias— sobre su exilio mexicano y lo que lo había provocado, pero le faltaban la constancia y, sobre todo, la complacencia para hacerlo: acumulaba páginas que la frustraban, irritaban.

Roberto tampoco había durado: pasados unos meses del regreso la dejó por una mujer que parecía tener menos rencores, menos lastre. Beatriz no había cumplido todavía 40 años pero tenía la sensación de haber vivido demasiado y de no haber acertado con ninguna de las elecciones que esas vidas le habían requerido. Ganó peso, no reemplazó un colmillo mellado, se dejó el pelo entrecano y cortado sin ninguna gracia: parecía rendida.

Felipe, su padre, se había mudado con ellos poco después de su retorno de México, a mediados de 1984. Ya tenía 75 años y pensó que le costaría dejar la «casa de reposo para personas mayores» pero nomás llegar con su valija y una caja de libros se preguntó cómo pudo haber vivido todo ese tiempo lejos de su lugar. Para sorpresa de su hija, decidió instalarse en la terraza: la casa estaba llena de espacios vacíos pero él prefirió ocupar la piecita que se

había construido más de medio siglo antes su tío Luchino. Bajaba poco: a prepararse el desayuno, que tomaba mucho más temprano que los otros, y a comer algo al mediodía —cuando su hija y su nieto no solían estar—; a veces compartía con ellos una cena; otras, se llevaba a su cuarto un té con leche y un pedazo de pan. No podía creer que el país hubiera vuelto al peronismo: estos criollos no van a aprender nunca, repetía; si mi viejo viera esto… Se había vuelto una especie de extranjero: incluso había recuperado palabras del dialecto de sus padres que no había oído en más de medio siglo. Tenía, pese a todo, un propósito: quería vivir más que su padre —y estaba por lograrlo. Le daba orgullo, decía, haberle sacado a la vida más que lo que la vida estaba preparada para darle. Y solía decir que era curioso: que al final iba a morirse en la misma casa donde nació, sin haber ido nunca a ningún lado. Se podría decir que tuve una vida tranquila, ¿no?, decía, y sonreía con muy pocos dientes. Una tarde, a sus 79, sintió un dolor fuerte en el hombro derecho. Su nieto Camilo, que también estaba en la cocina, lo vio agarrárselo y le preguntó si le pasaba algo; don Felipe dijo que no, que era la vida. Cuando su hija volvió, a eso de las nueve de la noche, lo encontró acostado en su camita de hierro en la terraza, la cara demacrada y pálida, la mirada perdida. Papá, tenemos que llamar a un médico. No, Tricita, no vale la pena. Acá no hay nada que curar, le dijo, con una ambigüedad tan perfecta que su hija se pasaría el resto de su vida preguntándose qué le había dicho en realidad.

Lo enterraron en la Chacarita: don Felipe había tenido el buen tino de contratar un seguro de sepelio que cubrió todos los gastos. La ceremonia fue austera, recatada: diez o doce personas, casi todas viejas, que lo saludaron sin llantos, con la resignación de los que saben. Su muerte empeoró más aún la situación económica de Beatriz y Camilo: su jubilación pagaba buena parte de las facturas

de la casa. Que no paraba de deteriorarse: molduras que caían, cañerías que perdían, humedad que pintaba las paredes, tres cuartos cerrados por si acaso, el baño del primer piso que olía a zarigüeyas muertas y el techo que necesitaba un arreglo urgente, muy por encima de las posibilidades de su dueña.

—Vamos a tener que venderla.

Le dijo una noche a su hijo, que le devolvió una sonrisa inesperada. Camilo ya tenía 20 años, estudiaba periodismo sin mayor entusiasmo, trabajaba cuatro mañanas por semana en una casa de fotocopias cerca de su facultad y formaba parte de un grupo de hijos de desaparecidos que trataban de recuperar la identidad que habían perdido. Camilo sabía poco sobre su padre: su madre nunca le había contado mucho —porque cuando era chico temía asustarlo y, más tarde, ese silencio se había vuelto tan sólido que no supo cómo deshacerlo. Cuando Camilo, una mañana de lluvia con sus rachas de viento, se sentó con ella en la cocina y le pidió que le contara, la mujer descubrió que sabía bastante poco sobre ese hombre que, pese a los años, seguía considerando el amor de su vida. Pero su relación había sucedido en esos días en que los militantes no se contaban demasiadas cosas por miedo a repetirlas bajo la tortura, y ella nunca había conocido a su familia. Muchas veces había pensado hacerlo; como tantas otras cosas en su vida, no se había resuelto. Así que la pregunta de Camilo le despertó recuerdos y curiosidades; él fue el encargado de encontrar respuestas y de contarle todo lo que averiguaba. Eso recuperó, entre madre e hijo, una corriente que el silencio había interrumpido.

—Qué bien, ma. Me parece muy bien que la vendamos de una vez.

—¿Por qué? ¿En serio me lo estás diciendo?

Camilo —ya un hombre flaco y alto, pelo desmadejado, barba rala,

ojos casi verdes— le dijo que a veces le parecía que esa casa era como la tumba que su viejo nunca había tenido y que ahí estaban ellos dos, su vieja y él, enterrados en un pasado sin sentido. Beatriz estuvo a punto de enojarse pero entendió que no: que su hijo podía muy bien interpretarlo de ese modo. Unos días después de encargar la venta a una inmobiliaria del barrio, recibió un llamado de Carlos, su hermanastro: le dijo que ahora estaba viviendo en Córdoba —el gobierno menemista le había ofrecido un puesto de cierta responsabilidad en la Dirección de Energía— y que por eso había tardado en enterarse, pero que ahora sabía que quería vender la casa y que esperaba que le diera su parte. Beatriz le colgó y llamó a su abogado, que volvió a ahuyentarlo —pero esta vez con argumentos leguleyos relacionados con la ley de herencias.

La casa estuvo en venta casi un año. Eran, todavía, tiempos del uno a uno, cuando un peso de la Ciudad valía igual que un dólar, y las propiedades se ofrecían muy caras. El barrio del Abasto se había revalorizado, pero no tanto como para atraer a una familia que pudiera gastarse toda esa plata en una casa vieja. Todavía vivían allí cuando Camilo, otra mañana, café con leche en la cocina, le puso una mano en el brazo y le dijo que no se enojara pero que quería usar el apellido de su padre. Era Barrientos, de una familia sanjuanina que por fin había localizado y, le dijo, le parecía injusto no llevar su nombre. Beatriz le dijo que claro, que por supuesto lo entendía, y le molestó mucho que la molestara tanto. Trató de explicárselo a sí misma: al fin y al cabo, era ella la que lo había criado, la que había trabajado toda su vida para que el chico pudiera tener una, y en cambio el padre no había hecho nada más que poner su semilla. De pronto se dio cuenta de que su argumento era igual al del hijo de puta de su hermanastro cuando le reprochó que se hubiera ido de su casa en el ’76, y le dio como un escalofrío.

Siguió pasando el tiempo y la casa no encontraba comprador. El dueño de la inmobiliaria le propuso bajarle el precio; Beatriz se negó: no quería, decía, reventarla; el señor le dijo que así no iban a llegar a nada, anuló su contrato, retiró su cartel del balcón. Así que, técnicamente, la casa no estaba en venta aquella mañana, cuando Mariano Segú le tocó el timbre.

14

Todo pasa, decía,
por no decir que nada
queda. Para eso, a veces,
sirven los poemas.

No es tan complicado. Todo está en resistir la tentación. ¿Vos escuchaste eso de que la avaricia rompe el saco? No sé qué mierda de saco están diciendo, pero mi vieja siempre lo decía: la avaricia rompe el saco. La codicia, digo yo, que debe ser lo mismo, más o menos lo mismo. La cosa es no ponerse codicioso. Yo la puedo tocar, a la balanza. Yo treinta o cuarenta gramitos le puedo sacar a cada kilo de verdura y ni Mandrake se da cuenta, ¿me entendés? Treinta o cuarenta por kilo no es mucho: el tres, cuatro por ciento. Pero ¿sabés qué guita te da eso, el tres o cuatro por ciento cada vez? Claro, te puede agarrar la tentación de tirarte al diego, sacarle cien gramos a cada kilo, y ahí lo más seguro es que termines en la lona. Esa es la cosa, en serio, te lo digo yo: si todos lo hiciéramos así, con cuidadito, no habría problemas para nadie. Pero siempre están esos paparulos que no tienen paciencia, que tienen una ambición que se la pisan, y se la quieren llevar toda de golpe, así, a lo bestia. Y entonces se vuelve a armar kilombo y terminamos pagando justo

por pecadores, ¿me entendés? Justo por pecadores.

Para eso, a veces:
no es gran cosa.

Pero lo mejor son esos días en que la Ciudad se vuelve de mentira. Domingo de mañana, por ejemplo, llueve: el vacío, como si toda esa armazón se hubiera construido por error, como si alguien muy importante se hubiera equivocado.

Para eso,
pero muy pocas veces.

El cadáver 3138/07 es un ejemplar del sexo femenino de 93 años de edad. Nombre: Juana María Delgado. DNI: 01.328.773. Estado civil: viuda.

La causa de su deceso es «causas naturales». A Romero siempre le impresionaron las causas naturales. Es cierto que en el caso de homicidios o accidentes mecánicos las causas no lo son, pero quién se atrevería a decir que un cáncer no es natural, un infarto no lo es o, incluso, piensa a veces Romero, el ataque de un animal a un niño no es un extremo de la naturaleza.

(Romero mira el pequeño cuerpo arrugado, seco sobre el mármol y le impresiona a cuánto puede reducirse una persona. Está seguro —supone, pero está seguro— de que ese resto de 30 o 35 kilos fue una mujer entera, que vivió, que gozó, que sufrió, que seguramente parió y crio hijos, un cuerpo que hizo tantas cosas que parecen, al verla, insostenibles. Romero recuerda algo que le dijeron cuando la muerte de su nieto: que Dios, en su inmensa sabiduría, va quitándoles vida a los viejos poco a poco para que, cuando se mueren, mucho menos se muera. Que por eso cuando un chico se muere, muere tanto. Cuando un chico se muere se muere todo eso

que nunca le pasó; cuando un viejo, lo que se muere es lo que quedaba de él después del roce de la vida. Romero vuelve a mirar al resto Juana: no le quedaba casi nada.

Sin embargo, piensa, esta mujer nació hacia el año 1914, ya tenía treinta cuando un general dio vuelta la Ciudad y su esposa la encandiló para bien o para mal —encandilar, piensa entonces, se suele usar como un elogio y, en verdad, encandilarse es perder la mirada. Y tenía cincuenta cuando la Ciudad, en pleno crecimiento, se sentía orgullosa y despreciaba a todas las vecinas, y sesenta cuando empezó a caer, y noventa cuando se sintió ya del todo caída. Y que esta mujer debe haber registrado esas y tantas otras cosas de una manera tan propia, tan particular, y que nada de todo eso existe ahora. Que para qué sirve, se pregunta, pensar en estas tonterías. Que para qué, al fin y al cabo, preguntárselo.)

En la Ciudad nada dura, nada permanece. El ciudadano se cruza cada día con centenares, con miles de otros ciudadanos que ocupan su atención si acaso por un segundo o diez, que imprimen en sus retinas un efecto leve que se disuelve sin dejar rastros aparentes. La Ciudad es un desorden y una lucha: pelea de los rastros por imponerse sobre tantos otros: darwinismo de rastros. Dentelladas: la Ciudad es un caos. En la Ciudad —como en cualquier otro cuerpo— lo único capaz de ofrecer algún orden es la Conspiración. Sus habitantes la extrañan, la esperan, se desengañan tanto.

Beatriz tenía pruritos: sabía que lo que estaba contando podía muy bien ser falso —o sabía que era falso. Pero lo hacía por una buena causa: impedir que la televisión de la Ciudad se enfangara con algo semejante. Valía la pena, para eso, tomarse ciertas libertades. Y, además, le iban a pagar, por una vez, lo que valía su trabajo. Pero igual dudaba: no estaba acostumbrada.

Solo la conspiración
supone un orden, impone
un orden. Conspirar
es darle al mundo algún sentido.

—Ponele que fuera un cuarto de millón para cada uno. ¿Ustedes qué harían?

Pregunta Julio, buen humor, camisa celeste casi nueva. Rodolfo les dice que lo primero que haría sería comprarse un departamentito, que el alquiler lo está matando, que sin esa carga capaz podría dejar la escribanía e intentar algo por su cuenta, y que después le pagaría un conservatorio bueno a su segunda hija, que es una bala con el clarinete pero que ahí donde está yendo, en el Municipal, no le enseñan un pomo. Y que con eso ya estaría mucho más tranquilo y la Bruja tendría que aceptar que al fin y al cabo él la había hecho.

—¿Y vos, Gurka? ¿No querés comprarte un buen dedo meñique?

Gurka tuerce la cara pero les dice que lo tiene clarísimo: que se compraría dos camionetas como las que tenía su viejo y recuperaría el negocio que él tenía, que haría como si sus equivocaciones con la mudadora no hubieran existido, que eso es lo bueno de la vida, que a veces te da la segunda oportunidad, la posibilidad de arreglar todo eso que arruinaste: que lo tiene tan claro y, según anduvo mirando, le alcanza casi justo.

—¿Y vos, Juli?

Le dicen casi a coro Rodo y Gurka, y él les contesta que no sabe, que todavía no sabe, que el mundo está tan lleno de tentaciones que no termina de decidirse por ninguna, que lo primero que va a hacer, seguro, es ponerse esos dos dientes que le faltan pero que una cosa que le gustaría mucho sería conocer Europa, capaz que irse a los pueblos de donde vinieron sus bisabuelos, pero también podría comprarse un coche del carajo, ponele un Alfeta, que acá

ninguno tiene, o incluso un terrenito en las afueras para criar cuatro o cinco caballos y ahí quién te dice, o quizá ponerlo todo a interés y no tener que laburar más en su vida, dice, que no sabe, que el mundo está tan lleno.

—Pero tendrías que decidirlo, Juli.

—¿Por qué, si todavía falta mucho?

—No sé, me parece que no saber para qué lo hacés debe ser yeta.

El doctor Gómez Florio le había dicho año y medio, dos como mucho, pero que no se ilusionara: los tiempos del final iban a ser horribles. El Bepe duda y duda. Y, cuando puede, grita.

Dudó, se decidió, volvió a dudar, al final prefirió hacerlo que no hacerlo. El informe incluía cuatro casos —que podrían considerarse tres en la medida en que uno de ellos era un derivado del anterior. Beatriz Giusti había decidido redactarlo de la forma más neutra posible: no era fácil cuando lo que se contaba eran personas y compañías que lucraban con la muerte en directo. Es cierto que la búsqueda fue ardua; es cierto, también, que en un cierto punto empezó a tomárselo como algo casi personal y que, tras varios días, ya al borde de la desesperación, recurrió a fuentes menos que confiables. El primero de los casos, en efecto, lo encontró en una revista norteamericana que contaba un programa polaco; el segundo —y su spin-off, el tercero— en la novela de un tailandés con mucho éxito en el norte de Europa que aclaraba en la introducción que casi todo lo que contaba eran realidades muy ligeramente deformadas; sobre el cuarto no quiso revelar su fuente.

En el primero, el polaco, la muerte no era el fin en sí pero estaba siempre presente. La producción encerraba a diez jóvenes de diversos sexos —atléticos, bonitos, muy calientes— en una isla desierta repleta de asechanzas. Se suponía que era un concurso de

supervivencia, pero el público tenía derecho a esperar —el locutor decía todo el tiempo cosas como «dios quiera que todos sobrevivan», «ojalá nadie caiga»— que alguno se muriera. En la primera temporada no se murió nadie y los números fueron decepcionantes. La continuidad del programa estaba en entredicho. Antes de lanzar la segunda temporada, la cadena hizo correr —como si no quisiera— el rumor de que en esta alguien moriría y, desde el principio, la pantalla se llenó de espectadores. Al final tuvieron su recompensa: en el penúltimo episodio, la picadura de una serpiente ultravenenosa mató a una joven, hija de una rubiona y un inmigrante congoleño, negra de ojos azules. Enseguida corrieron voces de que esa víbora no era autóctona de esa isla —y que, por lo tanto, alguien la había llevado para usarla—, pero la cadena, con escenas cada vez más dramáticas de la agonía y la muerte y el entierro, consiguió acallarlas. El programa duró cuatro años más, y en cada temporada se moría por lo menos uno: los espectadores cada vez más numerosos esperaban, por supuesto, que esa muerte llegara. Una vez fue la rotura de la cuerda con la que un montañista experimentadísimo escalaba un peñasco; otra, el extraño incendio de una choza donde dormía una pareja de hermanos incestuosos: él consiguió escapar, ella murió quemada. En la quinta temporada los postulantes eran innumerables. El programa ofrecía un cachet cuantioso para cada participante y uno diez veces mayor para los deudos «en el hipotético caso de que un participante falleciera». Los medios y el gobierno polaco —decía la revista norteamericana— se preocuparon ante la cantidad de jóvenes dispuestos a jugarse la vida por una buena suma o perderla por una extraordinaria. En esa quinta temporada pasó algo que podríamos llamar inesperado —si no fuera porque la producción aseguraba que todo lo era. Resultó que, tan temprano como la tercera emisión, una rubia bucólica

violinista que comía carne cruda se intoxicó con algo que ingirió y murió entre cólicos terribles. Esa noche —y en las repeticiones— la cifra de espectadores fue absoluta, pero en las emisiones siguientes bajó de golpe: muchos estaban convencidos de que lo importante ya había sucedido. Quiso la fortuna —o quien fuera que fuese— que en la sexta emisión un fisicoculturista de origen mongol que levantaba a sus compañeros como si fueran gatitos de angora fuera atacado por una bestia innominada que le arrancó de cuajo el antebrazo. La hemorragia, terrible, pudo ser contenida; en sitio tan silvestre amenazaba la gangrena. La mole recibió una propuesta de la producción: si quería, lo extraían y perdía todo emolumento; si prefería, lo dejaban allí y, si sobrevivía, recibía un cachet de muerto. La mole aceptó la segunda opción: en las cuatro emisiones siguientes —y finales— la audiencia no paró de crecer y solo fue en la última que la gangrena terminó por declararse. Ese año, decía la revista, el brazo cortado por encima del codo fue el disfraz favorito de los muchachos en los carnavales de Cracovia —y algunos ni siquiera simularon.

y me verás volar
por la ciudad de la furia
donde nadie sabe de mí
y yo soy

Llamarla «la Ciudad» es, por supuesto, un eufemismo.

parte de todos, me verás
caer

Lo único que no entiende es que tantos hijos de puta, tantos tontos, tantos inútiles sigan ahí, sigan viviendo igual. Eso, por momentos, lo subleva. En otros, en cambio, le confirma lo que

siempre creyó: que no hay un orden. Que él viviera, piensa, sería una prueba de ese orden; que se muera tan fácil, la prueba de que no.

y me verás caer
como una flecha salvaje
y me verás caer
como un ave de presa

Silvana está excitada: hace dos días, la última vez que se vieron, Maxi Vodoni le dijo que su proyecto avanzaba genial y que seguramente iba a poder darle un espacio como jamás había soñado. Silvana le preguntó más pero él no quiso anticiparle nada.

—Pero decime por lo menos qué tipo de programa es.

—Es que no es ningún tipo, corazón.

Silvana insistió un rato más y se dio por vencida. Después se quedó pensando por qué eso que hacía con Vodoni se llamaba «verse».

nadie sabe
de mí y yo soy parte
de todos: me verás
caer

La segunda emisión —la tailandesa— consistía en reunir en una de esas típicas casas de reality a ocho personas con enfermedades terminales. Había cinco cancerosos, un eloso, una cardíaca severa, un epoc tremebundo: la competencia consistía, pura y simple, en sobrevivir lo más posible. Los enfermos recibían la atención de un equipo médico que discutía sus casos en reuniones teletransmitidas y debía hacer todo lo posible para mantenerlos vivos. Pero el centro de la atención estaba concentrado en los enfermos: su lucha por la

supervivencia. La metáfora de la batalla reinaba; de hecho, el programa se llamaba *La lucha de los cuerpos*. Todos, por supuesto, debían hacer frente a las cámaras informes periódicos sobre cómo se sentían, qué había mejorado y qué empeorado, cómo imaginaban sus muertes tan cercanas. Inevitablemente, los primeros se fueron muriendo: televisión al mango. Los espectadores definían con sus votos qué calificación merecía cada agonizante: según esas votaciones, sus deudos recibían más o menos plata. Y por fin, los tres últimos eran declarados ganadores, recibían un premio muy cuantioso y la posibilidad de una consulta en un prestigioso centro médico de Texas. De los tres triunfadores, una mujer cancerosa de unos 60 años fue tratada con tanto éxito que vivió doce años más; el hombre con epoc, 72, murió a los pocos meses sofocado; y el más joven, el eloso de 53, invitó a familia y amigos a una fiesta fastuosa y se mató al final —muy lejos de las cámaras. La producción amenazó a sus herederos con quitarles el premio: la mera difusión de la noticia estuvo a punto de producir una revuelta.

Al año siguiente el programa se repitió con una ligera variante: los ocho participantes, aunque muy diversos en estilos y géneros y edades, sufrían de lo mismo. Eran pacientes de cáncer de páncreas, uno de los más letales, de tamaños parejos en el mismo estadío 4, pronósticos muy similares. Los tratamientos también eran los mismos para todos: se trataba de mantener constante todo el resto para que el único elemento diferencial fuese la capacidad de resistencia de cada participante. Era una justa justa deportiva. Y esos sí que eran «cuerpos en lucha», desprovistos, desnudos. Con menos despliegue y alharaca, la producción consiguió un drama hondísimo, dice el autor tai, seguido por millones. Uno de los efectos más notorios fue la pérdida generalizada de confianza en los médicos: nunca, dice el autor, el número de consultas a lo largo y

ancho del país fue más escaso. Las muertes por falta de atención médica llegaron a niveles nunca vistos.

Ninguno, sin embargo, se comparaba con el cuarto ejemplo. El estudio simulaba un centro de detención clandestino —de los que habían pululado en la Ciudad décadas antes. Los doce participantes recibían, al entrar, tres secretos. Los secretos en sí eran banales: que un oso pesa 300 kilos, que Napoleón mascaba goma, cosas tontas. Pero todos sabían que entregar esos secretos significaba entregar a sus compañeros: su triunfo, les explicaron, consistía en guardar sus secretos bajo ciertos «simulacros de tortura». Las torturas no eran tan simuladas como les habían dicho, así que algunos entregaban secretos. Cuando algún participante era entregado dos veces, se lo «desaparecía»: sus compañeros, perfectamente aislados en la casa-cárcel, no sabían qué pasaba con el desaparecido: en general lo creían muerto. En realidad estaba retenido en otra casa, sin contacto con el exterior, durante todo el tiempo del programa y sus captores le decían que en cualquier momento lo ejecutarían. Las celdas de los desaparecidos, por supuesto, tenían cámaras y micrófonos que permitían verlos en su soledad, mirar la vida de un condenado a muerte.

—¿Y este de dónde salió?

Le pregunta, antes que nada, la diputada Laguardia cuando termina de leer el informe que acaba de presentarle Beatriz Giunti.

—No querés saberlo, dicen los americanos.

—No, no quiero, ni quiero ponerlo. No suena muy real, suena demasiado didáctico, como que se mete con la historia, y no sé si nos conviene. Pero no te preocupes, con los otros tres nos alcanza y nos sobra. La campaña va a ser un éxito completo.

Éxito es la palabra. En la Ciudad, éxito es palabra clave.

Y hace mucho que dejó de aplicársela.

Lo patético son estos tipos que se creen que fracasar es como una medalla. No, yo estoy en contra de lo que llaman éxito en esta sociedad podrida, te dicen, y se las dan de superiores. Pobres pelotudos, es la excusa más barata para justificar que no pueden ganarle ni a su tía en tacos altos. Sí, yo sé que la competencia permanente estresa; bueno, que los que no se banquen el estrés se queden en el barro, que se busquen sus excusas y se revuelquen en la mierda. A mí la competencia me gusta, me calienta. Cuando yo entré acá en el banco éramos ocho pibes y pibas recién salidos de la facultad; ahora hay tres que tiraron la toalla, una que la rajaron por inútil, una que la mandaron a Jujuy, uno que está en archivos y solamente Fede y yo estamos en la carrera para puestos gerenciales. Y sí, tenés que pelarte el orto, y a veces tenés que ponerlo y ponerte en cuatro patas; si te vas a hacer el fifí no vas a conseguirlo. Pero los que critican es porque nunca sintieron el polvazo de ganar, de conseguir lo que otros no consiguen, de que te miren con envidia y vos los veas y te des cuenta de que les gustaría ser vos, querrían ser vos pero no pueden. ¿Vos conocés algo mejor que saber que hay otros que querrían ser vos pero no pueden?

Eufemismo, en cambio, es una palabra amable y necesaria.

Hablar bonito, significa. Decir algo bonito para decir sin decir lo feo que estás diciendo, significa.

Yo la verdad que para mí fue un sueño. Imaginate, un sueño. Desde pendejito nomás mi viejo me llevaba al club ahí en el barrio, se pelaba el culo pobre viejo para que yo pudiera ir a jugar, y antes todavía me tenía en el patio del ranchito con la pelota dale que va, dale que va, horas me tenía con la pelota para que yo aprendiera, y no se cansaba nunca de jugar conmigo, pobre viejo, y después no sabés la alegría que le dio cuando hicieron la prueba esa en

Argentinos y yo quedé, que me agarraron para la prenovena y me dieron una camiseta, no sabés, el viejo andaba por el barrio y les mostraba la camiseta a todos y les decía que yo iba a ser un grande, que como yo ninguno, que nos iba a salvar y todas esas cosas, ya te podés imaginar. Y ahora que me dijeron que voy a debutar en la selección me acuerdo de todo eso y la verdad que no lo entiendo. Por qué no puede conformarse con lo que le doy, todo lo que les doy, les di una casa, les di un buen coche, les paso una guita cada mes pero él siempre quiere más, no hay quien lo pare. ¿Qué se creerá el muy turro, que es mi dueño, que se compró mi vida? Ya va a ver, si sigue así, aunque me duela un día les voy a cortar el chorro y se va a tener que volver a subir al andamio como antes, y a ver si se da cuenta de que a la gallina de los huevos de oro no hay que romperle tanto los huevos porque al final te quedás en bolas y gritando. Pero bueno, mientras se siga creyendo que soy una gallina…

—Youth is so wasted on the young.

Dice, y ella lo mira para decirle otra vez la estupidez esa de las frasecitas en inglés. Ella es joven, él, casi: los dos quieren mostrarle al mundo lo que son.

En la escalera de esa iglesia hay un mendigo sin piernas que todos llaman Maradona. Él lo sabe y no sabe si alegrarse u ofenderse. Le parece que debe alegrarse, porque le da una identidad y un homenaje; se ofende, porque no soporta la parte de burla. Harto de dudas, decide cambiar: se muda a una iglesia en otro barrio. A los dos días todos lo llaman Maradona. El mendigo no sabe si hubo algún chivato.

Y ahora dice que qué emoción cómo al final el arbolito se abrió un camino entre el cemento para llegar a expandir sus raíces, afincarse,

combatir la jungla de cemento. Dice que es un triunfo de la naturaleza y junta las manos contra el pecho y parece que está a punto de llorar, aunque seguramente no lo haga por si acaso. Él piensa que no quiere verla nunca más. No sabe si será capaz de hacerlo.

—Hay un pibe ahí afuera que te espera.

—Uy, cagamos. ¿Quién es?

—No sé, me dijo que se llamaba Rubén, que vos lo conocés.

—Yo no tengo ni idea.

—Él me dijo que te conocía bien, che, del barrio, dijo, de cuando eran chicos.

—No sé, hermano, no me acuerdo. Tomá, dale una camiseta.

Julio prefiere no verlo en El Tambo: ahí todo queda registrado. Así que se acerca y toca el timbre en esa casa y, cuando una mujer de pelo largo enmarañado le abre la puerta, pregunta por el Tucu. La mujer le dice que se espere:

—Esperesé un momento, dele.

El frente de la casa está gastado: costras, pintadas, manchas de humedad, el revoque pelado y los ladrillos que asoman. El balcón del primer piso parece suspendido de un milagro: sus agarres roídos por el tiempo. La casa no debe ser tan vieja —principios del siglo xx, se diría— pero se ve que lleva mucho tiempo sin mantenimiento y se está viniendo abajo. Bueno, por eso la pudieron ocupar estos muchachos, piensa Julio, mientras espera al Tucu.

—¿Qué decís, Figurín? Tanto tiempo que no te veía.

Lo saluda el Tucu, un hombre de unos 50 años, buena panza, pelo duro y oscuro, rasgos aindiados. Julio le pregunta si lo deja pasar, el otro le dice que sí cómo no y lo hace entrar a una especie de sala a la derecha de la entrada. En la sala hay almohadones en el suelo y

pedazos de techo en el suelo: van cayendo. Las dos ventanas que dan a la calle están tapiadas; toda la luz es una lamparita pelada que cuelga del techo —o lo que queda de él.

—¿Cuánto hace que entraron acá, Tucu?

—Uy, serán un par de años.

—Sí, eso me pareció. ¿Y no los rajan?

—Por ahora no. Es complicado, vos sabés. El dueño vive afuera, la Negra y yo tratamos de no hacer kilombo, hay un pibe que vende pero es muy tranquilo. La clave es que no somos muchos, entonces no se nota tanto…

El Tucu tiene una historia complicada —como todas, aunque tantas no lo sepan. En su caso es bastante evidente: huérfano muy chico, se buscó la vida en oficios legales e ilegales durante muchos años. En uno de ellos —no termina de estar claro cuál— se conoció con Julio y los dos descubrieron que eran menos distintos de lo que pensaban: se siguieron viendo cada tanto. Pero igual su sorpresa se nota cuando Julio le dice que le quiere proponer algo medio fuerte.

—¡Uy, qué miedo!

Dice el Tucu, sonriendo, para salir del paso. Pero Julio le insiste: le hace prometer por todos los demonios que no va a decirle nada a nadie, se pone serio, lo mira a los ojos:

—Necesito que me habilites la casa por tres días sin preguntarme nada.

—¿Para qué?

—Sin preguntarme nada.

—Vos sabés que eso no se puede. ¿Y qué quiere decir que te habilite la casa?

Julio le explica: que durante tres días, cuatro máximo, necesita que se vayan a otro lado, que le dejen la casa. Que él les paga un buen fin de semana en la costa, donde quieran, el bondi, las

comidas, si le dejan la casa vacía. El Tucu tiene unas cejas como selvas: las levanta, desorbita los ojos, se le escapa la risa:

—¿Qué mierda querés hacer, figurín? ¿Vas a armar una orgía?

Julio le dice que no joda, que después le cuenta; el Tucu le contesta que podría ser pero que la condición es que le diga para qué.

—Imaginate, no te la puedo dejar para cualquier cosa. Es una responsabilidad, tengo que saber qué está pasando…

Julio piensa en la posibilidad de contarle un invento, pero sabe que no va a llegar lejos. Siempre es igual: inventa bien, tiene imaginación, tiene su verba, pero en algún momento se pierde y se le nota, arruina todo.

—Nada, Tucu, tenemos que guardar unos días a un fulano.

—¿Guardarlo?

—Sí, guardarlo, tenerlo guardado.

—¿Pero el fulano quiere?

—No me jodas, Tucu.

El Tucu no lo jode: parece que entendió y entendió que es mejor no pasarse. Por lo menos, si el beneficio lo justifica. Empiezan a discutir dineros: cuánto cuesta el alquiler de una casa ocupada medio en ruinas por un fin de semana.

—Ya te dije, Tucu. Les pago el finde a todos y les doy de propina diez mil dólares.

Al otro le saltan chispas en los ojos. «Propina diez mil dólares» es una frase que no oyó en su vida. Se da cuenta de que ahí hay algo serio. Diez minutos, un par de gritos y algún insulto después arreglan por veintiocho. Solo les queda organizarlo: decidir la fecha, arreglar los pasajes, montar todo el invento.

Azar acecha. Y más en la Ciudad, ya queda dicho:

azar acecha.

El bar podría estar en la otra esquina, el depto de Elisa podría estar en la otra cuadra, los muchachos podrían no reunirse a esas horas o sentarse en la ventana que da a la otra calle o ni siquiera conocerse, Ritazzi podría ser más desordenado en sus horarios, Julio podría tener más cautela o menos inconsciencia,

—Pero este jueves mejor no vengas, miamor, que tengo un problema.

—¿Cómo, que tenés un problema?

—Sí, papi, después te cuento, no te preocupes, nada grave.

—Bueno, hablamos.

el Gurka menos resentimiento, Rodolfo un empleo más satisfactorio, Elisa menos ganas de marcarle a su amante el territorio, la Ciudad mejor control. O la pistola que Julio consigue podría funcionar bien o incluso no llover a cántaros.

Ella imagina obsesiva esas últimas horas, últimos dos o tres días, cuando el Bepo quizá ya no lo entienda o quizá todavía sí, cuando ya no haya más nada que hacer, cuando ya todo esté jugado. Piensa qué va a hacer, lo sabe y no lo sabe.

Y sí, te engatusan con eso de que la Ciudad nos necesita, que sin nosotros sería imposible vivir acá. Yo sé que son pelotudeces, pero igual no sé si podría haber elegido otra cosa. Cuando sos un pendejo te creés que sí, que el mundo está lleno de posibilidades, pero enseguida te das cuenta de que son huevadas que te cuentan para que no sufras cuando chico. No sé, yo no tenía ni buenas notas en la escuela ni jugaba bien al fútbol ni era especialmente canchero con las minas, y en cambio mi viejo era botón, un botón de verdad, y al final agarré el camino que ya tenía marcado. Estuvo bien, ni siquiera me pareció un renuncio. Al contrario, me inventé como una especie

de orgullo de hacer lo mismo que mi padre, de seguir su camino, y me metí en la cana. Pero ya hace más de veinte años, y tengo los huevos por el suelo. La mitad de la gente me odia: se creen que soy un hijo de puta que se agranda por el uniforme y lo usa para joderles la vida y coimear y conseguir la pizza gratis, harían cualquier cosa antes de ser amigos de un botón, se alegran si nos pasa algo, nos detestan. Y la otra mitad está a favor porque lo que quiere es que corramos a palos a la mitad anterior, que los caguemos de miedo para que ni siquiera salgan de sus ranchos. La verdad, a esta altura, no sé cuáles prefiero.

Y mientras sigo haciendo mi laburo, al pedo: cada vez afanan más, cada vez matan más, cada vez más kilombo. Tiene su parte buena: nos llaman más, nos necesitan más. Por suerte no piensan que si pasa todo eso es porque no estamos haciendo lo que deberíamos. En fin, menos mal que no piensan. Será que están muy ocupados, digo, por no decir que son boludos. Yo, que me aburro como un cerdo, sí que tengo todo el tiempo del mundo para pensar esas huevadas. Y nos dicen que nadie conoce la Ciudad como nosotros, que somos las tuercas que la hacemos funcionar, que qué sería de ella sin nosotros: yo sé que son pavadas, pero me gusta que lo digan. ¿Viste cuando una mina te dice que te quiere y vos sabés que es un bolazo pero igual te embadurna?

—Tus historias siempre son formas de no hablar de lo que importa.

—Con vos todo siempre son formas de no hablar de lo que importa. ¿Y qué es lo que importa, si se puede saber?

Laura decide dejarlo: con todo el dolor de su alma, decide dejarlo. No soporta ver cómo se hunde en la desolación y compasión por el único ser que le interesa: él mismo.

Alguien piensa durante días en esa frase que tardará segundos en decir, busca toda una tarde el regalo que dará en dos minutos, trabaja horas para preparar esa comida que el invitado se zampará en menos de lo que se fuma un cigarrillo, semanas imaginando el polvo que durará minutos, años escribiendo un libro que alguien —si acaso alguien— leerá en un par de horas. Hay una relación perversa entre la causa y el efecto, las preparaciones y su uso.

El tiempo, se sabe, está mal hecho.

Decide dejarlo: no sabe si sabrá.

A las 7 y 25 de la tarde el doctor Arturo Gómez Florio se subió a su coche alemán. Salía de su consultorio y todavía tenía que pasar a ver a un paciente, pero estaba contento: había acertado un diagnóstico muy difícil y, aunque la enfermedad no tuviera realmente solución, solo identificarla ya era un logro importante. Cuando llegó al primer semáforo pensó que todavía no se había puesto el cinturón de seguridad, que tenía que ponérselo, pero se distrajo: en el coche de al lado una mujer mayor —una mujer mayor, se sonrió, debía tener más o menos su edad— lagrimeaba. O le pareció que lagrimeaba: se quedó mirándola. Después el de atrás lo sobresaltó de un bocinazo y arrancó, todavía sin el cinturón.

—¿En serio no me entendés lo que te digo?

Ya fijaron la fecha: el jueves 21 de junio de 2007, un día perfecto. Los jueves, además, han notado que la patrulla nunca pasa: deben tener un problema de horarios o de coches o de nafta o de quién sabe.

—Muchachos, ¿de verdad les parece que vamos a poder hacerlo?

—No seas gonca, Gurka. Claro que podemos.

Julio se queda jugando con la frase, la repite como quien

canturrea: gonca Gurka, gonca Gurka. Se sonríe. El otro lo mataría con todo gusto y fina voluntad. Para eso son los amigos, piensa, y se pregunta para qué.

—Ya vas a ver. ¿Cómo no vamos a poder?

LA CASA, 2007

La operación se había concretado en los últimos días del siglo: noviembre de 1999. Con esa plata Beatriz le compró un departamentito de un ambiente a Camilo Barrientos, antes Giusti, y uno para ella, apenas más grande, dos ambientes con un balcón donde cabía una silla y un banquito: le gustaba sentarse con un termo y un mate, mirar la gente que pasaba. Los departamentos estaban a pocas cuadras el uno del otro, no muy lejos del barrio de siempre pero cruzando la avenida. Por una vez, Beatriz tuvo suerte: la situación económica se deterioraba por momentos y, si no hubiera comprado, su dinero se le habría licuado en las manos.

Por eso Segú no se decidía a iniciar su obra. El trabajo requería una inversión importante —quería tirar abajo la casa vieja y levantar en su lugar un edificio de cuatro pisos con duplex y lofts y parrillas en cada balcón y todas esas cosas— y no le parecía el momento apropiado: mejor esperar que la cosa se calmara un poco —cosa que nunca sucedió.

La crisis brutal de 2001 lo agarró mal parado: Segú, padre de dos hijas de ocho y cuatro, su esposa socióloga con empleos eventuales, tardó poco en entender que en su país, con la debacle, un arquitecto podía tener la misma demanda que un fabricante de jamón en La Meca. Así que en junio de 2002 aceptó un buen contrato que le ofrecieron en Caracas, Venezuela, para supervisar la construcción de un megabloque de viviendas y se llevó a toda su familia. Antes de

irse pensó en vender la casa del Abasto pero enseguida entendió que, en ese momento, no sacaría por ella ni la mitad de lo que había pagado —y no quiso resignarse. Dejó instalado a un capataz que había trabajado en sus obras anteriores, con la promesa de girarle cada mes un dinero para mantenimiento. Segú cumplió su parte; el capataz, Juancho Delves, no: nunca vivió realmente allí y se gastaba la mayor parte de los envíos en sus cosas.

La casa había quedado abandonada: se le caían pedazos de mampostería, vecinos se quejaban del peligro. Hacia fines de 2004 o principios de 2005 algunos notaron con alivio que volvían a ver luces, movimiento. No tardaron mucho en entender que unas personas la habían ocupado. Los vecinos, por supuesto, se prepararon para lo peor: la casa se volvería un refugio de delincuentes peligrosos o, en el mejor de los casos, un centro de distribución de drogas. Pero no sucedió: los nuevos habitantes eran casi invisibles, no jodían, no hacían fiestas, no atraían a personajes tenebrosos. Sin embargo Juanca, el dueño de El Tambo, decidió que su expulsión era importante para todos —que si dejaban que se quedaran unos, pronto iban a venir otros y el barrio iba a terminar llenándose de estos delincuentes— e inició su campaña.

Contrató a una joven boliviana para que atendiera el bar entre las 8 y las 11, el horario donde le resultaba más fácil encontrar a los vecinos —y sobre todo a las vecinas— en sus casas y fue recolectando firmas, firma tras firma en las ocho o diez manzanas más cercanas. El día en que vio entrar en su Tambo a la diputada Laguardia pensó que no podía perderse esa oportunidad: la había visto un par de veces por televisión, sabía que la mujer era implacable con la delincuencia, la persona indicada para llevar adelante ese proceso. Así que la paró cuando estaba saliendo, se presentó y, ante su impaciencia, le dijo muy sucintamente que a dos

cuadras había una casa ocupada que representaba un peligro para la comunidad y que los dueños se habían ido del país y que era necesario que la ciudad hiciera algo porque la casa se estaba derrumbando, se le caían pedazos todas las semanas y algún día iba a pasar una desgracia. En síntesis: que además de ser un refugio para malvivientes, su estructura degradada era un peligro para la comunidad y había que derribarla.

Laguardia le dijo que llevaría la petición a la oficina correspondiente. Y unos meses más tarde, ya en otoño, cuando Juanca y sus seguidores creían que los habían olvidado para siempre, la diputada Laguardia se presentó en El Tambo para decirle al patrón que en principio lo habían conseguido, pero que no podían hacerlo sin la autorización o por lo menos el conocimiento de sus dueños. Juanca le pidió unos días y consiguió, de forma más o menos milagrosa, una dirección postal del arquitecto Begú en Caracas, Venezuela. Oficialmente notificado, entonces, y pasados los 30 días que le habían acordado para que presentara sus descargos y objeciones, una comisión policial se presentó en la casa y procedió a desalojarla: quedaban solo dos personas, un hombre y una mujer de unos 50 años, ambos con antecedentes, pero la policía no estaba para eso y los dejó irse tranquilos. La diputada Laguardia había convocado para la ocasión a una pequeña multitud de periodistas de televisión y radio que la entrevistaron sobre su accionar en favor de la gente de bien de la Ciudad. Dos días después llegó la cuadrilla de obreros municipales —una buena docena— que inició el derribo. Los vecinos se sintieron protegidos, aliviados.

15

Hay algo que llamamos no saber.
Saber que uno no sabe es tan distinto.

Azar acecha. Ya
lo inevitable

El jueves 21 de junio Rodolfo no se presentó en el boliche a las 5, como habían convenido. Al otro día, Julio y el Gurka sabrán que se patinó en la escalera de la escribanía y se torció el tobillo, lo tuvieron que llevar al hospital y lo enyesaron. Una lesión muy tonta pero no va a poder caminar por dos o tres semanas, le dijeron. Esa misma tarde, a la hora decisiva, los dos amigos que quedaban confirmaron lo que ya sabían:

—¿Lo hacemos vos y yo?

—No, Julito, no da.

—Tenés razón, Gurka, no da. Qué cagada.

—No te calientes, Juli. Ya lo haremos otra vez. Son unos días.

tuvo, hace tiempo, su lugar.

La Ciudad no tiene nombre pero si tuviera uno tendría dos. Hay ciudades así, en todo el mundo, y suelen ser las más ladinas.

Y entonces esboza una sonrisa, se encoge de hombros, dice y bué: que ya vendrán tiempos mejores.

—Ya vendrán tiempos mejores.

Dice.

La Ciudad cambió mucho cuando dejaron de fundarla. Al principio la fundaban una y otra vez: la Ciudad podría haber existido de una, pero sabía cuál era su condición y se dejó fundar más de la cuenta. Aquellas primeras fundaciones, de todas formas, no fueron más que ritos necesarios para que algo se organizara en el lugar: durante siglos la Ciudad —lo que ahora llamaríamos la Ciudad y que, ya entonces, se llamaba igual— fue un pueblo muy poquita cosa.

La volvieron a fundar, solemnes, impetuosos, sus ciudadanos que decidieron que desde sus calles fundarían un territorio mucho mayor que ella: cuando supusieron que la Ciudad sería la cabeza de una patria que estaban inventando. Aquella fundación fue, de todas formas, simbólica o política: la Ciudad no cambió por ser la capital de un país nuevo —y siguió siendo bastante parecida al pueblo poca cosa. Después, solo unas décadas después, la fundaron como Ciudad en serio.

Hasta 1930 tantos llegaron en barcos a fundarla —so pretexto de encontrar otra vida. La Ciudad era un prodigio de fundación renovada, permanente. Hasta 1960 o 70 tantos más, sin cruzar aguas, atravesando tierras, lo siguieron haciendo. Ahora nadie la funda —y algunos suponen que, por eso, ha perdido su razón e, incluso, su buen nombre. Ahora, entonces, esa Ciudad que ya no fundan es, como tantas, una ruina orgullosa de sí misma. Eso la vuelve particular, muy propia: una ciudad auténtica.

Tiempos mejores,

dice —y quizás incluso se lo crea.

Nada sorprende más a los visitantes de la Ciudad que la insistencia de sus habitantes en decir que viven en otra ciudad, una que no se ve por ningún lado —que llaman Buenos Aires.

Dos palabras, dos nombres que querrían ser uno.
Pero son dos palabras.

La Ciudad ya está fundada, entonces, y la nombran para siempre dos palabras. Dos palabras es una forma de destino: no es única ni unívoca, no es homogénea, es en la mezcla. Por algo las dos ciudades más migrantes de ese lado del mundo son las dos que tienen dos palabras: nuevo, bueno. Dos palabras son un exceso para decir lo que casi todos saben decir en una. Dos palabras nos hacen charlatanes.

Dos palabras son un peso, un privilegio: la ambigüedad, las idas y las vueltas, los bajos y los altos, contradicción, la diferencia. Un peso con el que vale la pena cargar, el que la hace distinta, el que la vuelve lo que es, el que la tumba. El que hace que nos enorgullezca y avergüence, el que nos hace quererla y detestarla, el que la llenó —digamos— de psicoanalistas, como mamá y papá —que son, por supuesto, dos palabras.

Buenos Aires son dos, y las dos mienten pero tampoco tanto.

Y al fin la culpa fue del olor a lavandina. En el colectivo 37, Las Heras y Salguero, la señora del asiento de al lado olía tan fuerte a lavandina. Yo odio el olor a lavandina, más que nada. La señora podía ser santiagueña o jujeña, significa: pobre. Cincuenta años y debía usar la lavandina todos los días varias horas para suelos ajenos. Más allá de la ventanilla, ya en la calle, un gordo de espaldas se inclinaba sobre el motor de su forcito taxi; la camisa se le levantaba y los bluyín le caían bajos y dos túmulos grasos con raya

al medio le asomaban: iniciación del culo. Su pasajera, otra señora cincuentona, miraba algo en su teléfono en su asiento, y bufaba con toda discreción. En el colectivo sonaba una canción de ese momento, rumba o como si, y la señora colindante insistía con su olor a lavandina. Entonces yo pensé que Buenos Aires era algo y que quizá podría escribirlo.

Fue que insistía el olor a lavandina:
el olor a lavandina no cedía.

Y que tardé tanto en descubrir que el futuro era algo ajeno. Durante mucho tiempo supuse que el futuro me sucedería a mí también; ahora, que sé que no, no hay nada que extrañe más que la idea de un mundo muy distinto que nunca voy a conocer.

Pienso en Plauto, por ejemplo, o en Averroes o sor Juana: su mundo les parecería tan completo, con sus dioses, sus monedas, sus canciones, sus historias antiguas, sus avances prodigiosos desde el pasado siempre tan remoto. Pienso en lo satisfechos que estarían, completos que estarían, orgullosos de su modernidad. Como nosotros, como tantos otros.

Risas y carcajadas, el futuro.

(Hay ciudades que son
puro futuro y están las otras:
las que son lo que son. Y hay
personas, también,
que somos o no somos.)

Azar acecha
pero a veces
—algunas veces—
querría saber por qué

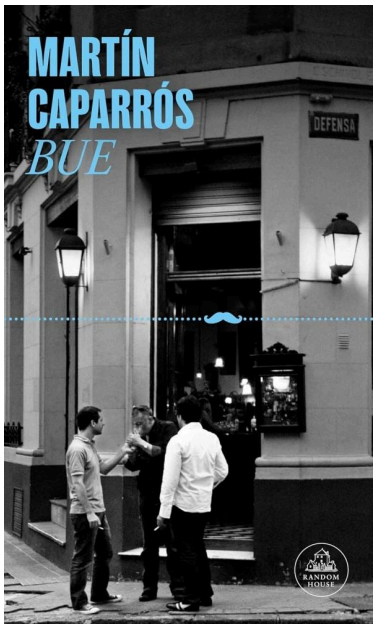
o incluso
para qué.

Él querría.
No sabe que si supiera
no sería.

Torrelodones, 2024

BUE es la ciudad de Buenos Aires hecha novela, una novela que, gracias a la escritura desafiante de un autor capaz de sintetizar de forma poderosa el mundo en que vivimos, supone un auténtico triunfo.

«Martín es nuestro Balzac. Nadie como él ha hecho tanto ni ha llegado tan lejos, tan cerca de lo que quiso ser».
Daniel Guebel, *El País*



No hay nada más único y más diverso que una ciudad. En cada una, millones y millones de personas se cruzan, se miran, se rozan, se dejan atrás: nos acostumbramos a que nuestras vidas sucedan entre

multitudes de desconocidos de los que somos, al mismo tiempo, vecinos, compatriotas, víctimas, verdugos, compañeros de esperanzas y de frustraciones. Con ellos construimos y compartimos el estilo de nuestra ciudad, esas características que la hacen distinta de todas las demás.

BUE refleja esta diversidad: sus páginas están atravesadas por docenas de personajes, situaciones, culturas, espacios, voces que arman el fresco, desbordante de vida, del último siglo de una de las ciudades más sorprendentes y sorprendidas de Occidente.

La crítica ha dicho:

«La obra de Caparrós es rica y ambiciosa, una empresa arriesgada que debe ser conocida».
Juan Goytisolo

«Dicen que si uno ha leído a Caparrós, uno sale otro. Uno muy lleno de dudas».
Omar Rincón, Fundación Gabo

«Caparrós es el escritor en español que más y mejor ha narrado, en las medidas de lo posible, el mundo entero».
Jorge Carrión, Infobae

«Supongo que saben de quién hablo: un señor alto, calvo y con mostacho. Para mí es, desde hace tiempo, el mejor periodista en lengua española».
Enric González, Cadena SER

Martín Caparrós (Buenos Aires, 1957) se licenció en Historia en París, vivió en Nueva York, Madrid y Barcelona, hizo —y sigue haciendo— periodismo en gráfica, radio y televisión, dirigió revistas de libros y revistas de cocina, tradujo a Voltaire, a Shakespeare y a Quevedo, recibió la beca Guggenheim, los premios Planeta y Herralde de novela, los premios Tiziano Terzani, Caballero Bonald y Roger Caillois de ensayo, y los premios Rey de España, Moors Cabot y Ortega y Gasset de periodismo. Ha publicado más de cuarenta libros en más de treinta países. Muchos de ellos están siendo reeditados en la Biblioteca Martín Caparrós, que Random House lanzó en 2020. Sus títulos más recientes son *La verdadera vida de José Hernández* (contada por Martín Fierro), las seis novelas —«los tanguitos »— de Andrés Rivarola, sus memorias, *Antes que nada*, y el ensayo *Sindiós*.



Primera edición: noviembre de 2025

© 2025, Martín Caparrós
Casanovas & Lynch Literary Agency
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Album / Imago / F. Berger

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-397-3763-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Bue
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Sobre este libro
Sobre Martín Caparrós
Créditos